

FORMAS Y ESPÍRITUS

ÁNGEL DE ESTRADA (HIJO)

Formas y Espíritus



BUENOS AIRES
ÁNGEL ESTRADA Y CÍA., EDITORES
466 — CALLE BOLIVAR — 466
1902

A

Tomás Eduardo

dedica este libro

su hermano Angel.

FORMAS Y ESPÍRITUS

UN CIGARRILLO

Ha venido del Cairo, de la tierra de los faraones, sombreada por tumbas de califas, cubierta á estas horas de hombres de diversas razas, en torno de ingleses turistas, de cónsul inglés y de gendarmes egipcios con uniformes de *policemans*. Ha venido... pero es menester encenderlo, en esta Buenos Aires, separada del lugar de su cuna por varios mares. El rubio tabaco, comprimido en su papel con perfume, da su espiral de humo, su bocanada de vida. Exageración? no creáis: la palabra «vida» está bien puesta. Al través de las suaves ondulaciones de la azulada blancura, surge una Isis misteriosa. Sobre su nimbo se levanta el templo de File. El calor abrumador de la atmósfera, se torna frescura entre los muros, cual si el poder del rito evocado fuera el de producir esa delicia de ambiente en la penumbra. Aprovechando del reposo y de la soledad, enciendo un cigarrillo; y en la puerta, atraído por el resplandor del fósforo, aparece un árabe, que en mal inglés, me grita: «Es prohibido fumar». Tentado estoy de decirle que esa ley no es de aquella divinidad, puesto que los iniciadores de su culto, no conocieron el tabaco. Pero enmudezco, dejando el tema para Mark Twain, á quien se lo regalo de buena gana, si le interesa... Así, la bocanada

de humo es de vida; pues los recuerdos son una de sus formas más encantadoras, ya que matan el instante que pasa, prestándole una luz que lo desvulgariza. Fumador impenitente, falté al respeto á la diosa, que iban á visitar las peregrinaciones desde los santuarios griegos... Pero pienso, ahora, que pude muy bien serle agradable. ¿No era ella la clave de todas las leyes y, por tanto, el signo de las armonías que rigen las relaciones de las cosas, al develar sus arcanos? Y este humo, ¿no parece, ingenioso y penetrante, iluminar los pensamientos más sutiles? ¿No tiene, de vez en cuando, hasta algo del reloj, que hace, con su acento, como visibles los minutos impalpables? Con cierta rabia, deploro no encontrarme frente al guardián y gritarle convencido: «Animal, el cigarrillo, para la inteligente Isis, es un verdadero incensario...»

Mi gabinete, en tanto, está lleno de humo. Hay fajas tirantes que convierte el sol en bastidores, donde cada nueva espiral entra silenciosa, tejiendo arabescos, que al girar sobre sí mismos crean matices. Y son tan delicados los leves volteos de las girándulas desenvolviendo sus intangibles visos, que la palabra, si desea expresarlos, antójase entre ellos pesada como una araña que se empeñase en hilar con los transparentes, erráticos velos. Posadas en la mesa están las pruebas de un libro: *Formas y Espíritus*. Las veo al través del humo; son de un confidente íntimo que empieza á no pertenecerme, inspirando ya la melancólica inquietud de toda despedida. Compañero en diversas partes del mundo, de tantas horas, tristes ó alegres, va á partir; y mañana, en una vidriera, producirá al autor la extraña sensación de una virgen que, caminando por un salón, se viese de pronto desnuda en un espejo. Eso es fruto del pudor del alma que se libra, al infiltrarse en las páginas, disfrazándose con ropajes distintos y que se ve expuesta así, al correr sola, á estrechar la mano culta del caballero ó á sentir el bofe-

tón de la chusma. Pobres libros! Dar tantas inquietudes, para vivir efímeros; se creen hechos por varios siglos de amor y sufrimiento, concentrados en una mente, y se desvanecen en un instante, como el humo del cigarrillo. Sin embargo, su destino no es terrible; al fin y al cabo, la muerte anónima es una atenta forma del olvido. En cambio, los inmortales pagan su gloria con algo de callejero que entristece. Hasta los más grandes.

Cuando en los discursos de ciertos políticos, á quienes el sufragio popular, con sus encantos, dió tribuna, se cita á Homero, Aquiles pierde su virtud milagrosa y sangra, en vez del talón, del pecho. Horacio soñó levantar un monumento más duradero que el bronce, y lo consiguió sin duda. Oid los comentarios de ciertos profesores, y la admiración de ciertos literatos, y ¡pobre Horacio!, ó fué un poeta lamentable, ó es una víctima ilustre. Y desde griegos y romanos acontece lo mismo. Oh! Shakespeare, Racine, Cervantes!... Y las traducciones. Pensad en las traducciones. Horrible cosa sería la inmortalidad, si los que la gozan se levantaran y con la clarovidencia de la muerte les fuera dado leer extrañas lenguas!... Hay otros libros que no tienen más vida que la del autor, muriendo con él, y esos pueden tener la esperanza de una humilde gloria. Perdido un volumen, que vive sólo *físicamente,* en la balumba de las bibliotecas, cae á veces en las manos de un lector curioso. Si un rasgo, si una sensación despiertan en él algo de lo sentido en la viva realidad, ó con la luz del ensueño, quizás se pregunte: «¿quién fué este hombre?» Tratad de que vuestro espiritu, al que no le será posible decir gracias al amable desconocido, sepa al menos responder con las páginas, que fué un hombre que grabó en su escudo como divisa: «por el bien, la verdad y la belleza ...» El cigarrillo me quema los dedos; lo había olvidado. Quiere indicarme que hay otros libros, que son un simple transporte, y que, fuego dentro del alma, no dejan

en la red de las palabras sino estéril ceniza. Gracias, muchas gracias, si á los míos se refiere.

Pongo lo que resta del importuno en el marco de la ventana. Parece la cola de un gusano de fuego, que se devora á sí mismo; ya está concluido; un soplo leve, y el polvo se dispersa, menos feliz que el de los faraones y califas, guardado en su país nativo bajo monumentos de piedra.

Mas en el gabinete sobrevive aún el humo, flotante espíritu, emanación del pobre cuerpo, consumido y disuelto. ¿Queréis filosofar? Os paso la pluma... Yo, en tanto, veo que las fajas, brillantes en el sol, terminan; que los arabescos volubles, irisados, son sólo un recuerdo; y que envuelve los últimos volúmenes de la biblioteca una masa que, en lo más alto, al hacerse homogénea, pierde en un gris uniforme su blancura. El armazón, cubierto con los múltiples formatos de las encuadernaciones más diversas, estuche del pensamiento que lucha en pos de nuevas formas, para engañarse á sí mismo sobre su variedad, reduciéndose al fin á enseñar «que es nuevo lo viejo olvidado», tiene por corona esa nube sin matiz, como el tedio. Que se abran de par en par los cristales, y entre á torrentes el aire y salga al espacio el humo encarcelado. Todos los colores del iris, concertándose en esas encuadernaciones, producen una monotonía desesperante; el espíritu embebido en la letra, no puede quitar á lo impreso su abrumador aliento de hastío. Por el ventanal resplandece el cielo, atrayente, infinito, dominador, y acomete el deseo de fumarle como un cigarrillo, y de sentir en sus divinas bocanadas azules algo que nos acerque á Dios, transformando su misterio en sol del alma. Y antes de encender, para seguir en mis divagaciones, otro más humilde, compañero del recién fumado, perdón, oh! vosotros que dormís en los estantes, impecables maestros del buen decir, perdón por la enormidad de la última imagen!

BRUJAS LA VIVA

De pie sobre el muro de piedra del malecón del Rosario, miro con cariño el más bello rincón de Brujas. El canal que se hunde en el fondo se convierte, bájo mis pies, en un estanque, para correr, desviándose luego, hasta Nuestra Señora. El agua al frente penetra en el corazón de la ciudad, y el paisaje es encantador, hecho de piedra y verdura, de melancolía y pensamiento. Agrúpanse detrás de los fondos del Hôtel de Ville, los *estaminets,* con las galerías abiertas sobre las aguas. Las verduras de los olmos y los álamos, impiden leer en la torre octógona del Befroy las horas que indican números de oro, cual ideas de eterna juventud en la vejez gris del muro. El carillón, dócil á mi deseo, suena las seis de la tarde. Una campana colosal se rompe en los aires; los pedazos, con la vibración, engendran alas, las alas los sostienen flotantes, después se desvanecen sin dejar surco, convertidos en notas, que se llevan los espíritus de los invisibles cristales. El canal y las verduras de los árboles responden; las hojas, movidas por el aire tocan las aguas, que al contacto de esa caricia, se estremecen como una piel voluptuosa. El sol se oculta tras las nubes, y la brisa vuelve á cada instante, repentinamente, haciendo pensar en un rincón misterioso, donde hubiera estado varios siglos dormida.

Al pie del Hôtel de Ville, Margarita de Borgoña, con el bonete de mármol, de que cuelga el velo, rígida bajo un palio primaveral de flores de rubí, marcha hacia el balcón que da al agua. Allí la espera un solio, cerezo vestido

con la blancura de una novia, y también un jirón de hiedra pendiente del muro, simulando, para que se apoye la archiduquesa, un tapiz gótico. Los cisnes se deslizan por delante, y desde hace varios siglos, pues el pueblo fué condenado, por haber muerto á Lonchals, que en flamenco significa largo cuello, á mantenerlos en las aguas públicas. Siguiendo á uno de ellos, noble y magnífico, paso por frente al San Juan Nepomuceno, rodeado de ardientes cirios en el día, y llego á la alameda poblada de bancos, á la sombra de los olmos, sobre el canal que lame con sus ondas los viejos muros.

Los troncos, en su oquedad, muestran aún los verdines del invierno, y, en las ramazones que los bordan las hojas tiernas, donde la primavera es una esmeralda. Un clérigo se aleja leyendo su breviario, incomodado por humildes mujeres que quieren besar sus manos. Sobre las fachadas, más allá de los árboles, aparecen en retablos crucifijos y vírgenes. Las ventanas y puertas sigilosas del fondo de construcciones alzadas sobre el canal, hacen pensar en una Venecia que ha perdido su manto purpúreo del Veronés, para ponerse, sobre humilde traje, la cofia casi ingenua y bonachona de una vieja de Pourbus. Sentado en un banco que se incrusta en tierra, cubierto de verdín en sus patas de mármol, como si la savia, después de obstinación de siglos lograra fecundar la materia rebelde, y aspirando lejos de las fiebres de las grandes ciudades, con el alma abierta á la paz, los pensamientos de vida adormecidos en las hojas, exclamo en alta voz: «¡Pobre Rodembach! Pobre admirable poeta! Brujas le niega una estatua; ¿y quién como él podrá decir el encanto melancólico de estos canales? ¿Quién podrá repetir las músicas de los carillones, que debieron de sonar en su alma, agitados por las alas visibles de las palomas y las invisibles de los ángeles pintados por los primitivos?»

Entonces oigo que alguien responde: «Vuestro poeta se

equivoca.» Miro con asombro al que habla, sentado en el extremo del banco. No le había sentido antes, mas por su inmovilidad es como una estatua que hace largo tiempo estuviese allí clavada. El hombre deja de hablar; sin embargo, sus labios hacen un movimiento de rezo. Créese que sus manos repasan las cuentas de un rosario. Pero no! Las tablillas que recorre con los dedos no tienen nada que ver con *decenas* y *misterios;* parece tocar un piano raro, y de vez en cuando sonríe como á una música lejana. Advierto en sus cuencas, inmóviles los ojos con fijezas de ciego, y su nombre, «Daignant», puesto en un cartel con letras obscuras, lo confirma. Comprendo que aquel hombre lee un libro; me doy cuenta del abismamiento y de sus imperceptibles sonrisas, cada vez que de su mundo interior, donde se desarrollan cuadros palpitantes en la sombra, le llegan, entre las armonías del estilo, los silenciosos encantos de un pensamiento viviente.

No me detengo y le pregunto: «¿Por qué Rodembach se equivoca?» Sin mirarme responde: «El libro que leo llámase *Brujas la Muerta;* y bien, su título es mentira.» «No obstante» —observo— «permitidme deciros que es difícil leer en un silencio mayor, á un paso de una plaza principal.» El ciego, después de hesitar un momento, abandona sus tablillas y prorrumpe así, más ó menos:

«¿Por qué Brujas la Muerta? Recorredla de un lado al otro. El burgomaestre mesire Anselmo Adornes, hizo el viaje á Jerusalén para reproducir el Santo Sepulcro. Id á la pequeña iglesia ojival, y lo encontraréis exacto, con el recuerdo de que sólo tres días fué ocupado, convirtiéndose el vacío en centro que encierra el sol del mundo. Brujas, en torno, ha mantenido siempre viva la tradición de su gloria. ¿No fué belga el primer rey de Jerusalén, y no partió de esta ciudad, Balduíno, el primer rey latino de Bizancio? ¿No trajo Tierry de Alsacia, conde de Flandes, gotas de sangre del Cristo, y no se veneran aún en la capilla de

su nombre? Mirad la fachada del Hôtel de Ville, con sus torrecillas góticas, y en el gris del templo contiguo las esculturas de todos los gentileshombres de Bélgica. Adentro, la sangre está en un sagrario de mármol rodeado de vidrieras, donde resurgen los caballeros, que en la rigidez de la piedra, al aire libre, alzan sus espadas ó se apoyan en sus cruces. Así, en muda adoración del santo depósito—tal como Tierry al recibirlo de manos de Balduino,—parecen transformarse, con fluideces vaporosas, en el éxtasis ideal de las transparencias. Y así las tradiciones, renovadas, han nacido en tierra dura é ingrata, y cerca del cielo transfigúranse en los misteriosos ideales cristales, que alumbran los del templo mismo con un sol espiritual de gloria. No sólo los artistas, todos los creyentes miran con amor los reflejos de los caballeros que bañan de juvenil resplandor el vetusto ceño de las esculturas, y ante ellos sueñan. Y Brujas ve y siente, porque quiere sentir y ver, más allá de la vida miserable, con la luz que penetra en el misterio y da á los hombres la virtud del sacrificio.

«Todo en la ciudad vive con el encanto singular que le infunde la vibración de su espíritu latiente. Al recuerdo de las Cruzadas, con el depósito de la santa sangre, se unen los prestigios de sus reyes y caballeros. Ved en Nuestra Señora las tumbas de Carlos el Temerario y de su hija Margarita. Contemplad las estatuas yacentes, obscuras como la noche. Las estrellas de su sueño son los escudos con las divisas que surgen en los costados del sepulcro, y el lápizlázuli y los esmaltes, de atributos heráldicos, levantados por ángeles que mezclan vestiduras, manos y cabelleras, en decoración ilustradora del árbol genealógico de la casa de Borgoña. Mirad, sobre todo, al rey, con su cota de malla bordada de lises y su león echado; ved los guanteletes caídos para tener libres las manos que imploran en una rígida plegaria eterna. Se antoja va á levantarse cuando el órgano estalla en la nave y sacude los ecos de la capilla. Si obser-

váis á éste, no os parece difícil, pues de su voz se espera el prodigio. Sobre el coro se yergue, semejante á un monte erizado de trompetas. En su cúspide, un Crucifijo colosal toca el techo. Cuando la noche desciende y la luz se apaga, de la imagen en la penumbra sólo se ve, abierta como una boca trágica, la herida del costado, sangrienta, que se resiste á la sombra. Y cuando suena el instrumento, es imagen de los salmos en que los montes claman, pues ese Gólgota estremecido es cumbre armoniosa y divina.

«Visitad la catedral. Si os disgustan sus vidrieras encuadradas, sobre columnas y ojivas, que las suspenden en sus chispeos saltantes, sobre castillos de luces de bengala, reducíos á ver, con el amor de los fieles, el coro y el pavimento. Son extraordinarias las placas tumbales de cobre. Emergen burilados los caballeros, con sus armas, y las damas con sus trajes de corte, ó velándose la faz para ocultar el llanto. Los detalles de un vestido, de un escudo, de una cabellera, resultan tan prolijos, revelan tanto amor en el arte de lo pequeño, que simulan placas de grabados. Así, las imágenes de los gentileshombres se fijan en nuestras almas, al resplandor del recuerdo, como aguas fuertes del sepulcro. Cruzad las puertas del coro, bajo la mirada del Sér Supremo que bendice, colosal, con el mundo en la diestra, al par que el viento hace del manto marmóreo, al plegarlo, una aureola; pasad bajo los ángeles que tocan la bóveda con sus cabellos ondeantes y baten el espacio, con sus alas inmensas, y reposaos entre las sillerías de grave majestad gótica. En cada una surge el escudo de un Toisón de oro, sostenedor — por gracia de Felipe el Bueno — de la cruz combatiente. Los frailes rezan, y la oración roza los cuarteles animados de los emblemas, y el collar que soporta al cordero heráldico y pascual, parece lanzar de sus fusiles antiguas chispas. Ah! ya no eran los buenos tiempos de las Cruzadas, en que los condes de Flandes vendían sus bienes para comprar armas y

caballos. Y —¡benditas sean mil veces!—las hogueras posteriores, encendidas por duques extranjeros, ya que la existencia del hombre es pasajera, pero inmortal la vida de su alma. Era menester quemar y purificar por la salvación de nuestro pueblo, y que la sangre impura no corriera, sino que, encerrada en sus vasos y consumida como un incienso sin nube, no dejase á las cenizas su mancha...»

La voz del ciego se ha hecho tonante; miro con asombro sus grandes ojos inmóviles, ardiendo en fiebre, y la expresión cruel de sus labios, que repentinamente derraman sobre el rostro una sonrisa de indescriptible dulzura. «En esta ciudad»—prosigue—«la fe convierte la tierra en una diosa de ingenua gracia, y tiene sus himnos espontáneos, con los dulces versos que brotaron desde Asis á poner estrellas en los cielos de Umbría. Mirad los retablos con las vírgenes y crucifijos; leed un libro entre las verjas del jardín de Nuestra Señora: veréis palpitar frente á las imágenes los cirios que el hombre enciende, y rosales y enredaderas perfumadas ascender naturalmente hasta los pies del maestro y el manto de María, con una aspiración del suelo en que se cavan las tumbas.

«Oh! cuán bellos los rincones de paz de esta ciudad única! Á las tardes, os llama el barrio de las Beguinas. Las viejas tejen encajes y aparecen entre los vidrios de las casitas rojas con techo triangular, tal como en los cuadros de los antiguos flamencos, con su cofia, su gato y sus antiparras. Esta animación de la silenciosa vida que las figuras llevan en la paz de los museos, dosifica el espiritu con pensamientos tranquilos. Las inquietudes desaparecen, son un lenguaje intraducible, entre las simples almas que nos rodean.

«Al otro lado del canal el Beguinaje se alza. Los arcos de sus portones cortan el horizonte rojo, que con flúidos vibrantes y transparentes vaporizan lejanas arboledas.

Allí surgen y se pintan como lo real idealizado, á través de la arquitectura del hombre. Entrad al gran recinto. El patio, circuido de las casas de las monjas, tiene el templo en su corazón; y tapizado de césped y de flores, bajo inmensos olmos, es el atrio de una región de bienaventuranza. El templo continúa el jardín; y el perfume del incienso sale y se mezcla al de rosas rojas que sonríen á su blancura. Y nunca árbol alguno tuvo sombra más intensa y más ligera que la de esos olmos; sombra que es un pensamiento de savia humana con transparencias de esperanza divina. Vive Dios en la paz, y las verduras de las hojas nos acercan á su deseada gloria; y las Beguinas, en las celdas, no ven al cielo, *lo sienten*, como se abren en sus invernáculos flores con la caricia del sol, sin mirar bajo las teñidas vidrieras el esplendor de su centro... Salid á recorrer el canal. Por sobre los muros almenados, yérguense los almendros revestidos hoy de sus flores primaverales. El silencio es profundo en la hermosa soledad. La meditación detiene las aguas, que exhalan sólo el murmurio de una plegaria. Los sauces se inclinan, dejando ver sus troncos al través de la lluvia de las hojas, con reflejos de tan juvenil verdor, que evocan grutas hechas por linfas movibles al retratar caprichos de esmeralda. Y las iglesias y los conventos tiemblan en el fondo del canal, cuya tranquilidad de seda, convierte las púrpuras lejanas del cielo en expirantes pliegues de rosas. Después, la caída de alguna esclusa da cuerdas de cristal al espíritu de la tarde, y las gotas, antes de ser un murmurio abandonado al lago, se tornan, al sol, en diamantes y amatistas y rubíes. El lago se extiende más allá del último puente, y se llama de Amor. Lo turban en su tersura los lentos giros de los pelícanos, que ven, al nadar, macizos de árboles en vaporosas lejanías de ensueño. Ya lo comprendéis!: no son cisnes los habitadores de esas aguas. Ni Leda ni Lohengrin; ni las rosas de las ninfas, ni los azahares de Elsa. Los

pelícanos, símbolos del amor divino, prestan al paisaje sus sonrosadas blancuras, hechas de nieve inmaculada y de primicias de aurora. Y para llegar hasta ahí, se cruza por los humildes muros del Beguinaje, los mejores para imaginar radiantes los muros de pedrerías, con siete fundamentos, de la Jerusalén celeste.»

Yo hago un movimiento para interrumpirle, pero me detengo cohibido ante su rostro transfigurado. Realmente sus ojos están lejos de su cuerpo; en la muerte de sus pupilas hay una resurrección; y cuando los vuelve á mí, tienen, sin mirarme, un resplandor que ve. Después prosigue cambiando de tono:

—«El museo! extraño museo que se abriga en un hospital de cuerpos y de almas. Desde la cámara de los cuadros se mira á los convalecientes contemplando el cielo por las ventanas abiertas. Al otro lado, en otra sala, los que se despiden de la vida lo pueden ver también al través de los vidrios. Por el patio cruza á cada instante la nívea toca de una hermana. Por la galería, al abrirse una puerta, llegan los lejanos rumores del órgano, conmoviendo el aire en que el incienso expira. Sobre el jardín, la torre de Notre-Dame proyecta su larga sombra, que el sol mueve, marcando las horas en un cuadrante engendrador de la esperanza, el dolor ó la muerte. Débese vivir bajo la influencia de ese hospital, para comprender cómo florecen al pie, afectuosas y adorables, las figuras de Menlink. Mirad sobre las hojas del tríptico del Casamiento Místico, al fundador, que surge rezando entre las primeras religiosas. La oración brota de sus labios, y si abrís las hojas, las escenas son como la realización de su ensueño entrevisto.

«En el centro, la Virgen madre resplandece con una bincha negra en la frente, y sus hermosos rizos de oro caen sobre el manto de púrpura. El niño, con manos en que pueden verse con una lente sus dedos, diminutos cual las

fimbrias de una flor, tiende el anillo nupcial á la Virgen de Siena. Y la santa aparece de rodillas, vestida de princesa, con su manto forrado de armiño. Un ángel toca en su arpa y, con soles sobre el cuerpo, canta las bodas. Ótro, vestido de un celeste aturquesado con vagos resplandores de oro, abre un libro sobre su pecho, emergiendo como un facistol viviente. Santa Bárbara lee, con el cabello recogido en forma de nátural corona. De pie, San José medita, con un compás en la mano, dulce y tranquilo, junto á San Juan, que muestra el báculo que lo acompañará en el desierto, mientras el cordero, embargado por la escena, también sueña y medita como una criatura.

«En otra hoja, el Evangelista inspirado en Patmos siente el espacio lleno de voces y lo ve relampaguear con sus visiones. Los caballeros, el dragón, los símbolos de las iglesias, los candelabros de los obispos, surgen entre pinceladas que se iluminan con sus mismos estremecimientos. Aquí, el artista ha tenido que salir del mundo real y vivir en el de la fantasía, obsesionado por los versículos del libro pavoroso. Pero observad en la tercer hoja la muerte de San Juan. Por la ventana abierta de un palacio, veréis, entre el Tetrarca y Herodías, danzar á Salomé: el palacio es un castillo gótico y hay casas entre los muros absolutamente flamencas.

«La «châsse» de Santa Úrsula, diminuta capilla gótica ilustrada, es para Brujas como el arca del pueblo de Israel, emblema de la alianza de la tierra con el cielo. Observad esa obra de amor, de fe, de hermosura, y en el peto del soldado que detiene á Úrsula veréis reflejado al que lanza la flecha. Es así el amor de la realidad, hasta en sus nimios detalles, fuente constante de lo ideal.

«En vez de pintar á Belén, que nunca ha visto, preferirá poner á Jesús recibiendo cálices rebosantes de oro, incienso y mirra, en el marco de una ciudad belga. Los ángeles que en el mismo cuadro se arrodillan sobre el manto de

la Virgen, donde el niño se duerme, son hermanos del que toca el arpa y del que se abre con el libro como un facistol viviente. No son criaturas humanas, que sueñan y quieren ser ángeles; son ángeles, ó tal es el íntimo pensamiento que sugieren, capaces de convertirse en hombres. Bondadosos hasta la resignación, nos acompañan en la mesa, tañen un instrumento en nuestros regocijos, se mezclan á la vida del pueblo humilde. Así nos acompañan, sin asustarnos, con una divinidad inaccesible. El sentimiento que infunden es cariñoso y tranquilo. No queréis seguirlos con arrebatos de imaginación, ni con violencias, ni con sobresaltos; deséase solamente que nuestra conducta sea honrada para que no se alejen. Recorred la Galería de Bellas Artes: encontraréis otros nombres, los Van Eyck, Van der Weyden y en todos el mismo espíritu. Por ellos la seguridad del fin nos empuja, hasta que el alma sienta que una nota de carillón es el sonido material de un rayo de sol, su símbolo, cuando por libre resplandece cristalina.

«Pero antes, he ahí á la Sibila del maestro. Los ángeles se desprenden en las noches de los cuadros, y en los anillos de sus dedos ponen besos, como los verdaderos en el día de su muerte. Un tul inconsútil le envuelve el cabello y pudo vestir el alma, que logró ser en el cuerpo la expresión de una pureza desterrada. Y los flamencos no olvidan los encajes de Ipres con sus rincones de idilio, que cubren los lechos donde se nace y se muere, y los circulares de Brujas con humos de espumas y vapor de hilos, no menos hermosos que los de Malinas, aliados de los de Amberes, por sus búcaros de flores; y todos tan infinitesimalmente inverosímiles, que es de preguntarse dónde están las manos que los hicieron, si no hay ojos para mirarlos. Son, á veces, imagen de los sudarios, tejidos celestemente para rostros cual el de la Sibila; y surgiendo de ellos el espíritu encuentra á los ángeles lejos

de los cuadros. Los ángeles! Menlink dijo al mirarlos, acordándose de lágrimas del mundo para llorar de júbilo: son más bellos que los míos, pero su bondad no es más encantadora!

«Así — prosigue el ciego levantando el acento—se confunden las sensaciones de Brujas con ideas vencedoras de la muerte. Yo perdí los ojos siendo niño. Desde entonces guardo intacto el recuerdo de sus imágenes. Las miro radiantes, inspirado por el perfume del incienso, porque adivino una flor ó siento el murmurio del agua, ó porque la frescura de los viejos muros me penetra. Brujas es una ciudad muerta, como yo soy ciego. No vé el resto del mundo y no le importa. Ella encierra en sí la armonía, que le canta su himno, y la losa de su sepulcro es una cuna de estrellas. Id, extranjero que me escucháis, y decid á los que tengan oídos para oir: «En Flandes hay una ciudad, llamada Brujas y que puede llamarse *Brujas la Viva.*»

El orador calla pavorosamente. Un temor religioso me penetra con su silencio. Ha dicho ciertas frases con voz tan melodiosa, que aún me parece seguir oyéndolas; y su rostro de estatua glacial, como si no hubiera proferido una sola palabra, brilla perfilado por una rigidez de muerte. De esta rápida sensación de angustia, me saca un leve ruido de las aguas. La estatua se anima: «¿Es un cisne, verdad?» —«Un cisne», respondo.—«Un cisne negro, ¿no es cierto?» — «Un cisne negro», contesto. — «Es el de mi hora», agrega; y sin despedirse y sin hacer más ruido que á su llegada, aléjase por la avenida.

Le miro perderse á la distancia: «curioso personaje», pienso; y preocupado con la aventura, camino hacia el malecón del Rosario. El cisne negro se cruza con otros blancos, marcando al parecer horas diferentes, mientras el reloj da la nueva con el timbre de todas. La mano celeste se agita, rómpese la campana de cristal en los aires,

y las notas, flores invisibles y vibrantes de no sé qué inmaterial jardín, caen sobre el agua. En el fondo profundo refléjase el cielo; las construcciones se miran y apenas tiemblan en el principio de la bóveda; la tarde la ensombrece gradualmente, y las notas, desde el infinito real, extínguense en el quimérico, descendiendo á lo desconocido, más allá de las entrañas de la tierra. De mis pensamientos me saca el arrastre estentóreo de unos zuecos sobre las piedras. Son dos mujeres del pueblo; y obsesionado aún por los acentos de la voz de mi nuevo amigo, les pregunto: «Decid, ¿sabéis dónde vive el ciego Daignant?» — «Bien se ve, exclama una de ellas, que sois extranjero»; y la otra añade, dejándome aún más perplejo: «Señor, hace quince años que ese hombre ha muerto!»

LA LIRA MARAVILLOSA

Un viejo poeta, filósofo y político, me ha regalado estas páginas. Las hago imprimir al pie de la letra. Dicen así:

No me acuerdo del nombre de aquel país, ni menos del de un rincón que abrigaba. Quizás no exista, y ha existido sólo un minuto, desvaneciéndose como una nube y dejando una eternidad de pena. No basta la felicidad que pasa y no se toca, aire respirado un instante y el cual no se colorea, por no dejarse ver; no basta la angustia de todo lo que viene del infinito, con el velo que á veces arde al contacto de la curiosidad, sólo para cubrir nuestros ojos con la espesa sombra del humo de su fuego; no bastan las cosas reales cuya hermosura hace sufrir, ni los signos impenetrables que encontramos en sus armonías; no basta la perpetua cruz naciente de nuestros sentimientos, en el contraste de afecciones que por su fuerza parecen inmortales, quebrándose en lo transitorio de la vida: es menester, para aumentar la humana inquietud, soñar con lugares lejanos, donde la existencia es por sí sola un canto, mientras el contento brota naturalmente del espíritu para embalsamarlo. Después, la visión se desvanece y labra una fuente más de nostalgia. Y en uno de esos rincones sin nombre, de uno de esos países que no han sido, aunque, en los sueños, estén en el planeta, me detuvieron ocho hadas.

Los árboles nos formaban una circunferencia y quedé en el centro, sobre el césped verde, entre las flores que se abrían simulando piedras preciosas. El aire circulaba tan ligero, tan perfumado, que vivir respirándolo era una fe-

licidad física. El día se antojaba un sueño del día de otras partes. Yo pensé: «hastiado de los ajetreos del mundo, de las luchas miserables, de los dolores ocultos que matan á fuego lento, se viene á tener un asueto en este círculo; colegial feliz que sabe el valor de unas cuantas horas sin cuidados, como que se impregna allá de todos los pesares del hombre». Sí, aquel aire en la paz del ambiente hecho por los árboles, hechizaba el día como el agua del Leteo y veíasele resucitar, vestido con un júbilo, que era su traje y su aliento, fulgurando como su diadema. Así, la inefable paz del parque se divinizaba, y ella penetró en mi mente y me libró de la memoria. Entonces, el alma se sintió ligera como el cuerpo, y la ventura del sano vivir, armonizándose con el contento espiritual, se hizo repentinamente como una sola partícula etérea, embebida de rayos de sol y de perfumes de flores... Pero ocho hadas salieron, como decía, del retiro de las frondas, y eran hadas que hablaban, y eran, si no todas bellas, todas inteligentes.

«Estás — exclamó la más vieja, á ser posible advertir decaimiento en su juventud vibrante, — estás en el rincón del sueño de los ensueños. Todos los de los hombres vienen á dormir acá, y reposan, sin que su tranquilidad sea turbada por las visiones nacidas en el mundo, del febril, misterioso espíritu que vela sobre el cuerpo abandonado. Así, la flor de ámbar, que se abre junto á un laurel, tiene el reflejo del cabello de Lucrecia Borgia, flor evocadora de su mayor hermosura, y que sin memoria es incapaz de inspirar un crimen. Esa enlutada, con negros pétalos de terciopelo, viene del ataúd de Ligeia, y la encarna, sin los gemidos horribles que la volvieron á la vida. Esa que toca casi tus pies, radiante de blancura, sin que la torture ya el recuerdo de Hámlet, sirve para la cita de un pensamiento de Ofelia y de un rayo de luna. Podría darte la clave de todas las flores, desde Eva á la Sulamita, desde Beatriz á la Gioconda, desde María Estuardo á María

Antonieta; es decir, de las mujeres reales y fantásticas, que han hecho y hacen soñar á los hombres, y que hoy duermen en la gracia del símbolo. Siente la palpitación de sus sangres, sus leves respiraciones, toda su vida se reduce al perfume; y los perfumes, mezclados, infunden al alma como un reparador letargo. Sólo un sueño les es posible á las flores, y ya, sin duda, lo has comprendido: soñar que no viven, cuando en realidad no han muerto... Tú renunciaste á las luchas de intereses mundanales, queriendo crear con tu silencioso ensueño, templo y palacio, luz y corona. Y he ahí que el palacio se hunde, y el templo te inspira ótro que tiene por pavimento una estrella, y por lámpara el sol y por bóveda el infinito. Por eso te atrae el misterio, y desesperado escapas de ti mismò, y deseas rehuir la vergüenza de pensar, desde que el pensamiento perece en la cárcel de su propio límite... No te lamentes y respira las flores, vive en la paz de este aire; él te otorgará la suprema ventura.»

El hada desapareció, y comprendí que era la reina. Las otras quedaron solas, y más libres, se pusieron á danzar leves sobre el césped. ¿Cómo fué que una de ellas se acercó á mi oído y me habló, turbándome por su acento? Lo ignoro; pero su voz me penetraba, mi memoria se encendía y su hermosura maravilló mis ojos con la armonía triunfal de la animada estatua.

«Ea—dijo—yo soy madre de Venus, soy Eva; sé cómo se vence al hombre, y él sabe cómo es vencido, sin saber lo que yo sé: cómo se triunfa y se impera. Traigo aquí la cuerda que enseña el amor, pronta á vibrar en tu mano. La mujer, cuna de la muerte, caerá á tus plantas y serás un rey de la vida. Acepta mi presente; el renunciamiento es también quimera y el más estúpido de los sueños.»

Su voz despertó la voz de otra hada, cual un eco de ella misma que se enardeciera hasta transformarse en acento poderoso:

«Toma—exclamó—esta armoniosa cuerda enredada como una liana en mi cuerpo. Las virtudes serán exaltadas si tú conciertas tus palabras con la inspiración de sus vibraciones: cuerda maravillosa, tiene, siendo una sola, siete acentos distintos.»

Y su voz, propagándose en el grupo como una luz que encendiera una nueva antorcha, hizo fulgurar los ojos de la vecina con robusta llama, abismo en cuyo fondo se adivinaba un horror que atraía.

«Quita de mis senos y de mi vientre y de mis cabellos—murmuró—la cuerda que se me enrosca como una víbora, y en sus sones hallarás la sensación de los vicios. Ella completará tu alma humana, dando al ángel la sombra del demonio, y mis siete notas serán en tu canto un nuevo poder de gloria, ya en el goce, ya en el anatema, ó en el arrepentimiento.»

La cuarta hada siguió con otra voz, nota que respondía en el arpegio general al acento de la segunda:

«No desdeñes lo que te ofrezco; es una cuerda pesada pendiente de mis hombros como una cadena. Sus acordes son los más profundos, al propio tiempo que, por antítesis, los más hirientes: todas las despedidas desgarradoras y los dolores sin esperanza, todos los gritos de la pasión con los silencios terribles de la amargura, todos los sollozos, los ayes del alma y del cuerpo, resuenan compendiados en su solo acento. Ella es la llama de todos los fuegos.»

Y la quinta, en un contraste como de la sequía desoladora á la benéfica lluvia, ó del diluvio de lágrimas y de agua al sol que las evapora en la tierra y ríe en las almas, exclamó:

«Recoge la mía, si puedes; te regalo la ligera cuerda que pone alas en mis hombros, siendo como una brisa al moverse en mis cabellos, y que si acaricia mis pies, los impulsa, y que si toca mis manos, les infunde gracia.

Bendita cuerda, hermana de las mariposas y de los cóndores, pues tiene con el júbilo del ave libre, embriagada por su fuerza, el del insecto que salta de la flor á la grama. Y tiene aún la sonrisa y la carcajada; los tonos de la felicidad y los acentos de la alegría; y su voz alumbra los cielos, se mira en las olas de los mares, enciende las piedras preciosas y hace una inmensa fiesta de hombres y mujeres, piedras y flores, aguas y bestias.»

«He aquí—prorrumpió la sexta—he aquí mi presente; también renuncio á mi cuerda y te la dejo.»

Y noté que su voz era raramente extraña, con dos tonos tan distintos, que en uno dormitaban todas las iras y en el otro todas las bondades.

«Yo le he dado—prosiguió—la virtud de mi doble naturaleza. En sus acentos vibran crímenes, rencores, luchas de guerras, estruendos, y conmiseración, piedad, casi ternura por el hombre, víctima de su alma, convertida por el instinto en garra.»

Como saltando sobre el silencio que siguió á sus frases, se levantó la voz de la última:

«Tengo para ti—dijo—la cuerda milagrosa del cantor, la que hace de todas juntas una potencia divina. El alma se confunde con el cuerpo y se place en la armonía suprema: sufre y le arranca sus lágrimas; goza, y le arranca su risa; y el llanto y la risa son voces llenas de inexpresables palabras. El cantor necesita la voz que responda inmediata á la idea, como el llanto al dolor, como la risa al júbilo. Yo soy el poder que liga todas las cuerdas; acepta nuestros presentes y vuelve al mundo; la lira será tu alma misma, y tu alma será nuestra lira; en un sublime canto, hasta ahora no sentido, oiráse la vida plena, y el pedestal de tu estatua será el mundo.»

Entonces, la voz de las tentadoras alzóse en unísono coro y resplandeció aquel instante como un sol en mi alma. Y las hadas tomaron con amor sus cuerdas y construyeron

una lira. Estremecido la ví, pensando en el silencio, que lleno de estupor en ella, esperaba una mano extraña para crear con su voz un nuevo universo. La lira alzábase por sí sola, y las hadas cortaron todas las flores en donde dormían los ensueños de los hombres. Sufrí un momento, comprendiendo que era una profanación volver á la vida del dolor, á todas esas imágenes en dulce reposo. Tentado estuve de gritar: «Deteneos. Quiero no salir de aquí, y ver las flores morir en la paz de sus tallos, perfumando dulcemente sus sepulcros. Dejadme aspirar sus perfumes: ¡bendita es la ventura del letargo prometido por vuestra reina!»

Mas del otro lado de los árboles oyéronse voces que ahogaron la mía. Llegaban de ese mundo real que acababa de abandonar y al cual no quería volver. Percibíase el murmullo de la humanidad, con los distintos coros de hombres y mujeres, y después la fiebre de sus vidas era un solo concierto. Las hadas, al oirlo, respondieron: «Aguardad y sentiréis la voz maravillosa; en las cuerdas de nuestro cantor, los sueños de Dante, Salomón ó Shakespeare, son simples flores; esperad un instante y caeréis de rodillas...» No escuché más; mi talla se agigantaba; adelanté y pisé muchas flores: ¡quién sabe cuántos pobres sueños felices por dormidos! Así llegué á la lira, que crecía ante mis ojos, pasando por sobre los árboles y los montes, tocada por las nubes, queriendo apoyarse en la bóveda celeste. Y mis dedos, con un movimiento colosal, al rasgar el éter, engendraron el relámpago en que desaparecieron las cuerdas.

Al volver en mí, me encontré frente á la reina de las hadas, sola, pues su corte había huído. Vi que en el rincón de paz brotaban de los tallos y sobre el césped nuevas flores; y ella, con una voz que no tenía nada de extraña, natural como la de la realidad misma, dijo:

«Cediste á la tentación; y bien, el castigo que te doy es muy simple: despertar.»

Y desperté, sin duda, y jamás he vuelto al rincón feliz, cuyo nombre no recuerdo, cuyo país he olvidado. La experiencia es buena maestra, pero no hay como ejercitarla: ¡qué importa que la lección perdure si la prueba no se repite! Con la memoria tan rebosante, que quizás del todo ni la muerte la anonade, pues flotará con el alma sobre el cuerpo, y lleno de las heridas de la lucha nunca cicatrizadas, sangrientas siempre, pienso hoy en aquel retiro, y la virtud de sus flores, que no aproveché, sirve para acentuar la silueta de la reina, reproduciendo el dolor de no haber reconocido la voz de la suprema sabiduría en sus amables consejos!

EL MÁRMOL MALDITO

En el Louvre, con un amigo, nos habíamos detenido frente al *San Juan* de Leonardo. Lo mirábamos en silencio. Mi amigo exclamó:

«No es tan popular como la Gioconda, pero inmortalmente hermoso. De Mona Lisa todo el mundo se acuerda; usted es uno de los últimos viajeros que la ha cantado en *El Color y la Piedra.* De este San Juan se habla menos, pero es extraordinario...»

El San Juan nos oía hablar en voz baja; diríase que le rezábamos, pero no tenía aire de creer en nuestras oraciones. No es el rudo profeta que se alimentó de langostas y miel silvestre: es el más bello efebo que Grecia pudo soñar, nacido del vientre mismo de la Gracia. El cuerpo, cubierto con la piel de león, desaparece abajo devorado por la intensa negrura del fondo. Mas á medida que el torso se acerca al rostro, el rostro lo ilumina. Uno de sus brazos surge, escorzándose, y levanta el índice al cielo. Los cabellos, con el movimiento de la cabeza, inclínanse ligeramente sobre el hombro. Su color, de un rubio rojo sombrío, es casi una sombra con fosforescencias. Sus ojos y sus labios son dos abismos de misterio que callan la idea, y sin hacerla neta, sugieren encontradas sensaciones. Yo agregué:

«Alguien le hace un cumplimiento por su belleza, y él señala con un dedo la altura. *Id,* indica entre malicioso y sincero, *al mundo desconocido. Está lejos; la dirección de*

mi dedo es un poco vaga; pero hay allí una fuente. Quien bebe de ella, se regocija en su alma, y el rostro adquiere una sonrisa iluminadora, velo maravilloso que transparenta la perfecta felicidad sin inquietudes.»

Mi amigo respondió:

«Para mí, en esta figura se confunden la gracia de la mujer y la virilidad del hombre. Su sonrisa nace, como una chispa, de dos electricidades. Admiráis la luz, pero ya no podéis analizar en su brillo las dos corrientes. Comprendéis el fenómeno, pero ignoráis la causa: el gran Leonardo fué como una nube, como una fuerza de la naturaleza. Tomad un color, y la química os dirá que el antimonio lo ensombrece, ó que un inalterable azul tiene una base de cobalto. Pero tomad esa sonrisa y dádsela á los otros químicos á descomponer, y se perderán en análisis inútiles; hablarán de los efectos, sin definir la esencia. Para mí, San Juan levanta el dedo pensando: *no me explico la constante caravana de rostros pensativos y ojos escrutadores. No sé si soy en realidad como una esfinge, mas sé que, como una esfinge, no puedo responder. Mi mundo interior está en mi rostro, que yo no he visto jamás en un espejo; y mi espíritu ausente es un vacío; luego no me conozco. Lo que es en el desierto, y en el Jordán, y en la prisión, cuando yo existía, por mi rostro pasaba un relámpago de ira, un rayo si queréis, todo, menos una sonrisa de gracia perturbadora.*»

En nuestro diálogo se entromete el cuerpo del Baco vecino que surge sentado, contra una gruta. En el fondo se ve el paisaje de montañas azules, el mismo de la «Virgen de las Rocas», el que siempre pone el maestro, para que los ojos, fatigados con el esfuerzo del espíritu en las figuras, pueda escapar á reposarse en la lejanía. El Baco tiene sobre el cabello festones de pámpanos, y sobre la cintura la piel de león, y un tirso en la mano. Sus labios y la sonrisa hacen pensar en San Juan; y en efecto, es San

Juan, metamorfoseado en Baco; pero éste no es el señor de las borracheras griegas, como no es aquél el heredero del espíritu violento de los profetas de la ley antigua; y ambos son sencillamente dos criaturas del Vinci, hermanos de la Gioconda.

«Tales cambios—decía yo, echando á caminar por la galería—son casi siempre picantes. ¡San Juan, que vivió de langostas y del agua fresca de los manantiales, convertido en el gran vividor, que conquistó las Indias! ¡El Júpiter de Roma transformado en San Pedro! Pero á fe que el bronce de éste no puede quejarse: perfumado por el incienso de los dos mundos, su puño oprimía el haz flamígero bajo César, y bajo León XIII ha perdido el pulgar del pie por el beso de los fieles...»

Una gran ventana se abre á la derecha sobre el balcón dorado, una terraza se tiende entre las rejas. Salimos allí á respirar el aire libre. De abajo llega el murmurio de los coches; mientras, silenciosamente, entre los escaparates de libros, los paseantes recorren los volúmenes. Más allá, sobre el Sena, algunos barcos se descargan; grupos de curiosos desocupados miran. En la otra orilla, la cúpula bajo la cual se reúnen los Inmortales se eleva achaparrada (grato presagio, si la vida para esos señores no fuera generalmente buena), á la sombra del Panteón, que lanza la suya gigantesca de gloria, sobre un círculo de columnas. Vapores sombríos parecen petrificarse contra ella; y ótros, blancos y ligeros, envolviéndose en sí mismos, arropan la cúspide, mientras un claro azul más alto se hace infinito. Así se nos aparecía ese París tranquilo *del otro lado del agua,* que se antoja pensar, soñar y rezar, mientras el de los grandes bulevares se divierte. Mi amigo, tomándose de la reja con las manos, dijo:

«Ese Sena me recuerda las transformaciones de un mármol, menos célebres, sin duda, que las del San Juan ó el San Pedro.»

Á una indicación interesada de mi parte, respondió:

—Un tipo original, amigo de mi padre, de quien alguna vez quisiera escribir varios rasgos, curiosa y extraña mezcla de bohemio y gran señor, hizo un viaje á Grecia. En realidad, sin medios de fortuna, tal viaje para su mujer y su hijo era un disparate. Él, para consolarlos de las privaciones pasadas y del hambre en perspectiva, trájose un bloque de mármol de Paros. Sagrada reliquia del viajero, debía respetarse y no venderse, y sin duda era un poco duro para mascarlo como pan. El hombre siguió viviendo como había vivido, contando maravillosos cuentos y encantando los ocios de sus amigos con los prismas de su imaginación inagotable. Y á poco murió como también había vivido, en la más negra miseria, pero haciendo especiales recomendaciones sobre aquel milagroso mármol, que tenía, en su resplandor rosa, las venas con sangre de una interna aurora.

Su hijo, ya hombre, y á quien yo de muchacho conocí mucho, por la amistad de barrio que me ligaba al nieto, era semejante á él, pero con un resorte siniestro. Que la palabra no asuste: sí, siniestro. Temperamento de una rara sensibilidad, artista por naturaleza, escultor por instinto, había heredado la imaginación, mas no ya queriendo engañarse con los fuegos artificiales de la palabra, sino deseando revivir en formas sólidas y reales de obra de arte. Al mismo tiempo que la exagerada visión, en donde faltaba la serenidad del equilibrio, tenía la pereza casi natural, la indolencia característica de estos temperamentos. Procedía por descargas eléctricas: sus accesos de trabajo eran chubascos. Una idea, una concepción: dos días de trabajar diez y ocho horas diarias como un poseído febril, y en seguida, dos semanas de fumar la pipa como un bajá millonario. El célebre mármol de Paros, que mi padre recordaba siempre con una sonrisa de enternecimiento, pensando en su fantástico amigo, empezó á obseder al escultor.

Un día le oyeron decir en su estudio, poblado de telarañas: «Ah! los miserables! acaban de descubrir que los centauros no existen. Es decir, que yo puedo pintar un hombre, esculpir una mujer, pero no un centauro, porque eso no es la vida. ¿Qué es la vida? Todo lo que nace de la imaginación está vivo. ¡Quién se atreve á decir que era más el vientre de la lavandera de Shakespeare que la cabeza de Shakespeare! Hámlet es tan real como Carlomagno y es más real que Luis Felipe, un imbécil de quien nadie se acuerda. En los centauros creyeron los antiguos, creo yo; luego existen. Al modelar un hombre, le quito la palabra, lo transformo en yeso, lo adultero. Al esculpir un centauro que yo no he visto nunca, que usted ni el vecino vieron jamás, acentúo su vida vislumbrada. Luego, la escultura de un centauro será siempre más real que la de un hombre. Y yo haré un centauro fruto de la imaginación, conquistando su derecho á la existencia. Pondré en el cuerpo del animal todo el vigor de la naturaleza, que lo hace rey salvaje, y en el rostro del hombre toda la gloria del pensamiento. Así, el luminoso vigor de su expresión, será lanzado en el aire, como una antorcha, como un sol, por la elasticidad potente de las patas. Á mi centauro le mirarán las nubes con estremecimiento, pues saben que va á quitarles el rayo; los árboles, al verle, sentirán su savia helada de estupor, comprendiendo que toda su verdura será convertida en leña para calentar sus máquinas. Ya os oigo decir: «es ese rayo, es ese vapor los que van á matarle»; pero nó, mil veces nó! Escopas era inteligente como Édison, y Édison, como yo, cree en los centauros; y si no fuese así, no hubiera realizado tantas maravillas. Y aun querrá serlo él mismo. Sí! he ahí un sueño. Tener la cabeza del artista, y la pata del centauro, que rompe, con sólo mover el vaso, un cráneo de filisteo. Y bien, mirad este trozo de mármol; mi padre, que era todo un hombre, lo sabia!: ahí duerme el centauro verdadero, el

arquetipo. ¡Oh dulce, rosa, duro y blanco vientre!: el cincel va á perforar tu entraña, y te siento estremecer, clamando con un grito de gozo: *Era ya tiempo.*»

Y á pesar de su fiebre, el pobre fantasista, que soñaba su obra colosal, temblando con las olas vitales de su concepción, la veía salir confusa al romper los pedazos inútiles, que hubiera dicho Miguel Ángel. Una noche murió de un resfrío vulgar, agravado, cuando ya el desaliento era en él una anticipada muerte. Y se fué sin dejar otra cosa entre todo lo vendido á usureros, que aquel centauro informe, inconcluso, en cuyas venas ligeramente rosadas había una oculta aurora.

Imaginad mi pena el día que mi amigo, el hijo de aquel *grande artista incompleto,* al borde de este mismo Sena, me habló de sus obras. Él era también escultor. El Salón le había recibido algunos trabajos en que una originalidad y un ímpetu indiscutibles estremecían y animaban la materia.

«Ven — me dijo — á mi taller; está á bordo de una casa de baños.»

Sentí una súbita inquietud, viendo asomar en su frase al abuelo; pero prontamente la transformé en sonrisa para preguntarle: «¿Á bordo de...?»

«Sí! de una casa de baños; ¿te parece raro? Pues es lo más natural del mundo. Soy un parisiense rabioso que gusta del agua y la verdura. El campo y el mar los adoraría, si para verlos no hubiera que dejar la fuente de San Miguel, los cantos de Saint-Gervais, las boticas de todos los padres y todos los tíos de la calle Saint-Jacques y del malecón Voltaire. Yo no iría á recoger manzanas normandas, sino para dárselas á comer á los gorriones del Luxemburgo. Y adoro el agua y la verdura. Como ves, un verdadero conflicto. Tú juzgarás de la solución.»

Llegamos á las proximidades del Puente Nuevo.

«Observa—exclamó—ese barco.»

Miré, en efecto, una casa flotante, construcción de dos pisos, con barandas de hierro, con columnas jónicas incrustadas en el maderamen, con el techo negro en que se abrían las claraboyas lucientes y las chimeneas con sus cascos sombríos, y con ventanas en dos hileras, luciendo matiz gris perla y unas cortinillas blancas, que miraban á una terraza, cubierta á su vez de cenadores hechos de plantas, entre dos grandes faroles.

«Y bien—me dijo—¿no sientes nada?»—«Al contrario—respondí—la decoración me parece trivial para un taller de artista.»—«Oh!—me contestó—cómo se ve que no hay en ti, hombre del mediodía, el verdadero parisiense de raza. Escucha y mira. Sobre mi casa flotante, donde por un buen alquiler me han permitido levantar varias bañaderas, y allá en la popa que da al puente instalar mi estudio, hay un gran letrero: LA SAMARITANA. «¿Tampoco eso te dice nada?»—«Nada»—respondí sin comentario.—«Mira, entonces—exclamó—la última chimenea.»—«Lo que veo—agregué—es una especie de árbol».—«Es claro»—gritó exaltándose; y después prosiguió: «La Samaritana es el Oriente, el maravilloso horizonte de fe, que todo artista alimenta en el alma. La mujer hace pensar en la fuente, en Jesús y en una palmera. Y bien, no te burles, es mi inspiración; yo he decidido á mi propietario á colocar como chimenea de la máquina central ese árbol gigantesco.»

Miré entonces con atención, y en efecto, el gran tubo de la estufa era un tronco de palmera, y su casco lo formaban grandes placas de lata, transformadas en hojas de árbol. No pude menos de sonreir, y Marcos exclamó: «La ves negra de hollín y no la reconoces; tú vas á menudo al *Quai d'Orsay;* y bien, el gobierno hace eso, como Inglaterra y la canalla europea; este símbolo es símbolo político: convertir las palmeras de Oriente en chimeneas de fábricas para reventar á los obreros, y hacer dolorosa la huma-

nidad, mientras ellos viven tranquilos firmando expedientes, entre el humo de sus mejores cigarros... «Pero, hombre—le interrumpí—desde cuándo político?»—«Ah! tienes razón, perdona y prosigo: detalle filosófico, mira á la derecha.» Ví una tableta azul, que subía desde el agua, contra el gran muro, cubierta de números con dibujos de flechas doradas. «Son—explicó Marcos—las alturas de las crecientes; la última, la más formidable, es de 1873. Yo me pregunto todas la noches si el nivel se eleva cuando los infelices suicidas se arrojan...» Un velo de tristeza, no se tendió, salió á su rostro, como si le naciera del alma: y yo, afectuosamente, casi sonriendo, para no incomodarle: «Ah!—exclamé—en todo caso no es una nota agradable del paraíso de taller que me describías.» «Calla, es cierto—contestó—perdona, como la otra vez; pero ven, bajemos.»

Descendimos la gran escalera hasta el agua, y desde el puente que comunicaba con su estudio me dijo:

«Mira allá al frente, esa línea de jarrones puestos sobre la baranda; las enredaderas desbordan en invierno y verano. El gran muro hasta el muelle está revestido de hiedra que no se marchita tampoco en el otoño. Así, la verdura en mi rincón de campo es constante. Después, esos árboles, como que el agua los baña sin cesar, son los primeros en cubrirse de hojas en la primavera.

«Á la izquierda, flanqueando mi taller, observa la gran masa del Puente Nuevo. Las flechas de la Santa Capilla y los conos del palacio de Sàn Luis, más allá, parecen hender y esculpir las nubes. Y aquí, pasando los faroles, entre la negrura de los árboles, la mole de Enrique IV, sombría, con su caballo, habla al artista con los otros viejos muros, de la responsabilidad y de la deuda que tiene con la gloria, por ser hijo de Francia.

«No hay en el paisaje nada inútil; esas cadenas que nos ligan al malecón multiplican los murmurios al romper las

aguas y responden como un eco al del cimiento del puente, que convierte en impetuoso al Sena. Y observa la gran construcción. Los coches y los ómnibus pasan con estrépito; la masa cicóplea se cimbrea; los ruidos se transforman en truenos apagados; parece que toda la ciudad palpita sobre el arco; y así, sostenida por el macizo de piedra, se mece sobre el bullir de la corriente. Y así yo, al trabajar, en mi campo y sobre mi agua, siento siempre como el latir del corazón de mi París que no me abandona. Y mira aún sobre las curvas, las máscaras de Cerceau. Son un ejército, un pueblo entero; vociferan con todos los gestos del hastío y de la cólera, claman petrificadas, insomnes, día y noche; el chapotear del río no las adormece, el pasaje de los ómnibus les da estremecimientos, y yo creo que esperan para calmarse y caer en una paz radiante y feliz, que en mi balcón resplandezca la obra de arte concluída. Porque aún no te lo he dicho; pero ven, ven y entra.»

Me tomó por la manga, cruzamos el planchón y la baranda y dimos en el taller. Con inquietud ví el bloque del informe centauro, y en la otra extremidad, en yeso, un esbozo de rostro. «Ah!—exclamó febril, aún más agitado que afuera, al encontrarse frente á aquel mármol—¿conoces el Sátiro de Hugo?» Y sin darme tiempo á responder: «¿No crees que es el triunfo del lenguaje humano, el resplandor del verbo?»—«Sin duda»—respondí, turbado por el brillo de sus ojos... «Y bien—prosiguió—con el centauro, transformándolo, haré el Sátiro, con la lira empuñada sobre el verso final esculpido: *Place à Tout! Je suis Pan; Jupiter! à genoux...* Y al levantar los ojos de la inscripción, mi estatua impresionará como el coloso. Con un estremecimiento se le sentirá real y vivo. Evocará en torno el invisible Olimpo dominado, frente al dios supremo abatido, y á Venus temblorosa.»

Quise hacerle algunas observaciones: imposible. Ha-

blarle de lo que cuesta á un arte el salir de sus límites: inútil. Convencerle de que no se puede esperar el milagro en un cuarto de la Samaritana: tiempo perdido. En aquel noble cerebro faltaba el resorte, y al contacto de la fiebre, perdía la noción de la realidad, que recuerda de una manera tan terrible el mármol mismo, la materia más razonadora que el hombre.

Dos meses después, oíale decir desalentado, valiéndose de una imagen: «Sí! la estatua, irá sin duda; pero me pasa en el calor del trabajo lo que al lago con el hielo. Entre cosas antitéticas, cuán curiosas son las relaciones de la naturaleza! El frío aumenta, ¿no es verdad?, y el lago da su agua más cristalina, y se hiela su superficie con elemento de sus entrañas; y cuando en el máximum la lámina está hecha, el agua vive siempre abajo; pero los árboles y las nubes y los seres se dibujan turbios, informes en el cristal. Así, cuando el calor me invade, y, más vibrantes, mis ideas se suceden, y mi concepción se materializa, entonces las formas en mi mente se tornan vagas, pierden su vida intensa, y después les entra... ¿cómo diré? una espectral... sí, una espectral tristeza.»

Yo, que la otra vez había tratado de disuadirle, quise darle una infusión de aliento; al poco tiempo, el hombre, vibrante como una arpa, se iba á modelar, y también ¡ay! dos días después recibí un billete. Breve, en él me avisaba que á esas horas se habría suicidado. Y no olvidando un rasgo característico de su espíritu contradictorio, mandándome un abrazo, me decía con tono burlón: «Cuando vuelvas al estudio, observa si el nivel del Sena ha subido.»

Corrí, en efecto, á La Samaritana: era ruda la faena para sacar á mi pobre Marcos. Lo habían ya enlazado, pero pesaba muchísimo; y no sé por qué, una idea me pasó por la mente: miré adentro, y no estaba el mármol del centauro. Un amigo recordó haber visto quince días antes el bloque sobre la borda del buque, y que su carta contenía algo alu-

sivo que no acabó de leer emocionado. Me tendió el billete y decía: «Con el objeto de evitar que ótro sienta el influjo de este curioso bien, herencia de mi abuelo, él me servirá de peso libertador para hundirme.» El grupo comentaba entre suposiciones cómo se había realizado aquello. En silencio, sin oir, ni contestar, yo miré estremecido el agua; el nivel no había crecido en las flechas del indicador. Al fin, el cadáver pudo extraerse y el mármol quedó allá abajo. Quizás sea descubierto en un día de otro siglo, y quién sabe á qué poética y feliz leyenda dará origen.

La voz del relator se había hecho profundamente triste. «Ah!—exclamé yo, señalando desde la terraza el interior del museo—al lado de esos, que figuran en el Panteón de la pintura, cuántos otros sacrificados; qué interminable caravana de dolor y de martirio!»

«Pobre Marcos — respondió mi amigo: — él creyó concluir con aquel mármol maldito, sin pensar que era sólo un fragmento de la cantera inagotable!»

EL NARANJO

Trasplantado de España, creció bajo el cielo de Buenos Aires, en un patio de la casa de mis abuelos. Quizás porque extrañaba la tierra, desenvolvióse miserable, casi atacado de raquitismo, así como esos niños que concentrando en los ojos una belleza impropia de la edad, tienen una infancia triste. En el naranjo, los ojos fueron tempranas flores, tan tempranas, que parecía darlas aprisa, y fundir en ellas toda su enfermiza savia, presintiendo que la muerte le esperaba en la próxima estación. Pero, poco á poco, los cuidados le hicieron olvidar el aire primero que respirara y hasta la vieja fuente árabe que mezcló su murmurio al de sus hojas recién nacidas. El agua que le echaban religiosamente, con cariños de manos de enfermero; la poda, que ponía en la tijera la solicitud de un médico amigo, convirtieron al débil en un fuerte arbusto, y por último, un invierno benigno y una primavera extraordinaria, le transformaron en un árbol magnífico.

Desde entonces, con avidez, esperaba los nuevos setiembres que le traían las golondrinas de Europa. Toda la belleza del cielo, toda la transparencia del aire, tenían por objeto engendrar el traje nupcial del árbol, sonrisa de gloria entre los muros amarillentos del patio. Los niños habían crecido con él; y para sus novias encontraron azahares en sus ramas. Ya hombres, entregaron á sus hijos las cuatro ó cinco naranjas que producía y de que ellos, con el mismo placer y á la misma edad, lo despojaron.

Varios ataúdes desfilaron después al pie de su tronco.

Su sombra cayó rápida sobre el ébano, queriendo dibujarse en el brillo de esa negrura. Él también se despedía, armonizando con los viejos retratos que presidiendo la vida luctuosa ó alegre, impregnábanse de las emociones del hogar, melancólicamente pensativos.

De tres generaciones había sido ya camarada, cuando empezó á reconquistar sólo la mitad de sus hojas en las nuevas primaveras. Su sombra fué más leve en las baldosas desgastadas por los juegos de otro tiempo. Parecía más triste ante el rastro de los pies que ya no corren. Sus pocas hojas mostraban un verdor más intenso, más obscuro, y sentían en la luz misma el germen de la muerte. Al marchitarse, su amarillo no llegaba á convertirse en oro, pues con un dejo del verde anterior, diríase entrecano, dejábase arrebatar sin fuerza al primer soplo vivo del Plata. El tronco se hendió, para mayor miseria, ahora cuando no tenía casi copa que soportar; quizás el recuerdo de la frondosa de otro tiempo le hizo romper su entraña, imitando á los profetas bíblicos, que en los días de duelo desgarraban sus vestiduras.

Hubo que sostenerlo con un barrote, y se apoyó en el báculo, suavizando la dureza del hierro con la gracia melancólica de sus últimas floraciones. Un niño tuvo entonces la ocurrencia de quererlo mandar al Paraguay, para que reviviera en un hospitalario clima, y la gente rió por cierto de aquella forma ingenua del cariño. Su sombra, en tanto, daba pena; era un alma buscando su viejo cuerpo desvanecido. Alguien plantó una glicina al pie del tronco. La muleta de hierro fué envuelta. El árbol enfermo sufrió un asalto, y las flores azules, recuerdo del cielo, cubriendo el tronco y las ramas, lo embalsamaron piadosamente. Cuando cayeron, al fin de la estación, el naranjo no podía tenerse en pie, y la raíz sola, arrancando aún jugos á la tierra, con un último esfuerzo, ayudaba al sol, en cuyos rayos, para el árbol de la casa, había, con el amor de los

vivos, algo del espíritu de los muertos. Todo fué inútil, y para evitar su completa degradación, el hacha de un joven jardinero, descendiente de quien lo cuidó en su infancia, lo abatió de un solo golpe.

El patio, desde entonces, fué el sepulcro de algo que había desaparecido llevándose muchas cosas. Un farol que brillaba en invierno al lado del centinela rígido y negro, y en estío á través de las hojas, adquirió, al fulgurar libre en las noches, un inusitado brillo, lleno de fuerza para velar un cadáver invisible.

En el invierno que sucedió á ese otoño, el árbol reapareció ¡pobre viejo amigo! convertido en leña. Se le vió inflamarse en la chimenea como metido en el corazón de la casa, para transformarlo en viva llama. La muerte del patriarca era digna y gloriosa. Una ráfaga vibrante se alzó, consumiendo los trozos en un relámpago; fué menester echar más para animar su transporte. Júbilos de niños, alegrías ó tristezas de hombres y mujeres se mezclaron, y palabras incomprensibles de antiguas voces, murmuraba el canto del fuego, que era el alma de una elegía. Evocaciones, distintas, claras, acudían de rincones de los cerebros, confundiéndose en un sentimiento, en una común hoguera, cual los depojos. Á veces se animaban los retratos. Veíase á los gentileshombres españoles y franceses, desconocidos de sus nietos, y á las damas con trajes hechos exóticos por el tiempo, al resplandor del madero, transplantado, como sus sangres, de Europa á América. Creíase que iban á desprenderse de los muros para asistir al sacrificio y mirarle con el pensamiento. Con ellos se movían los de los muertos queridos, sin tener aún la pátina del tiempo, con los colores que les prestaba también el recuerdo. En una virazón de llama salieron del fondo de un alto espejo semblantes familiares sólo por las imágenes pintadas, con los ya efímeros y fantásticos, ayer en la luna reales y vivientes.

El último chisporroteo devoró el último leño. Una tristeza hecha de un moribundo fulgor, se tendió sobre un reguero de rescoldo; y la sombra intensa de la muerte del fuego, fué el sudario de un montón de cenizas. Los niños, entonces, tomaron puñados de ellas, cual si fuesen las de un muerto sacrosanto... El destino errabundo dispersa á veces á los hombres, de modo que sus ataúdes no se construyen con los árboles que dan sombra á las casas paternas. ¡Qué importa! No todos pueden peregrinar, á semejanza de los Natchez, con los huesos de sus padres: vosotros peregrináis con esas cenizas. Ellas fecundarán en cualquier parte el germen de nuevos árboles, en cuyas copas habrá frutos y flores, murmurantes con la armonía de las viejas y santas tradiciones!

Á PROPÓSITO DE SADA YACO

Hojear álbumes japoneses, es para el espíritu una forma de encantador vagabundeo. Se vive en una civilización de ensueño, y se la ve resplandecer en la realidad con su prestigio exótico. Se cruza por entre los Budas hieráticos; óyense sus mudas palabras de sabiduría, que brotan de sus gestos y emanan de sus actitudes, dando la suprema lección del renunciamiento. Alcanzar la extinción de la actividad sofocando el deseo, llegar á la certidumbre de no renacer, concluir con la ilusión de la vida, abismándose en la infinita substancia: he ahí lo que el sabio busca y anhela, he ahí la ventura del Nirvana, que explica al creyente el bronce sagrado de los dioses. Mas las figuras de los álbumes no siguen siempre los seguros senderos que, trazados por el príncipe Siddhârta, señalan en su reposo las estatuas. La actividad toma entre ellas las múltiples formas de la vida. Conservan, á veces, de religioso, cual un símbolo, sólo la sonrisa, que no se dibuja ostentosa, pero que se presiente gentil: sonrisa que en el japonés de antigua cuna, es de rigor en todas las circunstancias de la existencia, pues es forma de cultura y forma de belleza. Ella hace más gracioso el semblante, y por eso debe ofrecerse al interlocutor; disfraza un tanto la palabra y por eso también la brinda el que cuenta sus desgracias, pues no le da el código de su amabilidad refinada derecho á imponer á los demás sus amarguras. En el nuevo Japón, según se cuenta, todo esto desaparece, ante el viento occidental que barre añejas costumbres y pinto-

rescos trajes. Y más placer siéntese así en el vagabundeo á través de esos álbumes, y también de acuarelas, surimonos, pantallas y lavados á la tinta china.

Observad, por ejemplo, piezas de las colecciones de París y veréis las mujeres de Hasunobú sobre las altas sandalias que surgen en sus pies, cual de laca obscura, mientras las aguas en líneas giratorias tocan sus tobillos desnudos. Los peinados se yerguen en matas tupidas y los peines se clavan en las ondulaciones sedosas de azabache, y son saetas con puños de espadas que, sobre los rostros melancólicos, parecen martirizar negros corazones. Van tomándose de las manos las *geishas* bajo las túnicas flotantes, en amable camaradería, y las abullonadas telas suspendidas en las cinturas forman, al caer, enjambres de matices, en que hay flores tan inconsútiles que evocan almas de rosas aprisionadas en el tejido de nenúfares verdaderos.

Los grupos de Koriusai aparecen con los pies desnudos en salas liliputienses. Aquí, murmurando las canciones del amor, compuestas en las bellas noches de estio frente al mar de Sumiyoski, entre las melodías de los *shamisen* que ofrecen á los dedos de marfil sus tres cuerdas vibrantes. Allá, yendo al baño con las toallas en la boca, entre los biombos y los paneles donde una naturaleza se anima engendrada por espectrales reflejos. Los rostros hechos de una sola línea delicada, semejan sueños de la seda que el papel torna visibles y con sólo la acentuación de los ojos, á gran distancia de las cejas, adquieren expresiones profundas. Los matices morales inexpresables se escapan sutiles, mas se concentran casi siempre en una tristeza que se ve, como en el fondo de un espejo, en el encanto de su serenidad contemplativa. En diversas actitudes elegantes, hacen resaltar un sentimiento que forma la atmósfera que respiran, viniendo desde lejano tiempo á impregnarse del ambiente del Japón. Y ese sentimiento

es difícil de definir, algo como la inquietud de los que sueñan cambiar ó cambian de clima, pensando en el rincón que quizás no existe, y dejan salir afuera, desde el alma, una sombra invisible, pero presente, leve como el reflejo de una nube sobre un cristal translúcido.

Esta impresión parece condensarse en una estampa de Harumbú. De las ramas materiales de un árbol escapan los colores que son el flúido espiritual de las hojas. El árbol se retrata en un río. En su cauce hay una mujer en el centro de una barca, construída por un coral arrancado al fondo del abismo para incendiarse en un sol poniente. La mujer ha olvidado el abanico, que se antoja inútil embeleco, en su mano, porque la gracia ha muerto. Abate los ojos hacia el reloj de arena que ha caido, causando estupor, al advertir que el tiempo deja de correr, para que no cambie la tristeza del instante actual y se eternice profunda. El rostro exterioriza el infinito del pensamiento y sugiere la desproporción del cáliz de una flor condenado á encerrar toda la sombra de una noche. Y esa mujer, en la soledad impregnada de su mal misterioso, convierte con su expresión el río en un océano, dispuesto á salvar los limites de la tierra, si no puede ver en sus aguas el reflejo de los astros inaccesibles.

En las formas simples de este arte, prodigioso por lo perfecto, que da lecciones de dibujo á la naturaleza, siempre el mismo idealismo envuelve la verdad y, embebido en ella, sueña, florece y fructifica. Miremos las hojas aisladas de Kerzan. Una frase de Cuvier viene á los labios. Pero aquí no son fósiles los que reconstituimos con un hueso; son árboles que nacen de la hoja real, en el mundo de la alucinada fantasía. En los paisajes de Motonubu, los árboles pierden su potencia estival, se desecan con melancólica gracia; y se lamentan sobre sus esqueletos, las sombras de las hojas perdidas. Y en los paisajes de verano, los árboles sueñan con otros árboles, y los árboles que se ven, son ese

sueño en el esplendor de su gloria. Esta sensación la producen también los animales. Un monstruo marino de Gakutei se mueve en el fulgor de verdosas transparencias; hay en el ambiente un crepúsculo que finge matutino el encanto de frescas algas de oro. Y el monstruo va meditando cual el pintor, y al explorar el mundo misterioso experimenta el deseo de vivir entre madréporas que engendren fragmentos de soles. Los faisanes y las aves del paraiso de Sosen, piensan en ellos mismos, cual un hombre ó una mujer, en un hombre y una mujer idealizados, y al reflejar la sensación del artista, se transfiguran, convirtiéndose en el animal superior de su propia fantasía. Los japoneses han sentido, con los ojos y el espíritu, estas aves que tienen en los matices las prodigalidades de un dios, y á la impresión del brillo de sus plumajes añaden la de infundirles un alma inspirada por la voz de los ruiseñores.

Todo se hace sugerente, y siempre con el triunfo de la línea pura. En un Motonubu de la escuela de Tano, el cielo no es más que un espacio gris de seda, y se convierte, azotado por las alas de las cigüeñas emigrantes, en un resplandor que melancolizan despedidas invisibles. ¿De qué linterna mágica—donde copos de nieve, cuellos de cisnes, pétalos de lirios, se tornan sudarios de cuerpos de armiño y almas de virgen—ha nacido esta luz espectral que envuelve las aldeas de Hiroshigüe, olvidadas en el Nirvana del hielo, de todo rayo de matiz y todo caliente sol? Los volcanes de Hokusai, con sus rojos de mate cornalina y sus grises plateados, hacen sufrir, como cosas vivientes trasplantadas á la luna, donde la luz las anima y la muerte del astro las martiriza. Y este admirable pintor, loco del dibujo, pues asi firmaba, que vivió noventa años reproduciendo la vida como un realista rabioso, de pronto rompe un farol chinesco, ó lo incendia, y el fuego ó la rasgadura lo convierten en un sér fantástico, visión pavorosa de una pesadilla. Si estudiáis sus rasgos, es posible encon-

trar una simple caricatura que entre los dedos prestigiosos del artista, con la originalidad del procedimiento, dejó de ser un tipo de la vida contemporánea.

Las fiestas galantes de Toyoharu, tienen cielos negros, para que resalten mejor los fuegos de artificio; los jardines, con las guirnaldas de los faroles peculiares, ofrecen pagodas á las que conducen arcos triunfales de laca roja, y góndolas con enjambres de cabezas, y todo surge envuelto en una alegría de noche fantástica en que se besan los labios de una *geisha,* soñando con la hermosura de una hada.

Los parques de Schaustcho muestran á las princesas de sangre real recogiendo amapolas, al par que sus sombreros de sol son un segundo jardín, donde las rosas, animándose con el movimiento, rememoran los versos de Djyutamati: «las flores que no son amadas de los dioses, no atraen las abejas». Este Watteau japonés parece hacerlas acudir en enjambre y dar á sus alas chispas áureas de la lámpara de un Aladino, que, dejando á las huríes por un instante, desea perturbar con buen humor el reposo de los budas.

Más aristocráticas aún y más elegantes son las curiosas criaturas de Outamaro. Si queréis no olvidarlas jamás, ved la mujer que, estando de espaldas, se refleja de frente en un espejo, al levantar el velo que cubre á su niño. En ella la tristeza contemplativa de que ha un instante hablábamos, se torna más pura, más alta, más noble; casi es, puede decirse, un adorno, algo que sale de su alma, se enamora de su rostro y, no queriendo partir, se complace en una profunda caricia que acaba por inmortalizarla.

En otras figuras, el peinado de las cortesanas aparece monumental, con algo de pagoda. En el cuerpo lánguido de una *geisha,* las flores se adormecen y pesan sobre los velos que la cubren, y esas mismas flores, en aquella que sopla una flauta de bambú, surgen espiritualizadas, deseando alas de mariposa para volar como las notas entre los

pliegues de las sedas. Y así surgen, flores, mujeres, aves, árboles, la naturaleza toda, con una doble, robusta vida, en que el espíritu del hombre se mezcla á la creación, y la creación se hace sensible.

Las decoraciones del teatro japonés, con sus bambalinas, sus cerezos, sus interiores de templo, sus calles con faroles chinescos, dan al ojo la visión de lugares evocados á través de ese arte. Las disputas y los duelos en torno de la hermosa *geisha,* nos despiertan el recuerdo del paso del Onjikawa por Kyonobu, donde ya hemos visto esos gestos, esas acometidas, esos quites y ataques entre hombres, que parecen alumbrados por un relámpago, en una lucha fantástica, producidora de la muerte que va á transformarlos, por el renacimiento, en monstruos. El teatro exótico trae así á la imaginación figuras familiares, animándolas. Al ver descender por la casa de la *geisha,* el árbol en flor con sus blancuras perladas, sobre la noche azul, creemos en la materialidad de un sueño, inspirado por el perfume de los pebeteros de porcelana y bronce viejo, que dejan escapar de las fauces de una salamandra espirales de humo narcotizante. Los bonzos, en la decoración del templo, inmóviles, se antojan hechos con los oros sobre los fondos níveos de los jarrones sagrados, donde buscan el supremo reposo los *Cheu-pa-loans.* Y Sada Yaco, entre ellos, cantando y danzando, es la *geisha* real, es la japonesa viviente de todas las acuarelas. Las figuras aquellas pierden sus actitudes de pensativo misterio, descienden de sus biombos, abandonan sus pantallas, se estremecen en sus surimonos. Una ráfaga potente de resurrección las anima; se mueven ante nuestros ojos, con la sangre, el nervio, la fuerza, el amor, la gracia, el dolor y la inquietud de las pasiones. Nos enseñan cómo viven y cómo sienten y cómo mueren las gráciles figuras ensoñadoras, las muñecas gentiles del arte de los maestros.

Compréndese que los bonzos falten á la ley y se dejen

arrobar y no arrojen del templo á la dulce Salomé japonesa, que danza, obligando á perdonar con gestos de criatura el sacrilegio de la seducción. Pero su idea oculta es sorprender al amante que se ha refugiado allí con su nueva prometida. La escena es tan extraña—por los gestos y la mímica perenne de los actores, quienes casi no hablan, y por lo gutural de sus voces como transformadas por un sueño opresor — que es de preguntarse si en un vaso de Kien-long, no se nos ha dado una dosis de opio y saké, la cual pone en nuestros ojos la ilusión real de una mentira maravillosa. Por el público pasa un estremecimiento. Brota por reflejo del rostro de Sada Yaco, quien ve á su rival y á su amante, y que de gata amorosa se transforma en tigre. La lucha se entabla. Quiere asesinar á la novia, y los guardianes del templo la rechazan. En un acceso de celosa furia, de pasión desbordante, al verse atacada por el mismo á quien adora, con un rostro de actriz trágica jamás visto, por donde cruza la muerte verdadera, en forma de horrible palidez, cae, pobre juguete de porcelana roto, dejando escapar el alma. No es la actividad engendradora del deseo lo que ha vencido, para anonadarse en el Nirvana: son, por el contrario, la actividad y el deseo causa de su muerte. Sin abismarse en la universal substancia, la pobre *geisha* renacerá, y no á imagen de las Bosatsu. vírgenes que vuelan sobre el jardín del Paraíso, con alas que hacen un viento de armoniosa alegría. Mas ¡oh! que el destino le sea clemente, y transformada por el martirio del amor, recuerde el árbol del bosque, cantado en el Sindamani, árbol que, teniendo á las estrellas por botones, produce el sol y la luna, como flores!

LAS ARAÑAS Y EL PIANO

Huyendo de Buenos Aires, con el estómago y el ánimo enfermos, me he refugiado alguna vez en un fuerte de las provincias de los Andes. Los indios, mansos, honrados, con un dejo quizás de la influencia civilizadora de los Incas en la sangre, hacen más encantador un rincón, en que no sé qué reminiscencias de patriarcado bíblico dan singular sabor á las escenas argentinas. Y lo más raro en tal paraje, para un viajero desprevenido, es, tal vez, oir, por ejemplo, en el silencio de la noche, un nocturno de Chopín. El dueño de casa, como aislado del mundo, á tres días de mula de la capital, es un inteligente arqueólogo, que ha leído á Darwin en inglés, á Fray Bartolomé de las Casas, en español, que sigue su misa en latín, que conversa con los indios en quichua, y para estudiar sus cráneos, les catequiza el alma. Educado en su juventud en Óxford, no echa de menos á Londres, y vive con su biblioteca, pudiendo, á la sombra de las montañas, apoyar sus libros en los troncos de los algarrobos. El paisaje le ve encanecer en el trabajo solitario, y no pierde la santa y bienhechora alegría, sin solemnidades de sabio, amable y espiritual, sano y fuerte. Sin embargo, en la noche á que deseo referirme, quién sabe de qué pendiente oculta del espíritu brota el misterioso signo que le mueve á leer música serena y dolorosa.

Repite la Marcha Fúnebre de Beethoven. La siento sonar con ese avasallante poder, que infunde frío, y convierte la sensación en un soplo, el cual se infiltra en todas las moléculas del cuerpo, para refundirse, fulgurante, en los ojos. Los acordes graves, profundos, insistentes, son el canto

que saluda las otras notas que pasan, intangibles sudarios del alma de los músicos muertos. De dolores y de sueños, fué la esencia que vivió angustiada ó jubilosa, comunicándose con lo infinito; y la esencia divinamente renace, en recuerdo de esos artistas. Los sueños y dolores tuvieron alas más poderosas que sus fuentes para cruzar el límite del misterio: pero allá las perdieron; y al volver, su voz no trajo el acento de una idea, muda quizás por el estupor de las claridades increadas. Veo pasar los sudarios inasibles de las notas impalpables, que se agitan como pañuelos en adioses, al són de los acordes augustos y profundos; y las almas transmiten á los sudarios el dolor de irse sin poder decir la inmensidad de su vida... De pronto, por el umbral de la puerta, se adelantan cuatro arañas, peludas, inmensas.

Imagínase la cicuta en una copa cincelada, sin horror; pero no un veneno trasmitido por una forma de fealdad repugnante. Al hombre que caía como Sócrates, la túnica debía naturalmente de envolverle en pliegues armoniosos, triste sobre el cuerpo, incapaz de darle bellas actitudes, con una postrer gracia piadosa de la vida.

No he tenido tiempo de pensar así, cuando otras cuatro tarántulas aparecen. Luego forman docena. Vienen en parejas, como mujer y amante. Sobre el umbral, deteniéndose, se inmovilizan. El viejo arqueólogo sigue llenando con la Marcha Fúnebre la soledad del fuerte. Los ecos que despierta, son arrebatados por el estremecimiento de las hojas de los árboles, escalofríos de la noche, repentinos y sin causa. Repercute, al fin, la última nota, que la melancolía convierte en plegaria expatriada en su delicado dolor y en sus ideas de muerte, entre el lujo de las flores y el aire que restaura y la montaña que en el cielo hunde la cumbre con la verdura rebosante de vivientes fuerzas. Yo no hablo. Para con ciertas sonatas de Beethoven, el aplauso ó el comentario son una irreverencia. El sabio, que acaba

quizás de llorar en él al artista, lo entiende también así, y, en silencio, se pasa el pañuelo por la frente.

Sólo las tarántulas se mueven, pero como personas bien educadas, sin hacer ruido. Por un movimiento de la imaginación inquieta, el pianista toca luego un vals de zingaros. Es uno de esos valses que comprenden que su deber es alegrar; y cuenta cosas para hacer reir, pero no aparta, semejante á una persona, los recuerdos que ponen como una sombra en su acento, y deja escapar vagas tristezas expirantes en el tumulto de un giro, cuya alegría refulge con algo de un sol con lluvia. Las arañas quedan otra vez inmóviles, estréchanse las hembras contra los machos; se comprende que la música las ha traído, que oyen; y ya no parecen tan feas, y el hecho simple se convierte en espectáculo.

Pienso que la palabra ha sido un refugio del hombre alejado de Dios y que, anterior al mismo *Fiat* de la luz, fué el del sonido. Así como la luz se embebía en las cosas y daba la conciencia de sus formas, el sonido, con sus modulaciones, era la esencia transformada de sus almas. Las cosas, al tomar un nombre, han perdido su verdadera significación en la armonía de lo infinito con la tierra. Al principio, el sonido, sin palabra, expresaba todo, por su variedad innumerable, como las ideas mismas, y en él flotaba, con su expresión suprema, todo sentimiento humano, fundiéndose en Dios con un gozo que lo hacía participar de su fuerza, sin temor á la muerte. De esos antiguos acordes increados, que estremeciendo los astros, eran en la tierra cual la voz de la flor, de la fuente y del ave, ha quedado esparcido como un murmurio. Oid las olas del mar azul, en una riente mañana, y comprenderéis que á veces lo remedan con la alegría de sus espumas... La muerte! La palabra está dicha. Ella nace de la culpa y con ella el dolor. Se avanza hacia ella, y la sombra, antes transparente, se hace pavorosa: crea el misterio impenetrable,

y el hombre, con su inquietud, se teje el manto que, invisible, le quita el dón de los pasos alegres y ligeros. El infinito se vela; y la armonía increada, desaparece. Surge la palabra, que siendo manifestación de la vida, tiene por su impotencia el germen de la muerte. El hombre enano, llama al fenómeno, maravilla, y cuando siente mejor lo más grande, que es siempre lo más misterioso, la palabra, en lugar de acicate, es freno: á medida que se eleva, las expresiones se tornan más pequeñas, y el alma, como el cóndor, si quiere tocar las nubes, renuncia al espectáculo de las cumbres.

¡Oh, sin duda! Ella, á veces, no se puede expresar; sus pensamientos no revisten forma neta, y deja de mirar lo cristalino del arroyo, la gracia riente del árbol, lo pintoresco de un pico; y en el espacio siempre azul, uniforme y sublime, se hunde, sin distraer los ojos, con el ebrio gozo de la fuerza, en el movimiento de sus alas. La palabra, entonces, instintivamente se refugia en el canto; pero el hombre condénase á buscar las expresiones primitivas con el dolor de haberlas sentido en un lejano sueño. Beethoven, Chopín, Wágner, fueron antiguos espíritus, con el recuerdo de esas armonías correspondientes á las esencias de las cosas, que hacían con un cántico estremecer un sol, al dar con las notas hermanas de sus colores. Fueron ¡sí! perseguidores incansables de las voces suprahumanas, armoniosas, naturalmente, como es cristalina el agua: voces palpitantes y ofuscadas por la palabra impotente y el sonido miserable, en la contradicción perpetua de tristeza y gloria que es el alma de todo artista... Las venenosas arañas han brotado después, del dolor y de la culpa, cuna de la muerte. No se concibe su fealdad, sino paralela al mal; parecen encarnar reflejos de la conciencia manchada. Se piensa en su vida anterior, luminosa y bella, naciendo entre las flores como mariposas de áureos gusanos. Hay el ave-lira y el cuervo, en el dominio de la

belleza natural, como César Borgia y San Francisco bajo el mismo cielo de Italia. El hombre puede hermosear su rostro con los rayos de su alma; el insecto y el ave, sin alma, son formas físicas de los pensamientos, malos ó buenos, de los hombres. Por eso, antes de la culpa, éstas arañas venenosas, eran de pedrerías animadas, surgiendo de cálices perfumados. La palabra les es inaccesible, pero sienten la música, con el vago recuerdo de su anterior naturaleza. Á su esencia correspondían notas en la vasta clave, que era la ley universal, de los astros y del cielo con la tierra. ¿Qué efecto puede producir en una araña la Marcha de Beethoven, con su augusta tristeza indescriptible? ¿Qué efecto un vals con su rumor alegre que enciende el tumulto de la fiesta? Pienso que éste les es más accesible que la ótra. La tristeza humana no puede llegar á conmover arañas felices en su fealdad repugnante. La melancolía es posterior á sus metamorfosis; por eso, el júbilo de la música alegre, debe ser por el recuerdo lo que más ilumina sus negruras.

El vals sigue sonando. No sé por qué, evoco una piedra que cayera desde el manto de un ángel al seno de una fuente del Paraíso. El agua divina, con sus reflejos concéntricos, da el modelo de las telas que se tejen entre las hojas de los árboles. El vals resuena siempre, y veo el curioso espectáculo de las arañas ensimismadas, y me parece van á cambiarse al influjo espiritual y á resplandecer en el centro de esas telas hechas con rayos palpables de sol, transformados por la noche en platíneos hilos de luna.

En las notas resurgen tristezas que expiran en el tumulto alegre del giro, y vuelven á la realidad el alma. Y pienso que si alguna vez escribo tales sensaciones, tendré cuidado de advertir, ante la amenaza de una maliciosa sonrisa, que si el vals es para hombres y tarántulas, mi divagación es sólo para los mudos insectos.

UNA VISIÓN DE LUIS XVI

El arzobispo de Reims acaba de ungir siete veces, con el bálsamo sagrado de Saint Remy, al rey de Francia. Luis XVI ha prestado juramento sobre los Evangelios. El mariscal Clermont-Tonnerre le acompaña, con la espada de Carlomagno erguida, pasando perpendicular á su frente. El coro de la catedral, en aquel instante, dibújase como la aurora vívida del nuevo reinado. Son las seis de la mañana y el sol parece nacer entre las vestiduras. Forman fondo en sus sitiales los canónigos, revestidos de casullas níveas, recamadas de perlas. El rojo purpúreo cardenalicio, entre los uniformes de los mariscales, no puede eclipsar á los pares laicos de Francia, que resplandecen coronados, cubiertos por el manto ducal violeta con vueltas de armiño. Un relámpago corre por los cuellos, sobre los collares del Espíritu Santo, y se concentra en la cruz de los pechos. Los pares eclesiásticos, con capa y mitra, arrojan sobre los báculos el incendio de sus pedrerías. El rey, con la túnica, la dalmática y el manto, sentándose en el trono, hace centro: el cetro de oro y esmaltes y perlas orientales en su diestra; la corona de Carlomagno en la frente, diadema inmensa de zafiros y rubíes, con áurea flor de lis erguida, sobre un campo de perlas. En las tribunas de la nave, en torno de la reina, la corte aparece como otras dispersas nubes de la aurora que se ciernen sobre la ceremonia. El cardenal de la Roche-Aymón besa el primero la mano consagrada. En ella resplandece un anillo, símbolo de la alianza con el pueblo. El cardenal grita: *Vivat*

rex in æternum! El órgano estalla en un cántico. Los pares se adelantan á prosternarse ante el nuevo omnipotente señor. En la cumbre del órgano, un San Juan lanza también su voz, y su aliento doblega los cirios de nieve, en las arañas de oro, y desata las trompetas de los ángeles sentados en la inmensa arquitectura de cedro. El duque de Borgoña se inclina ante el rey. Éste siente en la nave la palpitación del pueblo. Las oraciones se elevan en coro. El incienso dilata con sus perfumes los pechos oprimidos por la emoción y expande sus blancuras. Al llegar á las vidrieras, las ondas, heridas por el sol, se convierten en nubes que reflejan sus matices. Las ráfagas del órgano conmueven las lises de oro que, en vez de estrellas, pueblan el plafón, y como con invisibles alas descienden sobre la corona de Carlomagno. Y al través de todos esos brillos, de nubes que ascienden y flores que bajan, de oraciones que vuelan y notas que son un viento de armonía, el rey cree que la paloma de Saint Remy resplandece inmaculada, trayendo el óleo para Clodoveo, como en el milagro de la leyenda.

El conde de Artois, representante del duque de Normandía, se inclina frente al trono. El rey ve en un rincón de vidrieras, transparencias de mares misteriosos y desconocidos, y en otro un matiz azul que, siendo de la tierra enciéndese con la luz de un cielo más alto que el cielo; y oros y púrpuras, que son los mantos y las casullas de los oficiantes, con un divino fulgor; y ve nieves inefables como de cumbres jamás holladas, venciendo en blancura á los armiños de los pares de Francía. Así, la aurora del coro y de las tribunas resplandece en lo alto, y hay una como conjunción de mar, cielo y tierra, con sus cosas reales y soñadas, en un rapto del poema de la piedra, penetrado de eternidad y sol, ligero y vibrante cual un solo himno de gloria.

El duque de Borbón se inclina y besa la mano real. Luis

oye siempre los cánticos. La emoción ha puesto el estremecimiento en sus labios, y en sus ojos la visión inspirada. Ve las dos célebres rosas del gran pórtico, que se adelantan en el flúido casi palpable, como dos astros. Quieren avanzar para formarle un palio. La primera tiene sus colores profundos que meditan, los destellos apagados de su concentración misteriosa, la angustia de una expectativa; la ótra, los gozos de una plegaria triunfal, y en torno de su azul dominante, con su coloración intraducible, algo de un macizo de hojas secas, que en sus oros y púrpuras fueran heridas por el sol y se convirtieran en un rayo, sin perder en el nuevo árbol de luz que las reúne, el recuerdo del matiz con que se marchitaron. Luis no ve eso. El príncipe de Condé le besa la mano, y entre las dos estrellas, los reyes de Francia despréndense de los vitrales. Les mira avanzar, con sus cetros y vestiduras, tejidos de rayos, impalpables y pensativos, extáticos y mudos, para encender en su mano el viejo cetro con el recuerdo de su vida. El órgano lo comprende: sus notas más pujantes, arrebatan con mayor solemnidad las plegarias, y en las espirales de perfume el espíritu de su armonía asiste á esta segunda consagración invisible. Entre esos reyes luminosos, percibe Luis las sombras de los que no están en los vitrales; espectros en que aún la púrpura parece pesar, sin transformarse, cual en los ótros, en haz de rayos. El duque de Chartres—futuro Felipe Igualdad—se inclina ante el trono. Sobre el altar de mármol verde, sostenido por ángeles, el rey ve entre candelabros chispear al Crucifijo. No hay allí otro símbolo, ni otra imagen, ni otro adorno. El Mártir sólo concentra la majestad de la ceremonia, y detrás, haciendo el fondo de su inscripción, refleja los fulgores un metálico sol, alumbrando su agonizante cabeza. Un beso se imprime en la mano real y Luis siente que le hablan; palidece como el Cristo, y mira la tribuna en que está la reina.

Una hora después, al lado de María Antonieta, el rey espera la voz que anuncie el real festín. En la tribuna de los músicos, varias cabezas emergen doblándose sobre los instrumentos. En los muros, surgen mudas las tapicerías, entre los retratos de los soberanos, y dejan aparecer en lo alto, sobre fondos de oro, la línea de los arabescos como camafeos de nieve. La bóveda ojival, pálida en su esmeralda, desvanécese como una alga marchita; sus áureas estrellas llegan á tocar los cortinados purpúreos que caen sobre las puertas de cedro, y á cubrir el gran escudo de turquesa con lises, que se dibuja como flor triunfal en el centro de la liturgia heráldica. La pétrea chimenea, recamada de blasones, corónase con Saint Remy bendiciendo, y abre su hogar inmenso sin leña ardiente. En cambio, el sol de Junio entra por las vidrieras de colores, y frota y enciende las viejas cosas con chispas de júbilo. En el jardín del patio, entre los árboles tallados en sus copas, con los troncos cubiertos de yedra, se ha construído una galería. Allí se siente la marea del pueblo contenido. La catedral, impasible, lo detiene, lo amuralla por el otro lado. El bullicio sube hasta los ángeles que despliegan sus alas, bajo la línea de baldaquinos, y roza al sagitario que en la cúspide del tímpano, indiferente y fantástico, ensaya herir con sus flechas las nubes revolantes. En tanto, el rey mira un tapiz donde Jesús nace y los pastores modulan sus villancicos en la noche idílica. Perseguido por una obsesión, dice á la reina: «Entonces alcé los ojos á ti. Esa misma criatura feliz que nace entre cantos, resplandecía, transfigurada por una tristeza viviente, en el bronce del crucifijo. El duque de Chartres besaba mi mano; yo volví la cabeza, alguien me hablaba; las sombras de mis más cercanos abuelos, entre los reyes brillantes de las vidrieras, me decían en el oído, estremeciéndose, una sola palabra: *Perdón*. Perdón! Pero ¿por qué?...» En aquel instante, un fuerte rumor y después un

frenético grito llega del patio: «Viva el rey!».—«Sire!, antes del festín, mostraos», dice en una reverencia el conde de Artois. Luis asiente y se abre una vidriera: el grito conviértese en clamor delirante. Al cerrarse la ventana, la joven reina mira los retratos del Rey Sol y de Luis XV, y exclama sonriendo: «Sois vos, señor, el que debe pedirles perdón; ya lo veis, vais á haceros adorar de un pueblo que sólo los ha amado!»

LAS MONEDAS

Quizás para distraerme al esperar á un amigo inexacto, en vez de encender un cigarrillo, hacía maquinalmente saltar entre mis dedos tres ó cuatro monedas de oro. Pensaba en nada y en todo, teniendo por delante el lienzo blanco, que recibe, armonizadas ú ofuscándose, las imágenes de la linterna mágica que llevamos en el cerebro. Una moneda cayó al suelo, y al levantarla, su fecha, 1810, vista en una ojeada, me hizo colocarla con atención entre las otras; su data era la de nuestra emancipación. Su oro pálido, desgastado, tenía no sé qué de noble gesto; dijérase contenta de que se la mirara así, con ojos que no contaban sus veinte francos. La di vuelta con cierto respeto y surgió su efigie sin corona, con la cabeza de ayer, que hoy parece retroceder en los siglos, y sería la de un héroe legendario de Homero, si no fuese cuerda de bronce en la lira de Hugo... Napoleón! ¡Quién pudiera escribir la historia de esta moneda! Aventurera, como su padre, ha viajado quizás los países por él vencidos; disco de oro, instable como la fortuna, con cuatrocientos sueldos de genio, acuñados por la gloria, ¡qué rincón de París no habrá recorrido! Hoy, la mano de San Vicente poniéndola en la buhardilla; mañana, la de Triboulet haciéndola descender á un antro. Gautier la llevó en su chaleco rojo en la batalla de Hernani, y cuarenta años después, con ella en el bolsillo, Dumas pronunció en Montmartre la oración fúnebre del grande artista. Con su valor comió,

quizás, Wágner, la noche del fracaso del *Buque Fantasma,* y ella vió la amargura y dejó al irse más en la pobreza, al hombre que ha oído á Dios como un Moisés de la armonía. Con ella, Bismark acaso compró en la Exposición un papel secante, que le sirvió para la tinta del telegrama de Ems. Rodó de un bolsillo perfumado en las Tullerías, y recogida por un hujier, proporcionó una orgía de cerveza, mientras llameaba el Hôtel de Ville... Para Rostchild un grano, para Diógenes una siembra; rodando como las olas, movible como las nubes, pero corriendo de mano en mano, siempre por una idea, hoy me mira indiferente, con la tristeza del tiempo pasado, pero con el orgullo de su cuna, con el desprecio de su experiencia, excéptica en su cansancio, implacable en su mutismo, Ashavero singular del brillo y de la miseria humana.

Á su lado, otra moneda más viva en su oro, muestra un Luis Felipe; y el rey burgués, transformado, se perfila con algo de suntuoso en la cabellera, y un Napoleón III, con su perilla familiar, luce también como un César coronado de laureles. ¡Éstas también tienen su historia! Y el silencio de los tres discos, á que la imaginación no puede arrancar una verdad, ni la voluntad una palabra, acrece el silencio donde se aguza mi espíritu, cortado por el tic-tac del reloj, que crece casi hiriente. El esperado camarada, al fin, llega; las monedas caen en mi bolsillo y salimos para el teatro. Si ellas han podido oir la *Dame de chez Maxim's*, ¿no habrán recordado con estupefacción que sirvieron á Flaubert, para pagar la multa de ataque á las buenas costumbres, por *Madame Bovary?* Pero yo las tenía completamente olvidadas, y he aquí cómo volvieron á la escena. El cochero, en la puerta del Café de la Paz, me devolvió una de ellas:

—«Pero, señor, si esto no vale; no es ni la sombra de un luis!»

Recogí la moneda.

—«¿Qué es?»—preguntó mi amigo, al tiempo que tendía la Libertad, Igualdad, Fraternidad, contenida en cinco francos.

—«Un Napoleón I»—le respondí. El cochero se cobraba; mi amigo añadió sonriendo:

—«Ni la sombra de un Luis; retén el vuelto por la frase.»

Oímos desde el pescante un sonoro «gracias, príncipes»; los criados, por las dudas, nos hicieron una reverencia barriendo el piso con el frac azul, y entramos coronados bien baratamente en aquella catedral de Reims de la república!

LA MANO

Sello de las razas, signo de los temperamentos; elocuente rostro sin ojos, impregnado de emoción, de voluntad; símbolo de la acción que no habla pero ejecuta; gesto del alma que acaricia, y siendo mudo, hace enmudecer para comunicar mejor sus sentimientos; juez de las buenas y de las malas acciones, que da la muerte y salva la existencia, que maneja el fusil y la pluma y la guillotina; engendradora de bendición ó de anatema, como la nube, de lluvia ó de rayo; saludo de los que se van y de los que llegan, de los que viajan y de los moribundos; concentración de la vida, con una bondadosa hermosura ó una maldad interna en sus rasgos; reflector de los caracteres, que hace meditar y soñar: eso es la mano. De ella han nacido las obras de arte, y ella ha perpetuado los libros; imaginad á Dios un instante, y os será más fácil pensar que su voz es el trueno y sus ojos dos astros, que alcanzar á concebir sus manos. Pintores y escultores hacen todo con ellas, y en animarlas encuentran el mayor escollo de sus creaciones, como si el poder oculto que gobierna al Universo hubiera puesto en su reproducción una traba misteriosa. Y una ruda mano, apareciendo sobre una cortina, fantástica y aislada, da á Carlota Wihée ocasión de revelar su arte. Desde Dinamarca ha venido esta artista de país frío, á encontrar su armonioso compañero en un hijo de Marsella, Severín March. Y los dos

rostros, el uno que se abrió entre las brumas del país de Hámlet, y el ótro asoleado en la ciudad bullente del mediodía, se juntan en una obra de Bereny, que es la expresión sin palabra convertida en drama.

Desde el principio se oyen sonar los violines, con el movimiento mecedor de una queja insistente, con una entonación crepuscular, y no se ven los instrumentos, y la música es como la vibración de las cosas de la escena, donde reina la sombra. Espérase que la despeje la melodía precursora del drama, engendrando una imagen clara y un pensamiento neto. De pronto, por el hueco de una ventana, apenas entrevista, pasa una mano, y luego una pierna, y por fin un hombre, el cual se deja caer en la cámara, espectral y nebuloso como la visión del sueño de una mente enfermiza, que vagara en las notas.

Desde entonces, la sensación va á continuarse. Los violines se funden con la acción, se embeben de modo tal en ella, que el argumento parece ser la música, y su palabra los gestos de los actores. El ladrón saca del bolsillo una linterna sorda, y la pequeña sala se ilumina. Un estremecimiento de la orquesta, le finge la presencia de alguien; después se serena; registra el cuarto vecino; observa el retrato de una bailarina, que es el de la dueña de casa; ensaya las llaves falsas; se perfuma con las aguas del tocador; arranca á la campanilla el badajo; y por su nerviosidad compréndese que es su situación una de esas en las cuales la propia imagen, repentinamente reproducida por un espejo, causa sobresalto. La orquesta le hace temblar de nuevo; pero esta vez con razón; ocúltase tras una cortina purpúrea, y llega la ausente, del brazo de un joven conde. Desde aquel instante, todo es iluminado por el rostro de la mujer. En el mundo del arte no existe, en el momento actual, una máscara más extraordinaria de expresión. El máximum de la vida en el silencio: una vida con sus ideas, sensacio-

nes y sentimientos, se concentra en aquellos ojos que absorben toda el alma, para repartirla en los gestos. Mirándola, se piensa que los animales cobrarán antes de sonreir hasta el uso de la palabra; pues su sonrisa enseña que esa manifestación es la que más acerca al hombre á su semejanza divina.

El galán le ofrece un soberbio anillo, y ella lo rechaza mostrándole un tirador lleno de joyas. La cara del ladrón (Severín March) surge entre los pliegues del cortinado. La expresión del deseo, le esculpe una máscara admirable, que sus ojos iluminan. Se inmovilizan en ella, al reflejarse, varios siglos de crimen, y contrasta con esa mezcla de ferocidad y avidez, la expresión amable de la bailarina, poniendo en la puerta con sus mejores gracias al joven señor. Éste, con una última esperanza, deja olvidado el gabán sobre un mueble.

Los violines repiten misteriosamente la entrada del bandido, para prevenir á la incauta, que tranquila se desnuda. Su cabello rubio cae en rizos, y surge en su esplendor aquella hija de la reina Holda, frotada con la parisiense más picante del reino del asfalto. Pónese el traje de su próxima creación en la Ópera; se ciñe una diadema con flores, y sonríe á su hermosura, reflejada en un espejo. Del fondo inmaterial del cristal palpable, va á brotar el espanto; pero la mujer, estremecida por el ritmo cambiante de un lento vals, danza. El ladrón asoma cuando se aleja; y ella es una nueva Salomé que debe ganarse la vida, sin perder la de otro. Sus encantos no penetran al alma empedernida del Tetrarca aquel de raro cuño, pues la ligera turbación de sus sentidos, es muerta por la ferocidad que le infunde el apetito del robo. Por su imaginación cruza una diabólica idea, y ocultándose tras la cortina, saca una mano, la cual se destaca blanca sobre el fondo purpúreo. La mujer, arqueada, sonando los crótalos, animando la silenciosa línea del cuerpo, con una gracia que la espiri-

tualiza quitándole toda rigidez y haciéndola atrayente, se inclina sobre el espejo y da un ahogado grito. En el fondo inmaterial del cristal palpable, una mano terrible se mueve como una araña. Por lo irreal, teme una realidad más angustiosa, y se le siente el ímpetu con que se daría vuelta, á no ser el terror que la petrifica. Hiere el contraste del cuerpo abajo, convertido en hielo, cubierto por los colores ardientes que la transforman en racimo de oro y llama.

La estatua cae de rodillas, y una oración, mezcla de temor y de esperanza, escalofrío que la atraviesa, se resume en el temblor de sus labios. Los violines, estremecidos, rezan también, y como un eco de sus voces, escúchase en la calle un canto. Es el conde que regresa á buscar su abrigo; la mujer se pone de pie y se abalanza á la campanilla, la sacude, y al no sonar, más se aterroriza. Busca entonces la llave y la ve colgada junto á la mano siniestra. Decide danzar para distraer á ésta y robar aquélla, y la alegría voluptuosa de los violines despierta su sonrisa de placer, abriéndose paso contrahecha, al través de su pavor y de sus lágrimas. De los pies á la raíz del cabello, espelúznase contradictoriamente, con la alegría y con el miedo, cediendo á la una y al otro, ó fundiéndolos en su pobre sér, penetrado por la música que canta el júbilo y por el espanto que llena su espíritu. Se sufre con ella de un sueño. No es que su arte le prohiba hablar, sino que, en verdad, la pesadilla ahoga la voz en su garganta. Y toda la cámara, con su emoción, se convierte en irreal, en macabra, y en torno de la mujer, danza enloquecida con una farándula de manos horribles... Al fin, toma la llave y la arroja por la ventana. La orquesta exhala, en una explosión, el gozo de la ráfaga nerviosa, que escapando del cuerpo de la bailarina, le lleva su fuerza y la deja desplomarse. El ladrón acude, pero se encuentra con el joven, el cual con un revólver le detiene. Cuando vuelve en sí, ella

le perdona, y el hombre, devolviéndole las pedrerías, huye hermoseando con una flor, que roba, la mano trágica. Un abrazo de gratitud, sella el amor negado; el público aplaude á la artista, y los violines cantan las bodas de que el ladrón ha sido sacerdote!

VAN GOOCH

Despréndese de la exposición de este artista una impresión perturbadora en que hay una profunda melancolía. La primer tarde de la primavera, marcada por el almanaque, no es sino una prolongación tenaz del invierno. La luz, opaca, gris, entra á incendiarse en las manchas pujantes. En todas ellas estalla el estío de la Provenza. Los árboles, las aguas, los salvajes agrestes rincones entre peñas, todo fulgura, chispea y quiere enceguecer.

Pintado por él mismo, surge en un ángulo de la cámara el retrato de Van Gooch. En su rostro también se nota una antítesis, como entre el día y su obra. El pensamiento, con su concentración ceñuda, cava hondos surcos sobre una frente elevada. Brumas holandesas la cubren con el recuerdo de sombras siniestras. Los ojos febriles no expresan, sin embargo, inquietud ó amargura; tampoco se clavan en las cosas, torturados por el trabajo de analizar las sensaciones; no! Naturalmente, como grandes ventanas, se abren á las luces y los colores, que en su cerebro se transforman en fiesta triunfal. Dijérase ojos hechos al esplendor de Sevilla, de Argel ó Egipto. El cabello rubio y una ardiente rubia barba, prestan aún un golpe de sol á la frente misteriosa, en que la bruma no puede evaporarse.

El examen de los cuadros nos explica el contraste, y nos mueve á revivir la vida de Van Gooch. Por de pronto, su apellido parece concentrar un invierno del Norte, y su

nombre, Vincent, puesto al pie de las telas, es como la vara mágica que hace resplandecer la orgía de matices. Ved de su primera época, «El prisionero». Un flamenco, que se presume adicto del Príncipe de Orange, gime en los calabozos del duque de Alba. En realidad, el artista es el aherrojado, y no puede respirar los interiores holandeses, aunque admire el genio de Rembrandt. Se le siente sucumbir entre las alacenas, deliciosas en los cuadros de un Van Ostade, pero abominables en la vida, mientras el reloj arquitectural marca las horas preñadas de hastío. Así, resuelve dejar hasta la naturaleza de su país á la adoración de los paisajes de Ruysdaël, y venirse á escuchar las cigarras sonoras, entre los árboles asoleados de la Provenza.

Esa región es su verdadera patria! Cuando las flores disminuyen y las hojas caen, y el invierno lanza su muerte sobre la agonía del otoño, aún deja éste, como de recuerdo, sus racimos, que dan el zumo capaz de enardecer los cerebros con evocaciones estivales. Campos de amapolas, trigos y bosques, viñas, ríos y cielos, inspiran al artista, le exasperan, y su inteligencia irradia con original esplendor. «¡Qué hermoso es el amarillo»! exclama, entre una cosecha de espigas de oro. Y quiere «atacar la cuestión de ese amarillo endiablado, viéndolo todo en pleno azufre». El amor de los colores, se convierte en una obsesión de su espíritu torturado. De su taller mismo, en que vive apenas algunas horas, pues su taller verdadero es el campo, quiere hacer una decoración tornasolada. Allí los cromos refulgirán sobre fondos azules, desde el *veronés* más pálido al azul de rey, con efectos de vitrales de catedral gótica. Y con ingenuo entusiasmo prorrumpe: «Ya lo veis, nosotros los *toqués* podemos gozar con los ojos.»

Pobre artista! La *toquade* va á costarle la razón. Sus telas muestran, en el día gris, una naturaleza desterrada, violenta, casi en llamas. Vincent, dice la crítica, se distingue de los ótros, de Monet por ejemplo, en que éste

viene más ó menos del viejo Corot, en tanto que él desciende de Delacroix, de quien heredó, admirándole, mucho de su esencia. Pero no. Más vale decir claramente, á pesar de la relación anotada, que viene de sí mismo, y es su obra fruto de su temperamento. Ese temperamento producirá también el germen de su enfermedad y será el ambiente propicio para desenvolverlo. Seguid paso á paso sus transportes vibrantes y apasionados, ó curiosos y sutiles; y sus arrebatos de color y la acuidad morbosa de las sensaciones. Á veces, entre la visión que se desarrolla y la vehemencia de su facultad creadora, hay un reposo; y brota, por ejemplo, lleno de serenidad, el puente de Asnières, tranquilo en el paisaje, con vibraciones de luz que son sangre del corazón idealizado de la realidad misma. En todos los cuadros de este género, una flor en un búcaro, un grupo de bebedores, una usina, las cosas adulteradas tienen en su fondo la verdad palpitante. El artista les añade su acento personal, el resplandor de cómo él ha visto: la uva es la misma, el mismo el vino, y los efectos de las borracheras diversos, aunque sean igualmente reales.

Pero el espectáculo variado y soberbio de la naturaleza, exalta hasta la fiebre á su espiritu tendido como un arco. Empieza á transformar con tal ardor todo lo que ve que caerá de la luz á la sombra de la locura. Así estalla un instrumento por tensión de sus cuerdas, matando, al sucumbir, el recuerdo de sus viejas armonías. Si pensáis en el artista, esos matices febriles encendidos dan frío. Poco á poco se nota crecer su exaltación y las cosas la reflejan, impregnándose de sus emociones. Árboles y plantas piensan, sienten, sufren. Hay cipreses que en atmósfera resplandeciente surgen siniestros, como con un sueño que todo el fulgor del día no puede desvanecer, luchando al erguirse con el eternal recuerdo de una ominosa noche que los abruma. Ved cómo vislumbra una aldea. Cada construcción tiene un perfil cejijunto, pensati-

vo. En el cielo brillan los azules, de sus noches de ensueño, misteriosos y fosforescentes. Y en ese azul se compenetran mosaicos de *verdes* que son como matices religiosos de un rito indescifrable, y espirales con lustres de turquesas, engendrando una masa cósmica, en que la obsesión del oro estalla, y como no le basta con las estrellas, se transforma en varios soles. Así, sus astros nocturnos sueñan con los esplendores del día, y el nuevo firmamento derrama multiplicada la luz, hasta convertirla en la apoteosis delirante de los brillos.

Después, los colores debieron de parecerle pálidos, impotentes, desangrados: sus manos, torpes, y los pinceles, ineptos. El imposible ensueño debió de aguijonear su fantasía, hasta hacerle creer que la copia de las cosas era una débil y pobre empresa. Y entonces, febril, antes de hundirse en la locura, quiso tal vez crear una vida nueva para los ojos, con nuevos mundos, en que cada sol era el triunfo de un color increado del iris... Volvemos á mirar su retrato. Aquel desconocido nos despierta una simpatía profunda. La turba observa su obra, sin pensar que en su luz hay tristeza, y en su mudez un grito desolador, y en los matices un drama. La vida le fué cruel hasta el último instante. No hizo llegar á su prisión el eco de un aplauso por sus obras aún robustas, armoniosas y bellas; no permitió al maestro de tanto color, encender uno para despejar un instante su sombra, y para oir á la muerte que le murmuraba: «Ven, que es ya la hora de resucitar, en un cielo verdadero igual al tuyo fantástico de varios soles.»

TRÍPTICO PROFANO

En la paz de la alta noche, la lámpara, cubierta con su pantalla, vierte una explosión de luz sobre el papel irradiante. Los muebles, los bronces, los cuadros del gabinete, sumergidos en la penumbra, se borran vagos; la lámpara misma parece alejarlos, para concentrar sobre la carilla de nieve toda su vida. Impoluta resplandece ésta, de modo tal que recuerda las hostias. El silencio de su blancura es religioso, y nos asalta el temor de hacerlo huir con un rasgo de tinta. La más pura idea mancharía, corporizándose, el transparente espíritu presentido en la entraña virginal. La pluma se cae de la mano con un temor supersticioso. La mirada encuentra, desviándose bajo el círculo de la lumbre, otros dos brillos: el profundo de una mano de bronce y el vivo de una rosa saliendo de un vaso de Kœpling. La rosa es una simple hermosísima rosa, cortada por la mañana, del tallo; la mano, con el índice erguido, tiene los cambiantes de su pátina, nacimientos de sombras, agonía de esmeraldas, besos de herrumbre. La penumbra de los rincones atrae dulcemente los ojos para envolver en el duermevela de su discreto misterio. El alma se deja seducir, y en una ideal atmósfera, dibújase, coloréase con tres mujeres, un tríptico fantasmagórico. Se oye una voz en su centro, que es

BLANCO.

«Desconocida, eres un armiño. Tus ojos son azules, del azul más puro, y quieren hasta evaporarse en luz, hu-

yendo de la materialidad del color. Eres un armiño; luego tu alma es blanca, y escapando del ardiente sol, aspira sólo á bañarse en la caricia casta de la luna.

«Conocida, eres siempre blanca. Tu cuerpo es blanco; tu alma es blanca: la apoteosis de la blancura. Blancura implacable. Tu amor es blanco cual el metal rojo que empalidece, crisol de todos los ardores, paroxismo del fuego. Tu desdén es blanco, cual la nieve convertida en hielo, en la más inviolada cumbre, y que, cual el metal blanco, quema. Entre ambas blancuras, tu corazón no brilla, y van tus víctimas, lo mismo las preferidas que las despreciadas, pensando en la muerte pálida, que da á los semblantes la vestidura virginal de los lirios. Y así tú, conocida ó desconocida, ángel ó demonio, resplandeces siempre en un círculo de blancura.»

También una voz nace en el ala izquierda,

VERDE.

«Tus ojos han hecho de mi alma una esmeralda con interno resplandor. Vienes á mí coronada de algas que traen la frescura de las olas, porque la armonía rige tu andar. Tus ojos verdes, con sus repentinos corpúsculos de oro, evocan los mares con chispas de estrellas. Movibles, animados por flúidas luces, reflejan lo infinito, y vagan en tu mirada los misterios del abismo con sus riquezas ignotas. Sangre melancólica de los sauces que inclinan hasta las hojas juveniles, sangre triunfal de los eucaliptos que yerguen á lo alto las viejas hojas, perenne verdura del ciprés que medita, eterna verdura del laurel que sonríe, todo bulle en tus ojos con cien expresiones, y la esperanza con cien brillos se mueve en ellos, y en tus ojos se asoma también tu alma. Un alma revestida con la metálica verdura del bronce. Un alma sonora y oculta en la torre de tu cuerpo; un alma amorosa y mística, dulce y terrible;

un alma que tiene el grito doloroso y la palabra consoladora; alma, en fin, que bebe en tus ojos las expresiones del árbol, el mar y la piedra, y da un són juvenil, mientras su bronce tiene la herrumbre secular que dignifica, el incienso de los ritos que perfuma y la ideal nobleza que lo hace augusto.»

Otra voz suena en el ala derecha,

ROSADA.

«He cortado las flores más bellas crecidas á las orillas del río, y son para ti, extraña virgen, que al fin del bosque resplandeces, hecha por la nube del horizonte. Pero ¿cómo llegar á tu palacio, si el horizonte huye cuando yo camino? Y ¿cómo ponerlas en tu mano, cuando tú no le abandonas para venir á mi encuentro? Y aún ¿cómo cantarte, si no puedo adivinar, en este crepúsculo, si la irradiación rosada de tu trono y el brillo de tus velos y el bermejor de tu rostro, anuncian el nacimiento ó la muerte del día? Ignoro si llegarás á mí con amor de mujer, con esa incógnita que también, como la luz á esta hora, puede ser cuna ó sepulcro; no sé si eres sólo ilusión, mas no olvides que el ensueño, convertido en sangre del espíritu, mata cuando no encuentra forma. Ah! ya el sol sale y anuncia victoria. El fulgor de tu traje, desvanecido en la nube, empieza á ser mortaja. ¡Adiós! Pero mis flores, arrojadas al río, floten y vayan en la corriente allá lejos; quiero saber que pasan con mis mensajes de color y perfume, frente á la nube donde gentil brillaste.»

Han hablado sucesivamente las tres voces que saludan á las figuras del Tríptico. Veo á éstas moverse, reales y como flúidas, dentro de un marco el cual pone en la penumbra verdes crisoprasios, piedras de luna y corales rosados. Y las tres voces se confunden en un armonioso acorde, que

llena el silencio y arrobado se escucha á sí mismo. Cuando la nube se desvanece del todo, las voces mecedoras se callan, y su extinción me despierta. No puedo menos de sonreir, viendo que el Tríptico de la atmósfera ideal ha desaparecido. Y, restregándome los ojos, encuentro sus gérmenes en tres cosas: la hoja del papel, siempre blanca en su mutismo, pues al hundirse en ella no ha despertado, sin duda, la mujer fatídica, ondas concéntricas como en un lago; la mano de bronce con sus nacimientos de sombras, agonías de esmeraldas, besos de herrumbre, que señala con su dedo erguido el rincón donde brilló la virgen de la Esperanza, y la rosa que empieza á marchitarse y sale del vaso con gracia, cual si quisiera seguir á la Ilusión desvanecida, sin decidirse á caer en su sepulcro de vidrio!

EL CASTILLO DE LA VENTURA

En aquella noche, no sé si consignada en el Calendario pero sí en el Tiempo, vislumbré con mi amada un castillo. Verdad que la comarca no nos era muy conocida; mas el castillo nos parecía nuevo y extraño. La sombra—pensamos—debe de estar soñando con otras edades. Después, añadió mi amada: «Aunque de aspecto siniestro, está habitado.»—«Sin duda, le respondí: diviso una llama en el torreón del poniente.»

Allí la luna clareaba y la fría luz, en el cristal, ardía con la intensa reverberación del fuego. La augusta paz de la mole, al aproximarnos, nos hacía un gesto y nuestros pies iban dejando atrás nuestras sombras. En las honduras de los fosos se adivinaba la vegetación salvaje; y como cruzáramos el puente, y aun el gran patio, y ningún rumor se oyese, mi amada y yo nos miramos con ojos de asombro. Una escalera, y nada. Un corredor, y nadie. Nuestras manos se oprimían y se contaban lo que pensábamos. Nuestros pasos no resonaban. ¿Qué genio oculto apagaba el eco? Nuestros labios no se abrían. ¿Qué misterioso temor les ponía un sello?

Allá en el fondo, la tambaleante llamarada salía á morir en una boca de sombra. Esa luz fué nuestro faro en el corredor inacabable, donde nos perdíamos en un mar de conjeturas. Una vez llegados, vimos que el fuego, naturalmente ardía en la chimenea. Pero extraño calor despedían los le-

ños, con el frío que eriza los cuerpos entre las alucinaciones de la fiebre. Y los leños ardían sin quemarse, y el fuego devorador, que no devoraba, ¡quién sabe por qué caballero fué prendido y quién sabe en qué día ya lejano!

Las llamas, al subir, oscilaban en los muros. Dilatándose, contrahechos, silenciosos, dibujábanse los retratos. Cada oscilación del resplandor intermitente de aquella única luz permitía un descubrimiento. Con cotas de malla, en trajes de corte, damas y caballeros, mostrábanse juntos y ausentes entre ellos mismos. Miraban desde muy lejos, con sus ojos enigmáticos. El fuego seguía chisporroteante y mudo, completamente mudo, en su furor de ardores febriles. Los retratos resurgían por él, más mudos, y en un rincón el clavicordio dormía con su voz embargada por un mal sueño. Mi amada exclamó: «Tengo miedo.» Yo respondí: «¿Por qué? Sientes que el salón es extraño?» Ella añadió, con el escalofrío del fuego en el alma: «Todo es raro: ¿de quién es el castillo? ¿quién lo habita?»—Repliqué yo: «De nadie; el Silencio lo habita.» En sus ojos leí esta pregunta: ¿Quién es el Silencio?... El Silencio eran los cantos de otros tiempos, los halalíes de caza, el frenesí de los combates, la expresión de los gestos, la despedida de las almas, el murmurio de las palabras, las músicas de las fiestas, el tumulto de los siglos, las imágenes engendradas por el amor y la guerra, por la danza y el incendio; todo eso, condensándose á la vez en nube siniestra y jubilosa, embebiéndose en rayos de alba y en sombras de noche, para evaporarse luego, dejando el sentimiento inmaterial de una nada que es muerte de todo ruido. El Silencio, señor sagrado de solemnidad augusta, era el castellano, y tenía con el mutismo de todos los sepulcros, la severidad de las cruces, y era tan grave, tan poderoso y supremo, que parecía, no sólo ser la extinción de la vida antigua, sino ahogar también la resurrección de la venidera... Mi amada me dijo: «¿Y vive solo?»—Yo respondí: «Vive

con su pálido amor, sombra muda, la Muerte.»—Ella se estrechó contra mí, comprendiendo al Silencio; como si la vida en la soledad fuera imposible.

Los retratos nos miraban, siempre enigmáticos, y sus ojos concentrábanse más en su lejano pensamiento. El rumor de nuestras voces era un imperceptible murmurio. Yo dije: «Hermosa mía, el Silencio se inspira en su amada. La Muerte le es grata, fiel y dulce; confunden sus cantos que no suenan, sus versos sin palabras, sus besos sin labios; y besos, cantos, versos, se abrazan en el Olvido.» Ella, entonces, con un movimiento familiar, que era allí como el de un fantasma, tan extraña me parecía: «Fácil es, replicóme, destruir al castellano.»

Adelantóse hasta el clavicordio y yo puse una mano en su hombro. Las teclas se movieron sacudiendo el polvo de los años, y las notas se despertaron, heridas en su noche, como restregándose los ojos en la luz de insólita mañana. Con un estremecimiento de terror, respondieron los ecos. Ellos también venían desde el fondo de varios siglos. Los muebles, de talladuras en cuero, convertíanse en seres del ambiente sensibilizado. Los ojos de los ciervos suspendidos en los muros llenábanse de una luz nueva de vida húmeda. Mi amada y yo sentíamos la inquietud del sacrilegio. Huéspedes, matábamos al hospitalario señor con la tortura de una larga caricia profanadora. Y los ojos de mi amada vibraron con un fuego misterioso; un alucinamiento suprahumano se infiltró en sus dedos; su improvisación era un sollozo y un goce con las angustias y transportes del amor que aspira á lo infinito; y en un crescendo, estallaron las cuerdas enloquecidas, vertiendo el himno de su espíritu y carne febricitantes... Sintióse un grito desgarrador, un clamoroso frenesí, una súplica intraducible, y oprimiéndonos con terror, vislumbramos entre las llamas los viejos retratos con sus labios estremecidos. Una horrible frialdad nos penetró en las venas; yo debía de estar como

mi amada, pálido cual un espectro; y vimos que el fuego del hogar extinguíase agonizante. Al fin del largo corredor, divisando las estrellas, y ya en el aire puro, dije á mi pobre compañera de aquellas noches: «Dos seres vivientes bastan, y ya este castillo deja de ser el castillo de la Ventura!»

LA SEPULTURA DEL GALO

Bañada por el sol poniente, abre su inmensa boca y muestra un carro de guerra. Entre sus ruedas blanquea el esqueleto. Al pie de un gran escudo labrado en cuero, que asoma entre urnas cinerarias, dibújanse, sobre una espada de hierro, arneses vecinos á vasos azules, donde un pedazo de cielo se debate en un crepúsculo subterráneo. La tumba forma un arco negro de tierra, cubriendo los restos del capitán, y sobre el arco aparece el esqueleto de un soldado. Así les junta la tierra en la paz, después de haberles unido la vida en la lucha. Tienen un mismo sueño, y sus imágenes adquieren las formas de los despojos de hierro, de las armas comidas por los siglos, leprosas en su orín, miserables por estériles.

Las urnas cinerarias, de fuerte cristal, lucen verdosas transparencias: al abrirse la tumba, el viento aventó sus cenizas. No son, sin duda, frutos de amarga filosofía; pero al buscar los residuos del polvo humano, sólo se encuentran sobre el cristal serpientes enroscadas. Con dibujos de líneas poco seguras, brillan en el translúcido los reptiles, con fulgor, y parecen el postrer recuerdo engendrado por el hombre.

En el arco de tierra que separa al soldado del jefe, sobre y bajo los huesos blanquizcos, una flor amarillenta ofrece al sol su humildad sonriente. En un rincón una ampolla vítrea surge como un diamante que, labrado, ha sido vuelto á su primitiva cuna. Encierra lágrimas. La flor, en la tarde, se inclina con melancólica gracia sobre el cristal,

que en medio de la muerte representa la vida. Una gota del llanto de otros siglos podría rejuvenecer el frágil tallo, que ofrece la sonrisa amarillenta. Estas lágrimas sobrevivientes á los ojos que las vertieron, son como una voz inmaterial, resonando entre los huesos de los que fué en un tiempo animado soplo. Sobrecoge la soledad extraña del llanto, que materializa el dolor de seres fundidos en la extinción absoluta. El cuerpo fué ceniza, y ceniza aventada para siempre; el alma voló lejos á conocer el misterio supremo; se ignora todo del sepulcro, sin inscripción, anónimo; y no quedan de recuerdo sino lágrimas tan impensadas, que parecen maravillosas. Se las ve con inquietud, como si fueran un símbolo impenetrable, y la sensación que causan sin hallar la forma de una idea precisa, espera la luz de un repentino prodigio.

De la inútil expectativa nos saca la boca desdentada de la calavera. Las cuencas de los ojos ausentes se animan con un invisible aliento de esplín que atrae al abismo de sus huecos, y la boca, en donde hay una mueca que los siglos no borran, parece á la pregunta «¿de quién es este llanto?», responder con el esplín de las cuencas: «de una mujer, de nadie». Sí! otro es el sueño de la muerte en la caverna épica... El sol se hunde del todo en la planicie; un dolmen de bloques colosales, dibújase con los contornos de hosca fortaleza. El espíritu que animó estos huesos, fué el de un salvaje ebrio de libertad: sus restos son tanto más miserables si se piensa que, vivientes, reflejaron en su robustez el vigor de las encinas. Las encinas de Galia! En sus troncos vió aquel hombre á sus dioses esculpidos, y las ramas con la brisa le envolvieron en un sagrado murmullo. Sobre ellos también vió clavada en las noches la corona férrea que en el día erguíase en la frente de un Vercingetórix. Con sus hojas ornó los cabellos de la virgen, que al caer como una ala de amor, flotaban cual un pendón de guerra... Los huesos difusos pierden

sus formas en la fúnebre vivienda; ampollas diamantinas, vasos azules, escudos de cuero, mohosas lanzas, todo se confunde en el mismo crepúsculo: la sombra penetra, desciende de los arcos, iguala y mata. Créese que un grito de rebelión va á desgarrar el silencio de su misterio: el viento pasajero, al zumbar en la boca, canta que no es posible la paz sobre la ósea insomne blancura, asilada en tumba construída tras el trueno de los caballos de César!

EL CLAVICORDIO

El sol entra al mustio salón, queriéndolo llenar con su alegría: no se siente importuno, pues no sabe oir el luto de las cosas que piensan y no hablan. Y trae en su júbilo, impregnado del aire azul, el de las verduras del parque, que acaba de tocar. El resplandor, palpitando vibrátil con sus moléculas de oro, evoca, por un contraste, las hadas tristes, infundiendo á un clavicordio los dones de la gracia muerta: Decir la sensación desprendida de sus viejas esculturas y labores, imposible. Animar con la idea el ropaje inconsútil de que se visten, y emanación de su propia vida, vano empeño. Imaginad un rayo de este sol deseando amortajarse en el perfume de una rosa de ese parque. El rayo y el perfume, embalsaman é iluminan, y vuelan, y las alas de un alma para ellos, serían alas materiales. ¿Cómo poder, entonces, dar á la sensación una forma, si es más fugitiva y leve que el rayo? La palabra para hacerlo, debiera tener la virtud de un marchito pétalo de perfume moribundo, que sueña con el primer esplendor de la rosa!... Entre los pies del clavicordio hay un mar donde juguetean nereidas y tritones, levantando la caja de oro mortecino, con alegría salvaje. Pero tienen, con todo, la irremediable tristeza de un juego bullicioso caído en la inmovilidad y el silencio. Y ella acrece, si pensáis que, animados con el prodigio sonoro del instrumento, semejaron sentir en los músculos la inquietud incansable de las olas nativas.

El salón se antoja un sepulcro en torno del clavicordio.

En él vive la Noche con el Silencio. Duermen las cuerdas en la sombra, y tal vez como cuerpos que pueden soñar con sus viejas armonías. Sobre el muro está el retrato de la joven que fué su artista. Sus ojos desvanecidos buscan en los aires llenos de sol, la elegía de los sones, y encontrando el oro en gloria, quieren retroceder á un brumoso espectral horizonte. Detrás del clavicordio, los delfines, en el surco de los tritones, conducen la concha de Venus. La diosa, con su desnudez triunfal, no nace allí, y el fantasma de una *joven abuela,* amortajada más que vestida por sus mismos impalpables arreboles, sucede á la que tiene con la frescura del aire salino, la belleza del cielo y los misterios del océano... El fantasma es como el mismo retrato, si éste pudiera animarse con un interno sol otoñal que lo hiciera resplandecer, y cuenta:

«Mignard me dió un día un cartón con lápiz de tres colores. Era un campo de rosales y tenían éstos grandes botones como cantáridas, verdes. Un Amor, en el aire, les disparaba sus flechas; y cada botón herido se convertía en rosa. Yo dije á mi paje:—Para que Mignard lo hiciera mejor, cuando trabajaba, suspiré; y ¿sabes lo que medito ahora? Escucha. Con la seda de mis gusanos tejeré un pañuelo, donde brillen el Amor y los rosales. Después que los poetas delicados de mis moreras produzcan mi capricho, los encerraré con cariño hasta lanzarlos á que alegren el jardín, convertidos en mariposas. Di tú, mi paje (que te llamas príncipe de los rondeles), si hay en el mundo mejor destino, idea más gentil y más noble empeño?...—Y el paje respondióme:—Señora, mañana iremos á ver los talleres de cristal...—Pasó la tarde, vino la noche, llegó el día, y fuimos y encontré, entre la seda labrada, á los gusanos muertos: ni verían el pañuelo, ni podrían volar. El paje exclamó:—No hagas sufrir á Mignard, que también se va la vida de un hombre en el amanecer de un ensueño. —Mignard,—agregué yo,—¿qué inventas y por qué me

lo dices con esa voz?—Él me respondió:—Silencio, señora.

«Alejéme entonces, y abstraída, olvidando los gusanos, comprendí que el príncipe de los rondeles sufría por los besos que no llegaban de sus labios á los míos, sin las alas que yo sola podía darles. Ved así en lo que pienso, al volver al sol bajo el influjo mudo de mi clavicordio. La música, aun extinguida, ¿ha de hacer soñar siempre con el amor?... Más natural fuera evocar, cómo el instrumento ha callado desde el día en que caí, por una bala de los *azules,* en el castillo de mis abuelos, animando á los gentileshombres. La criatura frívola fué en la contienda una hija de su raza. La sonrisa inspirada tantas veces por este instrumento, fué lo único que me quitó la muerte, y no pudo comprender si era en mis labios, de desprecio por ella ó de amor por la vida.»

El espectro se esfuma. Miro el clavicordio como el viajero pudo mirar á la bella durmiente del bosque. Me parece maravillosamente embalsamado. Creo que si lo animo con un viejo aire de Lambert, lo que fué fantasma, evocación de un retrato, será mujer de nervio y carne, engendrada por la música. Después, con inquietud casi religiosa, temiendo así poner mis manos en las teclas, donde vaga como en sombra transparente el recuerdo de sus manos ligeras, salgo del salón, deslizándome para no hacer ruido!

EL RELOJ DE BEAUVAIS

En la catedral de Beauvais, la más alta del mundo y la más fina, cuyas columnas, al subir, parecen quebrarse, encuadrando las vidrieras que se confunden con las nubes, hay un reloj que es como el altar de una capilla. En sus varios compartimientos se mueve un sistema de esferas. Los signos del zodíaco, las fases de la luna, el anuncio de los eclipses, las horas de las diversas partes del mundo, pueden allí consultarse. Á veces, un cuadro animado da vida á una indicación, y así hay barcos que se levantan en olas, anunciando las mareas de las costas de Francia. La arquitectura del mueble recuerda un templo gótico.

El silencio de todo esto, pues su silencio asombra, es ritmado por las voces que retumban en el coro. Los canónigos cantan y despiertan el eco de las naves, resonante como una espiritualización de los cantos. Esos rumores, chasquidos de acentos, murmurios de plegarias, dan al reloj colosal y mudo en sus múltiples trabajos, un solemne aspecto de sér que piensa.

Pero suenan las doce, y es como la voz mágica, que lo espeluzna de ruidos, y lo cubre de figuras, y anima el mundo inusitado que él crea. En el centro hay un Cristo con un cuadrante sobre el pecho. En su torno, doce esferas surgen con los apóstoles, y así Jesús se convierte en alma y movimiento vivo de las horas de la humanidad cristiana. Los ángeles de las alturas mueven sus alas y tocan sus trompetas. Los moradores de las ventanas se evapo-

ran y dan paso á llamas. San Miguel, en una cúspide, prepara su balanza; la Virgen resplandece, y junto al Padre, Cristo abre los brazos. Preséntanse justos y réprobos. La balanza del arcángel se inclina á derecha é izquierda. Se piensa en la representación de un juicio final de los primitivos más primitivos de Pisa ó Siena. Los demonios empujan con tridentes á los condenados, los ángeles se llevan á los justos; los brazos de Jesús se cierran; las llamas de los balcones desaparecen. El eco de las últimas campanadas se extingue, y el reloj cae en un silencio más profundo.

Le dejamos para oir los cantos de los canónigos, que siguen asaltando las naves, y pronto se olvida el infantil juego ingenuo, y se piensa solamente en los curiosos, matemáticos engranajes. Los péndulos se agitan sin rumor, marchando en el silencio que sirvió á los cálculos del artífice. En la existencia del reloj se exteriorizan leyes cuyos secretos arrancó el espíritu á las entrañas del mutismo de los astros. En silencio revienta la mies en los surcos, y silenciosamente árboles y plantas se visten de hojas y de flores. La meditación fecunda es silenciosa: el poeta, á veces, rompe la suya con su voz, recordando él mismo el silencio del alba que hace cantar á los pájaros. Y el reloj, reflejando el silencio inteligente del hombre, imita con sus esferas el silencio en que se elabora el fruto en la tierra, y el de los astros que marchan y vierten luz en el cielo: por eso, si se piensa, adquiere más honda solemnidad. La estatua más bella, á medida que se hace más augusta, surge más silenciosa: y no nos sorprendería, si volviéramos, encontrar el reloj custodiado por un ángel con el dedo en los labios, imponiendo la mudez del Tiempo, que omnipotente pasa sin hacer ruido... En la nave se oye, entre los cantos de los canónigos, el responso de la muerte. Vemos un ataúd transportado en hombros por los sepultureros. Los clérigos marchan con velas encendidas; dos mujeres sollozan; varias criaturas llevan

flores. Las violetas ponen en la frialdad del coro un encanto de frescura, que parece un sueño del día, transformado por los vidrios en crepúsculo que medita y ora. ¿Quién es aquel amigo ante el cual no nos descubrimos por estar ya descubiertos? La muerte, señora y reina del silencio, mata toda etiqueta, y sin presentación nos hace saludar al que no hablará nunca. ¿Quién va en el ataúd? ¿Es joven, viejo, mujer ú hombre? La pregunta se pierde sin respuesta en las naves. Ellas ignoran si es alegre ó fúnebre el canto que desenvuelven en sus ecos, y los ecos, cargados de sollozos, tocan en lluvia espiritual las esferas, y sin turbarlas se mueven sobre las agujas indiferentes que concentran en el reloj el universo!

LA CARIÁTIDE DE LEDA

El nombre de Tesalónica traído desde lejos por impalpables alas, suena repentinamente en un frío rincón del Louvre. ¿Se mece con rumores de bosques de laureles, entre cesuras de dáctilos y yambos? No lo sé. Pero la sola vulgar inscripción, en caracteres negros, sobre tabletas de tiza blanca : «Salónica, antigua Tesalónica», despierta una como brisa de impalpables alas, una misteriosa ráfaga, que abre á los ojos un claro horizonte.

Se alzan cuatro capiteles corintios, arrancados á sus columnas, caídos como fragmentos de aquel cielo, donde el mármol pentélico brilla sobre el azul, con sus ligeros resplandores de aurora. Pero estos capiteles son de la sombría piedra de Eleusis. Sobre ellos se tiende un arquitrabe y sobre él cuatro cariátides se yerguen, sosteniendo la corona del «Palacio Encantado». Así lo llama la leyenda, aunque haga pensar en un templo, y repentinamente surge con ambos caracteres, convirtiéndose en un símbolo.

Las cariátides están de pie, carcomidas por los siglos, devoradas por esa sombra invisible, pero mordiente, mutiladora de las triunfales blancuras. Todas, en un movimiento inmovilizado, sostienen el peso, de frente y de perfil, vestidas y desnudas, con una olímpica serenidad, expresión de la atmósfera que, al envolverlas, las torna sagradas.

La última cariátide, graciosa fantasía de un espíritu riente, hospeda sobre su vientre un cisne, el cual pasa su largo cuello por entre los dos senos, recostando la cabeza sobre el mullido pecho. Duerme allí, feliz, olvidado de todo,

tranquilo y encantador. Mirándolo, se piensa en amables fábulas; el dolor es un engaño de la fantasía; lo único verdadero, es que las rosas son más bellas en la estación de los besos. Todo lo que hay en los relatos griegos de frescura y poesía, forma al grupo un invisible nimbo. La estatua cumple serenamente, como cariátide, sustentando la fábrica, con el blando señor que tiene en su cuerpo, lecho. Pero imaginad que el cisne sueña, y aún lo que un hermoso cisne puede soñar entre los blancos frutos de aquel árbol de gracia. La divina Leda lo supo, y languideció. Pensad que las alas recuerden á la estatua su viviente modelo: la cariátide, con su estremecida alma de mujer, perderá la impasibilidad de la diosa, y humanizada, más real, si no más serena, y más hermosa quizá, si no más fuerte, dejará hundir el monumento que sostiene.

Ah! que no se crea imposible tal fantasía. El cisne ha soñado; el arte moderno le ha hecho soñar, infiltrándole una pujante ráfaga hecha de anhelos y de amor, de ideal y sufrimiento, de transportes y de vida. La mujer, á su vez, agitóse; despertándose, animó á la ninfa, y dejó tambalear y derrumbarse el arquitrabe olímpico. Así, transformada, renacerá con diferentes formas: hoy, bajo el peso de la noche que brotó de su alma, inclinando la cabeza donde duermen todas las agonías de un pueblo; mañana, en un rebato jubiloso, con ímpetus de placer, graciosa Pietra Cámera, que anima una formidable bacante; después, estremeciéndose con todo el poder de la vida, arrancado de sus entrañas mismas para fundir dos almas en los labios... Frente á la «Noche» de Miguel Ángel, la «Danza» de Carpeaux, las figuras innumerables de Rodin, los hombres efímeros pasaron y pasan sin comprender.

Todavía están vivos los epigramas de los Rossi y Bandinelli, precisamente porque Miguel Ángel es inmortal, y aún visibles las manchas de tinta arrojadas á las esta-

tuas de Carpeaux; y todos los días, Rodín, indiferente, recibe algún diario que se deshonra maltratándole. *Ai posteri l'ardua sentenza.* Unos no la oyen, universal y gloriosa, porque han muerto; ótros pueden esperarla confiadamente ya, con actitud de estatua sobre el plinto de las que crearon.

Si un día, en otros mundos, renacieran los mármoles entre los boscajes de una ideal Academia, creed que Platón las amaría á todas. Rodín, Carpeaux, Miguel Ángel, no consideraron lo que nace y lo que muere, sino según su regla de lo bello, lo que subsiste, lo que es siempre lo mismo, expresando cual lo quería aquél, la idea y el poder de eso en la obra. Como las diosas antiguas se encarnaban en los mármoles griegos, así las estatuas de estos maestros no son sino mármoles griegos, con el alma de seres modernos, que tienen las pasiones de los antiguos. El hombre, en realidad, no ha variado sino la concepción del arte. Platón encontraría en las estatuas la armonía de las suyas, pero convulsionada. Los grandes cinceles buscan la misma naturaleza, y todas las figuras vuelven á la misma madre, como los mármoles de diversas canteras son en realidad de la misma inmensa fuente. Cuando se ve trabajar á Rodín en su taller, sus dedos, que tienen ojos, se deslizan por el yeso, y sus ojos, que tienen tacto, parecen, lejanos, mirar en el más distante tiempo, como para sorprender la forma más cerca de su primitivo encanto... La Venus de Escopas surge en su reposo y es la hermosura suprema del contorno con la serenidad divina del pensamiento. Las pasiones parecen hinchar los músculos de la Noche, rendida en un sueño profundo, semejante al de la muerte, y que hace pensar en lo que habrá sido la agitación moral capaz de producirlo al convertirse en anonadamiento. La armonía está entre el cansancio de sus músculos poderosos, y el estado de alma que se trasluce en su frente, esperando allí, para revivir, el horror de una

nueva aurora. Las bacantes de Carpeaux, desde los pies electrizados por el placer de la danza, hasta la sonrisa semierrante, erótica, de sus rostros, son una viviente armonía. Tomad de Rodin el poema de bronce que colocará al escultor al lado de Dante, en las futuras edades: esas puertas del Infierno con sus trescientas figuras bajo la mirada inmortal del Hombre que medita, y encontraréis los cuerpos griegos, síntesis perfecta de la hermosura humana, poseidos por el horror, la inquietud y la angustia, los sufrimientos físicos, las pasiones y los instintos, en un estremecimiento que infunde, por la impasible carne marmórea, la vida palpitante con su corazón, sus nervios y cerebro. Ah! la serena concordia de un cielo con sol y sin nubes, no significa que en el aparente desequilibrio con que ese cielo se agita en una tormenta, no haya de leyes y de fuerzas una armonía aún quizá más soberana.

El grande hombre, á quien las estatuas griegas proyectaron en las frases y en el pensamiento sus puras líneas resplandecientes, comprendería que es natural que el cisne haya soñado. Júpiter, quien, según el proverbio, si bajara á la tierra hablaría la lengua de Platón, tomó las formas de un cisne. En él y en su acción, el filósofo saludaría la amplitud de la vida. Pero antes, en el bosque ideal trataría, á no dudarlo, de volver á la Venus sus brazos. Pondríala con júbilo entre el Infierno, y la Danza, y la Noche, para que le recordase el mar con su grandeza y su murmullo y el Olimpo con su hermosura y su sonrisa. Contento de haber, cerca de su señora y reina, cumplido con un deber piadoso, se inclinaría después sobre el pedestal de las otras estatuas, impulsado por un deber de justicia. Quiere borrar los rastros de la crítica contemporánea, y al ver la blancura del mármol y el fulgor duro del bronce, exclama:

—El sol se me ha adelantado; ved: el gran Dios de mi Heliópolis, evapora los miasmas!

EL MUSEO GRÉVIN

La Malmaison resplandeciente, en torno de Rachel y del Emperador; el Zar de todas las Rusias, coronado en suntuosa basílica; palacios de África, que son chozas trágicas, donde se asesina bajo el ojo salvaje de Beanza, entre las palmeras languidecientes sobre los rojizos horizontes; la Revolución con sus crímenes, iluminados por la hermosura y el valor de las víctimas; aquí, con la cabeza de Lamballe, enhiesta en una pica, sangrienta flor empolvada, que hace desvanecer á María Antonieta; allá, con el Rey que trata de oir los rumores de París desde las alturas del Temple, y con Carlota delante del tribunal, y Marat en la bañadera, cubierta de mugre y sangre; así empieza el museo. Son cuadros construídos por las figuras de cera, y de sala en sala cambian, tomando por suya á la imaginación que se les abandona. Las máscaras de la Ópera, arlequines y colombinas, pierrots y tonnys, *preciosas* francesas y patricias venecianas; evocaciones de todos los países y todas las épocas; reminiscencias de los cuadros y las estatuas; la locura de una noche ataviada con fragmentos de la historia; el júbilo aturdiendo al hombre y haciéndole olvidar la vida; los cascabeles risueños al lado de los lamentos; el baile codeándose con el crimen, surgen en decoraciones pomposas y fantásticas.

La luz oprimida en los subterráneos, ya lanzada por las linternas ó por los faroles de placer, ya por las arañas resplandecientes, parece soñar las escenas ó evocarlas, y

las dibuja, prestándoles misterio, ó las alumbra, detallando su realidad. Ella es la maga, en rincones de países exóticos, que rodean el cuadro visto ayer con motivo de un acontecimiento público, y el hecho célebre que nos hace retroceder en el tiempo y vivir con otras ideas y otros sentimientos. Los contrastes sucédense desprendiendo sutiles sensaciones; así, ese cuento de hadas materializado ante nuestros ojos, y esa escena real que se idealiza al plasmarse, se tocan, comunicándose algo de sus distintos caracteres. Poco á poco empieza á envolvernos, á penetrarnos, el curioso ambiente, con la alucinación infundida por las figuras de cera. Todas aquellas de hombres que conocemos, se nos antojan un anticipo de la muerte: todas las de los muertos, adquieren una poderosa, ficticia vida. Extraña resurrección! Las carnes corrompidas en los sepulcros aparecen aquí como embalsamadas, por una virtud vital que de ellas fluye. Las carnes de los hombres acabados de ver, por ejemplo, en una fiesta pública, tienen un acento de bermellón, un rosado enfermizo, una sangre que se filtra como un arrebol espectral, todo con un reflejo de tocador de sepulcro. Estas figuras son de muertos pensando en la vida, ó de vivos temerosos de la muerte. Á poco, se transforman en inquietante procesión en donde los dos términos se confunden con el brillo de una imaginación enferma. Cuando la muerte sueñe con la vida, en la profundidad de la sombra, á la cual no llega el perfume de las rosas reflejadoras del sol, puestas sobre la lápida, quizás el color que evoque su antigua forma, alterado por el recuerdo, tome el matiz de estos rostros de cera. Así, el escultor interpreta visiones del más allá misterioso.

Las figuras, después, se independizan y viven por sí solas. La sensación que dan, penetra sus acciones. No es el hecho viviente lo que realizan, sino que plasman su recuerdo. Carlota no mata al redactor del *Amigo del Pue-*

blo; no tiene ni que evocar el crimen, pues la obsesiona y la atormenta; y el cuadro que vemos es el de su imaginación alterada por la luz de la muerte. Hombres y mujeres tienen algo de macabro, aun en la alegría de la fiesta. Mirad en un parque galante de Compiègne las estatuas de los dioses griegos propicios al amor, arrullados por las fuentes; aspirad el perfume de las plantas reales consteladas de flores, y sentiréis lo angustioso de la ficticia vida de los seres, sujeta á un sueño en que la felicidad no encuentra su voz, y teme encontrarla, por el temor de despertar, al oirla, otra vez en el sepulcro.

La inmovilidad es terrible. En vez de exhalar algunas figuras el pensamiento de la acción que ejecutan, se abisman en el misterio del por qué de su existencia. Ótras nos persiguen con sus ojos entre el arrebol espectral, para librarse de sus ideas, descargándolas en las nuestras. Muchas vierten el hastío de su actividad que no cambia, como si en su rígida existencia, el gesto inmovilizador de su rostro fuera cárcel de su alma. Un Hámlet eleva las manos al cielo: se ha querido representar á Mounet-Sully, pero el taciturno actor es el príncipe verdadero, condenado á dudar en su reposo eterno, que deja por ello de ser reposo. En sus ojos se ahoga y agoniza la esperanza de encontrar el olvido. «¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando y gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de la existencia de alguna cosa más allá de la muerte (aquel pais desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna), nos sumerge en dudas, antes de ir á buscar otras de que no tenemos seguro conocimiento?» Asi piensa el Hámlet de Shakespeare, y este espectral, compendiando la sensación de las otras figuras de cera, dice que ellas se yerguen cual solución de su monólogo. Las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, inquietudes, pasiones, todo revive, y su

recuerdo anima á la muerte, y la duda consiste ahora, en si todo eso cesaría de atormentar como una pesadilla del recinto cerrado, á poder respirar en pleno sol de existencia.

El sugestivo Hámlet nos señala casi la puerta de un corredor obscuro. «Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza.» Con caracteres negros, resalta la inscripción del Infierno dantesco. Al pasar se ven fosforescer en el fondo los ojos de llama roja del Cerbero y las tres fauces de perro con que aullaba entre los glotones, metidos en el lodo y azotados por el granizo. Después surgen huecos formidables, inspirados por los tenebrosos tercetos, y los cuerpos de Francesca y Paolo, enlazándose, van impelidos por el viento. Penden de rocas sobre antros los ladrones mordidos por las serpientes; y los suicidas, aprisionados en árboles, confúndense con los troncos; y surgen los herejes de sus fosos de fuego. Virgilio acompaña á Dante, y Mahoma aparece desgarrado, hendido, con el corazón palpitante al aire, como en el canto XXVIII, y en un horizonte fantástico, que no se ve en el poema, resplandecen las huríes animándolo con el resplandor de su propia hermosura. La Divina Comedia interpretada en cera! Las visiones del vengador, «hiena feroz que rimaba entre las tumbas», surgen así; como si la sombra del recinto fuera creadora y tuviese genio. Repetid los versos con los ojos cerrados; abridlos y veréis que la idea no es mala, aunque después sonriáis, pensando, que un hachazo de sol bastaría para derretir la visión de aquel infierno!

DIBUJOS DE INGRES

Extraordinaria es la colección de dibujos del museo de Montauban. Todo dibujo tiene la atracción del pensamiento íntimo. Un cuadro parece animarse con el deseo de abandonar el taller para ir á las exposiciones; se le siente, semejante al adulto ansioso de correr tierras y probar fortuna. Un museo separa á los autores de las obras; apila telas como en cementerios que cobran por ellas vida; y las vacilaciones de la concepción, las luchas que despertaron, los sentimientos y las ideas mecidas por el trabajo de los colores, cual con una música silenciosa, todo eso, se esfuma, y á la obra no se la ve ya nacida de laboriosos pinceles, sino natural como un árbol y como él inconsciente y hermosa. Los dibujos dan otra sensación; en su compañía se tutea á los mismos maestros, que, sombrero en mano, saludamos en el cuadro vestido. Ellos tienen en sus nervios vigorosos ó débiles, vibrantes ó amortiguados, la fiebre del taller, los entusiasmos y desfallecimientos del alma del artista, que ve en sus rasgos el principio de su sueño. Aquí están, por ejemplo, los que sirvieron á Ingres para la Edad de Oro, ó para su Jesús predicando entre los doctores. Las figuras surgen entre rejas de cárceles. Cárceles es la palabra, aunque parezca exagerada. Llegar á la perfección de tales anatomías, vivir en la encarnizada lucha de estos colmenares de gestos, es trabajar con cadenas de preso, es renunciar al sol y á la charla, y absorbido, no sentir el paso de las horas

sino cuando la fatiga impone al cerebro las desolladuras del yugo.

Tratándose de Ingres, la frase *fiebre del taller* tiene algo de antitético, que por un instante derrota. No surgen los dibujos como los esqueletos de un bosque, próximos á sentir la ola de la savia primaveral, y á verter el esplendor de su manto de pintura. Los árboles, cuando se piensa en la obra del maestro, vislúmbranse fantásticos, y sus hojas y sus flores, cual hechas de nieve y agitadas por un cierzo glacial que es de vida. La esmeralda como el zafiro, la perla como el topacio, y aun el granate y el rubí de fuego, todos los matices, brotarán escarchados al conjuro del Aladino de lámpara polar, formando carnes, objetos, vestiduras. Aquí, la Odalisca sobre el lecho del harén, con su abanico de plumas en la mano; allá, la virgen bíblica derramando agua del cántaro, desnuda como una diosa griega; en la gruta, Edipo consultando á la esfinge; todas sus creaciones, evocadas por los dibujos, producen el extraño efecto.

Recordad la Coronación de Homero, y si queréis, comparadle con la Consagración del Emperador, cuadro de David, que se le avecina en el Louvre. La escena de Napoleón y el Papa, en el coro iluminado de Nuestra Señora de París, entre el clero y la corte, es una rara conjunción de magnificencias. La alegoría de la apoteosis de Homero, desarróllase al pie de un simple templo jónico. La Iliada y la Odisea, y un grupo de genios de todas las edades, rodean al rapsoda. La severa y armoniosa compostura de los personajes trae el recuerdo del *decorum* antiguo. Evocan la serenidad contemplativa de las figuras de la escuela de Rafael, y parecen inmovilizarse, como el templo que les da sombra. En un rincón del horizonte hay un resplandor de oro, oprimido por el cielo azul helado, hecho por un flúido de acero. Si miráis las vestiduras, pensaréis en los árboles de hojas de escarchas coloreadas y flores de nie-

ves iridiscentes; pero tanta frialdad es el brillo de un temperamento personal. En sus soplos enciérrase una voluntad apasionada y una fiebre de trabajo incansable y glorioso. Ved al ángel que corona á Homero. Las níveas alas sobrepasan el frontón del templo, y el espacio las dibuja y las hiela; la vestidura clarea levemente, envioletada en los pliegues que imprimen gracia al frío que vierten; y al coronar la sagrada frente con manos glaciales, su cabello de oro congelado fulge como espiga madura sorprendida por un ideal invierno. El ángel, también con una palma, es el símbolo del arte del maestro. Los matices de su manto, que serían mortaja de un cuerpo caliente, dan la vida al cuerpo oculto, y son idea en su frente, tacto en sus manos, vuelo en sus alas. Así, dicen que Ingres fué peculiar para concebir é iluminar las cosas. En la consagración de Bonaparte, donde se busca el triunfo del color, todo aparece rígido, con la frialdad académica; en la apoteosis de Homero, la frialdad alumbra, y los matices brillan como con los reflejos de un *sol nuevo*.

LA MARIPOSA DE TURQUESA

El poeta espera, de parte de los severos historiadores, la sonrisa que perdona, si les entretiene este relato.

En medio de un cortejo pomposo, Amílcar Barca ve enterrar su elefante de Getulia que, erizado de hierro, fué máquina de espanto. El héroe, sobre su torre, se creía en la cumbre de una montaña de gloria. El paisaje se dilataba á sus ojos; y al pensar en el combate próximo, el horizonte, fundiendo el cielo con la tierra, le mostraba confundidas la realidad y la esperanza. La torre, estremeciéndose con el movimiento de la viviente mole, era también como un trípode de oráculo; la inspiración descendía, haciendo concebir al espíritu de Amílcar en un relámpago; el peligro era dominado, el punto débil descubierto, y armipotente cual un dios de la guerra, repartía con ferocidad gozosa los rayos de la muerte. El animal se hizo célebre, y cuando sucumbió, un temor supersticioso se apoderó del ejército; y como tenía de trono, de fortaleza y de templo, creyóse el favor de los dioses en el principio de un eclipse.

En su entierro pomposo, Amílcar sueña. Entre un himno de soldados y un canto de sacerdotes, figúrase escuchar lamentos y ruidos de cadenas, al aspirar incienso, mientras un poniente de púrpura, concluye en sangrienta hoguera. Murallas, torres, pirámides, catapultas, simulan las nubes, compuestas por los humos y fulgores del incendio, al que da claridad el clamoreo de las huestes, mezclándose, en salvaje sinfonía, con los bramidos de las

bestias. Y en medio del otro extraño concierto, de dolor y de gloria por un elefante, siente el guerrero, al volver en sí, la acerba amargura de no haber cruzado sobre él la Vía Sacra y ascendido la colina del Capitolio.

Los años pasan; Aníbal no olvida el juramento, que hiciera á su padre, de odiar á Roma. Triunfa en el Tesino y arroja las legiones más allá del Po; ensangrienta las heladas aguas del Trebia y las risueñas del lago Trasimeno; conmueve la Apulia, y en Cannas su caballería númida cruza sobre el enemigo y es un huracán de muerte, y el ojo que pierde, parece inmolación de uno de sus propios rayos. Roma entierra vivos á sus prisioneros; quema vivas á las vestales adúlteras; les sacrifica á sus dioses; los niños lloran, los cónsules no duermen, y á las mujeres se las encierra por inútiles, en una ciudad en que el tumulto precursor de la defensa es espoleado por el espanto.

Allá lejos, en las provincias africanas, algunos mercenarios que escaparon un día á los horrores del Hacha, profanan en tanto el mausoleo del célebre elefante. Quieren robar sus tesoros y divertirse con sus huesos, pobres despojos, sin duda, de un recuerdo terrible. Y he aquí que, en vez de colmillos de marfil, encuentran raras petrificaciones, con un brillo de cielo... La tierra produce la manzana, la rosa, la espiga. Sabe que el hombre la riega de sangre, y le devuelve el rubí, gota endurecida y refulgente. Corre el llanto que la sangre derramada cuesta, y crea con el luctuoso carbón la apoteosis de la lágrima, en el diamante. Y ella misma, alquimista cuya ciencia es un abismo defendido de la curiosidad con el misterio, da á sus invisibles gnomos el poder de transformar el marfil en turquesa.

Los bárbaros no se hacen estas reflexiones; ven salir de la sombra, con un reflejo de cielo del mediodía, las defensas que en otro tiempo parecieron caer de la luna, y abandonando el mausoleo, exclaman con terror: ¡prodigio!

Los sacerdotes las recogen, y Hannón, que cediendo á la fracción Barcina, decreta el envío de tropas á la Campania, tal vez para hacerse perdonar sus miserias, se las manda á Aníbal como presente.

El conquistador, al recibirlo, hace buscar un artífice. «Construidme un anillo», dice, «buriladlo con una efigie en un pedazo de esta materia.»—«¿Tenéis alguna fórmula preferida? ¿Deseáis algún símbolo?» le contestan. El héroe medita un instante, piensa en las aves; y en vez de ordenar: «haced un águila», desciende á los insectos, y murmura: «quiero una mariposa»... ¿Una mariposa? Oidle á él mismo en una fiesta de aquella Capua, que fué fatal á su genio y á sus armas. Recostado en el triclinio, mézclanse á las rosas y á la hiedra de su frente, las violetas ya sin su perfume, pero que, cobrando fulgor, son amatistas ahuyentadoras de la embriaguez del vino. Acaricia los cabellos de una linda cautiva y exclama: «Si! mi anillo es una mariposa y sin duda una mariposa bella. Pero ten cuidado, no la lleves á tus labios. El sueño sin sueños, puede nacer del encanto de sus alas.» Ella responde: «Es extraño; tan débil insecto en dedo tan fuerte; tan suave azul en mano manchada por tanta sangre!» — «No es el color del cielo», interrumpe Aníbal; «es el de tu lago Trasimeno, reflejándolo y bañando tus pies desnudos; y el de tus ojos que se han abierto debajo de aquellas aguas; pues mi anillo presintió tus ojos y tu lago.» La esclava sonríe, y acariciando las rosas de sus cabellos: «Cómo se llama la piedra?»—murmura con un gesto de infantil curiosidad. Él contesta: «No es piedra natural; es el colmillo de un elefante. Su cuerpo formidable, convirtiéndose en mago en las profundidades de la tumba, hizo de su arma terrible un recuerdo del cielo. De su Fuerza ha nacido, después de la muerte, este color de la Gracia. Es un símbolo, y yo he mandado hacer con él la mariposa de mi anillo. Combatir es vivir, y luchar es glorioso, cuando se ama

en el esplendor de la gloria! Mezcla á la hiedra de mi peinado una rosa más; adoro las rosas extranjeras, porque me parecen extrañas, y aspirándolas, la vida se abre á otro horizonte. Acaricia, si quieres, también mi anillo; ya lo ves, es digno de brillar en tu frente desde que brilla en mi mano. El día que la mariposa cese de tener el vigor del colmillo y la gracia de la turquesa, el día que Aníbal no pueda combatir para poder seguir amando en la gloria, ella abrirá sobre mis labios sus hoy plegadas alas.» Plegadas? Sí! de esa manera se cierran sobre el aro de oro. El héroe las mira amorosa y largamente, pero con un estremecimiento, y oid aún, si queréis conocer del todo sus virtudes.

El guerrero se ha refugiado en Bitinia, en la corte de Prusias. Roma, amenazada por los bárbaros del Danubio, decide, para estar más libre, concluir con él. El Senado da sus órdenes á Flaminio; Aníbal lo sabe, y ordena construir en su casa salidas ocultas; pero más tarde, en el momento de huir, las encuentra cerradas, lleva á sus labios la mariposa, y el insecto cae al suelo con las alas abiertas. «Concluyan los temores de los romanos!»—exclama, y los fieles que sobre él se inclinan comprenden que ha bebido un veneno. Se hace un silencio sepulcral, en que se siente el paso de la muerte que llega. El suicida, desvanecido, ve que el horizonte se incendia con un poniente de sangre; las nubes simulan ciudades, catapultas, carros, y les prestan realidad, entre la imprecación y el lamento, himnos de victoria en lengua cartaginesa.

Aníbal va á expirar. Las alucinaciones le traen nimbos de apoteosis, y á través de un resplandor, ve esfumarse una mariposa que vuela. Sus manos oprimen entonces una espada de turquesa; siéntese levantado por dos blancos colmillos, con un movimiento maternal, y hacia su padre Amílcar, que le espera radiante en la inmortalidad, avanza majestuoso como un dios, sobre el espectro del elefante de Getulia.

UN RELOJ DE SOL

En una de las mesas del Café Napolitano bebía yo una copa de vino Mariani. Mi compañero, el viejo conde de Trencavels, exclamó sonriente:—« El ejercicio de la caza me ha evitado ese género de remiendos artificiales.» Por toda respuesta, miré la cabeza del octogenario; erguíase pujante sobre sus espaldas encorvadas, que parecían abovedarse para resistir mejor la maza del tiempo. Después callamos ambos. Tras de conversar, subir los Campos Elíseos, descender los bulevares, el cuerpo y el espíritu experimentan un reposo en el movimiento de la multitud. El domingo declinaba, postrado de hermosura; en su luz sentíase la fatiga de haber incendiado árboles y edificios; y la tarde no era sino el día, sintiendo, cual nosotros, el cansancio. El bulevar, con un último esfuerzo de vida tumultuosa, encauzaba todos los rumores de París, para llevarlos á un mar de calma. La turba, marchando en las aceras, desbordándose sobre ómnibus y victorias concentraba el júbilo del mes de Mayo en su sonrisa; y el cielo sonreía agonizante, haciendo temblar sus discos azules, como gotas de rocío, entre la clara verdura de los almendros.

El anciano rompió nuestro mutismo:—« Bueno es, de vez en cuando,—dijo—mezclarse á esta multitud. Surge de pronto un París inusitado, que no es el que vemos desde

nuestros coches; pero para ello hay que ser como yo, un parisiense de ochenta años, capaz de edificar su castillo con asfalto de los bulevares.» Torciendo bruscamente el giro de su idea, exclamé: —«Sin embargo, señor, ayer mismo, alguien decía en el círculo, que ha habido en usted un señor de horca y cuchillo.» El viejo sonrió y creí ver sobre el lomo pergaminoso de un libro de biblioteca gótica, el arrebol escapado de la miniatura de un ligero medallón. Al fin respondió: —«Siga usted por el bulevar con esa gente, y parecerá llevado en su ola. Admirará la belleza de la ciudad con sus rincones encantadores; pero remonte la corriente para llegar al Arco, y después de un instante, fatigado ó furioso, entre encontrón y codazo, es posible que no sienta placer ni en mirar la perspectiva de los Campos Elíseos. Luis XI vivió en mi espíritu en una época; pero allí se encontró con la herencia de mi padre, continuación de un caballero escéptico de la corte de Luis XV; los dos gérmenes, á causa del medio, han dado en mí su planta. De joven, de niño casi, en un viejo castillo creció la primera, y en París se desenvolvió la segunda. Esta última ha triunfado; porque su sombra no está del todo fuera de nuestro tiempo; y resulta así más amable por ser más cómoda. El recuerdo de la ótra no deja de tener su tristeza con la inquietud que lo ridículo despierta al evocarse. Y ya que ayer, á propósito de la *Ciudad Muerta* de D'Annunzio, discutía usted, si en efecto el alma antigua puede encarnarse en personajes modernos, al contacto de un lugar propicio, voy á relatarle un argumento en favor de la tesis, el cual callé, ante lo numeroso del grupo, por la naturaleza del caso.

«Desde que tuve uso de razón, un viejo tío, el marqués de Nancy, y un preceptor encanecido en el seno de mi familia, fueron mis guías. Mi padre murió en un duelo injusto. El honor de una mujer pura, santo para él, le hizo perder la vida, por un movimiento impetuoso de su alma. Le

administraron la Extremaunción, y tomó en las suyas una de mis manos. Sus ojos se clavaron en mí; su voz no podía articular palabra. El plafón de su lecho severo y tallado, del tiempo de Enrique IV, le daba, con sus sombras, un aspecto más siniestro. Creí que me pedía venganza; me incliné á su oído y murmuré:—«Comprendo.»—Mi padre no respondió nada, y después de un rato, expiró.

«Los retratos de mis abuelos, en la capilla mortuoria, me perseguían. Velaban el cadáver con sus rostros presentes, pero lejanos, por sus ojos. El espectáculo de la muerte no les atraía; al volver al mundo se fijaban en la vida, y sus miradas, como saetas, empezaron á penetrarme. Comprendí que ellos también clamaban venganza; y con un ardor que secó mis lágrimas, renové mi juramento.

«Mi tío no era otra cosa que uno de esos retratos, descendido, pero despojado. Vagaba como un espectro que buscase eternamente su armadura perdida. En el fondo de su alma había amado quizás á la reina guillotinada. Desde entonces, y después de las guerras, nadie pudo sacarle del castillo. Su dolor, oculto, pero aun fuerte, le daba las apariencias de sér viviente, impidiendo que le lustraran como á un yelmo enmohecido. Este personaje no era, sin duda, el mejor para aventar mis ideas. Había, además, querido á mi padre fraternalmente, y después de su muerte, lo abrumó la tristeza. Hablaba siempre usando los tiempos pasados de los verbos; sus labios parecían, así, sólo animarse con una gramática de historia y de leyenda. Á veces, su palabra me sugería la visión de un invisible puente levadizo. Por él llegaban, familiarmente, reyes y caballeros, con sus armas y divisas; los abuelos hacían piafar corceles; y la voz del marqués, entonces, no era la que correspondía á su rostro, no brotaba de sus labios; era, sin duda, la voz de los retratos. Y á éstos se dirigía, naturalmente, como si le fueran tan conocidos y tan llorados como el último de mi padre, flamante en los muros.

Yo me sentía crecer, hablando como mi tío; con impetuosos arranques, desenvolvíase mi alma, que en el silencio esculpía mi rostro á semejanza de esos viejos gentileshombres. Debía, físicamente, parecerme á ellos, y así me lo decían los únicos espejos no deteriorados del castillo, ó sean los petos lucientes de las armaduras.

«Mi profesor era gran amigo de mi tío, y ya puede usted comprender por qué lo era. Quizá nació entre una retorta, olvidada por un alquimista, y un reloj de arena, en la torre norte de Arvesaux. Arvesaux es el nombre de esa posesión. Si alguna vez va usted por allá, no deje de mirar la maciza torre; no le falta una sola piedra de las de hace quinientos años; el sol, si tiene memoria y goza con los recuerdos, debe con placer dibujar su sombra al abrazar su mole como en otro tiempo. Mi preceptor vivía en ella entre sus libros. Cada libro tenía su historia independiente del texto. Sobre este tema, el hombre aquel encontraba sutiles pensamientos que animaban sus labios, donde besos apasionados ó alegres no dejaron jamás un recuerdo. Fuera de la biblioteca, su existencia habíase reducido á las luchas legitimistas de la Revolución; después, vuelto á su encierro, cada libro le ofrecía una forma de felicidad en el desenvolvimiento silencioso de su espíritu. Su voz era sorda, acostumbrada respetuosamente á hablar entre espectros. Y yo veía los salones, los vastos corredores, las torres, todo, poblado con esa multitud en que dominaban los reyes de Francia. Con tal ardor, con tal vida mi maestro evocaba, que llegué á creer que, congregados en torno de la chimenea de la torre, ellos le referían, por las noches, los hechos que él me relataba por las mañanas. Á este hombre, como á mi tío, les oía hablar de la Francia, con ese acento que usted ha notado en mí, alguna vez, y que es como la hiedra que al enlazarse á la encina, bajo las actuales ramas podadas, toma naturalmente algo de la majestad del viejo tronco... Mi infancia no podía tener mucho de

alegre. Los criados, todos ancianos, parecían abrumados por el respeto de aquellos muros, en que cada salón se antojaba la capilla de un templo. No conocí más ternura que la de mi nodriza, lo cual es también una forma de la tristeza: el rostro de la madre ausente parece asomar entre los pliegues de la cofia, con algo de pastel desvanecido. Vivía así, sin más sonrisa que la de algún viejo poeta latino, que mezclaba las alas de sus dáctilos y yambos al rumor de las abejas en el parque. Mi preceptor y mi tío rodeábanme de un cariño que tenía, sin cambiar, mucho de rudo. La mano del marqués, sobre todo, mano glacial, me daba la sensación de un guantelete de acero al tocar mi cabeza. Mis correrías en el campo eran siempre limitadas por Carcasonne; y la ciudadela gris, con sus torres y almenas, y su catedral y sus cisternas, me salían al paso, viviente visión de los sueños forjados en el castillo.

«No es extraño, pues, que mi vida fuese una constante alucinación, lejos de la época de reyes burgueses anatematizada por mi tío, quien, como soldado viejo, sólo me dejaba, de lo contemporáneo, hablar de Napoleón, para el cual tenía dos palabras: genio y bandolero, unidas por el broche de oro de una espada. El marqués, los criados, el preceptor, eran personajes que se adelantaban, para mis ojos, desde el tiempo desvanecido, como una irrealidad real, así como mi imagen, con una realidad ideal, se alejaba al retratarse en el brillo de las armaduras. Y probar espadas de las panoplias, vestir una coraza, cubrirse con un yelmo, no era fantasía, era tan natural en mi vivienda, como comer ó bañarse.

«El marqués, con un pie en la tumba, aún tenía músculos de hierro, y al tirar las armas, elásticos y casi juveniles. Era mi maestro de esgrima, y no hubiera consentido otro. Sobre el panteón donde reposan los antiguos caballeros, en el salón vecino á la capilla, se había construído la tumba de mi padre. La estatua yacente, con el perro á

los pies, vestía coraza, y vi el rostro bien querido, que era un fiel retrato, no como el de un muerto de nuestros días, sino como el de un guerrero de otros siglos. El tiempo presente, hundiéndose en el pretérito, evaporaba la realidad, y al besar la frente de piedra, mis labios fríos decían una oración con la fe de los cruzados.

«Una gran ventana abríase sobre el parque y el cielo. En la mano de la estatua se erguía una espada, perfilándose recta sobre el inmenso claro de luz. El sol, surgiendo en oriente, al tocarla, arrojaba sobre el sepulcro, convertido en cuadrante, una flecha de sombra. Así, sobre los bajos relieves, veía un símbolo: la espada inútil tendida, el brazo rígido dando una orden, y la flecha marcando el paso de las horas que clamaban venganza. Y todos los días el tumulto de la lucha, el chasquido de los floretes, los gritos y llamadas y respuestas, despertaban los ecos. En el panteón retumbante, las estatuas yacentes querían levantarse, con la facilidad de tener prontas las armas, sacudiendo el rígido sueño de la muerte. Retornar á la vida en medio de un combate, ¡qué épico placer, después del continuado, miserable reposo! Y yo me enardecía, aun cuando estaba casi extenuado, al ver la sombra en el cuadrante simbólico adelantar desde la espada imperiosa como con un ceño fijo. Y llegó lo que debía llegar: cumplida mi mayor edad, mi adversario, más viejo, se encontró frente á mí, como mi padre frente á él hacía diez años. Y aconteció lo que debía acontecer: una profunda herida mandó, en unas horas, á aquel hombre al sepulcro. Yo volví al de mi padre; lo encontré cubierto de flores, y, por primera vez, mi tío me besó en las mejillas. Debí ausentarme, y quise conocer la capital; usted puede imaginar lo que pasó. La vida de la corte se abrió á mis ojos; mi nombre, mi fortuna, aun mi belleza, hicieron lo restante.

«Volví á los cuatro años para cerrar los ojos del mar-

qués. Me acuerdo de la impresión que me hizo el castillo. En vez de perfumado y sonriente, envuelto por los recuerdos de mi infancia, se me apareció inhospitalario y triste. Fiel á la memoria de mi padre, comprendo después de sesenta años, que no me exigió venganza: quizás, por el contrario, murió perdonando y pidiendo perdón al Dios conocedor de su nombre desde las guerras del Santo Sepulcro. No guardo rencor, sin embargo, al tío que me inició de ese modo en la vida. Ah! no. Mi último acto en aquella vivienda, fué no hacerle esculpir, sin duda, una estatua con coraza en su sepulcro; pero sí coloqué un retrato de la reina, amada por él con raro fervor, idealmente, para que, en las noches frías del panteón, sintiera abiertos sobre él los grandes ojos azules. No recuerdo sino con placer al preceptor que me enseñó la historia de Francia; pero ya ve usted lo que son las viejas torres y sus ecos: ellas hicieron de mi primera juventud un espectro con una mancha de sangre, y una sombra con el alma de un loco.

«Apareció después mi escepticismo, destinado á cultivarse como amable flor conciliadora que puede también ser espada y escudo, entre tronos volcados, repúblicas muertas y renacientes, sociedades cultas y corrompidas. Y al fin, lejos de la sombra feudal, siguiendo la corriente, he hecho con asfalto del bulevar mi hotel, que encierra colecciones góticas... »

El crepúsculo se convertía ya en noche. El mozo del café, cortando comentarios, exclamó: —«Señores, me voy á comer; paguen ustedes á mi colega.» El conde de Trencavels añadió: —«Hay que retirarse, pero no olvide que el miércoles es usted de los míos. La condesa nos tiene una novedad. Ivette Gilbert declamará un monólogo.» Agradecí y añadí sonriendo: —«Créame, señor caballero, que en lugar de eso, estrecharía con más placer la joven mano de vuesa merced allá en el «castel d'Arvesaux», después

de la lección de armas, que despertaba los ecos de los sepulcros. Y aun con amor le traduciría al francés, bajo la sombra de esos muros, un capítulo de don Miguel de Cervantes, quien perdió una mano en Lepanto, y salvó la ótra, para escribir uno de los libros más admirables de este mundo.»

EL ALTAR DE LAS SIRENAS

El peñón, en medio del mar, vestido con un traje de virgen, tiene un rosado resplandor, hecho de luz y vapores: es la aurora. Por un puente natural, de grísea contextura, el mar sube y escapa. La espuma, con el temor de morir, se escurre persiguiendo la ola materna: surge de su entraña en la ondulante curva y es la nívea flor, el sueño inmaculado, el iris efímero, de la diáfana esmeralda. Así, en la cresta, fulge un instante, produce el extraño efecto de nieve hirviendo, y despliega su sonrisa, que el sol engendra y el aire mata. En el islote, hay algo más consistente que la espuma, más real que la luz, más vivo que la roca. Como flotantes cabelleras que caen cuando el mar no las levanta, ved las algas. Sus verduras tienen un encantador rocío en las humedades salinosas, y reflejan en su verdor y en su sombra la vejez del fondo del mar y la juventud eterna del alba. Brillan, además, corales, que se suponen apagados en el seno profundo por el agua, y encendidos en vivo fuego, al contacto del sol; conchas de nácar con perlas, lágrimas por haber dejado los nativos misteriosos palacios; arbustos iridiscentes que, en la profundidad de un crepúsculo de fábula, tienen del vegetal y del hombre, y que, más sensibles en el gran aire, sienten, estremecidos en la luz, como con el movimiento de un pez, la caricia voluptuosa de una mano.

En el estéril peñón no nace un rosal: el viento no puede despetalar una flor sobre la espuma. En él no habita un sér, ni siquiera se abre en sus noches el ojo sangriento

de un faro. Las algas infructíferas son sus únicas habitadoras, venerables melenas que resguardan la roca ó le fingen un pensamiento, ó que se abandonan al mar para sentirse mecidas por su murmurio infinito. ¿Por qué en el peñón aparecen las madréporas, corales, perlas, haciendo soñar con albas de extraños acuáticos senos, encendidos por misteriosos soles? ¿Y cómo pueden surgir sobre la roca esas matizadas sonrisas, que al bañarse en las espumas lloran el esplendor perdido de sus reinos inviolados? He aquí lo que las olas cuentan á los albatros, y lo que ellos no oyen, empeñados en picar los nácares sin comprender que no es alimento la hermosura.

Sobre los henchidos lomos de las más altas mareas, las sirenas, en volubles teorías, se encadenan con fosforescentes algas: es la procesión de las hijas del ensueño. La peña brilla en sus ritos como el altar de la luna, y el astro que levanta con atracción las aguas, eleva sus almas con tierno encanto. Desde allí le miran en la alta noche. Las olas, plateándose, exhalan plegarias meditativas, vagos himnos de amor, tristezas que naciendo del mar, tienen como insondables abismos; y las sirenas sienten indefinible inquietud, anhelos martirizantes, pensamientos con alas. Más allá de su reino, la vida ignorada debe de ser una maravillosa sensación nueva. Las colas con que dominan el océano, pero que les impiden saltar á la costa, les pesan como impregnadas de realidad y amargura. Ellas no se preguntan si, mirando al astro, hay quienes piensan, á esas mismas horas, en palacios de corales y bosques de acidias, y quienes sueñan con su mundo misterioso, al anhelar una existencia fugitiva como la espuma, pero bella y sin congojas. No. Y aun por salvarse de la inquietud, son capaces de aceptar el dolor, y esa inquietud se les convierte en angustia. ¿Qué aspecto toma la luna si se la mira aspirando una flor de la tierra? Las montañas y llanuras, que el astro les hace vislumbrar, ¿cómo son, bajo el sol, al otro lado

de las aguas? Y ante todo, ¿qué brota al murmurio de la palabra humana?; y sobre todo, ¿el beso de un hombre puede engendrar en sus almas una estrella?... Las soñadoras sirenas siguen adorando la fuente de lumbre, la cual les hace imaginar los encantos de otro reino. Después, el astro palidece. El horizonte se sensibiliza; en su oriente surge una franja de débil matiz. Ellas se hunden en el mar; no esperan que nazca el odioso sol. Al huir, dejan sobre el peñón madréporas, perlas, corales. El astro de la vida, que no conocen, mata sus anhelos, y cuando surge, los tributos á la luna parecen, al reflejarlo, las sonrisas de la aurora. El navegante pasa, los ve y medita. Las olas se extinguen y sin cesar renacen. Donde puso una sirena su cola, pone el barco quizá su quilla. Así, los seres fantásticos y reales se antojan unidos por un murmullo y separados por una espuma. Y un nuevo día se abre sobre la edad de la tierra, astro indiferente que va silencioso, con su carga de hombres y sirenas, confundiendo sus sueños en el mismo fatal movimiento que lo impulsa por el espacio!

EL PIERROT FÚNEBRE

Cantan los ruiseñores entre los árboles del boscaje del rey. La fuente del Estío muestra sus amores levantando sus racimos. Las carpas, inquietas en el gran estanque, saltan y juguetean. Los rosales, cargados de rosas, se arquean al peso de su leve gloria, como el hércules Farnesio que, reproducido, se apoya allí en su clava, agóbiase con el peso de sus músculos; y la estatua y los rosales simbolizan la estación, mejor que la fuente: todo es fuerza y gracia, en los céspedes y en los árboles. El sol se pone tras la cortina viviente de verdura; hachazos aquí, lápices allá, dibujan claridades con deslumbramientos de oro. Y se oyen los compases de una danza, y á la fiesta convida de modo singular la tarde. Las de los bosques de Fontainebleau y Compiègne, acuden á no dudarlo, pues la hermosura aquella es la de varias tardes, muriendo en un solo letargo de apoteosis. Las nubes pasan saludando á los árboles, inclinándose leves, con su blancura ligeramente sonrosada, y perdiéndose lejos de Versailles, en el teatro quimérico del horizonte.

Y la fiesta es fiesta de la tierra, entre las columnas de Proserpina en torno del grupo de Girardón. Las parejas hacen sus reverencias, y son máscaras en pleno día. Las casacas claras que vierten la alegría de sus flores de durazno, con el suave brillo de sus tintes de gargantas de paloma, y los trajes rientes de las mujeres, bajo las cabelleras empolvadas, han desaparecido, dejando á cada persona la elección de un traje histórico ó fantástico. La

gavota suena y hace callar á los ruiseñores. En las aves hay algo de despecho: ellas no necesitan instrumentos para poblar los boscajes de encanto. Ah! — piensan: — charlad y divertíos; si el placer galante llega á convertirse en pasión viva, ya vendréis lejos de violines y violoncelos á pedir á los peculiares trinos, el alado acento que añade á la palabra lo que calla, si el beso no la ayuda... Y danzan las parejas la gavota. Gavota simple, compuesta de un grano de grandeza, de un cetro de elegancia, de un sol de gracia. Gavota con reverencias á los pensamientos que llegan venturosos, y con despedidas á las horas que pasan sonrientes. Gavota que puede ser danzada por todas las edades, al són de acordes que viniendo con olas de un mar de amor infinito, mueren con sus espumas ante nuestros ojos, sin ir más lejos. Gavota cuyos compases tienen á un tiempo tristezas que sonríen y júbilos que sufren, símbolo gentil, al parecer, de todas esas mujeres, las más alegres del mundo, y que llevan en plena juventud los cabellos blancos de las ancianas... La princesa Lamballe da, con el soplo de su sangre de Italia, existencia á un traje de Colombina, y el poeta no sabe, si en sueños, es él el mismo Pierrot quien la acompaña.

Y el Pierrot la dice: — «Adorada mía, estoy vestido de luna, porque la luna es un astro muerto; y te adoro porque eres la más bella.» — «¿Y á todas las demás las desprecias», — responde la mujer — «señor adulador, no es cierto?» — «Ah, no! todas son de mi reino, pero tú la primera, pues eres graciosa entre todas las mujeres, y el encanto de tu blanco cuello es un abismo... Huyamos de la fiesta: los ruiseñores nos llaman; ese boscaje está poblado, y sus voces son la voz de la noche que se alza triunfal sobre las ruinas de la tarde... Huyamos, alma mía; envuelto en la tristeza de la luna, soy el verdugo, que danza entre vosotros...» La princesa tiembla; y reconoce en los ojos del disfrazado, y en el porte, al ver-

dugo, que una vez le enseñaron como curiosidad. y grita y le delata. Después, dos caballeros le prenden y le entregan á los suizos cercanos. Tranquilamente, sin defenderse, el Pierrot exclama: ¿«Por qué me arrojáis, si soy vuestro invitado? Yo desciendo en un rayo de luna y entro hasta vuestros lechos y me duermo en vuestras frentes, mis dulces señoras, y sueño con lo que vuestra alma puede soñar asomando por los labios entreabiertos, y nunca nada me dijisteis. Y hoy, porque en pleno día me aparezco, armáis ruido de armas y venís á prenderme!»

Alguien dice: «Está loco.» Y como á tal le llevan, y después le aherrojan. Él sonríe, y la tranquilidad de su sonrisa da pavor á aquellos que le aconsejan: «Tened cuidado, podéis perder la vida.»—«La vida?—responde:—¡qué sarcasmo! Si de ella me alimento! si su muerte es mi cuerpo, es mi alma, es...» Y la fiesta se había interrumpido un instante, comentándose la intromisión del Pierrot estrafalario. La princesa aseguraba que el disfraz era admirable, aun en la expresión del rostro, maestramente fingida. Un suizo llegó de vuelta. «Y no será al fin un ebrio?»—le preguntaron.—«Ah, no!»—respondió el guardia;—«es un pobre loco, pues dice ahora que es la Muerte misma, y canta sin cesar: «Te adoro, porque eres la más graciosa entre todas las mujeres y porque de nuestras nupcias brotarán ideas, sueños y sentimientos, hijos alados que besarán las nobles frentes.»

Entonces, decidióse que la locura era seguir pensando en el loco, y prosiguió la fiesta. Un minué grave resonó comunicando vida á las últimas luces de la tarde. La princesa Lamballe dió el primer paso. Las parejas se inclinaban profundamente entre la languidez de los moribundos fulgores. En el fondo de la alameda, el horizonte parecía teñido en sangre. Al pasar en los giros de la danza por ese claro abierto, las figuras, resaltantes sobre el rojo, dibujábanse netas. En el crepúsculo del boscaje cerrado,

tornábanse después misteriosas, y sus palabras cobraban un sentido más tierno. La sonrisa se abría en los labios cual el color de una flor brillante, pero buscando las almas, moría como su íntimo, sutil perfume; y los ruiseñores, ya más seguros en la penumbra, sin hacer caso de la orquesta, llenaban con sus dulces trinos la majestad de las frondas!...

TROFEOS DE SOLDI

Un cuadro, en un museo, es la imagen ideal de una existencia apacible. En Reims, en el fondo del Hôtel de Ville, la placidez de esa vida duplícase. De vez en cuando, un visitante se decide á pasar por las salas. Los paisajes de Corot abundan, con sus cielos inconfundibles, entre algunos de Díaz, de aquellos que apasionaban las crónicas de Baudelaire, en los tiempos de Ingres y Delacroix. No llega de la calle un rumor: si rueda repentinamente un coche, los árboles, en las lejanías pintadas, parecen estremecerse; un formidable Tarquino, en tela de no sabemos quién, suspende sorprendido su puñalada, y Lucrecia, en un respiro, alza los ojos... Después, todo cae en el más profundo silencio, y nuestros pasos despiertan ecos en las salas solitarias.

Pensemos en los esfuerzos que estos cuadros representan, en las ideas que mantuvieron irradiantes, en los júbilos que dieron con sus triunfos ó en las amarguras infiltradas por sus fracasos, y nos encantará la paz en que se adormecen. Triste, más triste que la plaza de la ciudad provincial, con el hastío de su existencia cuotidiana, es este museo; pero, al menos, la multitud odiosa no hace llegar á los cuadros la imbecilidad de sus murmullos. Viven en silencio, mirándose los unos á los otros, buenos y mediocres, malos ó excelentes, todos en una franca y afectuosa camaradería. Después de luchar por los ensueños de sus padres, retíranse á brillar tranquilamente, sin que la piedra descortés rompa la dulce armonía de las aguas. Y

así parecen tener en el rincón de un claustro, la virtud de un espejo y reproducir en calma profunda las imágenes de los artistas muertos, embasteciendo sus matices con un interés piadoso.

En el centro de las pinturas, como altar del templo, con las armas de Perseo y Belerofonte, surge una panoplia: antójase un canto épico fundido en bronce. Las imágenes del hijo de Júpiter y Dánae, y del nieto de Sísifo, se dibujan, colóranse y palpitan. La evocación de luchas y destierros, les acompaña. Con placer, mezclado de melancolía, reviven en la memoria. En las mañanas de invierno, entre los viejos claustros del lejano colegio, aprendimos con delicia sus difíciles nombres, porque con espadas maravillosas abrían sendas de luz en reinos ignorados. La infancia fantástica del pueblo griego es el encanto de la infancia en todos los pueblos. Cautiva el espíritu naciente que en su robustez será conquistado por Fidias y Platón, y modifica la fisonomía de los profesores. Si el vuestro fué un viejo gruñón ó un joven fatuo, olvidadle; ¿cómo no creer, á través de los años, amable y luminoso al que, por la primera vez, nos pronunció el nombre de Apolo?...

Á Perseo venciendo á la Medusa, libertando á Andrómeda, volviendo á Grecia y matando, sin querer, á su abuelo, para morir por la venganza que tal homicidio acarrea. Á Belerofonte en sus luchas con la Quimera, caballero en el Pegaso minervino, flor de la sangre de la Medusa muerta: escalando después el Olimpo, en el corcel, que se convierte en constelación, mientras él cae á tierra y no muere, para vivir errático con la perenne melancolía de su empresa frustrada. Así se evoca á los héroes delante del trofeo, lleno de imágenes y labores, y hermoso con artístico resplandor.

En el centro de la espada, un monstruo se retuerce con su cola de serpiente; desea quebrarla, pero se corta con ella, y los estremecimientos de cólera dolorosa, concén-

transe en su lengua, que sale violentamente, vibrando como una flecha. La lámina de la espada semeja ancha hoja de árbol, donde se graban figuras. Ayer, la hoja fué riente y llena de gracia; hoy, se transforma en ceñudo bronce al contacto de la Medusa, cuya mirada, cuando mira, petrifica. De las figuras se escapa el sufrimiento de tan terrible muerte, y el mismo monstruo, más que por el filo, puede inmovilizarse aterrado ante su propia acción, que es cual un soplo de sus entrañas. En el pomo de la espada, se yergue Andrómeda. Por un detalle de hermosa fantasía, las cadenas faltan en la roca. El cabello la cubre, y creemos completar la fábula soñando. Nuestra Andrómeda emerge en el peñón de Palestina, esclava de su hermosura. Con su cabellera le ligaron pies y manos; Perseo destrozará, pesaroso, esas gentiles cadenas; y cuando se rompan los grillos, que son manto de gloria, los mórbidos brazos quedarán libres, para enroscarse al cuello del héroe.

En el escudo surgen recias labores, coronadas por las serpientes, y en el centro de un bajo relieve, Belerofonte se prende de las crines y de las fauces resoplantes del Pegaso, que hiende las nubes para acercarse á las estrellas, mientras el héroe siente ya el vértigo de la caída. En cambio, matando á la Quimera, en el mismo Pegaso triunfal, que le presta sus alas como un nimbo, resalta sobre el inmenso casco donde se esculpe la Medusa, añadida por Perseo en la fábula.

Estas armas no parecen, así, la espada diamantina de Mercurio, el casco de Plutón, el escudo de Minerva, prestados por los dioses á los héroes. En sus fraguas las forjó Vulcano, para recordar sus hazañas, y lejos del apacible y poco heroico museo provincial, brillarán, si no se oponen los miembros del Hôtel de Ville, en la próxima gran fiesta del Olimpo.

EL MONUMENTO DE BARTOLOMÉ

Los cipreses se yerguen melancólicos. Los plátanos forman avenidas. En el dominio de la muerte, el sol sonríe. Los sepulcros, á la izquierda, á la derecha, al frente, arriba, abajo, por todas partes, surgen, trepan, escalan con sus cruces el cielo. Los pájaros tejen una quimérica red sonora de alas y de cantos. Y la tumba de Bartolomé, el monumento que levanta la vida á la muerte, conmemorativo de la legión anónima, aparece al pie de la colina con magnitud de templo.

Rodeándolo, destácanse cuerpos que muestran su desnudez triunfal. La naturaleza estallante, comprímese en la hermosa elegancia de las líneas, que las almas mismas de las estatuas esculpen con vigor. Construyen una monumental guarda griega, desprendida de un friso desterrado. Pero no van con frutos á Eleusis, cantando á Ceres, que madura el grano, y se contempla en el esplendor de sus músculos; ni al paso de las panateneas buscan la sabiduría en los extraños ojos de Minerva; ni inclinan, como en los funerales de Alcestes, niños puros sobre la palidez de una frente; ni con ramos de oliva y ánforas rebosantes de agua cristalina y miel sabrosa, nos hacen recitar los versos de *Les Érinnyes:*

> «Femmes, sur ce tombeau cher aux peuples Hellènes
> «Posons ces tristes fleurs auprès des coupes pleines.
> «L'offrande funéraire est douce à qui n'est plus.»

Es la cadena, inmortal por renaciente, que el sufrimien-

to eslabona y la muerte desune. Es la nueva humanidad, con todos los dolores de la antigua, concentrándolos en el umbral de la tumba. Un hombre, de pie, da la espalda estremecido, y una joven se reclina en el costado de otro que se doblega, á su vez, sobre una mujer arrodillada. Aquí, una cabellera, como discreto pañuelo de hermosura, cubre un rostro bañado en lágrimas. Más allá, una cabeza ausculta el interno silencio sepulcral, y unas manos se crispan, clavando en el friso las uñas. En el suelo yace una víctima desplomada: los músculos, fundiéndose en suprema desolación, han perdido la energía. Una criatura, al ver llorar á un compañero, solloza; ótra, con la intuición de una experiencia horrible, eleva gravemente una plegaria. Un hombre, tratando de olvidar su dolor, conduce á una mujer tambaleante, y la última, no adelanta, y se vuelve, mirando la luz, y arroja al aire un postrer beso. En un instante, se supone que las parejas son las elegidas de una ciudad que sucumbe, bajo altas implacables maldiciones, y que llegan, expiatorias y trágicas, á enterrarse vivas en el sepulcro.

Ya dentro, la Esposa, de espaldas, apoya su mano en el hombro del Esposo. Los cuerpos, soberanamente bellos, se sienten entre sí, comunicándose sólo por su atmósfera de dolor. ¿Son Adán y Eva?... Á las puertas no está el Arcángel que les impidió retornar al Paraíso, con espada de fuego. Pero la cadena eslabonada de sufrimientos, con el grito mudo, y por eso más terrible, de la prole retorciéndose en el zócalo, es un ¡ay! que se clava en la conciencia de aquellos dos seres. Si buscáis el eco, encuéntrasele en el temblor convulsivo de las espaldas, fruto de la estrangulación de un supremo sollozo. En él vibra el reproche de haber animado á quienes se juntan en procesión para llorarse á sí mismos. En la ayuda que se prestan, se advierte el reflejo del abandono en medio de la vida: saben que existen, porque aún sufren. Abajo, una mujer sostiene

con sus espaldas la lápida, dejando deslizarse, por sus muslos, un manto. Los esposos surgen, acostados ya, en la infinita paz. Las cabezas, enlazadas por el mismo sudario, tienen en el olvido igual rigidez cadavérica. Una criatura yace entre ambos, y, sobre su eterna sombra, una luz irradia. Es el símbolo del amor inmortal; es la presencia de la perenne virtud, que transformando sus cuerpos en savia, lleva á los vivos á buscar, para coronar sus afectos, flores de esas plantas, nutridas por sus antepasados. Es Dios, que no ha muerto y preside la renovación de la vida, mirando desde el sol, y cantando en sus rayos... Sobre la inerte tumba, donde el poema se esculpe, resplandecen los céspedes en techo á un tiempo palio y aureola. Entre la aterciopelada esmeralda, los rosales dan sonrisas como caídas del cielo para perfumar el aire. Baudry, que hizo de su paleta una cuna de auroras, y Musset, á quien pone el estío, en su raquítico sauce, algunas hojas, miran desde allí cerca, con los ojos pensativos del mármol, la procesión de los dolores, que ellos sintieron brotar de sus almas, como agua natural de su fuente. Después, murmuran que ya han descansado mucho, y ante el sol y la verdura, parecen llorar el no poder sufrir de nuevo entre las rosas!

MANUFACTURAS DE BEAUVAIS

Los hilos, tirantes en la suelta trama, avanzan hacia el artífice, á cada golpe de pedal. Los dedos, pacientes arañas que tejen la tela, anudan delicadamente esos hilos con las hebras de seda, y un peine de marfil los consolida, ajustando los nudos. El dibujo del cuadro se ve abajo, á través de la obra, y á las espaldas, la pintura completa. El artífice debe volver los ojos para buscar los colores, que visten esos contornos vislumbrados. Un espejo interior le muestra el frente de su trabajo; de sus dedos, al parecer, sólo sale el reverso. Así se extienden sobre los hilos coloreadas espumas que, aglomerándose sin sentido, condensan un mundo de medias tintas. Un mundo!... La expresión no es exagerada. Hay en un solo modelo sesenta y cuatro verdes, y otros tantos azules, confundidos con todas las gradaciones del violeta. La visión de un poniente, sobre un bosque otoñal, hará mover las arañas, con cincuenta rollos de sedas, que ponen en un rincón enjambres de infinitesimales gamas. Los talleres se suceden, con los artífices doblegados, en largas líneas, sobre los bastidores. No se oye una voz; aquello es más silencioso que una colmena; no tiene su rumorosa ebriedad alada. Sobre la red de los hilos en tensión, aparecen las espumas de seda, y son cual las vegetaciones marinas informes, con barbas leves, que la humedad fecunda en las rocas, bañadas por el flujo. Pero mirad por los espejos, y de confusas concepciones de matices mezclados como al azar, veréis la idea clara, conver-

tida en un macizo de flores, en una cacería antigua, en una fuente donde se baña una náyade, en cualquier tela célebre de un maestro.

Beauvais es conocida desde 1664. Acaba de producir, sin decaer, para la Exposición de fin de siglo, el símbolo de las Cuatro Estaciones. Todas entregaron á los dedos expertos el secreto de su espíritu, animando las formas de su reinado. El tiempo se encargará de poner en sus atributos el aliento irreemplazable que toca los colores; que hace contemplar á la posteridad el tapiz como más bello; que transformando la caricia de la luz actual sobre los relieves, la muestra como evocación de la luz pasada; pátina no vista por el autor, imagen sutil de un sudario, amable por melancólico, y hermoso por noble, caído sobre su obra después de muerto.

Á un viejo que trabaja hace dos años en un trozo de un metro, le pregunto cuándo concluirá, y me responde que aún le falta el doble. La paciencia se mezcla á la obra de benedictinos del ensueño ajeno. ¡Sí! ellos idealizan las visiones de ótros, y el matiz, con un espíritu más leve y fino, hace de una rosa, por ejemplo, desprenderse esta sensación: que gana en perfume, lo que pierde en consistencia brillante.

Por el espejo del artífice que trabaja hace dos años, veo asomar á un mono sus ojos picarescos, entre un yelmo que lo cubre. Es una antigua fantasía de Coypel sobre el *Quijote*. El tapiz, obra maestra, de fineza y expresión incomparables, se confunde casi con la pintura. Don Quijote fué un mono vistiendo la armadura de Amadís de Gaula. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Hoy es un honor imitar al sublime mono; hacerlo con entereza; he ahí la dificultad... El amigo que me acompaña, dice: «El rubio emperador, famoso Quijote del derecho divino, ¿no ha acabado por mostrar en el asunto Krüger, á través de una armadura de héroe de los Nibelungos, su rostro de mono

lamentable de la jaula de Chamberlain?» Y sobre esta reflexión de actualidad, pues el Presidente del Transvaal, rechazado de Alemania, está ya en Holanda, dejamos el batallón de arañas, en el colmenar silencioso, tejiendo matices nuevos, á la sombra de muros vetustos, que construyen patios venerables!

LA DIANA BORGHESE

Diana, diosa de la antigüedad; Borghese, nombre que es, por antonomasia, el de la galante princesa Paulina: asi, ambas inscripciones se juntan en el plinto de la misma estatua... Casi tocando un tronco de árbol en bronce, aparecen sus pies con sandalias, en que puntean las alas del talón de Mercurio. Sus pantorrillas, vibrantes, nerviosas, vense rodeadas de perros, ágiles, esbeltos, que hasta quieren perseguir sus flechas en el viento. Sobre el cuerpo todo, se pliega una túnica de alabastro, transparente al dibujarse, y que, más que túnica, es un camisolín de muselina. Y en su palidez se infiltran y juegan luces verdosas, con acentos amarillos, cual de algas vislumbradas al través de topacios. Sobre el cabello, con gracia arcaica dividido sobre la frente, destácase altivo y puro el cuerno de la luna. Y en ese cuerno, el rielar de una fuente sagrada ha puesto fulgores áureos, y los reflejos parecen construirlo, con un solo rayo. Desnudos, salen por entre la túnica los brazos; y alza el uno el arco invisible, y descarga el otro la flecha. El recuerdo, con un soplo de antiguo clasicismo, canta en nosotros los brazos de la virgen fría, que no abraza con amor, pero que mata con furia... Miremos á la cazadora casta y fornida, tal como surge con el espíritu de esta estatua.

El Renacimiento, cuando anima las formas griegas resucitadas, con el nuevo soplo de pasión que es sangre de su vida, esculpe soberbiamente. Pero cuando interpreta la antigüedad y traduce al italiano el griego de las diosas,

multiplicándolas en mármol, las adultera. Acteón, sin temor, puede acercarse al baño de Diana. Su jauría con mordaza no ladrará. Sus brazos tendidos indican solamente el movimiento del arco, como símbolo de que lo renunció al dirigir su última flecha. Esta diosa ha oído un cuento de Boccaccio, sonriendo á la nueva habla. En su peinado zumban y se enredan, al pasar, las abejas de los panales del Petrarca. La luna, astro de castidad, ya no cincela sus formas yertas, ni da al mármol la apariencia de una estatua de sepulcro. No recuerda con melancolía el bosque griego, porque el espejo de su alma se ha turbado y retrata ótro que imagina, poblado de capitosas flores. Su cuerpo es negro como la noche, y de su sombra surgirá el sol de un nuevo día.

Á su lado, compañera de destierro, está Minerva en pórfido rojo, sentada sobre un trono, alzando una mano en actitud de dar una sabia lección : pero Diana no la ve ni la oye. Piensa, desde el frío salón del Louvre, en los templetes reflejados por las aguas de su *villa* en Roma. Evoca los conceptuosos discreteos, las sonrisas de las damas entre los galanes, las relaciones á media voz de la última cena; oye entre los boscajes el rumor de las músicas lejanas, y dice al visitante desconocido: «Suerte extraña la mía! Hoy que mis pensamientos han cambiado, los faunos han muerto!»

EL MOISÉS

Oigo, en un extraño sueño, la voz primera sobre el Caos, y la luz es gloria de su idea, y la Creación es su palabra: Dios contempla sus cosas y las cree buenas. Después, en el reposo del séptimo día, piensa que su grandeza no debe excluir el encanto. Mira resplandecer el sol, y crea la sombra de los árboles. Permite á las aguas que están en las nubes visitar su obra, y nace la grama. Dios se regocija entonces: comprende que no saldrá de su mente pensamiento sin fruto. Y la sombra del árbol, por ser su sombra, se hace bendita y llena de frescura; y porque el Espiritu flota sobre las aguas, el mar y el arroyo se hacen cristalinos, y son el espejo del cielo; y las estrellas vierten un resplandor de paz, porque no ignoran que Dios adormece al hombre fatigado.

Veo soñando al pueblo de Israel, el cual, sabiendo buenas las cosas, suspira por ellas. Ni la sombra de un árbol; ni el cristal de un arroyo; ni el ave, ni la flor: muerte y soledad... Pero Moisés ha oído en el monte la voz que tenia á la luz por acento de su gloria, y la ha oído no creando nuevas sombras de árboles llenos de gracia, sino tonante con el trueno, y como si debiera también verse, refulgiendo con el relámpago. Y el pueblo escucha el eco de la voz en los labios del profeta, y á pesar de su furor, engendra la esperanza, y la nada del desierto se puebla de visiones, que convierten la arena estéril en cuna de mies y vides escogidas.

Y soñando, veo á Miguel Ángel. El artista siente en su

mente la columna de fuego conductora de Israel en la noche del desierto; y con ese divino resplandor — llama y alma — cree encontrar en un bloque, petrificada, la nívea nube que en el día señalaba la ruta. Entonces, ante el mármol estremecido al aproximar sus manos, el artista exclama: —«Señor, ¿es ya la hora?» Y con temor sagrado, rompe la materia, y palpitante surge un hombre. Sus recuerdos son abrumadores por ser soberanos. Moisés, sin desquiciarse, oyó la voz que, en el principio separó las aguas y creó el cielo y la tierra, y el bloque debe convertirse en el Profeta, escuchannndo esa voz que al mismo tiempo lo petrifica con estupor y le infunde un alma. El artista piensa también que en el séptimo día Dios hizo en su fuerza, por amor al encanto, la sombra de los árboles, y transforma la amplia vestidura en juegos de graciosos pliegues, ondulantes á la evocación de un viento bajo el cual se conmovieron los montes. Como los ojos de Moisés reflejaron con el júbilo de hablar con Dios la amargura de no pisar la Tierra Prometida, los marmóreos ojos concentran la noche y el alba, la tristeza de la sombra, ensoñadora al poblarse de astros, y la alegría de la luz que se despierta transparentando el infinito. Y los miembros del gigante, si se pone de pie, le servirán para aguantar un mundo, donde es leve la eternidad, pues proclama que en su fortaleza se ríe de la muerte.

La muerte, silenciosa y soberana, no responde: espera. Veo en mi extraño sueño á la Europa agitándose y al Asia vomitar hordas numerosas, innumerables, bárbaras. En Roma se detienen; sus furores se exaltan; Alemania, Inglaterra, Francia, el mundo, es para ellos, sin distinción, esa cruz que toca el cielo en la cumbre del Vaticano. Amarillentas turbas, escupen la hiel de sus entrañas contra el Cristo, inocente, en su bondad, de las espadas que fueron y de las espadas que llegan. Los templos son cuarteles; la Ciudad Eterna puede vestir, como Ninive, el

saco y sentarse sobre la ceniza. La bóveda de *San Pietro in vincoli* se ha hundido: Moisés brilla entre escombros. Silencioso como el cielo, y como él inalterable, ve la luz de los espacios con una sola nube pasajera; y su manto pierde repentinamente, bajo el azul, el viejo aliento, y el sol parece reconquistar en la estatua un imperio. Tres bárbaros lo observan. Le creen un monstruo en el quebranto, sin defensa, mudo, y evocan con sus gestos reales el horror de las fantásticas máscaras de China. La ola crece y ondula: les irrita el ídolo grotesco; la orden de un capitán resuena tonante, y espoleado por el placer del sacrilegio, avanza un bosque de picas. Un relámpago hiere, un trueno retumba, los guerreros se abaten; y al levantarse, miran que el rayo divino no ha dejado á su furia vestigios de la estatua. Yo, en tanto, tranquilamente me despierto y me encuentro con un diario á los pies sonriendo á mi propio sueño y vuelvo á leer los telegramas que á estas horas han ya, sin duda, recorrido el mundo: «Los boxers atacan la legación de Inglaterra. Parte del pueblo está con el príncipe Tuan; el grito de la multitud es: *¡abajo los europeos!* Empieza á abandonarnos la esperanza.»

LAS CAVAS DE POMMERY

Vemos, en un inmenso salón, docenas de toneles, rebosantes de vino. Acaban de llegar de la última vendimia. El sol, enterrado en chispas en las uvas y convertido en los jugos del mosto, vive en los ventrudos ataúdes. Un turbio licor es el recuerdo de la madurez opima y se le mira correr con cierto respeto: no en balde el grave Noé, salvador de la raza humana, lo consagró bajo su tienda. Es turbio, sí, el chorro amarillento; pero se le ve también con el espíritu de fábulas graciosas: no en balde Anacreonte, bajo el cielo ático, cantó sus alegrías á la sombra de los pámpanos que festoneaban los templos. Y eso que el grave Noé y el ligero griego ni sospecharon siquiera el fulgor de esta espuma de oro. Espuma! Pero esperad; el laboratorio del sol está en las entrañas de la tierra.

De las inmensas pipas, con bitoques de plata, de las pipas de cedro centenario, labradas con dibujos, armorial de su raza, ved caer en los jóvenes barriles la áurea rica sangre de los antepasados que en las vegas de Champagne miraron pasar carrozas reales, hoy convertida en infusión que ennoblece, tonifica y perfuma. Luego, atados á cadenas, se hunden los barriles en la profundidad de la sombra. Adiós, por varios años, la fecunda campiña y el sol de Francia.

Por doscientos escalones descendemos á las calles, especies de túneles, que se comunican con un enjambre de grutas. Cada calle lleva el nombre de una ciudad: Edimburgo, Moscú, Roma, etc.; falta el de Buenos Aires.

¡Oh ingratitud!, no podemos menos de exclamar, pensando que en sólo una Nochebuena, el nombre de Noël, pronunciado en todas las lenguas del mundo, salta alegre ó triste, entre el chispeo de miles de las doradas botellas... Aquí las vemos apiladas en anaqueles, y erguidas como trofeos en la sombra. Más adelante nos envuelve, y nos penetra, un tumulto ensordecedor, entre las linternas que agujerean la masa. Los gnomos de aquellas concavidades, disimulados en los huecos, impulsan las ruedas infernales. Giran al impulso cajas, en donde hay una botella, añadiendo, al aullar de los engranajes, el desesperante clamor enloquecido de cien mil cigarras. Chillan extrañando el calor, coléricas se chocan, hay una invisible batalla, y la estridente ferrinchanería parece limar las piedras y hacer, con el ruido, irrespirable el aire. De las botellas así sacudidas se desprende un asiento y son colocadas en otros estantes con el tapón hacia abajo. Aquí reposan tres años. Cada dos días, sin embargo, hábiles obreros las bailan, como trompos, sobre la horqueta que las yergue. Algunos subterráneos llénanse, por eso, del murmullo de un movimiento, semejante, por lo suave y rítmico, al de poleas ocultas en cilindros. La botella deposita, al fin, una como bola de jabón, resumen de impurezas, en el gollete. Entonces, los destapadores, de un solo golpe, la dejan escapar, y cierran definitivamente el cuello.

Los licoreros, después, según que el vino sea lo que se llama «para Rusia ó para Italia», infiltran el azúcar dulcificador del líquido. Alguno no recibe ni una gota, quedando en su carácter de reseco, pronto á herir gargantas de piedra, con papel de lija. Á un paso, el taponeo de las máquinas permite ver el alambre que se enrosca y teje el esqueleto de la mitra, popular en ambos mundos. Después, las cadenas recogen y suben los cestos llenos de botellas, y vuelve el vino al imperio del aire, ascendiendo como con su alerta espíritu, en el cual vive la espuma centellante.

Se piensa en el opaco licor recientemente llegado de los lagares. El agua turbia del pantano se convierte en vapor blanco: cae del cielo y es agua que rocía nuevas flores y madura nuevas espigas. El subterráneo es la nube de la viña; en vez de subir, baja el líquido á la sombra. Allí, los gnomos, entre las linternas, lo clarifican, lo perfuman, lo transforman en chispas de luz que sueñan con el sol primitivo de la uva; y sale en gotas de oro, fecundante como la lluvia, á despertar nuevas fantasías, abrir espirituales flores, y hacer decir á un poeta: «*Le vin exquis rend le cœur généreux.*»

Pero, de los muros, las esculturas nos responden. En el laberinto de túneles horadan los techos, á cuarenta metros, grandes bocas, y el día, al descender, trae algo del cielo. En los altos relieves, las figuras colosales, en su blancura, al contacto de la luz azulada, adquieren un espectral reflejo. Cortinas labradas cierran un cuadro, donde hace centro una mesa. Los candelabros simulan las luces chispeantes que gotean, y en las flautas de cristal, las gotas quieren cambiarse en chispas. De pie, un gran señor, bajo su peluca, dice un brindis, por nadie oído, en el tumulto de sayas de seda, y de besos empapados en vino. Ninfas y faunos, en otra gruta, bien lejos de las moscas de amor, de las casacas con perlas y las pelucas con polvos, pero como una fuente lejana de esa orgia, precipítanse á coronar á un Baco; cortan racimos de las vides, y el espíritu de su júbilo salvaje se escapa vibrante de sus cuerpos desnudos. Y llega, y se aplasta en la espectral blancura, el rumor de la colmena de los gnomos, incesante, bullente; y el destino de los miles de botellas que van á derramarse por el mundo, alumbra repentinamente las cavas.

Se piensa en la universal farsa de los brindis, en el hombre degenerado en histrión, con la copa en la mano, ya que el uso ha querido que una espuma fugitiva y mentirosa sea el sello de votos y juramentos. Se piensa en los obre-

ros muertos por las enfermedades de tan rudo trabajo, para que vean correr la vida alegre, turbas de *rastaquoers* imbéciles y de elegantes vacíos! Se piensa en los desgraciados que abdican la conciencia, matando la voluntad en el vicio. La imagen de un genial borracho nos recuerda uno de sus cuentos, especie de símbolo amargo de sí mismo: el hombre ebrio que sueña con el barril de amontillado en la cava-panteón, y no siente á su enemigo encadenarle y tapiarle con huesos humanos en el nicho. Cuando cobra su voz normal y, horrorizado ante la verdad, grita, ya es tarde... Salgamos del subterráneo, comprendiendo, con todo, que el hombre es el delincuente, y que Dios ha hecho muy bien en crear la vid y la uva, transformada por Pommery en la hija más espiritual del sol y de la tierra!

LA TRAGEDIA

En las Tullerías, las hojas resisten en el árbol al cierzo. Ótras vuelan. Para caer, se visten con oro y púrpura, matices copiados al horizonte, y así las hojas se infiltran del sol que van á perder para siempre. El crepúsculo de la tarde, que es el otoño del día, y el día de otoño, que es el crepúsculo del estío, se armonizan en un instante. Cuerpos marchitos dejando escapar sus almas, las hojas crujen bajo nuestros pies, y al fin de la alameda, irguiéndose sobre el tapiz melancólico de la fiesta concluída, se ve una estatua. Temiendo la sombra, se cubre con su manto. El último rayo del sol que acaba, entre los árboles, de iluminar al Louvre, donde viven los mármoles griegos, apunta en la cadera, graciosa, y antes de morir, resurge así gloriosamente.

Una mano crispada levanta y pliega la túnica de la estatua. El rostro es el de un viejo, mustio en un perpetuo insomnio, contrayéndose con angustia. Lo más desagradable de la expresión, es que ahoga una sonrisa, que desea crecer, triunfando del angustioso gesto. Sobre el flanco aún brilla el sol, y el beso de su rayo parece engendrar la curva. ¿En qué piensa el extraño viejo? La risa, ¿puede ser cuerpo del alma de un ignorado martirio? Por un pliegue del manto, escápase un seno, firme y blanco. ¿El viejo irá á morir, dirigiendo, con su risa, á la muerte una burla sarcástica? La respuesta nos la da un dedo juvenil, que emerge sobre el plinto, y en que se adivina la uña sonrosada, palideciendo por la savia marmórea. Y

al girar en torno de la estatua, como si le arrancáramos el manto, se ve surgir un cuerpo de mujer. Elévase soberano y es un trofeo de gracia y de vigor. Echa la cabeza hacia atrás, y el movimiento deshace su peinado. Los senos se erigen turgentes. Una máscara de viejo, clavándosele casi en la garganta, le forma con el brazo que la esgrime, una mórbida escultural aureola. Así, con más fuerza, nace del engaño la extraña sensación.

La estatua tiene por nombre La Tragedia. ¿La mujer, en su juventud, siéntese ya vieja, ó el viejo sueña con su cuerpo juvenil en un martirio que la máscara materializa? ¿Hay en su vida un dolor que simula el placer, ó un placer que engendra el dolor? Ella responde, en su torturante mutismo, que es arpa hecha de una sola fibra.

Al volver á su frente, el viejo, con siniestra expresión, ríe siempre, y se encarna feroz en el cuerpo. De esta suerte la sonrisa angustiada, como fruto de todo el árbol, es su lúgubre corona. La curiosidad nos asedia. Si hablara, ¿escucharíamos la voz de la mujer ó del hombre?. ¿Ó, como dos llamas y como dos notas, en un solo acorde y en una sola hoguera, al impulso de una sola fiebre, formarían una nueva voz sin sexo?... La tarde muere del todo. El invierno respira ya triunfal en sus sombras, y el otoño se amortaja desvanecido en sus luces. Las penumbras que avanzan, acentúan violentamente las siluetas. El rayo de sol ha muerto en los flancos de la estatua, y el cincel penetrante del aire la entrega más intensa á la noche, que la convierte en macabra, sin traerle en sus alientos paz con sueño!

LAS HADAS

Hecho con letras rojas de rubíes semejantes á astros en el seno de la noche, *Le chaperon rouge,* título y anuncio, resalta en la altura y es una fuente de curiosidad que acaricia muchos sueños. El Châtelet ofrece la *féerie* á niños chicos y á niños grandes, porque allá van hijos y padres, y aun aquellos que, sin serlo, tienen ojos, adoran los colores, y á menudo, engañados por la ilusión del teatro, dejan á la decoración irreal penetrar en el espíritu, y hacer de las suyas... ¡Cómo no saludar al buen Perrault!

Si, castigado por sus culpas, tuvo que defenderse, pudo, decir al guardián del cielo: «Señor arcángel, dejadme pasar. Veo que tenéis una espada en la mano, y en la vara mágica que esgrime la mía, algo del relámpago de esa espada se transformó en sonrisa. He pecado, pero he sido víctima de mis culpas: olvidadlas. En cambio, hice el bien: ¿la amable fantasía no es una forma de cariño al hombre?...» El arcángel se vió, sin duda, más embarazado, al sentir la voz intercesora de la Bella Durmiente, con un rumor de hojas del armonioso bosque; y la de la Caperucita, con el rojo de su toca, recordando el único modo como aquel hombre concibió el fuego del infierno, y la de Cenicienta, que ponía en la nube, sin rasgarla, su zapato de cristal, leve y flotante en su hermosura. Embarazado, sí, por las tres voces, hasta que se oyó á la Omnipotente, que fué melancólica entre nosotros, decir con un acento traicionado por el recuerdo del habla de Galilea: «Yo dí con un acto un precepto: *dejad que*

los niños vengan á mí; haced pasar al hombre que ha sabido convertirlo en cuentos de hadas!...» Una vez en el teatro, los muchachos, tan desagradables cuando dicen gracias ó fábulas aprendidas, transfigúranse con los ojos abiertos y el frágil espíritu absorto, en el público más encantador del mundo. Es la sensación sorprendida en su amanecer, empapada en rocío, más fresca y perfumante que una rosa en el tallo.

El célebre cuento se desarrolla entre decoraciones y bailes y fiestas, que las hadas proporcionan á la Caperucita, perseguida por el lobo; y entre ellas, la de los Insectos y las Flores son, en el jardín ideal, el prólogo del reinado del Abanico. En un día extraordinariamente caluroso, Eva lo inventó echándose aire con la hoja consabida. Desde entonces, quedó consagrado, y, multiforme, es el espejo del carácter de las mujeres. Uniéndolas en todos los tiempos, se ha cambiado en cetro frágil y voluble, y terrible por lo voluble y frágil. No olvidéis que el aire que agita apenas levanta un velo y es más poderoso que el viento para desatar tempestades. Pero la historia y la filosofía están en el Châtelet fuera de lugar, y se piensa sólo en lo admirable de la decoración. Jugando los abanicos con las épocas más distantes, envuelven la imaginación en una maravillosa red de anacronismos. Las plumas que, moviéndose, sembraban los aires con partículas de oro desprendidas de los cofres de la Reina de Sabá, se mezclan á las pantallas españolas y á sus claveles hechos con sangre de toro, pero de un toro muerto por Goya. Los pomposos abanicos del Rey-Sol, los extraños del género de Boticelli, los coquetos de Luis XV, los tétricos de Venecia, que pesan sobre el recuerdo de las fiestas con el duelo de no poder revivirlas, anímanse entre los misteriosos de templos búdicos, y los bárbaros de países negros, y los más modernos, con visiones de vampiros que chupan macabramente, bajo la luna, sangre de cadáveres. Y todos ellos, no sólo

dejan adivinar espectros de mujeres muertas, sino que acusan cuerpos de vivientes, y acciones, sueños, vidas, giran sobre ese frágil eje, como si fuera el del mundo, mientras el cielo se abre también con su forma, y manda una lluvia de flores, coloreando la nube de la apoteosis. Es un cuadro para los niños grandes. El hada que preside la fiesta, incomodándose por el calificativo, abandona el escenario, y me dice en mi butaca:

«Por qué niños grandes? Si se cree en nosotras, no es porque el niño, que no ha muerto en el hombre, resucite del todo en el viejo; es sencillamente porque las hadas existen. Estás en el país de Viviana, de Urganda, de Morgana, de todas las madres inmortales, que, vestidas de blanco, como las druidesas, llevaban coronas como las Parcas. Desde que éstas presidieron el nacimiento de Aquiles, fué de nuestras artes dar un dón á los poetas y á los héroes. Fuimos sus sucesoras, y amables como el país que nos adoptaba, nos llamamos madrinas. Somos buenas y somos malas; pero siempre malas, por causa de los hombres. Somos inmortales, no sólo porque Titania puso flores que no se secan en el volcán ardiente de Shakespeare, y porque Ariosto convirtió su lengua en una doble armonía, bajo el velo de Melissa, y porque Spéncer, aún en este siglo tan miserable cuando nos desconoce, ha hecho una epopeya con nuestras vidas; no sólo porque Maury cuenta que hasta Montesquieu se divertía con nuestras historias al escribir sobre las leyes, quizás porque en esas leyes perseguía un espíritu, y nosotras somos el espíritu por excelencia, cuya luz nace en un par de alas: nó! somos también inmortales, por la simple razón de que no morimos: se cree que la luz eléctrica nos mata; ¡gran error! Cuando nació Oberón, una de nuestras madres olvidada en la fiesta, resintióse y le condenó á ser enano. Así hacemos con el hombre; ya no nos invita, pues nos niega, y su espíritu, por nuestra sentencia, no mide más de un pie, ¡pobre gi-

gante! En cada foco eléctrico se asila una hija de Urganda, que sabiendo el secreto de la luz, lo oculta. Pero somos tan benévolas, que hacemos del fulgor algo aproximado al de la luna, comprendiendo cuán triste es el hombre, en medio de su poderío. Es triste, sí, por la perpetua contradicción en que vive. Si no sabe lo que es la luz, ¿por qué no cree en nuestra existencia? El día que, á más de sus efectos, conozca su naturaleza, nos matará en las lámparas; en tanto, reímos en ellas como en las nubes engendradoras del rayo, y en la piel eléctrica del gato, que lame, sin saberlo, nuestras manos. Y grande será la ingratitud de Édison si olvida al coro invisible de madrinas que rodeó su cuna, y el invisible beso que recibió en la frente.

«Existimos también, porque hasta las pasiones humanas que más alejan al hombre del niño, y más le apartan del encanto de nuestros velos, han hecho nacer una hada nueva. Los viejos muros de este riente lugar, fueron más de una vez manchados por la sangre y estremecidos por los sollozos. La Bastilla se levantaba muy cerca de aquí. Cuando un hombre salía salvo, era que un rey nos había escuchado. Pero, al fin, nos fatigamos y decidimos abandonar la corona; y el pueblo, al no encontrar ya en sus piedras el reflejo de nuestras flores, la ahogó en sangre. Después, Napoleón alzóla con su espada para ceñírsela, y volvimos, creyéndonos ingratas, con nuestra tierna madre, la dulce Galia. Así hallamos, con sorpresa, tras de ver muchas cosas, y ser el alma de no pocas, que todos aquellos crímenes nos habían dado una compañera, favoreciendo la forma de un espíritu soñado en nuestro jardín.»

Á este punto del discurso, sonreí; entonces, ella aceleró el tono para lanzar más pronto la prueba.—«Antes—prosiguió—á las muchachas ahijadas que soñaban con un príncipe, les dábamos un príncipe. Hugo, que odió á los reyes, nos adoraba; y por hacer feliz á su Lisón, nos pidió

creáramos á Gallus. Hoy, más modernas, nos ocupamos en los hombres que no son héroes, ni sabios, ni poetas, ni emperadores. Así, nuestra hermana más joven, á un curtidor de cueros que anhelaba fabulosas riquezas, le murmuró: «No te ocupes en eso; ve cómo he puesto una estrella en la cuna de tu hijo. ¿Qué quieres para él?...»—«Señora—respondió el pobre hombre,—que se abrace de igual á igual con un rey de la tierra.»—«¿Cuál es para ti el más poderoso?»—exclamó el hada. Después de un instante de meditar, se oyó su respuesta: «El Zar de todas las Rusias.» Pasaron varios años, y mientras París, casi loco, entre castillos de colores en donde él ponía aceite y nosotras fantasías, aclamaba á un emperador de aquel pueblo, nuestra hermana dijo á un humilde muerto ya dormido en el cementerio: «He cumplido mi palabra; ¿por qué no has esperado?» Y yo te repito, joven incrédulo:—¿ves cómo aún existimos?»

«Señora—respondí—volved al escenario. Haced agitar los abanicos; mis ojos, cansados, necesitan de vuestras gracias para retornar al espectáculo del mundo. Tenéis razón; lo infantil en el hombre es no creer en las hadas. Y perdonad mil veces, yo no sabía que la Democracia era una brillante hermana vuestra; la creía una Parca de Goya manchada en sangre.» Ella añadió dulcemente: «Poderosa es la hermana, pero informe; recuerda á las sirenas que tienen cola; á menudo palidece la hermosura de su rostro; y es que el apéndice bestial se vuelve contra ella, clavándosele como un cruel cilicio. Pero, cuidado; ahí entra el viejo Rochefort!»... Y la gentil charlatana dió un salto prodigioso y volvió al bosque de la Caperucita.

LAS NUBES

Los plátanos del bulevar de las Capuchinas no se ven: mi ventana da sobre una terraza que intercepta la visión de sus esqueletos. Llegan solamente los ruidos de los coches, al parecer, marchando sobre una alfombra. Llueve á cántaros, á torrentes; el cielo se ha decidido á morir, á derretirse, á deshacerse, en un abandono de infinita desolación. Tras los vidrios, la terraza se abre en la altura, al espacio sin límites, y se adelanta como hacia un mar ignoto; la lluvia, perforando el brillo de su mármol negro, reluciente, clava agujas que se disuelven en gotas. La masa anónima de agua, después, se mete lastimera en una canal, y rueda á la calle. La veo correr al mismo tiempo por entre los techos apiñados de la pizarra y del cinc. Pica las claraboyas, lava sus cristales, que imitan placas de hielo, repiquetea, humea y escúrrese por el extravagante bosque de los caños. Yelmos de guerra, tocas monjilés, cofias de Alsacia y del Eure, bretonas y normandas, gargullas góticas, máscaras chinas, extraños monstruos, fingen y coronan los fantásticos árboles de las chimeneas, que se clavan en el espacio, sin más savia que el humo, hundiendo sus raíces en el fuego. Aire estéril de cosa abandonada en luto abrumador, tienen todas; y más aguda tristeza las que disparan sus flechas á un blanco incierto, con violencia inmóvil. Su hastío se junta al cielo por la red de las aguas. Curioso es el espacio. Una masa gris

muévese, de un lado, con la lentitud de un molusco; ótra, del otro, con la agilidad de un leve vapor, abre ventanas sobre un golfo de duelo angustioso. Aquí, es la lluvia como la disolución de un monte obscuro; y allí, semeja una cascada de diamantes sobre un fondo de argento. Más lejos, estíranse las nubes como telas, tendidas hasta transparentarse y dejar ver la trama de sus hilos, que se rompen; y en el claro surgente con perspectiva de teatro, vuela un cirro con resplandor de nívea gloria. En otro rincón, repentino punto marcado en el mar sin vallas, llueve con telones que se gradúan, y suben y bajan, más profundos, más translúcidos, fugaces como el viento.

Pienso, á través de los vidrios, en la historia del agua. De los lagos de turquesa, de los pantanos turbios, se eleva á metamorfosearse en nube. Es la hija del sol, que busca su trono, y no pudiendo alzarse hasta el pie ígneo del Padre, lo obscurece. Transformada en vapor ligero, vuela: la mariposa y el cóndor bebieron de su primitiva frescura, y en su triunfo evoca la gracia del insecto y el poder del ave. El agua humilde, bella y casta, es bella nube, nube casta; pero su humildad se convierte en orgullo, al recordar que es hoy lo que ayer reflejaba. Otra nube pasa revolviéndose, ondulante y silenciosa. Ella la ve: ¿habrá nacido de su lago? ¿Llevará en sus entrañas la misma agua cristalina? ¿Ó es hija de otro lejano manantial?... Pasan sin conocerse, en el inmenso azul: y una primer tristeza empaña el júbilo de la blancura.

Veo también la nube, rozando los montes en las cumbres más altas, que apenas son su pedestal, ó la veo sobre el Océano, entre dos infinitos, bogadora sin vértigo, que teniendo un cuerpo y un alma, es nada, y con todo, sonríe llena de matiz y vida. Va pensando quizás en las estrellas, que vió palidecer en el alba, sonrosándose como un coral ninfeo, empurpurándose como un rubí incandescente, y alegre como un heraldo del sol. Mas éste se hunde en las

aguas. y la nube, que no pudo subir hasta él, cree fácil seguirlo y alcanzarlo. El matiz se va con la luz de las moléculas del vapor, como un perfume del grano que se quema, como una idea de la palabra que vuela, como la sonrisa de un rostro; y envuelta en la sombra de su propia entraña, pierde el rumbo del astro... Impelida por el viento, se funde con otras. Armonizándose todas, cubren el espacio: el escalofrío del relámpago las estremece; sienten con terror su propia fuerza desconocida, y lanzan el rayo y son sublimes para morir miserables. Se desgranan en gotas, vivas partículas que al caer apura la muerte. ¿Vuelven al lago hospitalario, que hace de su sepulcro una nueva cuna? ¿Resbalan por el cáliz de una rosa, donde la luz puede animar su agonía con un iris? ¿Ó van á clavarse en la arena estéril de un desierto?.. Escampa. Los diamantes líquidos del balcón de la terraza, en arabescos y guirnaldas, descienden y se apagan, estirados al peso de su propia vida. Parecen, por un contrasentido, las últimas luces de un castillo de fuegos artificiales.

Vuelvo la vista al cuarto. En un espejo se hunde la desolación del día, tejiendo en el quimérico fondo algo como un impalpable sudario. Las altas cortinas del lecho se adormecen bostezantes en el aliento invernal. Y surge sobre la estufa una piedra recogida en el Mar Muerto, al lado de una lámpara de las excavaciones de Luksor, bajo el facsímil de un convento de Sicilia, codeándose con un retrato que tiene por marco los ombúes de la Pampa. La tristeza del espacio se apodera del espíritu, dominado por la imagen invisible del viento, genio que no deja envejecer en los paisajes la sombra de su tienda. Triste está también la mesa donde han brotado tantos de mis poemas; fosforescencias que brillaron en la sombra íntima, antes de nacer, y que se entenebrecieron al vivir en la palabra... En el mármol obscuro de la terraza, por la indecisa profun-

didad que el brillo finge, cruza la sombra de un pájaro. Pienso, no sé por qué, en la paloma errante del Arca, anunciadora del descenso de las aguas, y en el nacimiento de la hierba, efímera como el hombre; y la nube que el hombre, rodando sobre la ola, llama buena hermana, resplandece aún más quimérica en su fugaz historia!

LA ISLA DE JUVENCIO

Á la sombra de los árboles, en el parque, me encontraba por aquel entonces, con dos ancianos. Mis largos y mudos soliloquios eran en torno del problema siempre nuevo, aunque viejo como el mundo, de la felicidad del hombre. Quizás para resolverlo, me pasaba las horas hojeando á los filósofos, mientras ambos viejos, en el banco de enfrente, daban curso á su apacible, interminable charla. Generalmente, el varón tenía la palabra llena de propósitos serenos; la muerte, que acompañaba ya sus pasos, parecía, alumbrar su espíritu con una luz penetrante.

Mis filósofos, á veces, me abrumaban con su imaginación más ó menos aburrida, pues al fin todo sistema no es sino formas de imaginar, así se le llame fruto de la profundidad del pensamiento ó de la potencia del análisis. He tenido siempre la mala costumbre de escaparme de los libros para contemplar las imágenes que sugieren. ¡Cuántas veces ante parábolas que, por lo transparentes, tienen del agua que incita á beber, por su hermosura espiritual, de la flor perfumada, por su armonía, del dulce acento de Galilea, he dejado de penetrar en la doctrina, para ver la cisterna donde el camello bebe, el lago donde se mira el cielo, el rosal de Jericó, y en fin, á la figura de Jesús, á la cual da viviente realidad el tono de la voz adivinado en las palabras! Cuántas veces, desde una página de Platón, sin tener en mucho los vidrios helados por el invierno, he sentido las brisas frescas del Pireo, que, pasando por el Acrópolis, despertaban murmurios en los

primaverales laureles de Academus! Entonces, imposible leer ni meditar! Envídiase la suerte de aquellos oyentes de palabras divinas ó sabias, los cuales encontraron en la conversación la más amable maestra y pudieron, como libres pájaros al comer el grano refrigerante, cantar al sol mismo que lo fecunda.

De los libros filosóficos, en los que Schopenhauer quitaba á la idea toda sonrisa y Nieztche me divertía con el ajedrez de sus paradojas y el brillo de sus imágenes, me apartaban de vez en cuando, en el parque, los viejos, evocados como para hacerme huir de la lectura. El verano reinaba en su esplendor, y juveniles mariposas, hijas de la estación, mezclábanse al zumbar de otros insectos menos hermosos, tejiendo redes de vida en el aire impalpable. Los viejos saludábanme al irse; alguna rama verde, rebosante de savia, les rozaba el rostro; y en delicada armonía se alejaban; y la tarde moribunda, que hacía ilegibles los caracteres de mi libro, murmuraba en el rincón de verdura, cual recogiendo los indulgentes pensamientos del anciano. Un día dejé de verlos. Pasó el resto del estío. Las tardes, acortadas, empezaron á tener la voluptuosa ternura del otoño, con aspecto de convalecer de una enfermedad, cuando en realidad va á morir; y en una de las postreras, solo y vestido de luto, apareció, en el banco, una de sus figuras familiares. Había envejecido más, si le era posible envejecer, como una nieve que palideciese. Acostumbrado á creerle evocación de mis libros, supersticiosamente leí aún, por ver si la otra figura aparecía. Ilusión vana! El anciano seguía solo, real, de carne y hueso. Le dirigí al fin la palabra.

«Ah! no—me respondió prestamente, comprendiendo que presentía su soledad y que la imaginaba llena de dolor.—Ah! no; mis labios no hablarían, si ese rudo dolor existiera, convencido de que no deben decirse palabras de tristeza en un mundo en que un pensamiento sonriente es

una buena acción.» Después, recogiéndose en sí mismo, meditó un instante, y añadió:

«Yo he visto una extraña isla en medio del océano. Aparece inusitadamente: tres peñones la anuncian. Labrado por el aquilón, curtido por los mares, toma el primero, á la distancia, el aspecto de un castillo feudal en ruina. Los otros dos, yérguense después, cubiertos de verdura juvenil, frente á la evocación de las construcciones efímeras del hombre. El mar los ciñe con un anillo turbulento, que sin cesar renuévase en el chispeo de las espumas. Luego, la isla emerge con su pico central, cuna de su más bella vegetación, que empieza con las algas mojadas por el mar, y sube al cielo cual esmeralda tallada con irisaciones de trigos y de flores. Desde el buque se aspira, al paso, un perfume de tierra, penetrante, que perturba la salina inmensidad. Á sus pies, el océano tiene una de sus mayores profundidades y los bancos de corales más rojos. En una extremidad roqueña, perforada, fórjase una gruta en que el mar entra, y horadando la isla, sale sobre el otro horizonte. Podría hacerse un extraño comercio de perlas y de corales arrancados por las sirenas, y de flores de la isla, ofrecidas por las hadas de la gruta.»

«Creo conocer la isla—exclamé yo, interrumpiendo al anciano,—y la he visto en una tarde maravillosa, que mostraba de un lado la lluvia y después un arco iris flotante y al parecer marchando como una tromba. Esmeralda tallada, tal como decís, erguíase sobre el fondo de un cielo rosado, que era como una ágata flúida, espiritual, inefable; y en su centro redondo, transparente casi, la luna, hostiario ideal, surgía en baño que perfumaban rosas divinas, al desangrarse en luz. ¡Y pensar que aquella isla es un presidio! ¿No es así?»

«Desde el momento que la habitan — respondióme el anciano,—no es esa; mi isla es mía y sólo yo la he conocido. Digo mal; allí fuí de joven con mi bien amada. Allí

viví frente á dos infinitos: inmóvil el uno, inquieto el ótro; aquél, como un altar en cuyas aras se encienden el sol y la luna; éste, con el rumor de todas las oraciones, gemidos, inquietudes, cánticos de placer, transportes de vida del rebaño humano. Nuestro amor, hasta entonces, había tenido por marco el brillo del mundo, y sido animado por la música, por los versos, por el arte. Elegimos aquella soledad, que el mar y el cielo hacían honda y sublime, y la soledad se animó con los dos seres, y la isla, que hasta ayer era un cuerpo inútil, palpitó de pronto como si encontrase su alma. Después de un tiempo, nuestros libros se agotaron; no nos llegaba un solo rumor de las ciudades; el piano perdió sus cuerdas. Grieg, Beethoven, Wágner dejaron de animar el rincón elegido. La última hoja de papel fué dada al viento, con los últimos versos, y la tinta secóse como gota de rocío que sobre una piedra se evapora estéril... Entonces, el mar lanzó otros acentos en más intensa soledad, y fué su voz la única música, con todas las palabras sin sentido, que eternamente anuncian una palabra de supremo poder. El cielo tuvo profundidades de color, cuyas transparencias más las espiritualizaban los ojos de mi amiga. Las nubes forjaban poemas de luces y colores, que veíamos abrazados, hallándoles nuevas interpretaciones. Y adoramos á Dios con un transporte que convertía la vida en una cosa inmortal, pues no era concebible la muerte de fuerzas capaces de aquella vibración. Así supimos que el amor era como el agua de los mares, eternamente joven y fresca, ocultando abismos y reflejando el cielo. Y como yo no pudiera verme jamás, ella no me dijo que mi rostro envejecía. Y como ella no se mirara en otro espejo que en el de mi espíritu, yo callé la aparición de sus canas. Y la tierra nos daba siempre sabrosos frutos, que yo cultivaba y veía nacer como mis antiguos poemas: ¡bendita sea la fuerza! Y ella regaba los rosales que había plantado, y las flores abríanse como las notas de sus antiguos

cantos: ¡bendita sea la gracia! Así, en los labios pudo vivir la sonrisa resucitada de Adán y Eva, cambiando el dolor en una inquebrantable ternura. Y ella murió un día sin creerse vieja, y la cubrí con sus rosas, como si fuera joven, y no me desesperé sobre su tumba, comprendiendo que la felicidad de muchos años hubiera dicho ante esa rebelión: ingrato!

«Pasó luego un buque, y agité el pañuelo; y los hombres, al recogerme, exclamaron: —«¿Cómo un hombre de tu edad en esta isla, y solo?» Contestéles: —«Mi edad la ignoro, y solo no he vivido.» Y como me preguntaran con quién, no quise responderles; y me tendieron entonces un espejo, y murmuré simplemente: —«En la isla no los había.» Después añadí: —«El amor es, como el agua, eternamente juvenil, y sobre abismos refleja al cielo; pero basta uno de vosotros, y con cristal y azogue, hace ridículo lo que la naturaleza canta inmortal y único.» Me creyeron loco. ¡Loado sea Dios, que ha dado al hombre la felicidad! ¡Toda amarga filosofía muere al pie de mis pensamientos, como espuma deshecha!

«Al bajar del buque en el continente, me sentí de veras decaer. Mas, después, me puse á soñar con la isla lejana y con su tumba; y el perfume de aquellas flores mantiene incólume mi espíritu. Oh! creedme, amigo mío, al dejar este achacoso cuerpo, no tendrá que preguntar la dirección del sol, el rumbo de la otra alma, ni pedir alas nuevas por tener las suyas fatigadas...» Y el amable viejo se alejó sonriente; y la tarde extinguíase del todo; y las hojas secas parecían, al descender, no tocar sus canas, cayendo sobre mis sabios libros y deshaciéndose en mis manos!

EL ALFANJE DE NÁCAR

Las pantallas de los focos eléctricos proyectan un día artificial por los anémicos pétalos de anémonas de tules delicados. El ambiente se tamiza; la luz vibrante, contenida, misteriosa y discreta, brota así á través de las flores, como engendrada por alas de luciérnagas fantásticas. En un rincón hay una mesa de jacarandá, con un escudo grabado, en cuyos cuarteles los crisántemos se convierten en estrellas. En el centro del escudo, dibújase una mujer que Outamaro, con sus acuarelas, hizo concebir á Ritzou, en forma de alto relieve. El peinado, en bucles, tirante sobre la frente, surge concluído en un moño, que pende de una espiga de cabello. El rostro de marfil, casi de cera, tiene ambos ojos oblicuos, abiertos por el pavor, sobre una mancha de sangre, la boca. De las amplias mangas flotantes surgen las manos, finas, largas, lívidas, tendiendo en noble actitud un alfanje. El puño de nácar sale de la saya, hecha de pliegues de inverosímiles ovillos, sobre el nudo abultado de la cintura. Así parece brotar del cuerpo mismo de la mujer, que trata de ofrecerlo con gracia, atenuando el pavor violento de sus ojos. La mesa es la de trabajo de un escritor amigo; y la mujer, compañera, entre sus dijes artísticos, de sus días laboriosos, me ha contado su leyenda.

En tiempos bien lejanos, creíase un rey, en su reino, el más hermoso de los hombres, y era en verdad de soberana hermosura, evocando en las mujeres un más allá inaccesible. La realidad es fuente de lo irreal, y exaspera la imaginación con su belleza, pudo decirle cualquier filósofo; pero él les había expatriado del reino, por

aburridos. Y las mujeres seguían, después de amarle, persiguiendo sueños imposibles, con luces verdaderas, impregnadas de fantasía. En una tarde de Abril, llegó de un país vecino un joven poeta, bello como el rey, y que traía en su canto, cual las golondrinas en sus alas, la primavera. Las frágiles, diminutas pero vibrantes muñecas de la corte, sintieron anidar los poemas en sus almas. El poeta, incauto, encantado por el ambiente donde su genio se desplegaba, encontró los resplandores que hacen estrellas con las rimas. ¿Que por qué incauto? Escuchad y veréis. No tardó el rey en darse cuenta de lo que iba siendo, en su corte, aquel Orfeo de marfil; las mujeres le tocaban como al cuerpo entrevisto del ideal despertado en otro tiempo por su propia hermosura. Era inútil que el monarca complicase el sabio matiz de sus trajes; en cada imaginación había un nuevo altar; su esplendor agonizaba. La armonía perdíase en su voz; la ternura no era fuerza en sus ojos; y en sus labios, el beso pasaba como una música sin eco. Y cuando se convenció de que también su princesa favorita miraba agonizar su esplendor, dejando sin eco su canto, hizo traer con el chambelán al poeta.

La misma princesa alargó, con los ojos abiertos por el pavor, pero con noble actitud, digna del aire de su amado, al verdugo, cubierto con la máscara del dragón de tres bocas, el yatagán de cabo de nácar. En un relámpago, rompióse el hilo de aquella vida, y el rey alejóse con cruel contento, mientras las mujeres precipitábanse á empapar en la sangre cosas de su uso.

Cuando empezaba tal vez la decadencia del nuevo favorito al despertar con sus poemas, intangibles divinos coros, que se perseguían entre los boscajes hermoseados por sus reflejos, ó entre las nubes abrillantadas por sus alas, el celoso rey dictábase su propia muerte. El chambelán, lleno de terror ante el ceño del soberano, verase obligado á narrar hechos, frutos inusitados del milagro.

El pañuelo de Fuzi-Yama, que tocó la sangre, despide, impregnado, al parecer, para siempre, un penetrante perfume, con las virtudes de las hierbas que encantan los sueños. Las trece cuerdas tendidas del koto, que pulsa Susambó, y donde una gota de la sangre cayera, tiene en sus vibraciones el acento de una voz pasada en llanto. Un arbusto, regado por la misma sangre, florece con rosas extrañas que transforman sus rojos pétalos en pétreos destellos de granates ardientes. Los ojos de la princesa Utosey, en los cuales se reflejó la última mirada del moribundo, vierten la tristeza luminosa de un intenso crepúsculo, repentinamente evaporado en una transfiguración de éxtasis. La imagen del poeta surge maravillosa, reflejada en espejos, y la flor, el koto, el pañuelo, la hacen resplandecer más sobrenatural, entre cantos que, evocando los extinguidos, parecen nuevos, con la luz de un nuevo sol y nueva luna, en paisajes creados también como esos astros, por el transporte de las notas.

Y el rey, devorado por el dolor, ante aquel enemigo, inmortal, invencible é impalpable, que él solo no podía revivir, y á quien hubiera martirizado sin matar, á poderlo hacer, acabó por abdicar el trono, y perderse en tierras ignoradas.

Tal es la leyenda de la mujer del Japón, brillante en el centro del escudo. Yo le he preguntado, sin miedo de cansarla: «Ya que tan amable has sido, dulce princesa, para contarme la historia, dí si eternamente ofrecerás, con ojos de pavor y con noble actitud, tu yatagán de nácar». Ella me ha respondido: «No olvides esto; tu amigo me fué hospitalario, tratándome como á una obra de arte, y no olvides sus versos, que siento cruzar sobre mi cabello en el vuelo de sus rimas. Por eso, con gratitud, le tenderé siempre el yatagán de mi cuento, para que mate la realidad que, antes de morir, exhala el alma del ensueño!»

EL POZO DE SOMBRA

Camino de Jerusalén iba el extranjero, y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, vió á numeroso concurso circunvalando un pozo. Era llegada ya la hora del sol y resplandecía un campo de lirios. El viajero se dirigió al grupo, sin pensar esta vez que ni Salomón, en medio de su gloria, se vistió con tanto primor como los lirios aquellos, los cuales no labraban ni tampoco hilaban y solamente florecían. Y he aquí que alguien gritaba: «Oh! la simple»; y otro: «Oh! la raca»; y añadía un publicano: «Habla». La mujer contestó: «Si conocieseis lo profundo del pozo, no haríais así trabajar á vuestros esclavos; ¡bajad y veréis!» Y un publicano le echó al rostro: «Tu alma sí que es un pozo de sombra.» De en medio del concurso partió una fuerte risa, y la mujer, penetrada de dolor, respondióles: «No soy simple, soy caritativa.» Entonces se oyó una voz diciendo: «Mujer, dame de beber de tu cántaro.» Los ojos del gentío convirtiéronse al extranjero. Respondió ella: «Señor, voy á arrojarlo.» Dijo él: «Cómo! ¿ignoras que está lleno?» Y ella, así que lo vió rebosante, al descenderle de sus hombros, movida de admiración, dió grandes voces y exclamaba: «Milagro!» La burla se hizo luego tumulto, y la gente murmuraba: «Vedla, ahora, loca.» El viajero, alejándose, levantó la voz diciendo: «Descended al pozo, vosotros mismos, que en verdad, en verdad os digo: es allí el manantial más fresco y desde su sombra se ven, antes de la tarde, las estrellas!»

EL RAYO VERDE

El vapor *Jarra* se desliza por sobre un mar admirable. La hora es tan hermosa en el cielo y en el agua, que impone á los pasajeros su silencio. La luz, en la cubierta, esculpe las figuras inmóviles, y entre ellas, un grupo forma cuadro: una hermosa niña quinceteñal, y su gobernanta inglesa, el comandante y un fraile capuchino. El sol se hunde y lo miran: casi toca el mar y lo afrontan sin miedo; quizás el astro consiente en perder fuerza, para dejarse admirar en su hermosura. Con cierta complacencia se posan los ojos en el dios humanizado, soberbio al expirar, y que al descender del trono en el fin de su caída derrama luz con acariciante languidez. El agua se convierte, para recibirlo, en un sudario purpúreo: no evoca una catástrofe de sangre, es realmente de púrpura: el mar enseña que, para amortajar los soles muertos, es menester el manto de los emperadores vivos. El comandante exclama:

—Miradlo fijamente. Cuando el último punto de su disco desaparece, entonces, en un débil relámpago, se engendra el rayo verde.

El apacible capuchino, la niña sonriente y la inglesa, limada, al parecer, por los años, clávanle sus ojos. Pienso en la idea de aquel dios, cuya despedida es larga cual la de un sér querido, y que repentinamente dejará el mar con el adiós de un brusco beso. Sí! brusca despedida, para acabar de una vez! Y magnánimo, porque fué grande, melancólico, porque fué hermoso, es capaz, al morir, de no olvidar la esperanza. Las volubles olas se acercan hasta

tenderle el murmurante espejo, y él les confía el furtivo mensaje de su rayo.

—Atención!—dice, de vez en cuando, el viejo lobo marino. La inmensa bola de fuego toca ya el límite de las aguas. Es de incandescente cristal, y búscase en los aires, en los talleres de una celestial Murano, el maravilloso tubo que la crea. Después, una pequeña nube en franjas amoratadas, intensas, la intercepta, la corta en diámetro y transformándose en aro, la convierte en un simbólico Saturno. Así desciende al agua con el avatar de su última gloria. Pero dilata el disco inferior, que se baña, alarga y disminuye en volumen; da la impresión de que cede el metal rojo incandescente, y al derretirse casi, detiénese todo, cual inmensa lágrima en el borde de un invisible párpado ciclópeo. Un aliento humano, con el soplo de país exótico, corre por sobre las ondas, llega á tocarle, y su postrer metamorfosis le muestra suspendido aún, evocando el chinesco farol de una astral fantasía.

—Atención!—Esta vez el movimiento ávido de la mirada, sigue á la voz del comandante. El capuchino observa también con más fijeza, y la niña, al poner en sus ojos un interés lleno de curiosidad, muestra, sin querer, como el reflejo de una ansiada golosina. Su gobernanta, apoyándose en la borda, emerge más lamentable que el pabellón de popa, desteñido por las lluvias, desflecado por los vientos, pero con una nobleza de que ella carece, al caer de su asta siguiendo al día. Yo también miro intensamente. El astro, á medias sumergido, muere en el más profundo silencio. Bañándose de lleno en las aguas, parece ahora ensangrentarlas. Pienso en el ruido de los ataúdes que la onda, al abrirse, traga con un sobresalto. El sol se hunde con majestad sin turbar la calma de la superficie, llena de beatitud, sin un murmullo; y así, comparado al hombre, es un verdadero dios de fuego, sin cuerpo, solamente alma, idea; fulgor divino que atrae y no enceguece...

La niña lanza un grito. Vuelvo, de ella, los ojos á las aguas y ya el sol no está. El rayo verde! En su azul mirada aún parece fulgir para darle vida, y ya el violeta da muerte á las púrpuras del mar. Ella sola lo ha visto. La inglesa, ante su gozo encantador, sufre decepcionada.—«Es la mitad de un segundo y hay que aprovecharlo»—agrega el marino veterano; y veo que los labios del fraile, domador de otras tempestades, se mueven.

—«El *Ángelus,* padre»—exclamo.—«Sí»—me responde. Después añade en voz baja, de modo apenas perceptible: «Mi oración sea por la bella criatura; ¡que la mujer no mate en sus ojos la felicidad de este recuerdo!...» Y en la dulce sonrisa del viejo, encuentro por un instante también un rayo, que es en la tarde mi rayo verde.

LA ÚLTIMA PRUEBA

Madama se muere, madama ha muerto... El movimiento célebre del orador, acaba de producirse en el palacio de la princesa. Y la princesa, pálida, con su palidez ideal, de muerta que anhela ser hermosa aún más allá de la vida, con una transparencia que llora sobre el puro cincelado perfil, reclínase entre sus almohadones. Pero ¿ha muerto?.. La confusión es un tumulto en el rincón de paz, hecho para dormir y soñar, en el rincón de amor, hecho para amar y vivir, y las rosas caen en lluvia desde las nubes del techo. Parecen querer tocar porcelanas y telas, cacharros y dijes, donde se conserva el recuerdo de las manos para siempre dormidas. Madama ha muerto!... El palacio entero se estremece con la estupefacción de un viento que cruza dejando la horrible verdad. Pero ¿verdad? nó! La princesa tiene aún el calor de la vida, vive la mujer, y no se atreven las damas á punzar sus dedos. «Id á avisar á Monseñor», grita una; pero ¿cómo, si vive, decir lo contrario? La predilecta entre todas acerca á la divina mujer (divina, por lo bella) un espejo, y viendo que no despierta y no sonríe á la imagen, grita; y en sus ojos la estupefacción es ahogada por el llanto:

—Avisad, sí! la princesa ha muerto!

MUÉRDAGO

Nieva. El fuego de la casa me mira como extraño. Los ruidos de afuera, sofocados por el algodón de la nieve, vienen á extinguirse sobre los cristales. El repiqueteo de un templo vecino tirita en el aire, y desciende por el caño de la chimenea á calentarse al amor de los tizones. Noël en los espacios, Noël en el altar, Noël en las almas. Las voces, con el nombre del buen viejo, vuelan en la noche con alas de alondras. El fuego del hogar se hace mi amigo: fulgores azules, violetados, rojos, revolviéndose en su propio giro, se confunden en haces temblorosos, se besan con lenguas crepitantes, y en acordes de luces, forman cantos efímeros. Sobre el gran espejo, aparecen graciosos ramos que son simplemente ramas de muérdago. La luz artificial cae sobre la luna, y en su fondo se reflejan los pequeñísimos frutos; apíñanse por centenas entre las hojas de esmeralda, en las unas como granos de rubí perfumados, y en las ótras como perlas alabastrinas rebosantes de incienso. Tienen así de la piedra preciosa, y son hijas del aire: tienen un perfume de templo y la naturaleza las vivifica. Chisporrotean, en tanto, entre los rojos tizones, las renovadas llamas, y una azul domina, y lengua lírica del fuego, habla y cuenta:

«Bajo su blanco capuchón, hundiendo su báculo en la llanura helada cubierta por una espumosa alfombra, el viejo Noël miró desolado los esqueletos de los árboles. La virtud de sus maravillosos ojos no era suficiente para reanimar las almas; los niños descubrían en sus manos el juguete

encantador; hombres y mujeres las miraban siempre vacías. Ni un árbol con un fruto, ni una planta con una flor; por todas partes las sabanas de nieve, como sudarios de muerte.

«Pero una vez encontróse con una procesión espectral de los últimos druidas. Los vió pasar al borde de la ruta, luego internarse en el bosque de encinas, y en torno de los troncos alzóse religioso himno, diciendo á los vientos y á las nubes: ¡cantad el muérdago sagrado! El muérdago sagrado! Como respuesta á la voz, las nubes se abrieron, y un pálido rayo de sol vino á colorearse y perfumarse, en ramos de perlas y rubies, surgentes de las estalactitas de nieve. Y aprendió lo que era el muérdago, al columbrar en la robustez de los troncos de las encinas un dulce fruto lleno de gracia. Los pájaros, labradores del cielo, que le alegraban la ruta, no espantados, sino atraidos por su capuchón, ponían en los árboles el germen del parásito. Después vió los esqueletos ateridos de perales y manzanos, cubiertos igualmente con el traje casi artificial, ostentando en su verdor sonrisas hechas también de perlas y rubíes, de dulzura y de perfume.

«Y el viejo comprendió, en medio de la muerte helada de las cosas, el porqué de aquel fruto inusitado. ¡Gloria á Dios en las alturas! Noël en los aires. Campanas con alas de ángeles, alas con cantos de alondras, cantos con júbilos del cielo. Noël en las almas. ¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!... Y desde entonces el peregrino avanza con la bondad de sus ojos paternales, y bajo el niveo capuchón, y entre las amplias mangas, aparecen los juguetes gentiles y las sonrisas del muérdago. Hombres y mujeres toman su rama, y cuando Noël se aleja, la rama, como recuerdo de amor del árbol de su báculo, se abre sobre el brillo de los espejos...»

Así la voluble llama azul, lengua lírica del fuego, cuenta la historia de la inusitada, primaveral enredadera.

Miro un enjambre de sus guías hechizadas, puesto por amables manos sobre la luna, que me refleja extranjero; los frutos rojos y perlados, sueñan con las flores que mataron para existir, y ella al hacerlos, en artificial fulgor, más leves, más bellos, más espirituales, parece realizar sus sueños. Almas amigas á quienes Noël deja su simbólico ramo, — casi matiz de la nieve sobre el esqueleto del árbol,—os deseo que el fruto de gracia nacido en la fuerza, encuentre en vosotras mismas, si sueña con sus flores, el espejo, donde se transforma su madurez en la juvenil sonrisa perfumada!

EL BONZO

El ídolo brilla; dos cabezas, que no se ven en su espalda, escoltan á tres, cuyos sendos ojos producen una impresión diversa. Pueden ser de tres dioses. La Tristeza anima á uno; el Hastío no está lejos del segundo; el tercero es la Angustia. La música de los bonzos, monótona, exasperante, sin hermosura, arrástrase por tierra, sin encontrar alas en el pergamino ni en el bronce... Observa al extraño ídolo, un bonzo en aislamiento, y en su mirada hay casi rencor. La danza de los ótros, empieza, y parece la continuación siniestra de un movimiento que no ha cesado. Siniestra, porque resucita en sí misma, para vivir en un círculo, que la mueve en la tortura de su nada simbólica... El aislado y abstraído, oye la cantilena, siente la danza, mira al idolo. ¿Cuál es su acción y su fin en la vida? Un rostro con su gesto, mezcla de hombre y de monstruo, le dice, tristeza; y el ótro, angustia; y el ótro, hastío. De pronto, oye en la puerta de la pagoda el tenue temblor de un murmurio. Allí está la planta, el rosal que dejó la misteriosa extranjera, no pudiendo entrar al templo. ¿Es el acento de una flor?... Los pétalos de una rosa se agitan, frescos, purpúreos, perfumados, y susurran imperceptibles, con una caricia, más que voz, el alma de una voz:

—Pobre bonzo, bebe mi gota de rocío.

EL HIJO PRÓDIGO

El duque de Losac, en su castillo, acababa de morir de una enfermedad contagiosa. La capital del reino le había considerado el rey de la moda. Con su muerte, más de una corbata caía en desuso, más de un caballo cambiaba de propietario. El frac rojo de los concursos hípicos podía seguirle en el entierro, como un traje de parada y un pendón de gloria. Sin comprender los altos deberes que implica un gran nombre heredado, ni siquiera tuvo el recurso de la espiritualidad; su impertinencia fué siempre tonta y agresiva. No ignoraba que sus abuelos se hicieron caballeros en una de las cruzadas: ¿en cuál? no lo sabía. Es cierto también que los astros no son menos astros por ignorar el lugar de su origen: les basta recorrer el espacio resplandeciendo... En tanto, por el espíritu de sus contemporáneos había pasado, como por los espejos del club, proyectando una silueta elegante: id á preguntar á las lunas si se acuerdan de ella. Pero aquel imbécil, adulado á su modo, tuvo un invisible cencerro en el cuello y fué pastor de un devoto rebaño con seudónimo de corte; por eso era extraña la ceremonia de su entierro.

Jamás visitaba su castillo sino en tiempos de cacerías, y preparando una, le sorprendió la contagiosa enfermedad y la muerte. El médico mandó imperiosamente un entierro inmediato. El sumiller se evaporó, y los demás criados, después de pillar todo lo posible, siguieron las patillas sacramentales del gran maestre. Encajonado en un ataúd de pino de la vecina aldea, yacía en el pro-

fundo foso el gentilhombre, y el cura se encontraba solo, en medio de una rebelión de aldeanos. Imposible contenerlos: vano era explicarles que el duque ignoró siempre la continua explotación de que fueron víctimas. El portavoz replicaba que la responsabilidad era la misma; que un gran señor debe conocer á sus súbditos y ser como un padre tendiendo el pan con una buena palabra. Y los cinco sublevados, en medio del más numeroso grupo, el cual sin manifestarse, quizás por temor á la muerte, tampoco desaprobaba, querían dejar insepulto el cadáver.

Vengan á buscarle, era el grito. Llévenselo á la capital, al cementerio rebosante de estatuas y de palacios; que vuelva, putrefacto, al teatro de sus brillos. En nombre de este monstruo invisible é insaciable, se nos ha esquilmado; nuestro sudor sirvió para charolar sus botas; nuestras manos convirtieron los campos en minas de oro para sus queridas. Que vuelva ¡sí! á su reino. Aun en medio del parque castellano, nuestra tierra es poco digna de encerrar al verdugo, pues su abrazo será demasiado plebeyo.... El rostro del cura se iluminó con una inspiración súbita. Tomó la cruz de manos del monaguillo; pasóle el hisopo con que iba á bendecir, y abrió los labios; todos se callaron.

«No, mis feligreses — exclamó — deteneos. Sabéis que he bautizado á todos vuestros hijos; que he dado la Extremaunción á la mitad de vuestros padres. Sabéis que todos los días me siento á vuestra mesa y que no conozco el comedor de ese castillo; y no ignoráis que jamás el cura de la parroquia ha celebrado en la capilla donde uno de mis abuelos, humilde cura como yo, codeóse con Bossuet, invitado por un viejo conde de Losac. Sabéis que este señor, á quien Dios perdone, no conocía el rostro del pecador que os habla; pero ved la cruz en mi mano, y á su sombra os juro que digo verdad.

«Se os ha esquilmado, sea: en nombre de un descono-

cido, sea; mas la muerte, que Moisés hizo sublime en un monte, y Cristo divina en otro, acaba de hacer de este señor un propietario. Viene por la primera vez á trabajar entre nosotros. Oh! la muerte es la nada! exclama el mundo, sin comprender, hijos míos, su supremo espíritu. Pensad que vuestro amo ha dado á Dios su alma, y sólo Dios es dueño de ella, y pensad que lo único aquí existente es este cuerpo. Pues que baje á la tumba y dé con sus despojos un átomo de vida á una planta, y adorne con una flor su morada, el novel labrador de la tierra. Mañana, cuando exprimáis las uvas en los lagares, cuando almacenéis las espigas en las trojes, su espíritu, errante entre vosotros, quizás sufra realmente por no poder decir su arrepentimiento. Tarde supo las virtudes de la madre dadivosa, tarde conoció el placer del nacimiento del fruto, como nace en el rostro que se ama, de un beso una sonrisa. Echad sobre el cadáver, con la tierra, el generoso olvido; dejad que entre á su seno como amo y señor; no le arrojéis el día que la muerte, enviada de Dios, le otorga por la primera vez el derecho que engendra la posesión y el trabajo...»

Las paladas cayeron, el cura bendijo con agua santa, y todos, persignándose, se retiraron en silencio!

MADRIGAL MELANCÓLICO

¿Que por qué mi espíritu no se abandona, entregándote la llave del cajón secreto? Porque el amor que causa tu hermosura se llama sufrimiento. Porque tus ojos verdes, cambiantes. son en sus expresiones, inasequibles, y es loca idea querer recoger en un haz todas sus chispas. Porque, cuando hablas, se piensa en la serpiente del libro santo, cuyo rastro no se puede seguir entre las piedras, y el reptil, aun sin veneno, no cautiva. Porque los movimientos de tu espíritu evocan el ave de intangible vuelo, de cuyas alas se quisiera ser la fuerza y la vida. Porque hay en tus silencios pausas profundas que mi espíritu llena de infinitas cosas, y quizás tienes, entonces, la frialdad de una princesa yacente de tumba gótica. Porque, de pronto, haces pensar en estalactitas de hielo que, derritiéndose, descubren al sol un rosal florecido, lleno de gracia; tal se sueña cuando por las líneas hieráticas de tu mármol, cruza un invisible flúido, sale un impensado soplo, y tu rigidez se funde en misteriosa sonrisa. Porque de embeberme en esos tus silencios, que tornan los matices de tus ojos más profundos, vuelvo como de una noche con el alma llena de estrellas. Y entre esas estrellas, luego brilla triunfal y única, diamante azul constelado de oro, la que podrá ser tu amor siendo tu espíritu; pero su reflejo en mí, como todo reflejo, es impalpable y no lo puedo tocar. Después, fatigado, alzo los ojos y veo que lo impalpable, á mi alcance con quimérico fulgor, es estrella arriba

en la realidad de su hermosura... Prosigue tu camino. Lo inaccesible es fuente de la inquietud, y la inquietud nos separa; el terror de perseguir lo infinito, nos aleja; en ti, el misterio de la mujer se hace abismo. Saludémonos como dos barcas amables al cruzarse, ya que no podemos fundirnos en el mismo mar como dos olas!

EN LA ISLA DE SAN LUIS

El Sena, desviándose, forma entre altos muros un profundo foso, donde fuman las chimeneas de las barcas, que son inmóviles construcciones. El agua verde, espesa, como aceite, copia con temblores obscuros los esqueletos de los árboles. En la plaza, Carlomagno, conducido por los guerreros, armados de hachas y lanzas, empuña el macizo cetro, colosal sobre su caballo. Su negro bronce atrae el cielo; acercándole, lo obscurece; y los gorriones saltan de su cabeza al césped, rejuvenecido por las humedades de Diciembre. El rey, con la majestad de su raza y de sus años, resiste al tiempo que, cruzando más ligero que una leve ala, cae con la pesantez de una cadena.

El París de la isla, lleno de nobleza antigua, elévase, sin dejar ver el horizonte en que se dibuja la torre de Eifel. Nôtre-Dame alza sus dos torres, su flecha central, los santos en sus baldaquinos, la procesión de sus reyes, las gárgullas, los endriagos, la grandiosidad penetrante de su piedra dignificada por el misterio. La niebla crece por todas partes, ahogando el sol, ya náufrago, y vertiendo inútiles rayos, que no la horadan. Los árboles, como encajes negros, se funden en el aire flúido, que se condensa, y la estatua emana el mutismo de una conspiración sigilosa. Los faroles se encienden en las callejas, y todo, envuelto en la bruma, parece, avanzando hacia la catedral, recibir de la gran masa el manto del reposo, que exhala como un aliento para cubrir maternalmente su

barrio. Si sonara la hora de la queda, ó en nombre de Enrique IV se notificase un bando, el paseante no se asombraría. En el viejo París, á ciertas horas, la vida moderna es un anacronismo... Recorro los escaparates de los libros, sobre el puente. El chalán deja de cerrarlos, viniendo á mi encuentro, pues me conoce. No, mi buen amigo; lo que es hoy déjame pasar. Sé que tus escaparates son minas de tesoros antiguos y que tienes ahí *Le sorcier de Cytère,* con el azul camafeo de un galán que tira de la oreja á su dama, realzado por la aplicación de la puntilla real, libro encantador, animado espectro de otra época. Sé que las *Heures Gothiques,* con labores de oro en obscuro cuero, labrado á punta de hierro, guarda el recuerdo de la sombra del capuchón del fraile, quien las leyera hace trescientos años. Sé que de este modo, al lado de la sonrisa gentil, ofreces el gesto pensativo, en curiosos atrayentes contrastes; y que al mundo moderno lo codeas con los pasados siglos; pero tus estuches evocan sepulcros de cadáveres incorruptibles, que no mueren plenamente, para poder causar mal; y así, alquimista tranquilo y negociante, ofreces el licor de la vida, sin diferenciarlo del veneno de la muerte. Y no es esto todo; por tu comercio se siente, lo que no hemos vivido, y al prever lo que no se vivirá, piénsase melancólicamente que vendes tus libros, de pie, en el inconmovible malecón, á los viajeros que se van, cruzando como flechas, en los vapores del Sena... Sí, hoy nada de lectura. El paisaje de la tarde penetra en el alma, con toda la tristeza de las piedras seculares. Quiero correr libre, yendo de la ciudad muerta á la ciudad animada, á engañarme en la alegría artificial, que nos hace soñar con los meses de estío, como si su sol, con sus flores, cantara entre imágenes rientes la felicidad de una estación eterna!

EL BOSQUE ARMONIOSO

El bosque sagrado yace en la noche, sin un susurro, de modo tal, que es imposible imaginar en él una rama con hojas. Un arroyo corre por su centro, late cual si fuera su corazón, y parece querer atraer los ojos al suelo. «No miréis—murmura—la copa de los árboles, apenas visibles á estas horas. La sombra envuelve en el misterio la belleza de sus trajes, y os hace pensar, inmaterial y ligera, en el enigma de la vida, encerrado en la sombra profunda y material de la tierra. Yo tengo el eco de la voz del alma de esa sombra, y por eso cubro con un manto rumoreante el bullir del germen enterrado en las raíces.»

Los Peregrinos del Ensueño no oyen la voz del arroyo. Meditabundos, sin sentirse los unos á los otros, ausentes entre ellos mismos, mas todos con igual fin, reposan. Nadie duerme, y el febril insomnio infunde inquietud á la falange; aguzado por el murmurio del agua, el silencio ahóndase, y ellos temen llenarlo con el latido de su angustiosa expectativa. La tiniebla arropa ramas, brazos al parecer, de un bosque petrificado; pero los viajeros tienen esta vez conciencia de no errar: las copas son fuentes de la armonía; las aves del bosque encierran en su voz el divino secreto.

Un tenue brillo del horizonte conviértese en vasta claridad de la tierra. Los peregrinos empiezan á esbozarse envueltos en vestiduras blancas: ligero resplandor rosado anuncia en las nubes, y en ese blancor, el despertar del mundo. Ellos, sin mirarse, alzan los ojos, y las ramas se

estremecen. El gorjeo de los pájaros simula una ligera brisa. El arroyo que, dibujándose, indica ya su propio curso, exclama: «Son los hijos de la selva. Cada uno encuentra en su árbol el ritmo natural, como en un instrumento. Al mirar la belleza de la verdura, el hombre sonríe y el ave canta; pero vosotros no miréis la copa donde aquella vive. Las hojas no caminan en los aires, ni son siquiera como las nubes. La nube, al menos, vuela, se deshace en lluvia, y su muerte es la vida; aumenta mi corriente, y yo corro por el centro de la tierra.»

La voz del que habla no es escuchada por los peregrinos, aunque sus palabras, al brotar susurrantes, coloréanse con las aguas que atraen los ojos, vistiéndose de matiz purpúreo. La brisa de los pájaros se infla y se transforma en sonora ráfaga. La selva toda tiembla, y tres amplias vestiduras desarróllanse maravillosas en los aires, formadas por las luces nacientes y las sombras expirantes. Los peregrinos caen de rodillas. Los mantos evocan caudas de cometas, y sus colores fulgen tan leves, que engendran espirituales alas, para agilizar el vuelo. Con el movimiento en largas curvas, cubren de graciosos juegos la rigidez de los troncos, y son de tres hadas que muestran liras de de dos cuerdas, y, como en una sola, las seis cuerdas suenan. La séptima, la hace en vibrantes hojas el sol, elevándose como un rey, que arrastra y unce á su carro la aurora del horizonte.

Los peregrinos se ponen de pie. Al inmovilizarse en el éxtasis de la penetrante armonía, ávidamente siguen sus ojos absortos el ondular de los mantos. Los árboles se exultan. El canto de las hojas estremecidas, y el de las aves, responde á las cuerdas, se mezcla á sus arpegios, y todo se confunde en un himno. Las hadas avanzan siempre, sus colores palidecen en la radiante luz, y envolviendo los rostros, acaban por evaporarse en el triunfo de la gloria solar. En el bosque queda el prestigio de la magia que lo

convierte en maravilloso altar de tres gracias: la imaginación, el dón del verbo, el ritmo. Las ramas caen, y los peregrinos cortan, para sus frentes, hojas en que el secreto del canto resplandece y vibra. El acento apacible y casi vergonzante del arroyo no se ha oído entre los transportes de la armoniosa exaltación. Los peregrinos se ponen en marcha. Moribundos gorjeos, desmayados sones de los árboles, ecos aún conmovidos por la sorpresa del prodigio, les renuevan la visión de las hadas, y después se dispersan por los cuatro vientos del mundo... Los años correrán sin detenerse, los viajeros sufrirán la tristeza de haber oído una vez la voz del bosque. Las hojas, separadas de los árboles, marchitaránse muy pronto, y luego, secas, se transformarán en polvo. Las frentes, sin su frescura, perderán la serenidad, los ojos la luz, y los labios la sonrisa. Alguno recordará entonces que oyó el murmullo de un arroyo, apagado por el himno de la aurora, latiendo como el corazón oculto del bosque. Pensará entonces en la tierra, que pudo renovar en distante país un árbol del rincón sagrado. Y como imagen de su idea, aparecerá una nube que no simula la hoja, pues lleva, al volar, la vida en su muerte; y cuando se deshaga en lluvia, en vez de una semilla, le dará el peregrino á barrer, con dolor, el polvo seco de su estéril reliquia!

LA SOMBRA

Un sol de verano y una fuente reflejando al poeta. En el aire, un soplo vivificante de amor y de fuerza, una voluptuosidad ardiente y fecunda. En los céspedes, la alegría del oro solar que por entre los árboles se tiende en discos y fajas, y hace con la verdura un encanto más vivo. La tierra, mojada por los surtidores que vierten agua, en giros pintorescos, exhala su perfume. El poeta siente ese aliento mezclándose al esparcido por rosas y por jazmines. Las conjunciones sutiles de los halos leves le sugieren tumultos de ideas desvanecidas, como suspiros, en alas de un deseo. Después, transportes de una fuerza de inspiración que se reduce á nada sin objeto; horizontes dilatados por luz penetrante de las cosas; emanación de una belleza interior que hace de una brizna de hierba un sér que sueña; vislumbre vaga de un mar cercado por ceñudas rocas, que pueden decir una gran palabra; la inquietud espiritual que se enciende y palpita porque los céspedes están regados, y los rosales sonríen en flor... El poeta mira su sombra en el agua, desprendiéndose de sí mismo para temblar en el ligero temblor de la transparencia. Las sensaciones, al fin, parecen producirla; ella es la vaga pintura que engendra el soplo de los perfumes. Cuando los alientos se acrecen con la brisa, acentúase más en su impalpable vida. Observa la sombra al poeta desde el fondo de la fuente, como si no le conociese: él sonríe, y ella repite la sonrisa como un gesto que se aleja moribundo. Pero cuando se inclina inmovilizándose pen-

sativo, la sombra se hace forma de un alma y reconoce al hombre. Así emana un aliento penetrante que sube, y es ella la que parece petrificar el cuerpo vivo en armonioso misterio... En tanto, el sol da más languidez á sus discos de oro, que resbalan entre las hojas, y caen sobre los céspedes como frutos espirituales. El agua sigue abrevando á las verduras, que contestan á sus besos con el efluvio de sus desmayos. Y el poeta, á la visión de su sombra, síntesis de todo, mientras sus labios tienen sed, la mira gozar de la frescura bajo la red de los murmurios; y mientras sufre con el anhelo—que carece de alas y aspira á lo infinito—la ve en el firmamento del cristal, estremeciendo á las nubes.

Entonces, meditabundo, dice: «¿Por qué no hablas? Cuenta ese impalpable, pero visible, y ese quimérico, pero real viaje, ¡oh mi sombra!» La sombra no responde, transfórmase; terrible se yergue, y cruel, se deshace en una carcajada. Y ríe sin descanso, y la carcajada despierta ecos, y el poeta siente que es su propia alma la que no se fatiga de reir... El perfume del césped, ahuyentado, huye, y el de las rosas, despavorido, se desvanece, y el brillo de los discos solares se borra, y conviértense en gotas de agua de pozo, las lágrimas de júbilo que pendían como diamantes de los árboles!

EL BUCLE

En el salón se aspira un olor tenue, voltejeante, que nos anuncia la vida estéril de las cosas en la penumbra. Al abrir la ventana, se despiertan, y olvidadas del sol en medio siglo, se miran extrañándose. Cada una ve que la vecina ha envejecido, sin preguntarse por su estado. La luz, al entrar, choca, abraza sus superficies, penetra en sus intersticios, separándolas por un instante: después hace entre ellas una armonía, que es un silente acorde para los ojos. Y es que sorprende sus almas, las exterioriza, y al colorear sus ideas, las convierte en una sola, que tiene por voz el extraño perfume del Tiempo. Por la ventana abierta se va esa voz al parque, al inmenso azul radiante de eterna juventud, y se lleva la vida de los viejos objetos, y les arranca su espíritu, dejándolos en una inmovilidad de muerte.

Un pastel de Greuze está sobre un jarrón de porcelana y corona un reloj sin cuerda. La hora que el azar marcó, y que al salir de la sombra á la luz, no se anima, parece envuelta en misterio. El retrato es de una vieja dama. En su frente, se alzan tirantes los cabellos, formando un nimbo de nieve, plata y polvo. Bajo sus finas cejas, sus ojos resplandecen, y en los labios de escarlata la sangre agoniza. «Sus ojos resplandecen», es una expresión: adivínase que, malgrado la edad, fulguraban; y en los tonos del pastel, los encajes del seno escuálido, y el rostro, quieren, evaporándose, envolverlos y apagarlos, y no pudiéndolo, retroceden en el fondo de los años, arrastrándolos como

estrellas en una niebla pensativa. El poeta contempla á la vieja dama, y sus labios le murmuran: «Ved, la existencia es á veces como el Tiempo: toma su inmensidad ligera, transfórmase en abstracción independiente de nosotros, y así como las horas hacen al Tiempo, malo ó bueno, los hombres dan á la vida su tinte alegre ó doloroso.»

Se comprende que la dama ha vivido amando, y es más melancólico el recuerdo porque la realidad fué muy buena; por eso sus rasgos irradian bondad; flor marchita que, al acordarse de su perfume, cree vestirse de sus antiguos colores... En un cajón del mueble vecino se halla un paquete de cartas. La caricia de la luz languidece sobre el perfume que despiden, brisa sutil que es como el aliento de un alma. De los caracteres amarillentos, brotan palabras de fuego. El espíritu de las palabras levántase sobre la escritura, y parece verter así el rojo de un desvanecido poniente sobre las hojas secas de un bosque... La dama surge sobre el muro, con el pelo blanco. Los besos de las cartas, los gritos de amor, las intimidades llenas de ternura, no pueden volar á sus labios: sus alas mueren en el transporte amordazado de las palabras escritas. Y en un sobre hay un bucle de pelo; el amante, al morir, lo devuelve. Compréndese el dolor de los labios del retrato, la contracción de amargura que los años deshicieron después en melancólico murmurio.

De pronto el bucle se estremece, con curiosa inesperada sensación. Como el recuerdo, feliz es él; su oro de Venecia, gloria del Ticiano, brilla intacto. Su perfume indefinible, es el mismo de las cartas, pero más penetrante, y embalsama rayos de un sol muerto, y los rayos sueñan, sin duda, con la vida de toda la cabellera. Al alzar los ojos, vese el áureo sueño del bucle, convertido en canas en el retrato. Se medita en el misterio del cabello, no emblanquecido porque se retiró á tiempo de su savia materna. Á semejanza de la hora inmóvil del reloj, señala un instante

de ventura fugitivo con el esplendor real de un contento. Palpita, se dibuja y bórrase para siempre, la relación sutil de la péndola inmóvil y del pelo invariable. Pero sobre todo ello vuela el Tiempo, que, inmaterial, apenas toca y encanece, y cava con su leve roce las arrugas de una frente. La dama repite: «Las horas le hacen malo ó bueno; los hombres dan á la vida su tinte alegre ó doloroso.» Y el bucle de oro parece animarse, resucitar su rayo, ver realidad la cabellera soñada, y poner en los labios agonizantes del retrato, púrpura de amor que se extingue después en una indescriptible sonrisa!

EL LLANTO CORROSIVO

Sol de blancura, pureza ideal entre los sueños del claustro, era aquella santa enferma. El espíritu maligno, que había hecho lo posible por tentarla, acabó por transformarse en su Cristo y descendió de la cruz. La mujer vió en aquel joven resplandeciente la transfiguración del amado, y al sentirle adelantar, exclamó: «Señor, yo besaba tus pies y tus llagas en el sufrimiento, pero no quiero besar tus manos en la gloria; vuelve al cielo, me contento con mirar cómo fulguras en tu grandeza...» El demonio desapareció, mientras Jesús resurgía nuevamente en la cruz, cubierto de sangre.

Era la última de las tentaciones. La muerte acudió, cerrando los ojos de la monja y llenando de lágrimas los de sus hermanas: al irse, les causaba el primer dolor. Sobre la ciudad tendióse una neblina, y las estrellas, para recibir la ardiente alma, adquirieron. al chispear entre los húmedos cendales, un nimbo. Las compañeras levantaron el cadáver; la celda quedó sola. El demonio, sin embargo, no la abandonaba, pensativo. Aquel rostro de casi inmaterial belleza no lo volvería á contemplar; era el de una bienaventurada en la región de su odio. Sufría realmente por su impotencia tentadora: el infierno, sin ella, iba á parecerle vacío; y el recuerdo de tanta santidad le atraía: abismo al que se inclinaba con el vértigo de una desconocida sensación. Vió sobre un misal el pañuelo que velara

el rostro de la religiosa. El espíritu maligno. que es sensible á los perfumes, lo tomó para conocer el aroma de un rostro virginal que se marchita, y repentinamente. sorprendido, lo vió dibujado en la tela. Era un prodigio. Los ojos, abiertos, reflejaban ya la luz inmortal en que el alma penetrara, y el rostro perdía la edad, avanzando al seno de una resurrección en cuyo brillo el Tiempo es juventud que se acumula... Satanás huyó con el pañuelo robado. sin temblar ante el sacrilegio. creyéndose sublime, por la calidad del tesoro. Con él llegó á sus reinos infernales.

Cruzó entre los ejércitos de condenados que forman pueblos. Hombres y mujeres le rendían homenaje, en vez de insultarle, degradación que sella su oprobiosa miseria. El rey, oprimiendo el pañuelo plegado, iba á ocultarse en uno de sus retiros, por entre la balumba de los suplicios. Indiferente, pensativo, caviloso, dejó desplegarse la tela. y el rostro seráfico resplandeció como un sol en las tinieblas de las conciencias. Un ¡ay! humano. desgarrador, estalló en los ámbitos, á la vista de ese rostro del mundo divino... Concentración de los dolores de la tierra, aquel ¡ay! rugía sin el grano de esperanza, que se mantiene allá, como el de trigo, incólume bajo las más implacables nieves. El clamor era tan formidable, que los astros no parecían extinguirse por ser ya el alba, sinó palidecer emocionados ante el grito de la suprema desolación. Satanás vió pasar, en torbellinos, los réprobos que habían robado, los herejes, los homicidas, los traidores, todos con el mismo estremecimiento. La noche, en aquellas regiones, aisla con su tiniebla, haciendo que al sentirse sola cada alma, refleje los dolores ajenos. El alba pone en presencia los rostros, ya desconocidos, por la renovación del continuo eternal movimiento; y como cada uno cree al vecino causa de su angustia, la luz desata un odio implacable... En vez de las acostumbradas, contrarias maldiciones de ese tumulto, hoy oía Satanás á su pueblo armonizando en el cruel lamento.

De aquellos que pasaban, sólo los condenados por orgullo le eran simpáticos, pero repentinamente le nacía un inusitado sentimiento de misericordia. Las angustias de todos, se revolvieron en él: ola indómita, castigada por los restos del mismo buque náufrago que arrastra.

Sentóse en una cresta de monte, sobre el turbión de los torbellinos fatales. El vocerío proseguía, pues de ese lado veíase aún el resplandor del pañuelo. Su principio de sentimiento transformóse en honda turbación, y abarcó el infierno, que parecía no tener horizontes, con ojos llenos de extraña piedad. Ya que por su pañuelo sufrían más, era menester ocultarlo, cambió de cumbre, y el clamor se aplacó como un trueno que desmaya en sus ecos.

Miró la imagen de la santa. El grito aullante de los réprobos se había definitivamente ahogado en su dolor mudo. Su concentración era un silencio tan enorme que mataba todos los ruidos. Satanás volvió á mirar la imagen. El recuerdo del ángel de otro tiempo surgió en su alma como una luz que, al extinguirse, hacía de ella una infinita sombra. Entonces, desprendiéronse gruesas lágrimas de sus ojos y cayeron ardientes sobre el pañuelo. Lloraba, contemplando los vapores ideales de unas nubes más altas que el lugar habitual de las estrellas, y que semejaban velos de inmaculada nieve, guardándoles un sitio azul para cuando estamparan su fulgor de oro.

Al poco tiempo, no encontró en la tela el rostro de la bienaventurada; lo había borrado el llanto, y pensó: «Ha desaparecido para que no lo toquen mis lágrimas.» Después se preguntó si á fuerza de tentar no sentía una de las formas de tentación como propia enfermedad; la pureza de la monja, venciendo su perfidia, había perfumado su alma. Se puso de pie agitando el pañuelo del milagro, fruto de la fuerza que nunca podría vencer, y se lanzó con más odio al mundo, á inspirar el robo, el homicidio, la lujuria, la traición, la calumnia... Pero decidió no arras-

trar á los hombres, prestándoles alas que desafían el misterio de la muerte y que engañan, purificando, al parecer, el aire que envenenan; no perderles, en fin, por el nefasto amor, que le había dado un instante de compasión, haciéndole llorar en pleno infierno al antiguo ángel del Empíreo!

EL RUISEÑOR INDISCRETO

En el jardín, canta el ruiseñor, invisible entre las ramas de un árbol que, tocado por la luna, se construye una sombra. De lejanos rincones de la memoria, brotan imágenes que son para el solitario paseante fragmentos de vida. Algunas vienen envueltas en tules glaciales; ótras, ardientes, traen reflejos de una invisible hoguera. Después reinan las de la infancia, vestidas de blanco con el traje de su alma.

Al comulgar con Dios en aquel día, besó todas las flores, sintió en sí mismo cantar todos los pájaros y chispeó en sus ojos un rayo de todos los soles. Y el Dios lo era de la Creación en hermosura y del Calvario en amor, y el amor con la hermosura, le infundían el esplendor de una incomparable pureza. Cuando una mujer le dió el primer beso apasionado, también de blanco vistióse, y halló fundidos en esa inmaculada blancura, todos los colores que embellecen una vida; y de blanco la vió partir para siempre, y los jazmines que perfumaban el sudario, renacieron en su espíritu, cubriendo la muerte de sus ilusiones. Así, desde la primera sensación divina al sentir la omnipotencia, fué la blancura compañera inseparable de sus pasos, hasta convertirse en su claro de luna interno.

Y el ruiseñor canta en el claro de luna verdadero, sobre el árbol, y pasan por el brillo sepulcral á que el pájaro da su voz, las imágenes, haciéndose, leves instantes, de carne y hueso. Llegan alegres y sollozan. Parten tristes, y al alejarse, ríen. El júbilo y el dolor renacen en un círculo,

agrandado por el golpe de piedra que ha roto la armonía del lago. Lago dormido era el alma: ¡ah, el canto del ruiseñor! El desfile se anima. Ningún gesto tiene palabra y todo gesto es voz de un grito mudo. La luna las alumbra, y el ruiseñor, con su tristeza melodiosa, en vano quiere ser la expresión de su violencia torturada. El paseante se enternece de mirar él mismo las imágenes, como si no fueran hijas de sus entrañas. Y son esas imágenes sus Afectos y sus Pasiones, ya llevando vida solitaria, ó buscando, para vivir, el calor de otras existencias. Curiosa es aquella linterna mágica! En el fantasmagórico cuadro, las ráfagas de pasiones que cruzan, se impregnan repentinamente de sangre, de alegría y amargura, de calmas é inquietudes, y repentinamente se reducen á espectros chinescos que se evaporan. Sus afectos y sus pasiones no son nada: un vestiglo y una sombra, la raya proyectada sobre el suelo por el humo que, ascendiendo, se funde con lo infinito. Y el ruiseñor vuelve á dejar caer la cascada de cristal en trinos, cuyos arpegios conviértense en notas. de la misma luz que canta así para brillar divina.

Otras imágenes con ideales, vaporosas vestiduras, se adelantan, haciéndole una profunda reverencia. El paseante no se atreve á preguntarles por qué no hablan y por qué despliegan tan ceremoniosa etiqueta, pues cree ver en la severidad un reflejo de su duelo. Aun en aquellas cuyo movimiento parece con animación alejarles el dolor, se les hiela, al detenerse, la sonrisa. Ve que sus Sueños tomaron, al salir, vida propia, y después de pasear sus emociones bajo diversos climas, retornan reprochándole el nacimiento. Vivir! Y para qué?

Entonces, los evoca en su principio y los mira como sombras inconscientes en un caos. Algunos, cobran formas que palidecen, semejantes á bujías en el esplendor solar. Pero una mujer hecha de nieve, que oculta realmente el fuego capaz de fundir el bronce, avanza, los

toma de la mano, y, á su contacto, el color se hace palidez y la palidez blancura, la sangre se les convierte en hielo después de animar sus miembros, el contorno vagaroso se consolida neto, la cabeza inmovilízase en una actitud inmortal, y resplandecen las estatuas.

Ved otros sueños, palpitantes como el agua que murmura, movibles como el viento, persiguiendo luces para hacer brillar sus colores, dejando de ser ilusión, entre ilusorias perspectivas, que los transforma, con su engaño, en viviente realidad. Así, en sus ideales parques, en palacios y templos, en sus ríos y mares, viajeros de todos los países, habitantes de todos los reinos, ávidos de todos los aires, mujeres y hadas, sirenas y espectros, seres y cosas, con su existencia artificial, despiertan las campanas del culto de amor á la hermosura, que une con su voz el cielo y la tierra.

Como á su conjuro, surge un extraordinario personaje, agitando las fibras de las plantas, donde se estremecen las flores; agitando las nubes que se inclinan y le cubren como palios, contentas de ondular en el suave viento de armonía; y las fuentes que le retratan, ansiando ser ríos para correr con su reflejo en un transporte de gloria; y á los hombres y las bestias que, oyéndole, sienten palpitar en una cambiante vibración, toda su vida. Y ve el tumulto de las propias imágenes, de sus sueños, salir de aquellos labios febriles y prodigiosos. ¿Es un aede antiguo, un trovador medioeval, un obrero con yunque, fuego y rimas? En su conmoción: «Soy yo mismo—se dice;—es Orfeo que vive en mí y entra en mi alma, y canta y la hace resplandecer.» Y los versos se cimbrean y centellean, se inmovilizan, rugen y sollozan, iluminan con el color de los paisajes y encantan con la serenidad de la piedra.

Mas, de pronto, sus ideas sacuden las palabras, queriendo huir de ellas como de sudarios de muerte y las rompen, buscando infinitas alas. Después, al sentir que

sus imágenes se vuelven corazón de la onda armónica, en donde se transfunden para convertirse en ráfagas de notas, en lluvias de arpegios, en el transporte único y triunfal de un ritmo que lleva en su entraña al mismo Dios que lo engendra, exclama: «Mi alma es la hermosura. Ella es la que cambia y se colorea, y se esculpe, y sueña y canta.»

Repentinamente, el ruiseñor enmudece. Los últimos trinos de cristal, en vez de caer con la luz de la luna, parecen evaporarse, difundirse y expirar en su inmaterial gloria. El paseante presencia también la huida de su mundo, borrado por una maravillosa mano, y sólo le queda la rigidez de la estatua, mientras el color que se va, impone una sombra tétrica, y las voces que se apagan dejan una mudez eterna. Ah! el ruiseñor! No le bastaba cantar en el árbol y ser el alma de la tristeza del claro de luna. Vertió las notas en su lago dormido, en el abismo, que conquistara el reposo, á fuerza de olvidar su existencia. ¿Por qué despertar las antiguas voces? ¿Por qué recordar, pensar y soñar? ¿Por qué reunir esos verbos que hace rimar el sufrimiento?... El paseante anhela seguir las imágenes de sus Sueños, y encuentra, como de las Pasiones y de los Afectos, solamente fantasmagóricos espectros. Son también la raya que extiende un humo sobre la estéril arena al perderse en lo infinito. Pero ¡ay! más difícil aún es encontrarla. No la refleja el sol en su gloria: todo eso no es más que la sombra de un humo, proyectada por el brillo de un rayo de luna!...

El ruiseñor cantó sobre el abismo. ¡Maldito sea el ruiseñor desvelado! Y el paseante mira el cielo, otro abismo, pues es de los que buscan entre las constelaciones la estrella que no existe. En un reloj da una hora grave, que parece venir desde el fondo del más lejano tiempo, y apenas una media ha pasado después de la anterior. Ese ligero soplo de alas cae como una cruz sobre sus hombros. «Adelante—se dice;—en marcha». Y parte, casi sonámbulo, con

los pies fatigados, con la sombra después del color, el silencio después de la armonía, y la mudez abrumadora, después de la palabra. Cree que su cabello ha encanecido en aquel minuto, enterrando su juventud bajo su blancura de muerte. Cobra repentinamente horror al sol, ya pronto á surgir del horizonte, para barrer las sombras é iluminar sus miserias, y recuerda una oración que murmura impotente, queriendo detener el curso de las estrellas y hacer inmóvil á la luna!

LA CHIMENEA TRÁGICA

Ved en Brujas, en la gran sala *èchevinale* del palacio de Justicia, un gran cuadro que representa el antiguo Concejo. Los jueces están de pie, vestidos de negro, sin más blanco que los encajes de cuellos y bocamangas, y luciendo sobre las espaldas sus largos rizos de pelo. Rodean una característica mesa verde, y la que sirvió de modelo se encuentra en el otro extremo del salón. Sobre ella hay un tintero, el cual es también el mismo de la pintura: especie de monumento en bronce, parece una fuente bautismal gótica.

El salón, tallado en cedro, tiene un grave banco circular, invitando á sentarse, y se complace en el silencio, ya que está condenado á no poder contar las memorias interesantes de todo lo que ha visto. Cuatro inmensas tapicerías cubren los muros, con su fondo verdoso de hoja que se marchita, alejándose de su ideal verano y sintiendo que un espíritu meditativo, infiltrándose en su desvanecimiento, no la dejará morir del todo. El león de Castilla y el águila imperial—con dos cabezas—se mezclan en sus tramas á flores y frutos de la tierra, en comunión pictórica con alas de ángeles del cielo. Los retratos de reyes y caballeros, surgen con armadura en vez de lucir mantos de corte, prestos á saltar para el combate desde sus fondos sombríos. Dos relojes, labrados en los muros, tienen la esfera negra, con números de oro y flechas sangrientas, evocando así las horas que sobre el luto de Flandes eran

doradas para la gloria del Imperio. Cerca de un ángulo surge la chimenea. Fué esculpida para celebrar la batalla de Pavía. Adán, con su maza de gigante; Eva, con hojas y flores en la cabellera, se dibujan en el obscuro hogar, al parecer forjados por el fuego de otros tiempos. Sobre los mármoles negros de las columnas, ángeles de mármol blanco ofrecen frutos; la historia de Susana desarróllase en bajos relieves; y arriba, en el último cuerpo, Carlos V, con leones á sus pies y el mundo y el cetro en las manos, recibe á la procesión de reyes, encabezada por Fernando y Maximiliano de Austria. La sala señorial y augusta, agrupada en torno de la chimenea, busca el alma y la voz, que ha muerto como el fuego en ella, sin dejar casi cenizas, por fuerte y devorante.

—Toda chimenea—exclamo—pide se dé forma á la leyenda que vive en su recuerdo.

—«Sí—me interrumpe el guardián,—y aquí en Brujas hay más de una poseedora de un antro misterioso que la imaginación llenaría sin temor, pues la realidad de su recuerdo sobrepuja á los sueños.

«¿No habéis visto la del castillo Gruuthuse, que se comunica con Nuestra Señora por una *loggia?* Pues bien, de esa *loggia,* donde se asistía al oficio divino, pudo un señor subir á lo alto de la chimenea. Allí se había hecho fabricar una especie de confesionario. El fuego atrae con su cariñoso calor en el invierno; con el bienestar del cuerpo, despierta la intimidad de los espíritus, y nada mejor que ese escondite para sorprender las indiscretas conversaciones de los guardias. ¿Que hay una conjuración? ¿Qué sitio mejor para oprimirse con naturalidad y contarse las cosas de cerca, sin más testigo que el fuego, en cuyas cenizas va á sepultarse el secreto?... Pero el señor aquel no sabía (y es menester añadir que este ascendiente no tiene nada de común con el noble Luis, protector del arte, y conde de Winchester, quien hizo tanto bien con sus ri-

quezas); no sabía, pues, que su escondite era conocido. Fatigados sus guardias de aguantarle, esperaron la partida de su hijo á Gante. Entonces, aprovechando una alza brutal de los impuestos, amotinaron á los vasallos.

«Con anticipación, tapióse la galería que por el muro de Nuestra Señora iba á la torre, y la otra, con salida por un subterráneo, al campo. Los guardias que repelían el ataque, se declararon impotentes; el señor no tuvo más que huir: trepó á la chimenea, y la puerta cerróse para siempre, resonante como la terrible de una tumba. Corrió la voz de que el señor había sido ahogado en un canal, y el hijo, al día siguiente, le hizo cantar sus funerales. Figuraos al hombre aquel, oyendo, enmurallado, el clamor de los responsorios, mientras con inútiles gritos, respondiendo al canto de su muerte, pugna por agarrarse como con garfios á la vida. Vedle huir de las voces, y retroceder ante un fantasma que, evocado, se adelanta, cual si no brotase la alucinación de sus entrañas mismas! Arrástrase después por esa galería y llega al salón donde arde la chimenea. Percibe vaga la voz de sus feroces verdugos, y forcejea en vano con la puerta, maldiciendo á la canalla, sin pensar en sus culpas... Mas, de pronto, le envuelve el calor de uno de los muros que tuesta el reflejo del hogar ardiente. El señor, inconfeso, siente aproximarse el trance fatal; no se suicida por no perder más su alma, y en la sombra del recinto su conciencia le recuerda sus crímenes con rasgos fosforescentes, y el que no tembló jamás en las batallas, vierte el sudor del espanto. Apenas, del mundo, le llega, con la impalpable visión de su vida antigua, el viento envidiable que entra por los hierros de una hendidura lejana, y sale á volar al libre espacio, con su elegía zumbadora... Todo esto me pasó por la mente, cuando asistiendo, en mi primera juventud, á las reparaciones del castillo, saltó una piedra y cubrióse el obrero de un polvo blanco: ¿Como cal?—exclamó un principiante

de arqueólogo, abriendo tamaños ojos. La pregunta arquitectónica no quedó más de un minuto sin solución: tras otro golpe, cayó á nuestros pies una calavera. Recordamos entonces la vieja y vaga leyenda convertida en historia por aquella boca sin voz, y enaltecida por dos cuencas vacías que debieron reflejar, llenas, el martirio de la locura...»

El guardián acabó su narración, y salí pensando en lo curioso de ciertas cosas. No hay música que se sienta tan intensamente, como aquella de un artista muerto que no puede ya repetírnosla: no hay cuadros, para que el espíritu sueñe, como aquellos de un poniente, vislumbrado en un paisaje que no volveremos á visitar; y no hay, para encender la imaginación ¡oh mi buen guardián y amigo! como una chimenea en donde no hay fuego desde hace varios siglos!

NOCTURNO

El barco navega; el mar gime. Colgada del cielo, en el centro de la noche, resplandece la luna. Cada vez que una nube la envuelve, camina ligera con su cargamento de montañas, al parecer, leves como de plumas. Después se detiene, inmovilízase y platea las vastas aguas temblorosas...

Dice una voz:

«Bogaba con la virgen núbil en el lago amigo; el aire era tan transparente, que el cielo parecía otro lago. Miraba palpitar en la lámina profunda, real y quimérica, fantásticamente las estrellas, y alcé los ojos creyendo que los suyos, astros para mí en la tierra, reflejábanse en las altas transparencias del firmamento. No pensaba que nuestro mundo, lleno de los hombres y de sus dolores, visto desde allá, era pequeño como un diamante, que apenas puede servir de adorno para una frente.»

El coro:

«Amor, amor.»

Otra voz:

«Yo ví la luna, en noche como ésta, llenar el valle, y esculpir vagarosamente los peñascos y los árboles, espiritualizando los contornos con su esfumino ideal, que da al verde palidecido, y al blanco calcáreo, opalización inefable. Ví alzarse de todo una inquieta aspiración: se sufría ante el vago ensueño de las cosas. La creación entera, exal-

tada con una nueva vida, reflejaba la angustiosa sensación de lo Infinito. Su inenarrable transporte, con onda de universal melancolía, fundiéndose en un firmamento vacío, no era sino una forma de la muerte. En el silencio augusto, parecía miserable la idea del bullir de los gérmenes; y los insectos se aprovechaban del tierno encanto de la luz, para encontrarse en el tibio ambiente y mezclar sus amores. Entonces, huyendo de mí mismo, me abracé á mi querida, me refugié en su seno. Con la emoción de su beso, quería olvidar mi alma; y con temor supersticioso vi que sus cabellos, más negros que la noche sin luna, arrojaban sobre el suelo sombra, que era el principio de una eternidad de sufrimiento.»

El coro:

«Amor, amor.»

Otra voz:

«Yo he visto la luna á través de la ojiva del convento, y así la veo siempre. El astro tiene la aureola de Jesús, y me hace pensar en las inmaculadas tocas de lino, de mujeres de alma ideal; y en las hostias y en los cirios, y en la muerte salvadora, que es pálida. Sus montañas son fantasías de nubes de incienso tomando ese aspecto. ¡Quién fuera el peregrino capaz de ascenderlas y tejerse una mortaja con la fría luz, que es como la gloria del casto espíritu!»

El coro:

«Amor, amor.»

Dice un rayo de luna:

«Vengo á morir sobre la tierra. ¿Por qué me ofrecen las ruinas, el campo, los sepulcros, el mar? Jamás una alegría. Donde hay fiestas, las luces de colores luchan conmigo y

me arrojan. Nací en un astro muerto, pero quisiera vivir de otra vida, y esa esperanza es, en mí, vano ensueño. Yo no puedo fecundar las simientes ni conozco los colores de una flor. Pero ¿por qué vosotros me imitáis? No distinguís los matices, porque vuestro aliento, como mi luz, con sólo acercarse, los transforma y entristece. Cuando los ojos llegan, murmura el alma, es tarde ya... Tenéis el sol, amadlo. Los que idealmente recuerdan á una mujer, los que hallan delicias en su beso, los que la olvidan en la seráfica paz del claustro; todos vosotros, en fin, creed en la aurora y cerrad la ventana á la luna. Más que el sepulcro, que la ruina, que el mar, temo vuestras frentes; el pensamiento me hace revivir en ellas; mi fin es más angustioso, y sueño placer lo que consideraba agonía, brillar en las montañas y en los lagos de mi muerta cuna!...»

Los peregrinos no oyen, siguen con sus recuerdos y sus sueños, mirando las aguas, el firmamento, el astro, hasta que las nubes cierran el cielo como con un telón, y dicen: «Basta por hoy; el espectáculo, para ser gratis, ha durado bastante!»

EL CABALLERO DE LAS FLORES

El esplendor del cielo de aquella alba, tal como en el cuadro de Rochegroose, hacía creer, con indecible pureza, en el alumbramiento de uno de los primeros amaneceres del mundo. Más allá de la pradera se divisaba, en los lindes del bosque, un castillo. Era la época de alegres y sangrientas cacerías, alternadas con sangrientas y, estoy á punto de decir, alegres guerras. La fama de Merlín era real y no quimérica, y muchos de sus discípulos vivían entregados á descifrar la lengua de los astros y las virtudes de las hierbas. El castillo, el bosque, el prado, tenían también su adepto, que mezclaba al terror de sus misterios, la gracia amable de sus fábulas. Y en aquel amanecer de incomparable pureza, se encontró en el bosque con el hechicero, un joven. Llevaba en la diestra una lanza y una flor en la otra mano. El mismo aire que movía el leve vapor de nieve de una más que ligera nube en el cielo, jugaba con el haz de plumas de su casco de bronce. Y bruscamente preguntó al viejo: «¿Por qué el perfume de esta flor acabada de arrancar me da tristeza?» El hechicero respondió con la narración que, más ó menos adulterada por la memoria, repetimos:

«Entre los genios de la comarca había uno, más raro, más impalpable, más luminoso que los ótros. No se le conocía habitación y era el rey del prado. Ya los genios del bosque sabían la construcción de un castillo, por hombres recién llegados; pero él lo ignoraba, pues huraño, no veía á sus vecinos. Muchos de éstos pensaban que la preparación de un prodigio era la causa de su vida errante. Hasta creyeron verle alguna vez arrojando polvos sobre

la tierra, y reconocíanle una forma superior, que apenas vislumbraban; pues así como ellos eran invisibles para los hombres, había otros genios más maravillosos, de invisibles atributos para su naturaleza. Y he aquí, en verdad, lo que sucedió en el amanecer de la nueva primavera.

«El genio, con el aspecto de un caballero, tiene en el rostro intensa palidez; la extraña palidez de un muerto, recibiendo el tambaleante aliento del alba. Es el fruto de una constante vigilia aumentada por un angustioso insomnio. De pronto, sus grandes ojos abiertos empiezan á combatir la palidez mortal. Brilla su frágil coraza hecha de armaduras de insectos con prismas de luz resplandecientes. La savia del paisaje, palpitante de frescura y poder, corre por sus miembros, y él, emblema de juventud, sonríe con gracia. Una plegaria quiere brotar de sus labios, cerrados por la caricia de un soplo inspirador. El verde prado va hasta el horizonte, el cual le envía el oro de la naciente gloria solar. Los brazos del caballero se tienden, y pronuncia al fin la palabra del conjuro. Esta vez, confiado, espera.

«En su torno hay flexibles hojas esmeráldicas. Hay flores sangrientas, caprichos de fantásticas heridas; hay algunas de nieve que conservan en el alba el beso del último plenilunio, y otras que ofrecen topacios, á cada rayo de sol, como un sepulcro digno de su cuna. Las hay de todas las formas y de todos los matices. Hay guías trepadoras que, no teniendo árbol donde enroscarse, ni muro que tapizar, se revuelven como serpientes, acariciándose con sus mismas hojas. Entonces, cada flor abierta en las matas produce algo intangible, hecho al parecer de las transparencias de una gasa, ó de luminosa flexible cera, que con el soplo vivificante del aire penetrado de matiz, se corporiza en contornos de mujer. Una de ellas, que es el avatar de una sola blanca rosa, le habla al oído, mientras flota su cabellera rubia, prisma de color capaz de volar sin disolverse. El caballero, sin oir, ya no sonríe. Genio del prado,

desea ser rey de los genios nacientes de las flores, sin pertenecer á ninguna.

«En tanto, se levantan ótras con pétalos sangrientos en cabelleras como guirnaldas, con el perfil hecho de aire luminoso y aprisionado entre los tonos vivientes, tan etéreas, que una espada, sin sacarles sangre, las puede hendir, reflejando la luz evaporada de las heridas. Al moverse en su gracilidad, son como una brisa que toca las flores aún no transfiguradas por el prodigio.

Á poco, el conjuro estremece la planicie toda. Algunas mujeres conservan, de la flor originaria, sólo un cáliz en la cabeza, como para perfumar con el turbante insólito, el pelo. Perdidas entre las hierbas, dejan ver ótras los trozos de sus cuerpos blancos, con los reflejos violáceos, purpúreos, amarillentos, de las flores no transformadas que las entrecubren. Otras veces, un busto, con el haz de brillos de su carne ideal, húndese en los altos céspedes, prestándoles el chispeo de sus tonos. No lejos, un rostro primaveral, con el cabello de canas de un jazmín, aparece, y por buscar un cuerpo, se da con macizos de violetas. Y así, en esa confusión de luces y transparencias, de luminosas carnaciones con reflejos de prismas, de cabelleras leves y hojas flexibles, no puede saberse dónde empiezan las flores y dónde las mujeres.

«Mas todas elevan los brazos al caballero impasible, quien con sus ojos llenos de luz, está absorto en lo infinito. Algunas, pisadas por él, se retuercen, tendiendo por entre los céspedes las manos, como náufragos que luchan bajo el agua. Otras, más lejos, le atraen con su negligencia ensoñadora, dejándose cubrir por las hierbas en una suave caricia. Una llega á emerger hincando las rodillas sobre simples flores, en un firme ondulante movimiento escultural, con carnes más animadas y más reflejadoras de los tonos, novicios y ya misteriosamente moribundos en la languidez de sus brazos. Parece demandar perdón por

el atrevimiento de querer seducirle; así, encantadora ante sus ojos, es muda; mientras otra cómplice, con espontánea gracia, le murmura algo al oído, como si el genio debiera mezclarse á sus destinos, oyendo y viendo, dominado por el transporte de una armonía.

«Pero él, impasible, espera ver el prodigio hasta el término del horizonte. Aspira á imponer á los nuevos genios de las flores el yugo de su hermosura, y hacerse adorar como amable y único monarca. No quiere amar á uno ó admirar á otro; todos le son igualmente queridos. Cada color y cada movimiento, cada voz ó curva, representa un soplo de su fantasía. Extático, ante la vida de su propio ensueño, goza de la ebriedad inefable de su fuerza creadora, y no advierte así, hasta sentirla cerca, la cabalgata con las airosas armas del castillo. Coagúlase la savia oculta de sus colores en un frío de terror ante los hombres nuevos; les ve adelantar, y con la angustia de toda separación que quiebra una vida, levanta la palabra del conjuro y renuncia á su imperio.

«Después, el soplo de una perfumada brisa hecha de espíritus alados, y las flores solamente en la pradera que quedan temblorosas, y la brisa que se va, dejando á cada cáliz un suspiro. El genio, con los colores de su coraza, pierde la luz de sus ojos, y en haz palideciente, se extingue, como una llama de bujía, en la atmósfera del sol ya alto, que dora los cascos de los rudos caballeros.

Han pasado los años—añadió, al terminar, el discípulo de Merlín.—Se abren flores, mueren ótras, y nuevamente abiertas, vuelven á marchitarse. Pero cada planta de la pradera guarda el recuerdo de la mujer que por un instante le dió vida. Y cuando algún joven corta una flor del tallo y aspira su perfume, siente la tristeza de un vacío, que engendra el repentino y vago amor de una cosa desconocida!»

CENDRILLÓN

El último de los hijos de maese Federico ha muerto en una catástrofe. Un parte, con la lista de las víctimas, se lo anunció; y su mujer acaba de recibir una carta, posterior al fatal telegrama. Lleno de salud y júbilo, les escribe el sargento aquel, fuerte y hermoso. Maese Federico, con un arranque de energía, abandona á su mujer, gimoteante en el lecho. Para Noel, que se acerca, ha prometido diez muñecas, de las mejores suyas, gloria de Nuremberg, de las que tienen pelo verdadero. El hambre espía á la puerta, y hay que olvidarse del llanto. El artífice empieza á tararear, pues desde tiempos inmemoriales, en aquella casa, sus abuelos, como su padre, no han construído de otro modo una muñeca. Tiene algo de tenebrosa la canción del viejo y aparece tristemente raro, en la tarea pueril de hermosear el esmalte de una criatura de crin. El pobre hombre acentúa su tarareo para alejar sus ideas; adorna después con encajes el vestido, pone un cinturón, añade un moño. Las demás muñecas muestran sobre un anaquel, sus sonrisas estereotipadas, felices con la frivolidad ligera que las anima, y llenas de gracia tonta en donde hay un rayo de sol, tienden sus brazos rígidos, con que esperan estrechar algo, mientras señalan puntos distantes. La lámpara alumbra un rincón, lanzando al techo un círculo blanco. En el muro del fondo, una sombra crece, se mueve, adelanta, retrocede, después se inmoviliza. Las penumbras del tugurio tienen como un escalofrío de tristeza. La vieja ya no llora, y su sombra inmóvil abísmase más en el do-

lor de su alma. Parece una buena hada, á quien la pena convierte en bruja; ella, desde el lecho, debe de infundir á las muñecas virtudes y dones, y las ya concluídas, rozagantes, desean verse libres de tales lutos, para realizar sueños en las cunas felices.

El hombre se da un golpe en la frente. El esmalte está terminado, los bellos ojos azules de la muñeca contrastan con sus dientes, en hileras de perlas: pero su calvicie es lamentable, y el pelo se le ha concluído. Debe entregarla al día siguiente; ¿cómo hacer? La sombra en el muro pierde su inmovilidad, y una voz suena diciendo: «Toma de mis trenzas». Maese Federico no se hace rogar, y vuelve con un mechón realmente de nieve, cual si una savia helada de amargura lo hubiera emblanquecido. El mechón cae en las copas de tinte, y sale transformado en manojo de rayos. Esa evocación del sol sobre el pelo, se asemeja á la oración del viejo que envuelve su dolor. La bruja mira después la muñeca concluida, ve el áureo nimbo del infantil embeleco, siente sobre su piel las canas, y ríe de extraña manera.

* * *

¿Quién dice que las cosas no son, en la armonía de los hechos, predestinados espirituales detalles? ¿No es cierto que el destino es á veces un inspirado artista? Preguntad cuál es el fabricante del sombrero inverosímil de un tipo que pasa. Nadie lo sabe. ¿Por qué lo eligió el personaje? Tampoco. ¿De qué azotea, árbol ó astro, cayó un día sobre su cabeza, exclamando: «aquí estoy», como el capitel armonioso de la columna? Igual misterio. Pero creed: no habrá dibujante capaz de idearlo mejor, pues el buen caricaturista estudia la *fantástica realidad,* sabiendo que el destino empuja las cosas, y sonriendo en la sombra, pre-

para los encuentros providenciales. También á ratos ese su buen humor inteligente deja de ser risueño, y se arma de una cruel ironía. Asi... pero escuchad mejor. En el día de Noel de aquel año, un enjambre de criaturas revolotea en torno de un pino trasladado á París desde los Alpes, y cubierto de juguetes, en el Palacio de Hielo. Sobre la pista helada, los trineos van y vienen, rebosantes de rostros sonrientes. Tíranse á la suerte las muñecas de Nuremberg, y los palmoteos resultan salvas. Entre los niños franceses hay algunos extranjeros; y á una preciosa criatura americana, tócale la más linda muñeca. Temblorosa, la estrecha emocionada contra su pecho, con el movimiento natural de una madre, y á nadie se le ocurre pensar que ya en el gozo aquel se abre el germen de un temperamento, destinado á ser la fácil presa de los dòlores humanos. La fiesta prosigue su curso. El todo París en miniatura encántase en el desfile de los cuentos de Noel, en cuadros vivos. La orquesta regocija el espacio luminosamente brumoso, donde el fulgor níveo, azul, de las bombas eléctricas, confúndese á la reverberación lechosa del hielo. Pero la niña no quiere quedarse, sino llegar á su casa con su tesoro; ya le ha puesto á su muñeca un nombre: Cendrillón.

Sí, Cendrillón. Pero no la Cendrillón llorosa, frente al fuego extinguido, cubierta de andrajos; sino la vestida de sol en la noche, la mimada y elegida por el príncipe, la digna de ternura porque ha sufrido. Y la niña besa el áureo pelo de su Cendrillón ya querida; deseando estar en el estrecho ambiente del coche, para darle calor más íntimo. El padre la deja un instante, y vuelve con el cupé. Para los ojos hechos en el Palacio al fulgor de las bombas eléctricas, la luz acerada de la tarde es una sorpresa entre los plátanos escuetos. Y la niña, al ver el día que dejó radiante al entrar, extinguese al salir, no comprendiendo que el sol se vaya, estando ella tan alegre, pregunta: «Papá, cuando el sol se cansa, ¿duerme?» — «Sí, hija mia», le res-

ponde el padre sonriendo, «para soñar en darte un nuevo día más hermoso.»

***

¿Por qué Marta, en su estado de dolor, se empeña en abandonar á Buenos Aires por su quinta de Flores? Es aquella misma niña á quien un día conocimos en París, y que, vestida de duelo por la muerte de su padre, tiene treinta años, y varias existencias de amargura. Vive separada de su marido, el cual la traicionó con su mejor amiga. Su pobre sér delicado y enfermizo, puro y vibrante, hubiera soportado todo de aquel hombre á quien amaba, menos el cinismo en la injuria. Le quedaba un refugio, su hijo; y hela ahí con su hijo casi moribundo, marchando á encerrarse en su vieja posesión. En esa casa nació ella y murió su madre, que no conoció; y allí su padre empezó á rodearla de todos los mimos que lo convirtieron en el gran cariño de su vida. Los años habían pasado con los viajes, sin volver á Flores, y de pronto se alzó en su espíritu la imagen de la casa, como si el espectro de su infancia, dejado entre los árboles, fuese á salvar á su hijo.

La tarde en que llega es de una rara hermosura, con una placidez de antigua diosa, que sueña con sus reinos maravillosos, al pasar por la tierra. El aire, envolviendo los objetos, es un soplo tibio, toca los rostros, llega á las nubes, y casi sonríe al acariciar con voluptuosidad ligera. En las proximidades de la quinta, los jardines han cambiado. Libres de sus antiguos cercos, aparecen, entre verjas, parques dameros con sus figuras de césped, y los molinos se yerguen, girando alegremente como colegiales en recreo. Marta sufre una impresión penosa al no reconocer las antiguas calles. Felizmente, divisa pronto el cerco de ligustros, trenzado con alambres, y cubierto, como siempre, de grandes moscas negras zum-

bantes como abejas. Ah! sí, detrás sonríe el espectro de su niñez, embalsamado por rosales y jazmines, á la sombra de los paraísos.

El corazón le palpita, al pasar el portón de madera, en donde se enrosca una cadena. Varias mocetonas salen á su encuentro en torno á una vieja italiana; vienen ruidosamente, y al encontrarse con aquella elegante señora, detiénense contrariadas, retroceden casi con timidez vergonzosa. Ella sonríe á las compañeras de su infancia; les estrecha la mano, y la vieja italiana, encontrando el espíritu de su raza: «Oh!—dice con aspavientos—cómo ha embellecido la niña.» Marta, entonces, se dirige á los chicuelos, quienes se ocultan entre las piernas de las madres; pero sale del coche una voz que la distrae y pregunta, en francés, si debe despertar á la criatura. Marta responde que no, y manda se le baje con cuidado. La criada así lo hace; y las mujeres, sin entender, se abren á su paso, con respeto temeroso, viendo pasar á aquel pequeño ser, envuelto en el misterio de las palabras, como si fuera de una naturaleza superior. La madre, con el corazón oprimido, le sigue; y al poner el pie en la escalinata del chalet, al sentir en su rostro las guías de los jazmines, que caen del techo de cinc, se pregunta cómo ha osado venir, á qué envenar más sus dolores y acrecer más sus angustias. El niño ha pasado y se oye un ruido. Arrastrándose como una foca lamentable, se acerca un perro. Ella se detiene, inclínase, le toca el cuello, lo acaricia; el viejo animal abre sus ojos, en que parecen pesar el sueño, el tiempo y el aburrimiento. Marta exclama: «¡Leal! qué nombre bien puesto, mi buen Leal...» ¿Es ilusión de su mano? Cree que su voz lo ha estremecido. ¿Es ilusión de sus ojos? Cree que Leal, juntando todo lo que le resta de vida, con un esfuerzo desesperado mueve penosamente la cola; no puede afirmarlo, porque la mirada se le obscurece con lágrimas.

Deja después al niño en el lecho, y sale al jardín. No es

posible que una sensación muy natural de pena destruya la ilusión de su esperanza. Imposible que estos árboles, tan cerca de su corazón, no den á su hijo la robustez de su savia. Está precisamente ante una enorme araucaria, plantada en los días de su nacimiento. Cada año añadía al tronco un piso más de verdura, y hoy se yergue cual una magnífica pagoda. La mujer y el árbol se han encontrado al fin, frente á frente, en el esplendor de su vida. Y Marta siente algo de dulce amistad en su sombra, y se pone á soñar bajo su impalpable caricia, y los pájaros, saltando entre las grandes hojas, le dicen que el enfermo va á curarse. Después ve que el techo de la glorieta, podrido por las lluvias, se ha derrumbado; pero la red de su enredadera, que antes subía á hermosearla con un manto, hoy se tiende piadosamente cubriendo su miseria. ¡Sí! todo es afecto en aquella vieja casa de sus padres. Un ajetreo metálico, la saca de sus ideas: y el cencerro avanza, y su pobre corazón late; y se dice que es el cencerro de don Justo, el de siempre, un poco más bronco, Y sin embargo, los cencerros no lloran, luego no viven, y no puede enronquecerlos el sufrimiento!

Llega al cerco y atisba. Una vaca, á tardo paso, avanza, relamiéndose de vez en cuando el hocico, con la lengua húmeda y rosada. No es el viejo vaquero, ya sin duda dormido en el cementerio que domina al Bañado, con sus grandes eucaliptos; ni es la Carmela, con la mancha en triángulo sobre la frente, y un cuerno roto... Pero Marta hace detener al hombre. «Mi hijo se muere—grita;—la leche de vuestra vaca va á salvarle. Pronto, pronto, ordeñad.» El hombre, perplejo, ordeña, y el vibrante chorro suena en el cacharro, y Marta ve con placer cómo humea el bruto, derramando un olor de salud, cual vaho de heno caliente. Y dejando más perplejo al vasco, corre con la leche, la vierte en un vaso, se precipita y despierta al que duerme, quien frotándose con ella como un animalito, la abraza con un

afecto casi pegajoso. Viene de un lejano país desagradable, donde se vive abandonado, y no queriendo retornar, se refugia en el seno salvador. Marta lo comprende así, y le dice palabras cariñosas, llenas de dulce gracia, en donde el acento de la esperanza se transforma en realidad, vistiéndose de ternura. El niño toma al fin la leche, y pesando en las faldas de la madre, vuelve á cerrar los ojos, acariciado por su perpetua soñolencia. Aquélla mira el vaso vacío y no se explica ahora, ni por qué su contento, ni por qué su esperanza.

Contempla insensiblemente la quinta á través de los vidrios. Extática, casi rígida, ve altos pinos y ligustros, haciendo una sombra espesa, y el sol que, al morir, riela en el leve temblor de las hojas, como sobre láminas palpitantes de agua, fíltrase abajo en lo que es casi una gruta y enciende una flor sangrienta sobre verdes malvas translúcidas. Y por su mente, al volver los ojos y posarlos sobre una cómoda, cruza una idea. No está allí Cendrillón! La pobre Cendrillón, olvidada con ingratitud por ella, y que hace veinte años espera el sol! Cendrillón, con su cabeza de oro, contrastando con sus ojos negros: Cendrillón, la iluminadora del momento más feliz de su vida! Ah! ¿por qué no dársela á su hijo como una novia ideal de la niñez, hada propicia, forma de la salud? Y abre el cajón y la encuentra. En su traje, los colores no han muerto, conservados en la sombra, para salirle al encuentro y vestirle de ilusión la amarga hora que vive. La pone junto al enfermo, pensando en su júbilo al despertar y encontrarse con la amiga que vino desde la ciudad donde él naciera. ¿Por qué Marta palidece? ¿Por qué se restriega los ojos tratando de ver mejor? ¿Por qué se siente estremecida con el último rayo de sol que alumbra al niño y envuelve la muñeca? Cendrillón cubierta de canas, la observa, extraña, fantástica, terrible; ella no se pregunta qué es aquello, ni cómo pudo ser; comprende que en el mejor minuto de su existencia

le dieron un dón funesto. Adivina que la novia que quiso ofrecer á su hijo, es un símbolo sobrenatural del dolor, el cual viene á llevársele sin enseñarle nada de la vida; y en el sueño de la criatura, ve sin esperanza el primer beso de la muerte. Anonadada, contempla la sombra profunda bajo los árboles, en donde ya el rojo de la malva se ha extinguido. Ah! el sol no duerme para soñar un nuevo día más hermoso, como le dijo, ocultando quizás sus angustias, en aquella tarde su buen padre, no. Ella bien lo sabe; va á iluminar, en el otro hemisferio, nuevos dolores concebidos en la sombra; pero ignora que al bañar á Nuremberg, entrará sonriente en un tugurio, donde vive una pareja que feliz se abraza, sin acordarse de sus antiguos moradores, fabricantes de muñecas.

AGUA FUERTE

En el oriente, el horizonte convierte su claror difuso en intensidad penetrante. Su luz empieza á ser caricia; impregna las cosas con un flúido que las anima y con un cincel que las esculpe. Es el crepúsculo del alba y se confunde en este momento con el de la tarde. El invierno, con su tristeza, los aproxima más, dándoles igual apariencia. Del uno brota la fulguración triunfal del día, del ótro su muerte completa en la sombra. En la tarde, la luz huyente, en adiós de moribundo, tiene un soplo febril y vibrante, concentración de la vida, que se junta toda para aniquilarse. En el alba, la luz tiene el estremecimiento del cerebro creador, que irradia en el silencio del pensamiento, con la concepción llena de angustia, hasta el instante de brillar esplendorosa y neta. Á esta primera hora, en este primer momento, ambas impresiones se compenetran, en un crepúsculo que no las define.

Poco á poco, el tambaleante claror avanza y reina. Llega mortecino, aunque en realidad nace. Al tocar una montaña, un árbol, una casa, se despierta, el choque lo anima y el empeño por dibujar lo revive. Así, por un quimérico engaño, parece que no es la luz la que hace el día. El alba independiente baña las cosas en que ayer ella murió y las transforma en su cuna. Cada árbol es un sepulcro que ilumina su propia resurrección... Después, se sensibiliza; tiene un tacto extrañamente espectral; enseñoréase de los

valles, y con expresión inquietante, hiedra quimérica del aire, encuentra en todo objeto su misteriosa savia.

En ese oriente en que el fulgor, para olvidarse de su propia frialdad, es violento; Venus, único luminar, vela resplandeciendo aún: lágrima maravillosa de rocío, transfigurada en plata eléctrica. Sobre la penetrante acuidad. se lá ve en la marcha del tren, á través de las ramas de los árboles. Abanicos de leves fibras destacadas hasta en sus películas ligeras, penachos erguidos, caireles cadentes de arañas fantásticas, pasean al astro por entre una confusión de redes, que, con el estremecimiento del camino. lo hacen temblar para nuestros ojos, alargando sus contornos. El bosque concluye, y sereno, brilla inmóvil, como si deseando vernos pasar se elevara sobre los montes. En el paisaje opuesto, ya toda sombra vacila, huyendo del alba que la invade. El lucero va desapareciendo á medida que en esas lejanas pendientes se dibujan más vivos los árboles. Vemos que es luz evaporándose en la luz y, rey del cielo, disuélvese en la pureza de su propia gloria, sin entrar en la sombra. Su muerte es la sutilización de su cuerpo, convertido en alma, hasta ser transparencia inefable y fundirse en el brillo de la aurora. Los árboles, en las montañas, por verlo, se acentúan haciendo un esfuerzo; y parece darle más vida la oración que levantan, aspirando en su nacer á ese ideal astro que expira. Quizás en toda la creación va á quedar su recuerdo oculto; por eso, en pleno triunfo del día, murmuran las hojas al hombre cosas sin sentido en que irradia la luz del planeta invisible. Éste lo sabe, y en la tarde vuelve á fulgurar, y preside la agonia de las ramas, y dice á los nidos que no tiemblen de horror, pues en su culto se encierra la promesa de la aurora. ¡Reloj que cuentas, cintilando, las palpitaciones del corazón desvelado, astro que ligas á los seres con las flores y las aves, y las aves y las flores con el cielo, derrama sobre el mundo tu bondadosa influencia, vuelve al pecho

sufriente la alegría, y haz bendito el amor por tu lumbre y no infierno sin esperanza!...

Cuando del todo muere, los montes de occidente se marcan, con las bases sombrías, y en las cumbres con un sudario gríseo, después blanco, más tarde platíneo, por último deslumbrante de nieve. En la planicie, los árboles proyectan una visión, que la sombra ha forjado con su aliento de hielo y que el día torna en realidad. Los espectros negros de hace un instante, aparecen envueltos en filigranas de cristal, y el sol, que puntea tras un celaje violeta y oro, les presta aquí y allá, con sus destellos, fantásticos frutos y quiméricas flores, de oro y violeta. Por entre ellos, el tren, arrastrándonos lejos del sepulcro de Venus, continúa volando, imagen de lo fugitivo en la tierra, como el agua que corre, la nube que pasa, y el inquieto espíritu que todo lo refleja!

LIBÉLULA

Tentada por una flor, la mariposa se enamoró de la vida. Olvidó á sus hermanas, y en su propio espíritu halló una fuente con reflejos ideales de cosas imposibles. Pero esas cosas estaban tan cerca, que daban sombra á sus alas; lo malo era que huían, más rápidas que sus alas en el aire, al ensayar un vuelo. La mariposa dijo: «No importa, así es la vida»; y el perfume de la flor seguía inspirándole las imágenes de su fuente quimérica.

En otra tarde vió la flor marchitarse. Sufrió mucho la pobre mariposa; después se dijo: «¡El dolor! eso es también la vida.»

Al día siguiente miró un botón abriéndose en el mismo tallo y comprendió lo tonto de superar el tallo que ya no recordaba la antigua rosa, y se acercó á la nueva, ambicionando sus perfumes. Después acabó por adorar todas las flores. El jardín fué su reino y creyó que el firmamento brillaba también como un jardín cubriendo el mundo. Las nubes aproximábanse al horizonte, para revelar encendidas sus floraciones fantásticas. Pero flores y nubes eran efímeras. La pobre libélula, ebria de ambición, soñó con crear rosas, jazmines, violetas, con lo que á las verdaderas les faltaba, algo que les diese la inmortalidad.

Ante lo inútil del deseo de su inmenso amor, una pena abrumante quitó á sus alas la gracia gentil en los giros del vuelo. El sueño no tocó más sus párpados, como en otro tiempo: traído en el último estremecimiento de la tarde,

el alma del sol se lo dejaba como un consuelo en su ausencia. Pernoctaba por entonces en un macizo de lirios. Elegíalos con nívea recámara y nervios de oro, porque al amanecer encontraba allí dos gotas de rocío. Bebíase una, para dar la bienvenida á la luz, y la otra para volar alegremente. Y desde esos cálices, donde ya le era difícil dormir, vió una estrella, y diez, y un millón, que convertían el firmamento en jardín de flores maravillosas. Su sueño no había sido una ilusión irrealizable; el prodigio de la bóveda se lo mostraba, misterioso y magnífico. La sombra no era la muerte; el sol brillaba en los parques de la tierra; pero al irse, el otro jardín resplandecía precisamente por sus flores, que palpitantes como sus alas, eran sin duda inmortales.

Miró con desesperación los lirios y las vecinas rosas: ella no podía transformarlos, pobre y miserable criatura que era. Creyó percibir en los perfumes mezclados, y en la brisa vagabunda entre las hojas, un tímido reproche. Mas, de pronto, quedóse helada. Un lirio colosal, como un mirasol blanco, quizás un jardín con telas de ideales arañas, en que se enredaban vapores de alabastro, lleno de flores de nieve, surgió de entre los árboles, y ascendió á los cielos. Las estrellas palidecieron de emoción, como rostros á quienes sorprende el rostro no esperado de la bien amada. La mariposa, en su fuente ideal, sintió el reproche de los perfumes, haciéndose tristeza de su sér. Oh! sí, aquel astro se elevaba cargado de lirios de la tierra, para sembrar con ellos el firmamento. Transfigurándolos, iba á darles con la palpitación de sus alas, vida inmortal. La tristeza de la mariposa se convirtió en el aliento de la muerte... Abajo, el macizo resplandecía con blancuras que se prestaban sus espíritus, tejiendo sudarios visibles, pero impalpables. El perfume de las rosas atraía los ojos para obligar á ver la palidez de los lirios; y los rayos de la luna iban de flor á flor, y reflejábanse en los matices, para mo-

rir perfumados. La mariposa sintióse desfallecer; su espíritu era más leve que un leve y frágil vaso de amor, lleno de angustias exacerbadas. Los lirios aquellos la despreciaban ya, y ese dolor era suficiente: quería extinguirse antes de que, por el otro lado, se alzase una luna purpúrea, siguiendo á la blanca, con un cargamento de rosas. Abrió bien los ojos; y en un cáliz en donde los rayos níveos reverberaban casi, bebió el zumo, con la esperanza de que la melancolía horrible de la luz lo hubiera tornado en veneno. Al siguiente día, la pobre soñadora tuvo una oración fúnebre impensada. Un poeta alzó el cadáver, y antes de tirarlo á las hormigas, exclamó, después de echarle una de esas miradas que unen por un instante á las bestias y los hombres:

—Las cosas de la naturaleza; ¿á qué dar alas á un gusano?

EL CARILLÓN Y EL POETA

Allá por el año de 1576, en la muy noble ciudad de Gante, la población, alborozada, congrégase en iglesias, calles y plazas. La guardia española, vencida en la ciudadela, se retira sin armas, después de brava lucha, y Gante, libre, celebra con festejos públicos la *Pacificación*, proclamada días atrás, entre el cañón del combate y el júbilo de las campanas. Raro fué sin duda el acorde de esos tumultos, llenos de contradictorios gritos: en el salón del trono del Hôtel de Ville, se firmaban los artículos; y en el fuerte de la puerta de Amberes enardecíase la lucha. Los tercios españoles podían pelear allí, evocando la sombra del Emperador, que alzó la fortaleza; y los soldados de Flandes, bajo la silueta del *beffroy*, símbolo de sus deberes por el amor de sus derechos. Después, los alegres sones de los campanarios dijeron la decisión del Congreso, y con rugidos de ira, cañonazos, ayes, voces de mando, fundiéronse en una algarabía, rebosante de los cuidados de los hombres y dispersada por el viento con más presteza que las nubes.

Hoy, la angustiosa expectativa y el duelo que arroja sobre la ciudad condal todo el país, cúbrese de un manto de gozo nacido en la esperanza. En la plaza de San Bavón los capitanes de los cofrades de San Jorge se reúnen. Están con sus trajes de gala, y tienen sobre el pecho la placa del dragón en centro de oro, entre los brillantes de una cinta purpúrea que exorna una estrella. Poseen en el combate el privilegio de marchar al frente de las huestes;

blandiendo el terrible *goedendag*, pica y maza, terror de las caballerías; y en la paz organizan los concursos de tiro.

Con un gran torneo empiezan los espectáculos. Ya están también allí los contendores de la cofradía de San Sebastián; lucen en torno del cuello un collar de leones que alzan arcabuces, y que, engarzándose mutuamente, terminan en un broche de oro: corona y cruz, sobre un pájaro de esmalte.

Pero el dragón de San Jorge, brillando en todas partes, es un buen presagio de triunfo para los suyos. Ved la maza inmensa del *beffroy*, cubriendo el carillón con sus oblicuas celosías; pasad el octógono con sus cristales sombríos, que al parecer dejan translucir una tormenta que encerrara la mole; y aun la torre diminuta, erizada de hachones de piedra mística, y en la cumbre de la flecha encontraréis el monstruo, en diálogo con las nubes y los vientos. Corred los ojos, y sobre el amarillento cuadrado de San Bavón, dominando sus conos terminales, le veréis reproducido, queriendo detener esas nubes que le manda el compañero de altura en el dominio del vértigo.

La copa cincelada por Juan de Wees tiene un bajo relieve con la historia de un tocador de zampoña. Un tigre se lanza contra la reina en su trono; un caballero no puede detenerlo; el músico hace sonar su melodía; la fiera la cree voz de la dama, y, mansa, se acerca al ruedo de su vestidura. Maravilla del orfebre, los tiradores piensan ya á quién ofrecer el premio, si lo conquistan, pues con él consagrarán á una mujer, reina de la Corte de Amor.

La lucha va á ser muy breve. Un grupo de damas acude y se les da el primer puesto. Sobre las líneas de la torre de San Bavón, que si se las ve desde la plaza, constituyen un triángulo, hay tres halcones. Los escuderos de los señores tienden á cada contendora arcos y flechas, y ningún halcón es tocado. Las aves no están quietas. El viento les riza las plumas. Las nubes pasan sin cesar, distra-

yendo los ojos, y el tiro se hace más incierto. De pronto, el público contiene el aliento; el primero y segundo halcón han caído: de pie, abajo, esbelta en su traje azul recamado de oro, con los pechos oprimidos por el largo talle artificial, con la cabellera rubia hecha de hebras de sol y ámbar, fría como una Diana imperiosa, los ojos azules clavados en la altura, está la hija del conde de Hainaut. En el palco donde preside al Tribunal el decano de los concursos, alguien exclama: «Sólo la infanta Isabel fué en Bruselas tan diestra, aunque no tan bella»; y es, en efecto, maravillosamente hermosa la mujer. Para la última prueba, la más difícil, por el sesgo al buscar la dirección, espera impasible espiando el ave. La nerviosidad del bullicioso pueblo flamenco, contenida, se convierte casi en malestar; de manera que su dama de honor, sin poderse reprimir, le dice: «¿Qué esperáis, señora?» — «Á que acaben de pasar las nubes» — responde. Varias son impelidas por el viento, hasta que el azul intacto brilla ante los azules ojos de la dama, y el halcón, moviéndose sobre el fondo fijo, cae al golpe de la flecha, engendrada, al parecer, por la conjunción de ambos esplendores. Las aclamaciones estallan; el decano se quita el sombrero y reúne á los jueces; todos declaran que la condesa merece el premio, pero que su habilidad puede ser igualada. Entonces, un heraldo invita á los caballeros y á los miembros de las cofradías á seguir el torneo; y cofrades y caballeros responden: «Dad, en nombre de San Jorge, la copa á la condesa.»

La comitiva vase en marcha al castillo de los condes de Flandes: la dama premiada es naturalmente la reina de la Corte de Amor, y se dirige al *Mercado del Viernes*. El castillo se mira en los fosos profundos llenos de agua, que tantas veces ha enrojecido la sangre, dando así el mejor espejo á la obscura muralla. Pero á esta hora las tapicerías descienden de sus almenas como pabellones del júbilo. Las almenas desvíanse en su línea formando á cada metro, un

círculo, para encerrar la plataforma de una barbacana, semejante á una como imperfecta concha marina, que resultara un carro de guerra. Y en cada una de ellas, hay enhiesto un estandarte, y son cual un transporte multiplicado de la piedra, que se apiña en escuadrón del gran macizo central, donde el León de Flandes brilla en el escudo. Allí, en la altiva cumbre, se encuentra, como en su trono, el flavo traído desde Tierra Santa, arrebatado á las armas de un Goliat sarraceno, por Balduino el Valeroso, nuevo David de occidente. Las salvas de los cañones saludan á las cofradías, y el Conde encabeza la procesión, camino de la gran plaza.

En ella, la animación es un hervor humano. La gente se amontona entre los triángulos en caballete, cúspides del paralelogramo puesto de punta, que es la fachada de las construcciones. Las ventanas rebosan también y principalmente muestran mujeres y niños. El sol declinante da de lleno sobre una de las líneas de casas, y los frentes brillan con resplandor rojo de borra de vino que arde. Y coronándolos surgen los triángulos, cual hechos en sus aristas, de lenguas llameantes, transformadas, al temblar, en amarillentas de azufre. En el fondo de la plaza, Charder ha construído un arco de triunfo. Allí esperan los caballeros al Conde de Flandes. Una gradería roja lleva al gran estrado, donde está su trono y el de la reina de la Corte de Amor. Los arcos negros, sobre las columnas blancas, imitan los monumentos de San Bavón en sus combinaciones marmóreas. Pero en el coro son funerales, y aquí expresan, ó debieran expresar, júbilo y esperanza. Charder se ha dicho: «La libertad nace, como la resurrección, de la muerte.» Y el arco negro y blanco, que recuerda túmulos de gloriosos obispos, y los rojos de las tapicerías, incendiados al sol como las hogueras del Duque de Alba, van á estremecerse y á ser extinguidos, dejando brotar la nueva luz de concordia y tolerancia.

Sobre la mayor altura, estatuas de mármol parecen contentas de respirar el aire y bañarse en el fulgor que las abrillanta. Conducidas en triunfo por amigos de los escultores, arrancadas al fondo de talleres como de entre hierros, simbolizan virtudes que se acrecientan en el alma, entre el rumor de los martirizantes grillos.

Bajo sus plintos se incrustan escudos, y entre ellos surgen grandes ánforas con plantas llenas de flores. Gante, célebre por sus guerras, es también la ciudad de los invernáculos. Los hombres tienen rudo y turbulento carácter, pero se dedican con amor al apacible cultivo. Así, dentro de obscura prisión, hacen pensar las flores en el sol que no se ve, aunque ilumine el mundo; y en las casas, cerradas por las conspiraciones, se abren como sonrisas para iluminar la tristeza de los hogares. Cubren después los sepulcros de los muertos en las contiendas; y lejos de la alegría, semejan ya nacer con una gracia trágica. Hoy, en un momento de esperanza, como estrellas en profusión, seducen con sus brillos y animan el cuadro de los festejos.

Vense también retratos de famosos caballeros. Resplandece Juan Borbunt, que mandó en Courtray las tropas de la ciudad, y arrebató con propia mano más de una de las espuelas doradas del enemigo. Á su lado están, más modernos, los condes de Egmont y de Hornes, supliciados en Bruselas; y después, en falange, los antiguos señores de Gante, en torno del escudo de campo azafranado en que se yergue el león negro de las Cruzadas.

El público se arremolina en redor del arco y de un *beffroy* de artificio que reproduce el real. Los grandes sombreros chatos se mezclan á las cofias de las mujeres, y á las damas encaminándose á los lugares reservados, con su alto embudo que deja escapar sobre los hombros, lo mismo que sus encajes en cauda, el cabello distribuído en guedejas. Caballeros con purpúreos mantos, guardia de honor de la

tribuna, montan caballos blancos. Á la izquierda se tienden los yelmos de combate, formando con las armaduras una sombra acerada y bruñida, al enfrentar las púrpuras ardientes. Y el sol, brillante en ellas, parece decir al bosque de armas de fulgor extinguido con duro ceño, que para esplender sobre aquella sangre del color glorificado, es preciso salir antes de las sombras del cautiverio.

Llegan los caballeros al frente de la comitiva, que dirigen los cofrades de San Sebastián y San Jorge. La turba saluda á los más populares y queridos. Las capas cubren las ancas de los briosos corceles; y colas y crines, pulverizadas con colores, armonizan con los matices de los trajes. Los síndicos de los Oficios, sobre la severidad de sus negras hopalandas, ostentan el sombrero de alas enormes, inmortalizado por Rembrandt, y una sobrepelliz blanca de encajes de Malinas. Los caballos, también con negros mantos, van luciendo las espumas de los caprichosos bordados. Especies de lictores, á pie, con túnicas gualdas, llevan hachas resucitando una Roma, lejos del sol latino. Sus maceros, con los cetros erguidos, salpicado el traje de leones negros, rodean al Conde de Flandes, quien adelanta con el sombrero rojo cardenalicio, de gran Toisón de Borgoña. Al llegar á la zona del sol, resplandece como un ascua de oro, desde las espuelas al cabello, mezclando la púrpura al fulgor, que también envuelve el corcel, de cola y crin doradas. El pueblo le aclama. Una vieja, en un rincón, con su papalina blanca y sus anteojos, lucha con dos perros que, peleando entre sus piernas, no la dejan ver, y un muchacho Brueghel, que mosquetea entre el pueblo, pierde el espectáculo del cortejo, por sacar, con rapidez, el croquis de esa escena sobre una rodilla. En las ventanas, los pañuelos semejan alas palpitantes de palomas; cesan los vítores, y el Conde ocupa el trono al lado de la Reina. En tanto que los trovadores se aprestan, como no puede todo el pueblo acer-

carse á la Corte, los charlatanes echan humorísticos discursos de pie sobre toneles. Los juglares divierten otros grupos con difíciles juegos, y al són de flautas y tamboriles, hay parejas que empiezan la danza.

La tribuna, con la Corte de Amor, esplende. La hermosa Condesa no ha querido fijar un tema, y cada trovador cantará según la inspiración de la hora. Un ejemplar del célebre tulipán de Von Baerle, será la flor natural, premio del poema. Entre las rosas florecientes en enormes abanicos y una guardia de otros tulipanes, el tulipán ambicionado se alza obscuro, y es sobre la hermosura de la Reina, cual una mariposa de duelo. Sin embargo, hará latir de alegría el corazón del poeta que alcance ese raro símbolo de gloria. Y la joven mujer, la Diana flamenca, conocida como estatua de hielo, por amar su libertad con salvajismo, hace la seña del ritual, con esas sus manos, que acarician, al parecer, un arco de caza invisible. Los trovadores están vibrantes; y más de un caballero viene á empuñar el laúd, dejando la espada. La tarde avanza ya; y al hermoso día añaden las estrofas y las flores, el prestigio de sus voces y matices, impregnándose de la gracia, de todo lo que es bello y muere soñando.

El torneo va á concluir: sólo falta el último trovador, que es gentilhombre. Su brazo que sostiene el laúd está vendado. Al pulsarlo, hace un visible esfuerzo para sonreir; se ve cómo sufre de la herida conquistada en el asalto del fuerte; y la dulzura del són no calma el dolor de los nervios, exasperados con el movimiento. La Condesa le conoce de tiempo atrás, y sin duda no ignora, que el recuerdo de su efigie inspiró las locuras de su heroísmo.

El caballero improvisa: «Un rey ha nacido, un emperador famoso. Viene al mundo en medio de una fiesta: quizás con el propósito de turbarla, acongojando á su madre. Las violas y flautas, á la distancia, se mezclan al vagido de su primer lloro; y naciendo entre dulces sones, será impla-

cable guerrero, y acabará en Yuste, oyendo vivo el *réquiem*, fraile imperial, que consagra al canto de la muerte... Y en San Bavón, la fuente, un mundo azul lleno del agua de vida, espera sobre sus ángeles, al niño. El agua del Jordán va á caer sobre la cabeza que ya mira el orbe, y el carillón, en lo alto, cerca del cielo, lanza sus aladas notas.

«Gime abajo la profunda grave campana, con todos los anhelos de los hombres, y de pronto, como una flecha que se clava y vibra y se rompe, el cristal de una nota aguda da en invisible blanco, y se deshace en cascada. Es la voz respondiendo á la esperanza. ¿Viene de lo infinito ignorado, ó de la nube blanca que cruza? ¿Es un eco del corazón jubiloso que canta real, ó un quimérico són del espíritu que sueña? El trovador no lo sabe, pero la voz retorna y esta vez despierta un enjambre de notas zumbantes como abejas divinas; y un ejército de arpegios escala los espacios y descubre el dulce reino por el cual ha suspirado. La bóveda azul se hace sonora, y los sonidos chocan contra ella y vuelven, trayendo en sus alas rotas, diafanidades del color ideal. Así vienen á morir en la tierra, como sudarios de espíritus angélicos, que por ellos flotan sin rozar el suelo, deshaciéndose en los aires. Las palomas que siembran el ámbito con sus purezas de nieves invioladas, las golondrinas que lo cruzan con la voz de las primaveras renacientes, se estremecen de júbilo en la armonía vibrante. El alma va y viene con pájaros y aves, y halla burdas sus alas, y por sobre su vuelo, con las ágiles notas, siente las pasiones de la tierra, los cuidados y las amarguras, la vida y la muerte, todo lo que encuentra en una campana la voz inmaterial expresadora de lo infinito del anhelo, tocando á la divinidad en milagrosa resurrección. Hasta los duelos más hondos se hacen notas, como un haz de oraciones que celeste fuerza convirtiera en nube de incienso, con perfume que es felicidad y con blancura que

es gloria. Y se antoja que el mismo arcángel que arrojó á Eva y Adán, con su espada de fuego, á las rutas del dolor, ha penetrado á la torre y recuerda con los arpegios de cristal, la limpidez de los primeros cielos espejeantes en las primeras aguas. Y evoca todo lo transparente y cristalino, como las criaturas, que aspirando una flor y comiendo un fruto, sienten á Dios en el espiritu por la perfecta comunión con su obra, que pueden mirar en su integral pureza, sin mancharla. Y ese canto del carillón, es el canto de la perfecta ventura, cuya red sonora une al cielo con la tierra, tejiendo la invisible escala de Jacob perdida... Mas, ¡ah, señora! volvamos al bautisterio: ya el niño imperial se llama Carlos; ya el agua ha caido sobre su frente, y por eso el carillón resuena. Y no es ángel quien hace estremecer su máquina prodigiosa; como no está el cielo azul, pues una tormenta vela los espacios. Y he aqui que el gran carillonero, por mirar el cortejo desde la altura, levanta las defensas. Y el instrumento estalla en más vibrantes cantos; y el trueno retumba envolviendo en el fragor las notas; y las nubes se disuelven á torrentes entre el zig-zag de los relámpagos. Y la más alta campana, aquella que parece de fuego, por la exaltación de su gloria, la que transformó más ideas para lanzarlas con celeste ardor, recibe lluvia fría y se quiebra y muere, porque perder su voz es entregar su alma... El trovador combatiente en la esperanza del momento puede hoy, señora, levantar su canto. Olvida los dolores de su brazo, y el júbilo de su hueste triunfante, para lanzar, como el carillón, que se olvidaba de Carlos, un himno de adoración al cielo. Que no caiga de ese cielo sobre su alma una palabra terrible como la muerte; que, más feliz que el noble metal sonoro, en vez de la lluvia helada, encuentre el rayo de sol que da á la nota el rumbo del firmamento.»

Un aplauso resonante cubrió los últimos versos. La joven Condesa, impasible, cogió el tulipán negro en sus manos, y

el silencio se hizo profundo. El trovador gentilhombre contempló aquella efigie de mariposa enlutada, con todos los colores del iris, llegar hasta su laúd. Y repentinamente, con frío, vió cómo alejándose recobraba su negrura, al volver al pecho de la joven. Ésta, ante su turbación, sonriente por la primera vez, le tendió el premio que la consagrara reina. El caballero, ignorando si era para él, lo tomó casi con tristeza; mas el buen pueblo flamenco prorrumpió alegremente en este grito: «Recíbela; la copa de Juan Wees tiene á un tigre domado por el canto!»

LA MOMIA

El sol se despide besando las caras de las pirámides. Sobre la arena del desierto levántanse los monumentos que, creados por la vida, condensan inmortalmente su fugitividad, al ser un himno de piedra á la muerte. El oasis, allá lejos, dibújase con el bosque de palmeras, cuyas raíces se hunden en las enterradas ruinas de Menfis. El cielo, serenamente azul, cubre con igual esplendidez la desolación arenosa y la fertilidad cautivante, inclinándose sobre el Nilo, que tiende á la distancia su sonrisa de gloria.

El sol agoniza y la amarillenta faz de las pirámides se empenacha de un resplandor de oro. Después se envuelven todas en la misma luz, destinada á extinguirse con pavor en la sombra, que ha muerto en el mundo más ruidos, creciendo inmensa al ser, con su silencio, sudario de antiguas civilizaciones. Por la abertura del plafón de un sepulcro, baja también el último fulgor de la tarde, que se filtra feliz en el vago misterio, y los ojos esmaltados de un dios resplandecen en la penumbra, con una postrer expresión religiosa. Así, el sol de nuestro tiempo revive como hace treinta siglos, y su brillo juvenil, al expirar, evoca su vejez, y ella al parecer lo mata. En tanto, ante nosotros se abre un abismo.

Cavado en la arena y en la tierra, hundiéndose en profundidad que da vértigos, nos atrae, y en el fondo yace una princesa, cubierta por sarcófago que reproduce su cuerpo esculpido. Como á Sat-Hathor, á Merit, á Neb-

heteplykrot, jóvenes y bellas, sus joyas la acompañan en su petrificado sueño. Pendientes de cornalina, pectorales de lotos, lirios y turquesas, collares de antílopes con cartuchos de un rey quizás amado, jeroglíficos votivos de materias labradas, ponen en la sombra con sus juegos de luces y dan á la hierática rigidez, con sus pintorescos contornos, un soplo de gracia evocadora de la vida. Un beduino, descendiendo como un gato que estuviera allí en su propio hogar, barre la arena acumulada por el viento sobre el túmulo.

El granito gris pizarra, al recibir la luz ya expirante, luce destacados los rasgos de una mujer, imagen que lucha por conservar el *doble*. Sí! ¿Por qué no creer, como un buen egipcio, que la partícula aún existente del espíritu no abandona el cuerpo, juvenil por su vida y secular por su muerte? (Hace treinta siglos que murió á los treinta años!) ¿Y por qué no creer que hasta le alumbra con su lumínea substancia y le acaricia con sus alas de pájaro? Hermes la defendió, en la tiniebla, contra el asalto de los malévolos espíritus, para alejarla de la tenebrosa ribera y fundirla feliz en la luz increada. Pero ella adoraba la hermosura de su cuerpo, y dejó morir las artes del enviado de Osiris, con tal de revivir en la plenitud de su esplendor la antigua forma en donde era su alma como la lámpara de un templo. Su *doble*, desde entonces, con la esperanza mágica, entrevista en los ensueños de la isla de File, está allí velando y espera el prodigio, y hoy nos penetra con su misterio, y nos obsede con su presencia invisible. Los ejércitos del Faraón no pasan, vivientes sólo en los muros historiados de los templos; no hacen los esclavos sonar los himnos de las arpas; los aromas se han evaporado para siempre en los trípodes; los ibis no tienden más su vuelo en un espacio que desconoce lo sagrado de sus alas. Pero ella, la momia de carne y hueso, vendada por el lino inmortal que casi la ha convertido en estatua, aún espera la resurrec-

ción, y duerme silenciosa. La noche reina ya en el antro, y los ojos adivinan en el cielo á la luna. Isis, la luz creadora, que poseía el júbilo triunfal del sol, debió tener su misteriosa tristeza. Debió, reflejada por el hombre, ser dueña de la fuerza que engendra la flor, con la melancolía de no hacer de su aroma un aliento que inmortalice sus colores. Así la luna, esparciéndose afuera, y dando al foso una atmósfera casi azulada, parece tocar el velo de nuestra Isis ideal, resplandeciendo también divina.

La arena ha vuelto á cubrir el rostro de la escultura. Se le limpia, y el gris pizarra se transforma; alzamos los ojos y vemos que, surgente la luna por una alta arista del antro, avanza, y siembra el cielo, lago de turquesa profundamente crepuscular, con rielar ligero de aguas de oro. Los ídolos alzan sus cabezas de animales, ennobleciéndose en el ambiente donde la sombra se convierte en plegaria de luz melancólica, y en sus ojos hay un brillo de incienso azul que se evapora. Un tenue vapor vela á ratos el cielo, y el rostro de la princesa se ensombrece: después se aleja, y el granito se anima con esplendor misterioso.

La fisonomía atrae; es una flor de lumbre y se espera sorprender en ella, como reflejo, la sonrisa de un alma. Se persigue en su frente y en su toca, en sus labios y en todo su cuerpo, donde hay una fosforescente irradiación que sueña sobre él, y con sus sueños se enciende el perfume de los fantásticos lotos animados por la luna en el lago del espacio. Y al fulgir el astro plenamente en la altura, cuando el foso, lleno de su fantasmagórico influjo, parece concentrar su misterio, para ascender en adoración, el semblante cambia en expresión dolorosa su infinita dulcedumbre. Treinta siglos de tristeza, transformados en aliento abrumador, se escapan de su pétrea contextura.

«¿Por qué ese afán de revivir—pensamos,—venturosa durmiente, si tus palacios yacen bajo tierra; si tus ciuda-

des no existen; si tus templos tienen los colosos destruídos y las columnas degradadas; si el Nilo fecunda flores que la Europa se lleva y no adornan los patrios cuerpos distribuídos á los museos, pues las palmeras sólo arrojan sus siluetas sobre profanados sepulcros?» Ella, en su tristeza, nos responde: «Levantarme como encarnación de un mundo desvanecido, cubierta de todas mis joyas, animadas en mi cuerpo, con la gracia arcaica de las mujeres de mi tiempo; marchar sobre las ruinas de lo que conocí para ver la explosión de lo inusitado, y sin perder mis antiguos atributos, amar y hacerme amar, obligando á soñar á mis amantes con una maravillosa edad, y encontrando yo en sus realidades un verdadero sueño ¡qué admirable sensación! ¡qué extraordinaria forma de la vida!...» Y el espíritu que acaricia los miembros de la momia, condensando en esos pensamientos su última fuerza, se evapora, al fin, en la azul atmósfera, y deja sobre la sonrisa una sombra. Entonces se hiela su expresión, petrificándose; la escultura cae en una suprema muerte; bórrase para siempre la dulzura de sus ojos, clavados en la ruta del *doble* que se lleva la esperanza del renacimiento; y con dominante impulso, imprimimos nuestros labios en sus labios de piedra, fuentes de un hondo frío, que como un agudo puñal, atraviesa el alma!

EL INÚTIL SECRETO

Almanzor, rey de una vasta región del remoto Oriente, era fuerte y bello, sabio y magnánimo. La experiencia le había curtido, y el dolor de los dolores, le tenía triste para siempre. Ignoraban los vasallos de qué modo, en una expedición, conoció á la cautiva que lo convirtió en esclavo. No era realmente hermosa aquella mujer: frágil como una muñeca, tenía las vibraciones de un halcón de caza. Sus ojos, sin necesitar del antimonio para agrandarse, eran un abismo con gotas de luz verde. Y esos ojos variaban de expresión como el ópalo pequeño, como el mar inmenso. Sus labios rojos eran propicios al beso, como á los helechos las grutas húmedas. El pelo rubio, corto, de efebo, le hacía ondas sobre las sienes y en ellas dos serpientes de oro, inseparables, encontraban lecho, que era como su cuna, al propio tiempo que su aureola. La voluntad cambiante era un decreto perenne en su boca. El rey se preocupaba ante sus lágrimas sin causa, y no hubo un solo capricho de su fantasía que no cumpliera. Al mago Nekir se le desterró por dar un consejo que ella juzgó malo, y pudo considerarse feliz salvando la cabeza. Una tarde, en la fiesta de las flores, donde cada vasallo presentaba las suyas y el rey elegía entre ellas una reina para el año, la inquietante favorita dijo:

—Señor, yo también entro en concurso; tengo en los flancos mi flor: ¿la quieres para tu palacio?...

El rey, con emoción, declaró el caso á los jueces del torneo. Las vírgenes que llevaban las flores mantenedoras en las cabelleras, inclinaron los cuellos marmóreos en un saludo. Ellas lo deciden, concluyeron los jueces; y jueces, vasallos, vírgenes, mientras las flores caían en lluvia á los pies del trono, entonaron el himno de la triunfante flor humana.

El reino entero comentó el hecho en bosques y en plazas; en los ejercicios de la guerra y en las fiestas. El Rey anunció á la favorita: «Si me das un hijo heredero, dejarás de ser reina del harén, pues será suprimido.»

Con trajes de púrpura, bordados con las flores del torneo, y al són de trompetas que brillaban con las mismas flores esculpidas, los heraldos contaron á los cuatro vientos del reino, que había nacido un príncipe. «¡Cómo, ¿no es princesa, y es flor?»—preguntaban los niños. «Es un príncipe que parece mujer»—les respondían por disculpa; y sin saberlo, profetizaban. Lydio iba á ser princesa vestida de hombre, como su madre, á veces, era un príncipe vestido de mujer. Almanzor y la corte asistirían á la resurrección de la favorita en los rasgos masculinos del heredero.

Poco después de su nacimiento, celebróse la fiesta de los versos. Vinieron cantores de todas las provincias, y la favorita, ya reina única, con derecho á hablar, presidir y mandar: «Ea, dijo; cantad el amor que no da flores.» Y entre los poetas estaba Deimar, á quien ella amaba, y que la sedujo del todo con su perverso canto y su ruidoso triunfo.

Al día siguiente, no al són de las trompetas con flores esculpidas en oro, ni entre la voz de los heraldos escarlatas, comentaba el pueblo la huída del cantor y de la reina. Cuando fueron descubiertos en un bosque, el rey gritó: «No quiero verla. Matadles al instante.» Después llamó al chambelán, y con profundo desaliento, con horrible des-

pecho, salido en su voz desde el tétrico rostro, díjole al oído:

«Cuidad que no entierren juntos sus cadáveres.»

***

El príncipe Lydio creció á los ojos del rey, recordando á la favorita y poniendo un hierro ardiente en su llaga viva. No sólo eran los rasgos fisonómicos; ante palabras, gestos, gustos, exclamaba Almanzor: «Así debía de pensar y decir á los quince años.» Otras veces, creía que aquella mujer fué un niño transformado por la juventud, como esas flores que al sol dan su perfume venenoso. Y como sus divagaciones, aumentando su dolor, le tenían loco, decidió alejar el niño y salvarlo, y para eso llamó al mago Nekir.

«Oye—dijo en el salón, con bóveda de alabastro y columnas de jaspe, de las audiencias,—oye. Fuiste al destierro por causa de la que hoy es mi pena, pues me dijo que tú la amabas. Me arrepiento y pido perdón; vivirás aquí con honores y me ayudarás á salvar al príncipe. Quiero, y escúchalo bien, que estudie la ciencia de los astros, que están por sobre la miseria de los hombres, y que crezca, sabio y fuerte, sin conocer el misterio de la vida...» Calló y quedó como flotante la amargura de su acento, y había en la pausa de su silencio tal preocupación de obseso, que el mago se inclinó, exclamando con sagacidad: «Entiendo.» «No ha conocido—prosiguió Almanzor—sino á hombres en las ceremonias del palacio, y quiero que el suyo, cuya construcción dirigirás, pueda distraerlo con las cosas que él ama, para contentar su vida.» «Entiendo», volvió á exclamar el mago; y esta vez añadió con intraducible sonrisa: «Perfumes, colores, sonidos, ¿no es verdad?»

Al siguiente día, junto á la torre de Nekir, mil obreros empezaron á construir el palacio. Su parte principal era una inmensa *serre* de cristales, con todos los matices del iris, sobre columnas de jaspe, con frisos de extraordinarios mármoles, sueño del mago en un transporte de *madjound* y en un instante de inspiración por el inefable hechizo de la hierba. Ese sueño de la ebriedad paradisíaca, que hacía de la felicidad un color, de la salud un sonido, del júbilo un perfume, reduciendo aspiraciones morales y físicas, á una forma real, ó á una sensación etérea, se corporizaba en el palacio, donde cada cosa era verso de un poema plástico, sin extrahumanas inquietudes. Las habitaciones del príncipe daban á una extremidad de la *serre,* al lado de la torre donde empezó á descifrar los signos de las estrellas, y camino del palacio de su padre. Al rey le dejó de ver poco á poco, olvidado de la corte, bajo la bóveda de cristal, entre sus flores y sus fuentes, sus pájaros y sus pedrerías.

Y qué más pudiera apetecer! ¿No sentía con amor los colores? Allí, en acuarios de agua diamantina, en salas obscuras, como si realmente se viviera en el fondo del mar, nadaban las especies de las entrañas más ignotas del mundo. Todos los corales, el blanco como el negro, el rojo de fuego y el rosado de rosa que sueña, formaban fantásticos parques. Las madréporas como estrellas; las rocas inverosímiles, pintadas por los óxidos; las grutas misteriosas, para el misterio mismo de la profundidad, confundíanse animadas por las eléctricas centellas de los peces y por el estremecimiento del aire entrante, que agitaba las colonias vivas de los arbustos iridiscentes. Y entre el himno vagaroso de los nácares que convierten en perlas la sangre opalizada de sus heridas, y esa aspiración del arbusto á ser hombre, del pez á transfigurarse, por el brillo y por la electricidad en nube, en ese transporte de las formas y colores del fondo hacia el sol desconocido del

espacio, las medusas arrojaban, serenas, su claro de luna contenido, en transparentes gasas de alabastro.

De las profundidades, con el ensueño de la visión de esas cosas, salíase á otra vida más real, donde las virtudes de las piedras se armonizaban con las hermosuras de las aves. Todas las especies masculinas del Asia, y de Europa, y de África, en el concierto de sus iris de descripción inasequible, formaban fiestas de sol y de plumajes, en notas de arrebol, imagen de orquestas de colores. Y como los corales, peces, estrellas, madréporas, flotaban en torno de las medusas; así, faisanes, aves del paraíso y colibríes, en el triunfo de sus alas en esplendor, y de sus matices en cascadas de espumas, convergían hacia los pavones níveos. Eran éstos, sí, los soberanos, augustos con su blancura armiñal y sus cenizas de plata, bajo la diadema heráldica y con el cetro de su cola: abanico, arpa y manto, donde la brisa juega, el sol se convierte en luna, y la cabeza del ave proyecta su sombra ligera como un alma.

Algunos pájaros detenían su vuelo sobre elefantes de ébano, irguiéndose con gracia sobre largos colmillos de marfil; otros huían del brillo de sus ojos, que Lydio tanto amaba. Hechos con los más poderosos carbunclos, convertían los rayos de sol en vivo fuego, y transformábanse en los de la misma sombra, inspirando sueños amables, al ahuyentar las pesadillas que la noche engendra. El ave descubridora, según la crónica, de la hoja antídoto del veneno de las serpientes, lucía embalsamada, en vez de ojos, las mejores esmeraldas del reino. Símbolo de la sabiduría, no dejaba camino obscuro, y los espíritus hacían con su luz una sonda intensa. El ave tenía entre las patas una tercera esmeralda suelta, y el mago enseñaba á ponerla bajo la lengua, para dar á sus palabras sutiles alas, ó para hacerlas caer, según su esencia, más graves y pensativas.

Por todas partes, en macizos, en figuras caprichosas, en cascadas, en ánforas de lapislázuli, aquí con el desorden

de un inspirado tumulto, allí obedeciendo á la línea geométrica de un pensamiento fijo, surgían combinándose las más extrañas flores, con las piedras preciosas más cambiantes. Lydio veíalas cual la corte de la colección de sus ágatas, completa, sin excepción de ninguna, desde la cornalina unicolor al heliotropo con sus venas rojas en carne verde. Había también fuentes cubiertas de lotos, contentos de mecer la maravilla de sus cálices, exhalando un murmurio ensoñador. El príncipe, á la canción de las aguas, entregaba su alma, llena de vagas ideas, como las sugestiones sonantes en los hilos de cristal; y esclavos desnudos, simulando estatuas de broncíneos músculos, al pulverizar el aire con los perfumes más delicados, corporizaban casi la mente ideal de esos murmurios. Y bajo tapices de céspedes, oíanse invisibles instrumentos, y, colosal instrumento melodioso, vibraba la *serre* toda, teniendo por cuerdas las flores y las fuentes, las aves y los cristales. Nekir, en tanto, guardaba en el fondo de su orgullo la vieja herida, y enseñando al príncipe la lengua de los astros, no dejaba de vigilarle. Un buen día, Lydio se adormeció por la tarde, melancólico: en la mañana se despertó con mayor tristeza, y el mago no tuvo que preguntarse si llegaba su venganza.

«Oye—exclamó el discípulo;—abandonemos por un instante las constelaciones que en esta noche miran mis flores, las cuales en la sombra quieren por ellas deshacerse en perfume. Tú conoces los signos de esos astros; deseas descubrir cuál es la piedra que puesta en un anillo hace invisible al hombre, y al fin la encontrarás; tú interpretas las miradas de las bestias penetrando en su alma obscura; tú sabes con el imán curar las neuralgias, y con la lazulita vencer antipatías; eres un sabio, no lo niego. Pero, ¿es posible no sepas lo íntimo del hombre? Dime, ¿por qué sufro? Cuando, antes, yo sentía tras una vaga idea una aspiración indefinible, el poema que tú recitabas, el sol que

se teñía de color en un vidrio, poniendo una sonrisa en una orquídea, un rubí entre dos diamantes como una gota de sangre prodigiosa entre dos lágrimas, un detalle, en fin, bastaba para calmar mi anhelo. Pero, hoy, la presencia de una flor transforma mi anhelo en fiebre; la música no lo adormece, y en un transporte, abrazo el aire buscando en su vacío á una alma con algo más que perfume, color y sonido. Creo que la copa de jade, la sagrada copa en donde bebo, con su verde claro, reminiscencia del mar en que se mojara un sauce juvenil, vierte en mí la savia palpitante del árbol y la inquietud de la onda.»

El mago sonrió jubiloso:

«Sí, dejemos á los astros, príncipe mío. Tú sabes cómo las piedras preciosas son bellas, y cómo el topacio, por ejemplo, simboliza la salud, y el zafiro, más puro que el cielo que imita, sin serle posible á la nube mancharlo, da la paz engendradora de una vida apacible. Pero esas piedras, además, te hablan de la ignorada luz de los vivientes, luz venida de algo que es y no es, y que teniendo un solo color, tiene un alma sutil engendradora de todos. ¿Me preguntas cómo es esto? Yo te puedo decir lo que los cometas anuncian, pero no cuál es la fuerza que los mueve... El misterio, siempre el misterio, en los astros y en los ojos.»

El príncipe miró los del mago, pasóse las manos por los suyos, y exclamó con displicencia: «Jamás me han inquietado.» Nekir, á su vez, hundióle la mirada en la mirada y respondió como si su voz apartase un mal recuerdo: «Nunca te los has visto.» Después continuó:

«Observa el buho, y sus ojos nictálopes te harán meditar, y el águila, y por los suyos de fuego evocarás espacios abrasados en sol. La expresión estúpida de los ojos de tus peces, maravillosos por sus colores, te hará pensar que en el fondo de los mares no han oído, al desarrollarse, ni música ni versos. Y ya que las expresiones cambian, pre-

gunta si no hay algunos ojos dulces y temibles como el ópalo. El ópalo es su símbolo. Piedra nacida de los volcanes, hija de las profundidades de la tierra, brota y es como una lágrima que cayera de la luna. Una vez brillante en el día, la lágrima adquiere un alma de sol, sin perder su blanco melancólico: así, la luna ideal le ha dejado, no un beso, pues no la tocó, pero sí su misterioso influjo. El ópalo vive entonces con su alma, independiente del volcán, y con ella se le dilata, en consurrección milagrosa, una voz que es la luz cambiante. Sus colores, convertidos en alados, parecen los de un cuerpo inmaterial; sobre fondo lácteo, volatilización de su entraña, ensueño de su esencia dura, siempre inmutable, hace pensar esa luz en el fulgor de un rubí que muere, ó en el duelo de una amatista que nace. Todas las medias tintas lo singularizan en un juego sutil del prisma arrebolado; sus expresiones son fugitivas ó dominantes, y el breve himno de su vida despierta sueños de infinitas ansiedades, ó es una voluntad que manda, desde un trono invisible, con un cetro ineluctable.»

El príncipe exclamó: «No entiendo.» «Señor — volvió á repetir Nekir, — sin embargo, ya lo ves, no sólo hay misterios en los astros y en las piedras; los hay también en los ojos». «No entiendo, no entiendo», dijo aún el discípulo, ya hostilmente; y el maestro prosiguió:

«Tú amas los perfumes, y al sentirlos, cerrando los ojos, miras un paisaje. Así, por el ámbar quemado, evocas, entre la nube, al náufrago de la leyenda transformado en planta. Ves el arbusto que en el fondo del mar, con la nostalgia cruel de su primitiva existencia, vierte por su corteza las gotas de aroma, las lágrimas de oro. Pero el paisaje hoy se te borra, y el perfume persiste, con una imagen desconocida que no se te dibuja. Pregunta si hay algo que está en un presentimiento, y no en el perfume ni en el aire, el halo misterioso que no es producido por pulverizadores ni por plantas. La excitación de la música,

que amas, te hace abrazar el vacío, porque otra voz quiere hablar en tu juventud, con la armonía suprema de todos los sonidos. Tú amas el color... pero espera.» El mago se levantó y tomó de un anaquel un prisma de cristal. Luego dijo:

«Observa este trozo de vidrio; por él el nombre de tu maestro vivirá entre los mortales más que su alma. Mañana, de día, te haré ver un rayo luminoso, refractando los siete colores que te encantan, y los siete colores convirtiéndose en el rayo blanco. Y esa blancura es la de la suprema palpitante forma, hecha con todos los matices fundidos de la humana imaginación, y todos los perfumes dan quizás el perfume de esa forma, y el rayo blanco de las voces del mundo es su voz maravillosa...»

El príncipe miró al trozo de vidrio con ansiosa curiosidad. «Ah! nó—dijo el mago.—El prisma ilumina, pero no habla. Es ya tarde; ven, vamos al palacio, no debo decir más; podría costarme la cabeza; mi palabra está empeñada.»

Media hora después, Almanzor anunciaba á los grandes de la corte, que la profunda ciencia de Nekir iba de nuevo á sorprenderles. Dos esclavos adelantaron una gran caja, recostándola sobre las columnas de pórfido. «Mi rey y señor—exclamó Nekir,—las fuentes y los ríos, con sus temblorosas imágenes, no serán ya para el pastor y el ganado, y para vuestra majestad y corte, sino un pobre cristal de la naturaleza.»

Nekir levantó el tapiz de lo que parecía caja, y el trono de oro, con el rey y la guardia, apareció deslumbrante en el primer espejo de cristal, que brillaba como un momento glorioso del reinado. El asombro no duró mucho; pues el príncipe Lydio, acercándose al espejo y siguiendo su rostro que subía y bajaba con los movimientos de su cabeza, acabó por imprimir los labios sobre sus labios. «¿Pero no soy yo?—exclamó, con transporte, dirigiéndose á su padre.—

«¿Quién es? Habla.» — «Está loco» — murmuraron con espanto los nobles.

«No es como vosotros. ¡No es como yo!»—respondía el príncipe, volviendo con avidez á mirarse. El rey, hasta entonces mudo, irguióse y lanzó el cetro como una piedra. y el cristal saltó en pedazos. La corte á la desbandada huyó de la temible real ira, y Lydio sintió cual si el espejo resucitase reconstruído en su alma con los mil fragmentos, engendrando el sol, al oir que el mago gritaba colérico: «Dime, ¿tengo yo la culpa de que tu hijo se haya creído una mujer?»

UN SUEÑO

Es una pálida mañana de invierno. Las nubes no parecen pasajeras; se aglomeran, inmovilizadas por la desolación y el frío, y se tienden como el verdadero cielo de la tierra. Los esqueletos de los árboles y los triángulos de los faroles, las torres y los tejados, en confusión fantástica, todo lo que es saliente, resurge blanco y espectral. La nieve no se derrite ni se evapora; amortajar la vida de la ciudad no le basta; desea ser más que un sudario, y convirtiéndose en hielo, brillar como su tumba de cristales.

El poeta, ante su mesa, mira el espectáculo, á través de la ventana. Fácil le sería soñar con los millones de cisnes desplumados por la noche, en fiesta que dieron los ángeles á Noel en los aires. La ciudad se envuelve con los torbellinos de copos, mientras de tantos sacrificados, percibe la ilusión, en el cielo, la inefabilidad del último canto de que habla la leyenda. Pero no: piensa el poeta en sus luchas y le cuesta encerrarse en su trabajo. Vuelve la cabeza al dorso de sus manos, y apoya los codos en el papel, blanco también, y que la pluma no puede manchar con una idea. Ah! la nieve de esa hoja fulge para él como la espada conquistadora. La ciudad, abajo, es aún una muerta, que no oye su voz inspirada. Su numen será el sol, que con hachazos de vida, corte, funda y evapore la adversa cáscara de hielo.

Toma la pluma, y la mente soñolienta no responde. Á poco se aduerme, y el papel virgen, que indica lo estéril

de la hora, conviértese en lámina de un estanque. Es de hielo y tiene ambiente como un cuadro, de modo tal, que interiores imágenes pasan y se borran, en caminos que desorientan. ¿Es aquello el lienzo de una linterna mágica fantástica hasta lo prodigioso? No; porque las figuras dejan de parecer reflejadas cuando se las habla. Salen de las entrañas del hielo, atraídas por la voz, y se hacen palpitantes y vivientes. Como un eco de ese acento que las interroga, sus voces se despiertan, y al oírselas ellas mismas vibrar se esculpen y se pintan... Un espectro avanza entre las brumosas transparencias; las imágenes, ya transfiguradas en seres, huyen á su paso; el poeta le apostrofa. Al oir la voz, acentúase en el vestiglo la repugnante fealdad de una vieja. La carne redúcese á una piel amarillenta, á un rugoso pergamino que alumbran sus ojos, fingiendo el efecto de dos gusanos de luz, moviéndose en las cuencas de un cadáver. La cubre una blanca vestidura, lino de nieve transparente, como un lirio ideal, que Dios fecundara con un rayo de sol, y la Muerte con una lágrima.

El poeta vuelve á exclamar: «¿Quién eres tú, que así vienes, espantando á los paseantes del lago misterioso?» La mujer no responde; pero acentúase más, y una criatura, oprimida contra su pecho, da un grito, al morder casi los senos sin savia, semejantes á racimos secos de una vid enferma. Se oye al poeta: «¿Es acaso tu criatura robada?...» La vieja se ríe y el niño llora. Extraño concierto, sobrecogedor y alucinante, especie de voz de la aridez, de la desolación y el frío.

Al fiñ, ella contesta: «Han huído de mí, porque son los Deseos, y yo soy el viento que barre las brisas, el trueno que apaga las voces, el sol que eclipsa las estrellas. No he robado á esta criatura; es mi hija; mas no puedo nutrirla. Busca una gota de alimento, y lo que necesita es amor. Dame tú, ardiente joven, un beso, y ella crecerá

en tu jardín, y será su boca de leche y miel para tus febriles labios.»

El poeta medita. Abrazarse á la vieja repugnante; sentir su aliento para salvar á la criatura... ¡Ah! nó, que muera. Mas, sin retroceder, fascinado se inmoviliza, y los ojos de la mujer, que avanza, suplican amorosos y terribles. Dos brazos de hueso le encadenan, un pellejo vibrante como un escalofrío de horror, se le pega al rostro, y dos labios que devoran sus labios, le murmuran: «Gracias, amado mio; mi hija es tuya.»

La tétrica imagen se esfuma. Los Deseos, en ronda gentil, resurgen patinando sobre el estanque. El poeta va á saludarles, cuando se escapan de nuevo ante un hermoso fantasma. Su discurso cambia: «¿Quién eres tú, morada de la belleza, vestida del esplendor que nace de tu lámpara? Dime, ¿por qué á tu paso los Deseos se ahuyentan como ante la vieja, que ha dejado frío en mis huesos?...» Al oir la voz, la joven resplandece, simulando viva llama; y coronándose de laurel, las verdes hojas brotan en su frente, como en la cumbre de un divino collado.

—«No sabia—murmura—que huyeran ante mi madre; en todo caso, más inteligentes que tú, han reconocido á la hija.» El poeta tiembla emocionado, como una humilde rosa roja á quien se le mandara encerrar toda la púrpura de una nube del poniente: «Cómo!—exclama—tú, tan brillante y bella, ¿eres para mí?»

Ella responde: «Mi madre me vendió por un beso; hizo bien; el beso la reanimó, convirtiéndome en mujer, por la promesa empeñada. Hoy mis labios son tuyos, es cierto; pero mi virginidad se conquista dominando el mundo; parte.» El poeta contesta: «Déjame á las puertas de la pagoda, como en la balada india; quiero contemplar tu hermosura, ya que me niegas la intimidad de su misterio, engendradora del loto de infinito perfume.» «No—interrumpe la amada, señalando el camino de las ciudades—

despídete del lago; te espero en él, eterna y fiel divinidad de sus hielos. Mis manos son pródigas de bienes, como el cielo de rocío, como las nubes de lluvias; pero pósanse en los cabellos sólo cuando el poeta tiene por pedestal el mundo.»

El conquistador parte. En sus dramas, poemas, novelas, la realidad persiguiendo el ideal, lo ideal desentrañado de la realidad, el júbilo, el ensueño, el amor, el sufrimiento, la vida, en fin, bulle y palpita, llora y ríe, gime y canta. Eso nace en su mente, al influjo de la fiebre que le inspira la evocación del hada que le espera. Los hombres no oyen su voz, y cuando la oyen la apagan, con el desdén ó la brutalidad. Frente á su palabra, llena del espíritu creador que flotaba sobre las aguas del antiguo caos, se eleva la esterilidad rabiosa, la envidia artera, la sonrisa irónica, el amor de la destrucción, que es el odio de la impotencia. Y con las heridas sangrando, el poeta un día se pone en marcha, y al divisar el lago siente con placer que sus llagas se abren más, pues comprende que va su amada á cubrirle de caricias, con milagrosos besos capaces de convertir sus llagas en rosas.

—«Ah! nó! No te aproximes—exclama la joven, que parece aún más joven que antes, como si la belleza eterna, sin edad, se hubiese en ella transformado en mujer.—¿De qué me valen tus dramas, que no sé leer, por prohibición de mi madre, y que si yo leyera los encontraría malos, pues para mí sólo es bueno lo que el mundo aplaude? Torna á luchar y triunfa, si quieres conocer el calor de mis labios; adiós, conoces la ruta.»

El poeta, desfalleciendo, replica: «Señora, ha diez años me fuí, y he vuelto en primavera con el invierno en el alma, y me encuentro, como si fuese su proyección, con ese cristal del hielo. ¿No cambia jamás este lago de estación?» «¿Por qué preguntas—dice la joven—cosas que sólo mi madre sabe? Bueno es te advierta, con todo,

que en el tiempo pasado he vivido siempre en invierno, tal como tu alma.»—«Me amas, entonces,—murmura el poeta. —«Pero sí—le reponde;—el mundo nos separa; he ahí el dolor.»—«No entiendo»—añade él, confuso; después agrega: «¿Vive tu madre?» —«Lo sé yo acaso?»—exclama la mujer; y hace un gesto de adiós, y variando de tono suspira: «Seré feliz si la encuentras en el camino; no olvides de ofrecerle un beso.»

El poeta vuelve á la lucha. Con el esfuerzo de la marcha se abren tan profundamente sus heridas, que cae fatigado junto á una ancha piedra. Reposa en ella la cabeza. Al contacto de la fría almohada, cree, en la soledad, que sus cabellos emblanquecen, encontrando en la vida una última fuerza para convertirse en nieve. Nadie acude á curar sus llagas, derramando el bálsamo del Samaritano; su sed es un martirio y no hay quien en el odre santo traiga agua cristalina; pero siente el murmullo de caminantes que pasan, confundido al de un arroyo que corre... Un beso en sus labios le hace abrir los ojos; una voz le susurra: «Ábrelos, sí, para despedirte del sol, de los vivos; canta, mi amado; en el crepúsculo empieza á brillar una estrella.»

La vieja horrorosa, sin niño ya á sus pechos, lo abraza; y el poeta, dulcemente, le dice: «Allá en el lago, tu hija redujo todo mensaje al recuerdo de un beso.» «¡Oh! dámelo—responde la agraciada,—y por el frío de mi rugosa piel pasa tú al amor de sus tibios brazos.» El poeta se siente atraído y oculta la cabeza en el pecho opresor, y siente en su boca un aliento de hielo que insensibiliza.

Lo que no ve y no siente, es el lago espectral, cubierto de fantásticos patinadores, que conducen un cadáver, y no ve á su amada mientras besa la frente del muerto, y calienta sus labios, esos labios que no se corrompen, pues los conserva intactos y como vivientes, el recuerdo de su verbo alado. Y no ve asimismo que lo más curioso, en

aquella mujer que lo desdeñara, y lo hiciera perecer, es que bebe ahora, en la muerte, el soplo de suprema vida.

El estanque funde su hielo, y el agua sigue, como una estela surgente, el paso de los patinadores. Llega el cortejo á una orilla, donde la primavera estalla, y la joven, coronada por el laurel reverdeciente, cubre una tumba de rosas. Sobre la lápida se yergue; con un gesto lleno de gracia dice adiós á los acompañantes; después, observa el cielo, hierática se inmoviliza, su carne se transforma en mármol y toda ella en estatua. El lago lleva al pie de la efigie, lamiendo el sepulcro, un encantador murmurio; y fresco y armonioso, refleja en su onda leve el infinito del firmamento...

Un reloj, en la cámara del escritor adormecido, da una hora: el repiqueteo de diez golpes le despierta. La nevada ha vuelto á enardecerse en torbellinos de copos. El perezoso se restriega los ojos, y parece meditar: ah! la casualidad es una buena diosa. Si tiene que escribir un poema, ¿por qué no contar lo fantástico que ha soñado viendo caer la nieve verdadera? Toma la pluma, arregla el papel, y estampa con grandes letras, como título: La Gloria...

LA GRACIA

En uno de los ángulos que forma el Canal Mayor con un canal pequeño, elévase el palacio Morosini. En su centro se interna una escalinata de mármol, entre balaústres, por donde pasa el murmurio de las aguas. Sus columnas corintias sostienen un arco afiligranado, sobre cuyo cenit hay una gran flor entre hojas cinceladas. La puerta de hierro, con dibujos de rombos y espirales, parece la de un palacio del placer, en que todos los habitantes han muerto. Se ha resignado y es la de un sepulcro. Créese que por allí nadie puede salir ni entrar, si no es sobre la purpúrea fúnebre góndola... Cuatro ventanas, con gruesos barrotes, se tienden sobre ella, con formas de nichos profundos, y son las de las prisiones del Silencio y el Misterio. Más arriba, surgen columnas árabes, con ajimeces y grandes tréboles de cuatro hojas; y después, medallones de pórfido rojo, con vasos esculpidos en mármol de nieve. Los leones de San Marcos proclaman el esplendor antiguo de Duxs y Senadores. El palacio adquiere una grandeza ennoblecedora de sus piedras y se hace como un ser fantástico petrificado. Las curvas, los tréboles y arabescos, encarnaciones de la fantasía y voluptuosidad heredadas; las columnas corintias, con su serenidad y sus flores de acanto, que dicen el amor á la forma, en su elegante vigor, y al pámpano en su riente gracia; esa mezcla de sentimientos, con evocación del poder político y del lujo señorial, todo se concentra en el mutismo de la arquitectura.

Los gondoleros que vienen del pequeño canal, al torcer sobre el grande, lanzan sus peculiares: «Apremi! Stali!», y después el rincón entra en el dominio de la calma. Así los gritos suenan sólo para acentuar más el leve murmurio del agua, que acaricia el soñoliento fulgor de la vetusta mole. Y si no hay por allí más flores que las glaciales, esculpidas en los mármoles de las fachadas, se adivina en los tibios soplos acariciantes del aire, cómo la Italia se está llenando de sus matices, bajo el cielo primaveral que tiene en su azul, con la sonrisa de un rostro, la fijeza de una piedra preciosa.

Dentro del palacio viven los tapices antiguos, las armas del Ghisi, los estucos de Salviati, las mayólicas, los parterres de encuadernaciones bizantinas, las fuentes llenas de agua, los frágiles cristales de Murano, los grafitos con picaduras de perlas, los plafones de los maestros, todo lo que parece evocación, siendo realidad, y en realidad es gloria de una época muerta. Pero no creáis en el silencio de la casa por fuera; está habitada por un artista enamorado del recuerdo del Tintoreto. Es cierto que su trabajo no es una fuente de ruido. Los pinceles visten las fantasías de sus cuadros, en silencio; y en la serenidad del palacio, plásmanse y brotan los colores que tienen en sus gestos y en sus acciones mudas, las turbulencias de la vida. Mas, de vez en cuando, el laúd de Sebastián del Piombo suena; la carcajada que arranca la voz del Aretino, con la gracia de su maledicencia, despierta ecos familiares; Verónica Franco, reina de las cortesanas, llega del brazo de Rocco Marconi. Así, en esta tarde de Abril, se oyen de pronto, desde el canal, ecos confusos de música.

La puerta está rigorosamente cerrada. Al cabo de un instante, sale un hombre de luengo pelo, vestido de saco, los ojos vidriosos, el ademán incierto. Si le preguntáis qué ha visto, responderá: — «El loco Rodolfo ha querido resucitar una de las danzas del siglo XVI. Yo acabo de

abandonar mi traje de senador. Rodolfo es un hombre que sabe hacer las cosas. Ha conservado la costumbre de poner en la mesa, entre plantas odoríferas, la fuente llena de peces policromos y aun las estatuitas de azúcar; pero comprende que los entusiasmos de Garzoni, eran los de un pinche de cocina. Así, nada de los antiguos banquetes; fuera la mortadella de Cremona, las tripas de Treviso, las salchichas de Módena, los gansos de Rogmagnes, el sollo de Ferrara y el resto igualmente pesado y envenenador. Bajo nuestras capas senatoriales, hemos comido el último menú, mandado por Payard: el *chef* de Rodolfo admira los peces del Bassano, lamentando no poderlos cocinar, para que reconozcamos que sus salsas están á la altura de los colores del viejo maestro. Al terminarse el festín, doce bellas mujeres, con el cabello en crenchas realzadas por serpentinas de perlas, luciendo el oro del Ticiano, que aún se resucita con la goma arábiga, el jabón duro y el cinario, han bailado la danza del Sombrero. Ya sabéis, aquella que despertó las iras de Zucculo. Después de las aclamaciones, nosotros mismos desgarramos los hilos metálicos, los *vergole,* para usar el antiguo idioma de Venecia. Cortándolos, caen túnicas sin corsé, de seda y brocado, y las danzantes surgen, como Venus modernas, de la caprichosa y rica envoltura de los trajes patricios...»

El hombre de la larga cabellera se detiene. Contrasta su recitado con su traje. Es verdad, también, que es él el más sorprendido.

Acaba de quitarse el manto de armiño y púrpura, y sobre las góndolas, ve entre los palacios á cuatro extranjeras, negación de toda hermosura, con sus carnes enjutas, sus anteojos, sus gorras de viaje y sus batas de percal. Por eso no quiere asistir á la puesta del sol entre las grandes aguas; de ese sol extraño de Venecia, que se abate miserablemente, en el movimiento de los hombres y las góndolas, y en una gloria de apoteosis, sobre la inmovilidad de

templos y palacios. De ese sol que, con las nubes húmedas, construyen sin cesar en occidente, mágicas ciudades, San Marcos de pedrerías, campanilos de nieve y púrpura, fachadas ducales róseas, con arabescos y volutas de calados vibrantes; cementerios donde los cuerpos ausentes sólo dejan vagar las almas, buscando los ángeles de Jacobello dei Fiori; museos fantásticos, donde el Veronés y los Palmas y el Poderdone, hundieron sus ojos, trayéndolos cargados de luz y color, para iluminar los artificiales plafones de la tierra. Sol que, expirando, renace en el sudario de las aguas, y muriendo, anima, esculpe, incendia á la ciudad, que antes de entrar en la sombra, ve la extinción del matiz en las nubes, y enriquece la noche del mundo con los sueños de su piedra pensativa. Ah! no; el escapado de la fiesta no quiere asistir á la caída de la tarde en el Gran Canal. Para que así lo hiciera, fuérale necesario saber que saldrían á recibirle, como á Ranucio Farnesio, tres mil góndolas, rebosantes de patricios, damas y servidores, con trajes de terciopelo, oro y plata.

Aquel hombre es un bohemio y un artista; se llama Pedro Ziami. Toma una góndola, y por un canal interior se hace conducir á su casa. La tristeza le abruma; el hastío le corroe como un ácido; cuando camina, la sombra que le sigue, le atrae. Convertirse en ella, he ahí su mejor sueño: ¡qué hermoso debe de ser, sin pensar ni sufrir, con la aspiración nula, sin recuerdos y sin perseguirlos, reposado y ligero, tranquilo y leve, sentir que se es, como de luz, siendo de sombra! El suicidio, amorosamente, le ha hecho señas más de una vez; sólo el ajenjo, con su acre sabor, sugiriéndole imágenes de otros horizontes, le calma. Y bebe, como dice él, buscando sin cesar en esa leche de vida, los ojos verdes que la animan, nacientes en el fondo, y que huyen de sus labios, hasta aparecer quiméricos, llenos de fiebre ó de dulce ternura, flotantes como estrellas... Aquel día, después de la fiesta, las desoladas expresiones del

decaído canal, le penetran, y le hacen experimentar la sensación del abandono. Ve chicuelos zarrapastrosos que juegan en el estrecho malecón; observa la roña, las quebraduras de las paredes que tocan el agua, y las camisas puestas á secar, que penden en hilos, de ventana á ventana, sucediendo á las banderas, tapicerías, estandartes que bostezan en la media luz del Museo Cívico. Toda esa como degradación, tristeza vergonzosa de los canales internos, que no es la augustamente noble del Canal Mayor, gravita sobre el entorpecimiento de sus sentidos, y acrece sus miserias. El artista siente que en sus adentros algo hay reflejando al paisaje. De su juventud radiante, lo poco bueno que pudo cultivar, lo ahogó en los vicios; y sin voluntad, con un último resto de conciencia para comprenderlo, él también no podría ofrecer á la mente de esos niños que juegan, cubiertos con los andrajos de los padres, sino jirones espirituales de ropa sucia en muros resquebrajados.

De sus reflexiones le saca la voz de un canto que sale de Santa María dei Mirácoli. Ordena al gondolero detenerse, y entra al templo. En la pequeña nave, revestida de mármoles, varios hombres y mujeres rezan. Más allá de la gradería, en torno del altar, bajo la cúpula azul, salmodian los clérigos. Sobre la cátedra, realzada por dos águilas en atril para cantar la Epístola y el Evangelio, se yergue el Tenebrario. Ziami, al mirar las velas encendidas en el triángulo, se acuerda de lo que no se había acordado en la fiesta de hace un instante: que se está en Viernes Santo. Aquel templo, con las perspectivas de sus curiosos detalles, sumergido en una fría luz blanca, es como un paisaje que, aún en pleno estío, por efecto de las vidrieras, parece helado en un artificial invierno.

Cortinas negras le quitan hoy su aspecto habitual; sus imágenes todas desaparecen ocultas tras velos morados; sólo surgen débilmente los profetas, en el plafón de ce-

dro, encuadrándose entre dibujos de oro mortecino. Ya tres velas se han apagado, al concluir de cada salmo; cada resplandor extinguido, es un apóstol que abandona al Maestro; pero la última, perenne, recordará á la Madre que no se aparta un instante de su Hijo. Ziami, desde la hondura de sus recuerdos, mira dibujarse poco á poco la ceremonia. Los cantos, como leves auras, ó vientos airados, pasan aventando el polvo de su espíritu; tal, á veces, en las viejas necrópolis, la arena es removida sobre las tumbas, y aparece una figura ó una inscripción, á los ojos del viajero y á la sonrisa del cielo. Ziami se acuerda de dónde viene, y no se da bien cuenta de por qué está allí.

El coro resonante sigue envolviéndole, penetrándole con furia, sacudiéndole con sus imágenes. Los ancianos de la hija de Sión, han caído en silencio, cubiertos de ceniza; las vírgenes de Jerusalén abaten sus cabezas dolorosas; en las plazas de la ciudad desfallecen los párvulos y los niños; el Profeta siente sus ojos cegados de llorar, y estremécense sus entrañas y derrama su corazón. Y Ziami ve á Venecia con la tristeza de sus palacios sobre los canales desiertos; la ve envejecer en su piel y en su carne; es ya una ciudad de sepulcros, y los que pasan mueven la cabeza sobre la reina del Adriático, y se preguntan, como de la hija de Sión: «¿Es ésta la ciudad de perfecta hermosura, la alegría de toda la tierra?»... Ziami considera aún su alma, sin encontrar nada sano y ve sus iniquidades corrompiéndose como cicatrices ulceradas, y su corazón no se turba, en el oprobio, y no clama como la viuda de las naciones: «Mirad, hombres todos, si hay dolor semejante á mi dolor!» Ah! no, eso no! Á él qué le importa? Es un hombre fuerte. No hace un rato, su voz, en la orgía, fué la más sonora. Sobre Venecia decaída, muerta, hay que resucitar el placer y hacerla revivir... Aquella reflexión cruza como un relámpago, en un movimiento nervioso: él sabe mejor que nadie cómo el fin de toda fiesta

es el principio del dolor, y el abandono del alma á un cáncer devorante.

Siguen zumbando las voces: la que llama y la que responde, las dos fundidas con sus ecos en una sola de hermosura. Después, entónase el cántico de Habacuc: «Oí tu voz, y se conmovieron mis entrañas; á tu voz temblaron mis labios.» Y él la oye, no con el grito terrible y el augusto acento con que viene de los sagrados montes, sino con un frescor de fuente diáfana, que refleja con su rostro de hombre su espíritu de niño. Antífonas y salmos renacen llenos de majestad, cantando en la sombra que aumenta, á medida que los cirios se extinguen. Cuando el himno de Zacarías estalla con el órgano: «Bendito sea el Señor Dios de Israel», el espíritu que recuerda los días de su infancia, ve colocar, tras el velo negro, el cirio que, simbolizando á la Madre en la noche de la prueba, volverá al tenebrario como imagen del Cristo resucitado. En tanto, el pueblo y los sacerdotes se arrodillan y rezan el Padrenuestro en voz alta. Ziami escucha esa oración con la voz de su madre, y siente la inquietud de una profanación, al pensar que el recuerdo de ese acento pueda pasar por sus labios. Le saca de su idea el estruendo evocador del terremoto del Gólgota, que abrió las tumbas y rasgó el velo del santuario. Todos se retiran en silencio, y él parte entre un grupo de mendigos, y sube á su góndola.

La tarde ha caído del todo. Las bujías se encienden tras de los vidrios; el soplo templado del aire, enfríase; en el cielo se abren algunas estrellas. Ziami, contemplándolas, calma sus pensamientos. Se hace dejar en un próximo cabaret. Un viejo con barba de modelo, músculos desnudos en brazos de remador, maliciosos ojos y un casquete de hule, sin decir nada, conociendo al cliente, trae una botella de ajenjo y una copa, que él denomina el satélite. Ziami, perseguido por la escena del templo, avergonzado de su enternecimiento al oir los salmos, bebe más

que nunca, y busca los ojos verdes en el fondo del veneno. Poco á poco, esos ojos seductores, estrellas flotantes como desprendidas de un cuerpo, surgen, palpitan y hacen recordar un cielo, que debe de tener los misterios de un mar de esmeralda. Van y vienen, fosforecen, los cree luciérnagas escapadas de sus pensamientos. Al fin, para seguirlos, se pone de pie, y cual perro fiel, se lanza detrás de ellos, hasta encontrarse en un extraño gabinete. Los elefantes penden de los muros en las telas; los pebeteros, en pagodas, dejan escapar espirales de perfumes; las arañas de luz, que son serpientes, transforman con chispas de piedras el rincón exótico, en cueva de mago. Le parece ser la primera vez que entra allí; las máscaras japonesas, posadas en silencio sobre un anaquel de laca, le persiguen con sus ojos animados.

Hay una, demonio, ostentando cuernos, y dientes sólidos, con faz roja, rediviva como al contacto de una inyección de sangre calenturienta de Ira. Hay ótra, boquiabierta, los ojos semi entornados, con escapes de una llama de vino, las narices chatas, resoplantes, alas de un fuelle que alimenta la Lujuria. Hay ótra que inspira la repulsión de un vómito, con labios donde la baba corre petrificada en lágrimas de cera, estremecimientos de la Gula. Á su lado, coronada de erguidos pelos, riendo con risa sarcástica, quizás imbécil, por lo estéril, y amarga por lo mismo, ótra se plasma con la miseria de la Envidia. Con los párpados caídos, en la inacción que mata la voluntad, luce la Pereza de años, infiltrada como un sueño de siglos, una quinta, sumergiéndose en un ambiente crepuscular que toca los lindes de la bestia. Ziami las mira, las siente animarse con cien contorsiones que no producen una palabra. Las ve alejarse, como el cortejo de las dos estrellas, de los dos ojos verdes flotantes sobre mares de ajenjo. Por un momento, se le ocurre pensar cómo rielaría la luna sobre aquella verde lámina que hace más sedientos sus labios.

Y cree, en efecto, que el astro brilla; y en el liquido que, al descender á su pecho, calienta su alma, bebe esa melancolía horrible de la luna.

Entonces, las máscaras desaparecen en el rincón exótico; sobre el mar, convertidas en sirenas, surgen las mujeres de la danza del Sombrero. Y las persigue en vano, porque al darles un beso, resplandecen transfiguradas con las máscaras. El juego en que se fatiga, acaba por desesperarle; las mujeres, al fin, le marean con sus rostros repugnantes. Él huye, y se encuentra en la ciudad, poniendo la llave en la puerta de su cuarto. Pero sabe que allí, en un salón contiguo, están las verdaderas máscaras, y tiembla. ¡Valor y adelante! La lumbre resplandece; busca en el anaquel, con miedo: ¡cuánta felicidad! ¡qué descanso! Las enemigas han huído. Mas, repentinamente, en un momento de inquietud torturante, comprende que no las ve, porque están en su rostro. Siente que sus ojos no son ya sus ojos; y que su nariz se achata y resopla con aliento de fuego, y que la baba de la Gula se cristaliza en sus labios, y su frente deprímese, haciéndose la de una bestia adormecida, trasformada por la Pereza!... Sabe que á sus espaldas se yergue un espejo: horrible será su rostro, si nace en él con tales expresiones, revelándole físicamente su alma; y quiere acabar con el peligro de mirarse, y teme volverse, pues el cristal le petrificará con el poder de la antigua Medusa. Con cautela retrocede, de espaldas al fulgor, de frente al muro, donde mueven las trompas los elefantes sagrados, y bajo las serpientes que le cubren con sus piedras preciosas. Retrocede hasta tocar la piel fría del espejo, que simula la real de una de las serpientes figuradas; y alzando un martillo, lo quiebra, contento, como si oyera saltar entre sus pedazos las máscaras deshechas. El ruido del cristal le estremece con escalofrío tan intenso, que cree en una ventana que se hubiera abierto. Corta tregua! Sus pensamientos forcejean por resuci-

tar en su rostro las visiones japonesas, y huyendo de sí mismo, lánzase á la calle.

Quiere y no quiere encontrar transeúntes que puedan proferir una exclamación: va entre el temor y la esperanza de saber si aquello es ó no cierto. Al llegar á un canal donde tiemblan luces derretidas, ve iluminado el palacio de Bianca Capello. «¿Cómo—se dice—fiesta, y no estamos en Carnaval, aunque quizás en 5 de Abril de 1590 sea éste el día?» Las flautas resuenan como las flautas del palacio Morosini, marcando el ritmo de la danza; pero las parejas, al pasar por los vidrios, no producen sombras, incorpóreas, como en una fiesta de espectros. Ziami va á franquear un puente, para aproximarse á la puerta, cuando ve salir un esqueleto: aléjase al són de la música moribunda, y él le sigue, atraído. La luna le da de lleno, los huesos resplandecen con propio interno fulgor, y se le cree capaz de iluminar el camino en la callejuela obscura. Mas, en la profundidad, al faltarle el astro, el esqueleto se esfuma, como si al palidecer fuera devorado por la sombra. Y en esa sombra palpita el vértigo, atrayente, imperioso, de un abismo que impulsa los pies del borracho. Entonces oye el ruido de un abanico que se abre, y mira con terror, en las manos del esqueleto reapareciente, un farol japonés que se enciende. Ziami corre tras el rojo chispeo, que lame el blancor de la osatura. Ante un muro, ocúrresele que el macabro guía medita por dónde seguir; después ve un brazo huesoso, inmenso, levantar el farol hasta el rostro del crucifijo esculpido en un retablo. Los labios muertos de Jesús salen de la sombra, rezan, estremeciéndose, y su lividez se anima con golpe de sangre simulado en todo el rostro por la llamarada purpúrea.

El mismo Ziami acabó alguna vez en la siguiente forma este relato:

« Unos marineros me recogieron de la calle y me llevaron á casa. Yo no creo en la mitad de tales cosas acaeci-

das, pero al despertar encontré el gran espejo de mi gabinete roto, y un martillo en el suelo; y sé también, que desde entonces, no bebo y estoy por confesarme, y aunque mi caso es muy curioso, he leído en los teólogos que la Gracia toma, á veces, para llegar al corazón, los más inusitados caminos.»

LOS PAYASOS*

En nuestra existencia, que puede decirse casi trashumante, el destino nos abre á cada momento los interiores más extraños, ó nos mezcla á la vida callejera sin quererlo, y la casualidad nos hace actores de una escena más, en acontecimiento ya para siempre inolvidable. Así, una noche me encontraba en el Hipódromo de París. El payaso, que bebía wisky con soda en una mesa del bar, no pensó sin duda, al verme, en todo lo que yo iba á significarle, y muchas veces evoco su primer mirada, sin comprender cómo no sintió un sobresalto. Le observé desde el principio, con una de esas curiosidades que no han logrado quitarme jamás las vicisitudes de mi profesión. Y como escribo para que me lean después de muerto, ingenuamente lo confieso: me preocupaba saber cómo era la voz natural de los payasos. Frick, en efecto, conversaba con Tony. No sólo quería percibir el acento, sino también discernir lo que decían; cosas que, siendo futezas, me intrigaban extraordinariamente.

Permitid un paréntesis. Los que me ven á diario, han de sufrir un chasco leyendo mis memorias. Quisiera ver los rostros de mis clientes cuando vayan aprendiendo á conocerme por ellas. Hacer una comparación entre los retratos que he leído alguna vez en los diarios, y el verdadero mío, tal como soy, será agradable tarea para Roux, por ejemplo, que es un hombre espiritual. Hay entre ambos la

* Capítulo de las Memorias de un médico.

diferencia de una máscara japonesa y el rostro de una estatua griega. Mi espíritu es simple como el mármol blanco. Yo me encargo de ponerle espesas cejas, labios abultados, ojos mentirosos, hacer pálida la frente, untar con vermellón los carrillos, adulterar todo, y muchas veces convertir el cinismo en espada, y la impertinencia en ley. En realidad, todo mi sér se mueve sobre el centro de una sensibilidad enfermiza. Lo comprendí desde temprano: he ahí, me dije, el enemigo tenaz, metido dentro de la propia casa, en insoportable convivencia. Mi padre, médico, me hizo médico. Debí, sin duda, rehuir tal carrera; pero creí que era un buen modo de hacer frente al enemigo, familiarizarme con el dolor y la muerte. Sólo yo sé lo que á veces sufro, pues esa familiaridad aún no ha llegado, á pesar de mis cincuenta años, y de que el oso que usurpa un puesto en mi cara, parece una fiera, con varios siglos de incompasivo furor.

Es verdad también que mi mala estrella es fiel; todo el mundo sabe (cito un caso) que fuí el primero en aplicar aquí los rayos Rœntgen. Mi conferencia sobre los experimentos es la menos mala de las mías. Y bien, una niña tragóse una aguja: yo la vi nacer y sabía lo que representaba entre los suyos, y le apliqué los rayos poniendo en la investigación parte de mi alma. Breve. La madre debió antes que yo comprender cómo el órgano herido iba á concluirla; la luz más inteligente del mundo me servía por primera vez para comprobar mejor la muerte. Los que me han conocido pueden leer sobre esta digresión, los capítulos X y XI con sus anécdotas; sabrán así mis congojas, ya que oyeron mis palabras; y verán grabadas al mismo tiempo la cara y cruz de mi moneda, la circulante por sus hogares y la que hoy felizmente ya no tiene curso.

Iba diciendo de cómo el grave miembro del Instituto, no ha muerto en mí al niño, y cómo me interesaba oir la charla de Frick con Tony. Después comprendí otra atracción de

mi curiosidad; ¿no vivía yo en el mundo un poco cual aquellos hombres en el aserrín del circo? ¿No estaban allí, tranquilamente bebiendo, tres payasos, y no me correspondían á mí los honores del mejor y más constante disfraz?... Imaginad mi sorpresa, cuando oí á Frick, hablando del Petronio de *Quo Vadis*. «Ese sí —decía,—nunca perdió el gesto; he ahí á uno que hubiera escapado á tu garra, he ahí á un payaso natural y eximio, como es natural y cristalina el agua.» «En cambio—respondió Tony—qué admirable modelo Nerón, ese bárbaro, queriendo ser poeta creador, y sólo siéndolo cuando destruía; el incendio de Roma es salvajemente hermoso.» «Era un miserable»—exclamó Frick... El Tony había clavado en mí sus ojos con rabia, después de pasearlos por mi persona dos ó tres veces con vigilante perspicuidad.

«Señores — dije — dispensad si mis oidos os incomodan, pero vuestra conversación me interesa.» El payaso blanco, con una dulzura en la voz, que contrastaba con los ojos del ótro, casi feroces: «Pero muy honrados—replicó;—¿queréis sentaros aquí?» No me hice de rogar y me enmesé con ellos. Sin más preámbulo, agregué, como respondiendo á la reflexión de Frick: «Miserable Nerón, no, ¿por qué? La historia es un mosaico, superior á todo drama ó comedia, es la imaginación vivida. Creo que hay hombres malos ó buenos, como hay cicutas y margaritas en el mismo campo. Unos nacen para hacer el bien y ótros para hacer el mal, y son tan inconscientes los segundos como los primeros. Si todos fuesen buenos, el espectáculo sería monótono; pero, felizmente, el empresario es genial. ¿Por qué enmendarle la plana, señores? Hay hombres que viven en los acontecimientos, y son los actores; nosotros les vemos y nuestro único derecho es pedir que realicen un tipo tratando de llegar al arquetipo. César Borgia fué bueno, pero Nerón admirable; Carlos V discreto, pero Juana de Arco sublime. Si no, ved, en este caso el empe-

rador muere en un convento, y la virgen en una hoguera. ¿No es cierto que el espectáculo de las llamas completa más una vida batalladora?...»

El Tony clavó en mí sus ojos, y con un acento de protección. curiosísimo en quien tenía, entre otras cosas, por nariz un irrisorio tomate: «No está mal eso—exclamó—¿quién sois y qué hacéis aquí?» «Soy—respondí, poniendo, con cierta mofa, mi tono lo más humilde posible,—soy un médico, deseoso de ver Vencingetórix; he salido dos horas antes de casa, por temor á una esquela ó al teléfono, y fatigado de errar por las calles, espero en esta mesa la función del circo.»

Probablemente mi tono le disgustó, cosa que advertí en un movimiento suyo reprimido. Bajo las cerdosas cejas, sus ojos extraordinarios eran dos ascuas, con expresiones amenazadoras; y poseían realmente una garra fascinante y un rayo; inmovilizaban para matar mejor. En cambio, Frick, bajo el párpado enharinado, tenía una mirada dulcemente acariciante, como si lágrimas ocultas le prestaran su brillo. Sin duda, en acecho de los pensamientos de aquel hombre á quien amaba, intervino antes de que me lanzara una rudeza.

«Yo no soy médico—exclamó—pero soy un colaborador. Mi mujer, á quien adoré, murió, dejándome dos niños, enfermos. Estaban tísicos, con una mortal tristeza, y era menester animarles. Inventé toda clase de juegos: Perrault no les distraía, les dejaba pensativos. Los cuentos hacen amar la vida, interesarse por las flores, querer seguir á Caperucita en el bosque, y despertar á la Bella Durmiente. Esos cuentos son para criaturas que van á vivir, no para las que se mueren. Y mi imaginación fué entonces fértil, engañando sus sufrimientos con alegres farsas, hechas con todos mis dolores. Los dos niños fueron enterrados una tarde junto á su madre; y en la soledad, hice el voto de prolongar mis penas transformándolas en risa. Mi

amargura me sacó de la pobreza y me libró del hambre: la tarea á veces horrible, es siempre amable. Al decir mis *buenas noches* sé que en el espíritu de las criaturas se levanta el día.»

«Colaborador, dijiste—respondí yo—y es verdad, más de una vez os he mandado mis convalecientes, eso sí, valiéndome de subterfugios, porque es bueno que las madres vean en el médico moderno, ante todo, á un hombre de ciencia, quien sufre cuando un niño muere, sólo si la autopsia no confirma el diagnóstico!» El Tony, entonces, con voz que era como el acento de su dura mirada, exclamó: «Luego creéis que el médico debe formarse un tipo, y representarlo, ¿no es cierto? Pues esta noche, antes del Vencingetórix, representaré para vos, y el Tony os regalará su más vibrante fantasía... Hace un momento, sin presentación, os habéis casi metido en nuestra charla, creyéndonos payasos, seres inferiores, quizás honrándose con vuestra presencia. Sin embargo, os he conocido hace diez años, en uno de los círculos de París, que frecuentaba, y en donde no pongo los pies desde que trabajo y soy artista. Es inútil me miréis buscando mi fisonomía de entonces: aquel hombre ha muerto para hacer resucitar en su rostro espíritus ajenos.» Al concluir así, alzó bien la cabeza para que yo me contemplara en sus ojos, en los cuales, bajo el copete hirsuto, concentraba el desprecio más profundo.

Después prosiguió, exaltándose: «Mi silencio y los juegos de mis músculos, las expresiones de mi rostro, mis pasos, mis gritos, mis raras palabras, son un canto á la estupidez humana. Yo soy la rebelión del espíritu que toma apariencias de imbécil y siente una voluptuosidad en la venganza de ser espejo. Soy la gran potencia en la sociedad de los cerebros mediocres, y digo á mis compañeros: ¿por qué queréis luchar con el genio y por qué con el talento en la forma que lo hacéis? ¿Para sentir al fin

la amargura inconfesada?... No, decid claramente: somos ¡imbéciles, somos el arquetipo de una raza; valemos tanto como vosotros; no somos modestos, porque tenemos el talento ó el genio de la estupidez, que equivale, como vigor, al de la inteligencia! ¿Por qué la inteligencia ha de ser la honrosa? Nosotros somos más felices, luego somos los más fuertes.

«Y si me preguntáis quiénes son mis hermanos, qué represento, por qué existo, respondo: Soy la turba ociosa cuyo principal asiento está en los clubs de París, cifra y compendio, cuja, en fermento, de todas las ambiciones, de todas las impotencias, de todos los apetitos contenidos en tristes formas más ó menos elegantes. Cuando el hombre es perfectamente idiota, su vida no es mala ni agresiva. Mas cuando posee cierta dosis de inteligencia, la estéril ambición hace del eunuco, soñando con los sultanes, el ente moderno más venenoso y más fundamentalmente Tony. Befa y barre su voz, todo aquello que es trabajo, hermosura, virtud, verdad, ideal ó poesía, todo aquello que enaltece al que lucha mirando á una estrella. La chacota inconsciente, amasada con hiel, que tiene por espuma á la sonrisa engañadora, es el arma. Son cien, son mil, un ejército. Les he visto durante años, y les reveo á veces en el circo, riéndose del Tony, en vez de aplaudir, sin comprender el esfuerzo de mi talento para corporizar la inutilidad canallesca de sus almas.

«Soy la encarnación de casi todos los críticos muertos y vivientes; de los que arrojan sobre la obra de arte su baba espesa. Orondos y satisfechos, creen que su artículo pedante ó irrespetuoso es superior al poema, al drama, á la novela: turba de palafreneros sin nada que comentar en la cocina cuando sus patrones no crean en la sala. Y los retrato así, cual á la chusma acarnerada y envenenadora del aire que respiran cuadros y estatuas.

«Soy el grave letrado, para quien el estilo es crimen y

la imaginación insulto personal. Soy el profesor que cree loco al genio, y enfermo al poderoso. Que debe llamar primer degenerado á Dios, creador del mundo y del sol, de la mujer y de la estrella, de la flor y de la nube. Ah! los admirables Tonys, cómo demuestran que la mayor cordura honrosa en el hombre es lo llamado por ellos desequilibrio!

«Soy el tipo de la mediocridad, aspirando, como la rana, á buey y que, sin serlo, lo parece, ayudada por el vidrio de aumento de la inteligencia burguesa, expresión temible del filisteísmo militante. Reproduzco al académico, que considera su uniforme de guacamayo forma de talento. Encarno á los charlatanes, que fatigan al arte, haciéndose aplaudir de las turbas, con todos los lugares comunes del derecho y la política, en nombre de ideales que no respetan, realizando la más sonora y más repugnante farsa mal vestida. Soy... pero me cansaría de decir todo lo que soy.

«Vedme, cuando me muevo en el circo. Observad cómo contemplo al acróbata, que expone la vida sobre un trapecio, dispuesto á matarse con elegancia. Cómo pirueteo en torno de la mujer cuyo cuerpo, con su traje fantasmagórico, resucita estatuas griegas, en el ambiente moderno que la anima. Cómo todo lo que es, en torno mío, maestría, fuerza, valor, no escapa á la farsa muda de mi rostro. Cómo todos esos ejercicios se transforman en mí con torpes reflejos, y cómo, si quiero imitarlos plenamente, mi salto es lastimoso y mi caída grotesca, y cómo, entonces, me retiro, cubriendo con mi desprecio al mundo. Ah! cuánta ciencia pongo, en mi imponente paso, fruto de una hipertrofia de vanidad al parecer satisfecha, y decid cuántas veces me habéis visto reproducido en los espejos de vuestros salones y en las vidrieras de vuestras calles.

«Mas, á veces, mi gesto se deshace en dolor mudo. Es el frío dolor de aquellos, hábiles para engañar, pero bastante inteligentes para no engañarse. Es la palidez amarga de la envidia, exasperada por los ajenos triunfos. Es la in-

quietud engendrada por una golondrina que pasa, trazando un surco desconocido en el azul, haciendo palidecer decoraciones y uniformes, al bañarse sin palabra, pero con alas, en la inmensidad del cielo, sin decir torpezas. El ímpetu súbito de tirar el traje del guacamayo y cantar como el ruiseñor. El reconocimiento de ser algo más que un tonto, quien da en un lienzo la sensación de una clara mañana por el esplendor de una rosa, ó quien con cuatro versos encierra la inmortalidad y la primavera. Encarno, así, las tristezas de esos que perciben lo que no pueden ejecutar, y deciden despreciarlo, inflándose como los pavos. Pero, sin piedad, me encarnizo con todos los destructores. Destructores, al fin, nó; porque, en realidad, nada destruyen; pero al menos colocan el cristal de sus teorías, cubierto de pez, entre la multitud y la obra. Para ellos, cuya risa estalla cuando se habla de titanes del Olimpo, y de fábulas indignas de sus graves personalidades, son mis mejores gracias. Para ellos, que no creyendo en titanes, son prometeos de sainete, pugnando escalar los infinitos de Wágner, para citar un caso; mientras Wágner les mira en la roca, sin dejarles con su sol meridiano, ni siquiera proyectar una sombra, para que nada produzcan.

«Un día, viendo el *Hámlet,* sentí el estremecimiento luminoso de la escena de los sepultureros. Andaba yo preocupado con la creación de Tony. Una frase me quedó en los oídos: somos nobles, decía el compadre Socava, pues ejercemos la profesión desde Adán... La desnudez viril del primer sepulturero, ha sido cubierta con un traje negro, como la miseria. Yo hubiera querido hacer un tipo capaz de dar en la pantomima un escalofrío de Hoffman, y los desenterradores de Yórick me iluminaron. El frac que sirve en los entierros como en los banquetes; el frac de las noches de placer, que quita al aspecto del cuerpo toda alegría; el frac democrático de domésticos é invitados,

que iguala al mundo y viste todas las farsas, ese frac, inelegante, librea moderna del espíritu codificado, sería traje del Tony. Así, lo veis hoy sobre mi cuerpo, como la caricatura de sí mismo, acusando la fealdad de su corte, magistral ornamento de un símbolo; y envuelto en él, á las más nobles facultades humanas, las hago danzar, las hago reir, las hago llorar, las mato, las sepulto, y á veces las desentierro y las profano. ¡Oh deliciosa fruición! Ea, ilustre médico, que representáis un carácter, decid si no soy gigante, si mi nariz roja no es un sol, que alumbra vuestro mundo, si no merece una estatua quien ha hecho, tal como Shakspeare, inmortal á Falstaff por la palabra, inmortal á Tony en su silencio!»

Y el ilustre médico, así denominado, es decir, yo, amigos míos, decidió no responder nada. Á pesar de no ser aquel hombre lo que se llama un correcto interlocutor, me había interesado vomitando sus improperios, y soy de quienes creen que todo tipo debe apurarse, como un cigarro, y para mí no hay mal cigarro, á causa de mi curiosidad inagotable. Me disponía, pues, á contestar amablemente, para tener el derecho de seguir oyendo, cuando se presentó un payasito. «Es ya la hora»—exclamó el dulce payaso blanco; y levantándose tocó al compañero en el hombro, despidióse de mí afectuosamente, y se fueron los tres, sin que yo lograra de Tony mayor muestra de aprecio. Todo había pasado en un minuto; pagué y salí al pasillo.

Por las alturas que dan á la galería circular, dominábase un callejón, abriéndose sobre el recinto inmenso del circo. La luz eléctrica caía pálida sobre la muchedumbre del graderío, formando en el espacio un azulado fulgor. En las profundidades del plafón, las bolas de los trapecios parecían, á su fluídico contacto, reverberos de fantasmagóricos jardines. Decidí no asistir á los primeros números, y pasearme tranquilamente hasta el comienzo de la famosa

pantomima. Se me antojaba que el encuentro con los payasos no iba á parar ahí, y que nuestra conversación era el principio de un nuevo capítulo. Rozábanme sin cesar hombres vestidos de hirsutas pieles, caballeros con yelmos, bailarinas prestas para las fiestas de Roma, después de los combates de Galia, druidas y sacerdotisas, todos hablando una jerga de barrera, que pretendía ser nuestro idioma.

Repentinamente, la música de la sala se paró; adivinóse en el recinto un silencio pavoroso, y luego sentí un movimiento en un clamor. Precipitéme adentro; la mitad del público estaba de pie; oí á mi lado: «parece muerto»; alguien gritó desde la pista: «un médico»; y luego varias voces: «¿no hay un médico?». Me abrí camino, crucé la arena, y tuve tiempo de alcanzar á Tony, que dirigía la operación de conducir al payaso blanco. Caído desde la altura de una red, su burro le había asestado una coz; le analicé; tenía una pierna fracturada y hundido el hígado.

Cinco horas más tarde, en un tercer piso de Batignoles, Frick expiraba. Por la manera como Tony secundara mis esfuerzos, había comprendido que era tal vez su única afección aquel hombre simple y bondadoso, compañero de tantos años. Quizás el rudo clown, en medio de la agria encarnación de su tipo, había empezado por encontrar en el carácter de las gracias del otro, como un rincón de ternura. Todo lo que se hizo fué inútil: Frick volvió del primer desmayo, para perder el conocimiento en la agonía, y llegar á la muerte.

Le ví con su túnica blanca, á medio tapar, rígido sobre el lecho. En su rostro, la palidez era horrorosa, hecha de frialdad y angustia. Un penetrante flúido de hielo, cincel de la muerte, salía á esculpir el ungüento enharinado, despojo de la máscara artificial del regocijo. Y el Tony, con su frac, sin haber tenido tiempo para quitarse la peluca, ó sin

acordarse de ella, cayó de rodillas, con la luz de la emoción en esos sus ojos espirituales, que al simular la estupidez en el circo, debían de hacer tanto esfuerzo para surgir apagados.

Rompí el silencio: «Es menester lavarle y amortajarle», dije. Tony se puso de pie, y mirando al muerto profundamente, con larga mirada cariñosa, exclamó con su dura voz, que un ligero temblor dulcificaba: «Duerme, amigo Frick, duerme. Aquel que ocultabas para evitarle la visión de tus trajes, acaba de llegar luminoso, traído por la gran señora. Tu rostro puede sonreir, porque han muerto tus dolores vestidos de blanco. Se acaban tus alegrías disfrazadas, y el pan dejará de ser amasado con tu amargura. Sonriendo, duerme. Tiene derecho al reposo quien agitó el cascabel inconsciente, dándole un alma pintoresca y gentil. Los niños están de luto. El recuerdo del buen Frick, será para muchos el sudario de la ilusión; adiós el hada que, sin saber cómo, tiene savia, y sin saber por qué, da rosas. Y ¡oh! cuántas veces yo mismo me he dejado engañar por tus juegos, y he reído como un muchacho, sin recordar tus penas. Perdón, amigo. En paz duerme, que no se te harán funerales, para que el circo no te sepulte como á un payaso, y sólo Tony el Imbécil, con la cara lavada y sin peluca, hará la imbecilidad de llorar al enterrarte.» Quedó en silencio. Y vi, en efecto, de sus ojos rodar gruesas lágrimas; y vi derretirse su pintura colorada; y así, parecía cubierto en sangre, como si sobre su rostro, el alma, retorciéndose, se exprimiera.

Pensé si aquel hombre, con su forma de estúpido, no era la corporación de sentimientos que sufren sobre el natural fenómeno de la muerte. Y ya arrepentido de haber pensado como si hubiese público, me sorprendió un movimiento en el próximo lecho, y un nuevo actor que curiosamente miraba. Era el niño, olvidado después de hacerle dormir; era el payasito que con su voz del circo, gritaba alegremente

«buenas noches». Al ver el rostro extraño, embadurnado, del Tony, acabó por lanzar una carcajada semejante á la de aquellos que para él simbolizaban la felicidad en los palcos. Esa espontánea risa, tantas veces ahogada por él, para poder trabajar y para que los otros rieran, cayó como un bofetón sobre el llanto del hombre, en presencia de la muerte.

Conmovido le hablé; entonces, pálido repentinamente, de cera, se arrojó del lecho; y á reculones, sin mirar al payaso que parecía dos veces largo, se abrazó á las rodillas del Tony. Éste, á su vez, murmuró algo que no oí, y el niño abrió el cajón de un ropero, y de una funda de hule sacó un Cristo, y comprendí las palabras de la fúnebre oración «aquel que ocultabas llega luminoso traído por la gran señora.» Y ví, y veré siempre, á la pobre criatura, no como el auxiliar de los juegos; era el enviado providencial de la infancia, hecha de pronto grave, yendo hacia su alegría muerta, y colocando al Dios de paz sobre el pecho del payaso amigo.

Un silbato de máquina lejana repercutió como un prolongado clamor de angustia, que estremecía dos veces al sentirle pasar sin erizar el rostro inerte del cadáver. La atmosfera, en el cuarto, era sofocante. Adivinábase ya al horizonte con luz; los pájaros debian hendir el aire bajo nubes que empezaban á pintarse. Creí que si la ventana se abría, el payaso blanco iba á ser un muerto espectro, animándose con el alba, adelantándose á la eternidad, sufriendo al despertarse, y el Tony un espectro vivo, sonámbulo en la luz adversa, suspirando por la calma del sepulcro.

La febril inquietud del insomnio me infundía así absurdas ideas y una martirizante lucidez llena de sobresaltos. Experimenté necesidad de huir. Las horas del principio de la noche, cuando conocí á los payasos, perdíanse lejanas en otra existencia; llegué á sentirme entre los descono-

cidos vivientes y muertos, preso en las garras de una atroz pesadilla. Y al descender por la escalera, lo que más brilló ante mis ojos, frente al recuerdo del cadáver con el Cristo, tranquilo, dulce, fué la imagen del Tony, de ojos luciferinos, sano y fuerte; la imagen de aquel hombre que henchido de soberbia, había centuplicado la imbecilidad humana para mofarse de ella, con su máscara terrible, fundiéndose en lágrimas, abrazado al niño, como si en su débil calor hallase un consuelo!

UN PINTOR EN GANTE

6 Abril 18..

Apenas dos horas de tren, y Bruselas se me aparece al otro lado del mundo. Las cosas se adhieren á nuestra vida, son compañeras de nuestro pensamiento, su fuente á veces, ótras como su brújula entre las olas, y hasta son capaces de hacernos cambiar de alma. Lo difícil, sin duda, es cambiar de alma; pero yo soy un pintor y un hombre para quien el mundo visible existe, y si la frase no es mía, sino de mi buen amigo Gautier, puede apropiársela mi temperamento. Gante ha empezado á transformarse á mis ojos; y como no encuentro en él cosas que me recuerden la corte, mi espíritu tiene que volver á ella y hacer un esfuerzo para animar su cuadro. Huyo de los recuerdos con horror, me paseo en las calles como un convaleciente, nueva vida desciende en la paz, casi con un suave calor de ternura, y la memoria me deja de incomodar cual si cesara de existir. El mundo visible me infunde así el hálito que brota de su expresión cargada de pensamiento. Percibo en dulces horas tranquilas, con la vaguedad de una sensación que no se convierte en palabra, el diálogo del monumento que persiste y del hombre que pasa. Hoy, al dejar de leer una crónica sobre el falso Balduino, al pie del castillo de los condes, el sol cambió el diálogo en coloquio, añadiendo como tercer personaje mi sombra. Y esa sombra obscura y silenciosa, desprendida de un cuerpo cuya san-

gre corre, cuyo corazón palpita, era sobre las viejas piedras, como la emanación de mi alma, con el deseo de perder la capacidad de sentir y con la aspiración de petrificarse. He ahí una forma de la ventura: que el viajero pase por delante de ella, y sueñe por su sueño, sin que ella experimente el sufrimiento de volver á la vida!

7 Abril.

Ayer me asaltó el anhelo imperioso de ser escultura, en un antiguo fuerte. Hoy, en presencia del tríptico de Van Eick, en la catedral, he sentido, cautivado por el amor de los colores, cierto desvío ante la severidad de la piedra. Como si no bastara el ambiente de paz del templo, esta capilla es un rincón que huye de la calma del vacío inmenso para concentrarla en torno de un sepulcro, alba de resurrección, triunfo de la eterna vida. El sol penetra alegremente por la ventana, y el tríptico lo recibe, ofreciéndole cielos y tierra, hombres y ángeles, céspedes y nubes. Á la Creación se mezclan las visiones extraterrestres. El Padre, arriba, envuelto con su vestidura; el Hijo, á un lado; la paloma nivea en el centro de un resplandor que es una cruz maravillosa de oro. ¡Quien pone su esperanza en la sombra, pierde su razón en la impaciencia! Es menester no olvidar esa observación de un místico, y pensar en la luz, tal como el pintor la concibe, proyección del divino triángulo, rayo hecho de tres rayos, donde el espíritu se abisma. La Virgen fulge también, evocada por los colores, con la santa que, interpretando los pensamientos de Dios la llamó «dulce anzuelo». Adán y Eva, principio de la vida y de la muerte, velan en las extremidades de la escena. Bajo el esplendor de las figuras supremas, la primavera ríe en el prado verde, cubierto de margaritas y violetas. El cordero surge sobre

el altar, entre las espirales níveas de los incensarios que hamacan los ángeles. De los cuatro puntos del horizonte acuden seráficas procesiones, y á medida que el inmolado cordero deja escapar su sangre, en vez de palidecer, transfigúrase con divinal blancura. En las dos hojas, los querubes tocan sus tiorbas, acordándolas á la voz de Santa Cecilia, que canta en la tierra. El íntimo perfume religioso del tríptico, y su magnificencia, concéntranse en esos rostros ingenuos, que exhalan luz, arrobada con los acordes de sus propias armonías. Y no pienso, como ayer, en la ventura inmóvil del cuerpo inconsciente petrificado, que hace meditar, amortajándose en su propia frialdad, sin que un rayo del sol vivo anime su frente. El éxtasis de estas imágenes me envuelve con su hálito sutil. El alma se trasfunde en ellas, se hace color y emoción, oye los sones angélicos, pisa el verde césped, ve al cordero, no levanta los ojos á la Trinidad por temor, y olvidándose de sí misma, engañada, saluda á la felicidad de su sueño.

8 Abril.

Sí, decididamente, mi alma se cura. Envenenada y triste, después de los últimos rudos meses de la corte, sentía angustias que eran como la expresión de un sudor de sangre. Hoy, su dolor se ha transformado en melancolía; y en paz, atemorizada con la idea de vivir de nuevo, medita en los avatares más curiosos. Ya no es escultura inconsciente, ya no es imagen feliz en el éxtasis de sus colores, formas de la oración de un artista inspirado. Imaginad que, hace un instante, me hallaba en el recinto del Beguinaje. Las casitas rojas abren sobre las callejuelas de la ciudad mística sus puertas, con postigos ferrados para conversar, bajo los crucifijos que iluminan las lámparas y las vírgenes

que elevan sus miradas al cielo. En el gran centro, en torno de la iglesia, el césped aterciopelado cubre las pezuñas de vacas, de redondas y henchidas ubres, que tranquilamente pacen, evocando en medio de los altos muros la paz de campos y montañas. Una campana suena, es el *Ángelus*. Soy el único intruso en la mística ciudad. Avanzo con la intención de retirarme, y el guardián, ya un viejo amigo de ayer, me dice: «¿No os quedáis, señor, al saludo de las Beguinas?» No responde á mi pregunta, de «qué es eso», pues la procesión me da la respuesta.

Cuando el día declina, y ya no pueden trabajar en sus encajes, por falta de luz, salen de sus casas y forman largas y lentas teorías, que hacen en el templo la salutación vespertina. Cada una parece un altar de adoración. Sus ojos, que han permanecido bajos, huyendo casi con pudor del sol, se abren en la sombra, como flores lucinoctas. Tienen por toca, linos blancos, de una blancura de nieve inviolada, y en la vestidura un pedazo de cielo azul. Así envueltas, pasan sin que se las distinga. El fruto marchito va al lado de la naciente flor. La plegaria va á transfigurarlas del todo, confundiendo sus rostros en el mismo éxtasis, en la misma serenidad; el ángel, que ya surge en ellas, borra las edades, y su resplandor se ríe del Tiempo. Acércanse á unas plantas y cortan lilas, y las llevan al templo, y las ponen en vasos al pie de las imágenes. Después, el órgano suena. La tarde cae moribunda. El color de las plantas palidece, pero las flores aumentan su perfume. Y viendo expirar la luz, y oyendo los cantos de las mujeres, se piensa en la gloria de las lilas, en la ventura de ser arbusto, de dar sus flores á los altares, de sentirse despojado por esas manos y de guardar en las hojas los murmurios de tales himnos.

9 Abril.

He vuelto hoy al Beguinaje. He mirado con interés los arbustos: los creía exhaustos; nada de eso. Con celo de amor, las flores se han multiplicado; y parecen esperar la tarde para abrirse de nuevo en el ambiente misterioso, y dar su carga perfumada á las manos benditas. El *Ángelus* canta la extinción de la luz, entre el murmurio de la plegaria, que la hace morir soñando. Y canta la caída de estas flores, que se marchitan lejos del tallo, aromando los vasos, y poniendo en la palidez del color desfalleciente la melancólica gracia del recuerdo de su cuna.

Después de un instante, ví que una beguina se aproximaba, y discretamante me retiré. Cortó de una de las plantas las más bellas lilas. El rostro de la joven es la dulzura espiritual corporizada en belleza; una belleza que viste sus facciones, enamorada quizás de su sonrisa. Pero ella no sonríe, coge las flores; y el guardián, mi amigo, me dice: «Son para su compañera, que se muere, y tiene la pasión de las lilas.» Afortunadamente, estamos en Abril, y le llenan la celda, pues el sol dijérase que se complace en producirlas con abundancia.

Pensé en Santa Catalina de Siena, quien tuvo esa única pasión de la tierra, y la beguina enferma me ha perseguido en la tarde, y me persigue y me obsesiona. Veo sobre mi mesa dos vasos rebosantes de lilas; agonizan lánguidamente y siento agonizar á la religiosa desconocida. Creo que ella también morirá, cual las flores, al amanecer, pero llevándose la savia de todas las plantas. El sol puede preparar sus rayos; es inútil; tendrá que llorarlas. ¿Lágrimas el sol? Silencio.

10 Abril, mañana.

He evocado anoche mis sensaciones del día y he sentido el peso de mis iniquidades. Mi alma ha encontrado en su fondo viejas palabras, objetos de otra existencia. Los he visto haciéndome gestos amistosos. No se atrevían á cruzar, como estando en la opuesta orilla de un río, temiendo sumergirse en las aguas. Una garra desconocida, inesperada, apretó mi garganta, le echó un cruel nudo, cerraba sin piedad, quería hacerme sollozar. El aliento de mis impurezas pasadas me ha dejado los labios sedientos. ¿De qué? No sé!; pero mi sueño agitado no pudo crear una visión consoladora.

Despierto, y veo las lilas muertas en los vasos. ¿Habrá expirado la religiosa? El sol entra radiante. La otra dulce, hermosa beguina, ¿habrá ya cubierto á la compañera con una lluvia de esas flores?... El *befroy* vecino da las diez de la mañana. ¡Qué terrible va siendo para el alma hastiada, prisionera de la carne en caduquez, todo nuevo día! El sol no se complace, sin duda, en bañar este viejo lecho flamenco, cubierto con su plafón sobre sus cuatro columnas labradas, lecho de que se sale como de un sepulcro y que imprime al sueño que llega el aliento de una muerte. Lo veo, en cambio, brillar sobre la plata de un cepillo, sobre el arrebol de una miniatura, sobre el rubio carey de un peine, y no sé por qué instintivo retraimiento, miro como fútiles esas chispas y creo que los rayos pierden su tiempo.

Un gran espejo en el fondo, resplandece como si la luz calentara su frialdad, en un juvenil abrazo. Pienso que anoche reflejó todo el cuarto, con la indecisión de una angustia que intentara dibujar en las cosas una inmaterial mortaja. Él animó los espectros de mi pesadilla, que se jun-

taban en su lámina, para besarse misteriosamente, antes de enterrarse en mortecino fulgor. En su fondo real y mentido, luminoso y palpable, surge ahora la lámpara como una quimera radiante. La espuma de sus encajes, la gracia de sus pliegues, la belleza de sus colores, traen á la memoria la alegría de un arbusto florecido. Ella, en la severa decoración flamenca, es vivo contraste, un pensamiento amable de nuestro siglo entre ceñudos gestos. Reflejada simula visión de la fantasía del espejo, un sueño del cristal en sus amores con el sol. La veo resplandecer, y es símbolo de mi alma en otro tiempo; y su júbilo de arbusto lleno de flores, me recuerda la primavera de las lilas. Pienso que la ventura perfecta es ser lámpara inconsciente, en el fondo de un espejo. Allá está en urna invulnerable, libre de todo contacto, ideal en su vida, real en sus chispeos, hermosa como la infancia inmaculada, centro diáfano de un círculo de inmaterial blancura... Y ante la imposibilidad del deseo, mis nervios, excitados por el insomnio, hacen rodar la lámpara, y un nuevo dolor me agita entre el aceite fétido que de su corazón se escapa como sangre!

10 Abril, noche.

La beguina murió esta mañana. Acabo de verla en el templo, entre cirios, tendida en el ataúd, ornada de lilas. En vez de estrellas, en la negra tapa que iba á cubrirla aparecían rosas, perfumando esa noche. He podido ver un instante su rostro, acercándome adonde no debía. La curiosidad me impulsó; el alma también; deseaba saber cómo es la muerte en el rostro de una virgen pura. Y el alma lo sabe ahora y no lo olvidará. En la sensación que daba el perfil, había una incorporeidad inexpresable: aparecía con la palidez ensoñadora de un lirio, iluminado por den-

tro. La religiosa á quien vi cortar las flores, sollozaba. Para San Francisco, la tristeza era un pecado; las lágrimas no se armonizan con la religión en su desprecio por el mundo; pero la tierna joven encontrábase ante una fuente, revelada por el dolor, y su llanto caía sobre el rostro de la muerta que, al parecer, lloraba también por la aflicción de su hermana... El órgano suena. Un coro de voces, conmoviendo la nave, con una dulzura penetrante por su majestad, me envuelve, me sacude el alma y la quiere arrancar de los estremecidos nervios de mi cuerpo, como una nota suprema.

Siento en mí una onda de puras emociones ignoradas. Súbitamente, una voz única se eleva entre el rumor de las otras voces, una voz presente, pero lejana, con un timbre hecho de dolor y de alegría, cual un rayo de luz que naciese de un sepulcro y, subiendo, se abismase en el centro del sol. Comprendo que la joven religiosa es la que canta así, con la voz de la tierra, que refleja, como en espejo espiritual, algo del himno celeste del tránsito del alma. Pienso en la Santa Cecilia del tríptico de Van Eick; se me figura ella misma la muerta; y la voz de la joven es como su voz sobreviviente, que no puede morir, y que libre de su cuerpo, canta mejor, invitando las divinas tiorbas á sus funerales.

Yo, que hace tiempo he cobrado horror á mi paleta, veo dibujarse y colorearse un cuadro; y es la voz la que ilumina, y da las pinceladas. Sí, haré á Santa Cecilia, en un lecho sangriento, después del martirio, con el recuerdo de ese rostro de religiosa; y los ángeles volarán tras el alma, repitiendo el último canto que le aprendieron, transfigurado por la emoción de su propio acento.

Dejé el templo cuando se fué la procesión de las beguinas. He recorrido después las calles, oyendo la voz de la viva y viendo el rostro de la muerta. La visión de mi tela se me antoja mi primer ensueño. Él me conduce de la mano para atrás y me reconstruye la mente, mostrándome pai-

sajes llenos de frescura. Le haré palpitar, y adquiriendo vida independiente, me hará revivir. Mi emoción animará sus formas, y luego sus colores darán suave calor á mi alma. Le veo ya convertido en vidriera ideal que enseña por una transparencia el infinito inescrutable. Es media noche, y mis meditaciones traen en sus pliegues matices; los ponen en silencio en mi paleta, después me besan la frente y se alejan sonriéndose.

11 Abril.

Esta mañana llamé á la puerta de la madre superiora El timbre de la campana cae en el alma, al parecer, desde una alta nube blanca. La religiosa me ha concedido lo que deseaba: pintar la muerte de la virgen tutelar de la música, en un muro del templo. Ya está elegido el sitio; he dado órdenes para prepararlo; en dos días estará dispuesto todo para empezar. Al salir del templo crucé por entre los arbustos: igual blancura, igual esplendor, igual gloria de flores; y yo que las creía muertas! Estáis loco, puede decirme la religiosa de la dulce belleza; son más que nunca necesarias para cubrir su sepulcro. Así sea. Las quimeras no hacen mal á nadie; sus alas son de ilusión, y la ilusión es bendita.

11 Abril, tarde.

Estos días de Abril son como del mes de Junio; tal es de intenso el cielo en su inalterable azul. La abadía de San Bavón y el viejo fuerte de Carlos V, tienen en las tardes una rara hermosura, con expresión de tristeza viril. Veo en el patio central los árboles vestidos de hojas rientes

y triunfales. Sobre la verdura del césped, salpicado con el azúcar de las margaritas, descienden sus sombras, tan ligeras, que, sin hacerse sentir, acarician, tan espirituales, que parecen diáfanas. Contra los frisos, y volcadas en el centro, surgen históricas piedras. Las comparo á mi pobre espíritu, en su melancolía de siglos, con la diferencia de que él, sensible, experimenta dolor ante el júbilo del día. Por el claustro ojival de la entrada, abrumados por la vejez de su propio pensamiento, fingidos por las sombras entre los muros, pasan espectros de frailes, á morir disueltos en los esplendores del sol. Y la luz, penetrando, corta las sombras y las acentúa con rayas en los arcos, y la palabra es también sombra que mata la luz, si se empeña en dar la sensación de esa eterna juventud del aire, tocando la vetustez de la piedra.

Por el claustro se llega á un pabellón, antigua sala del capítulo, y veo bajo un arco un derruído altar. Pasando por sobre su piedra se sale al jardín. Solamente el sol y la luna dicen aquí su misa de gozo y de melancolía, alzando la idea de Dios, entre sus fulgores. Y el astro nocturno, al llenar el arco, para caer sobre la piedra, da á la blancura, desfalleciente en tramas de inefables lirios, un reflejo azul, y es la esperanza que se engendra en la tristeza, con el reflejo del alma visible, pero impalpable, de los rayos, al extinguirse en el misterio del altar en ruina.

Más allá, en el jardín, veo cátedras donde ya no resuena la palabra santa; una virgen con su niño y sin manos; un pozo donde el agua se aduerme con un espejo que, en vez de azogue, oculta como betún negro; el león de Flandes sin cabeza; escudos, yelmos y fragmentos de vidrieras en muros derruídos. Los cerezos se levantan constelados de flores, alegres y juveniles, en sus nupcias con el sol, poblados de gorriones que saltan y pían. La hiedra ciñe cíngulos y cuelga estolas al torso de los obispos, que han perdido sus mitras; cubre los cascos de guerra, fingiéndoles las

viseras ausentes; corona las columnas y les hace olvidar sus capiteles; da alfombras á las estériles cátedras; inclínase por el brocal del pozo á mirarse en el espejo entenebrecido; y se lanza y trepa y tapiza el gran muro, semitapando las vidrieras rotas y concentrando, al estremecerse con la brisa, la gloria solar en un resplandor de oro. No sólo piensa en el alimento y en el encanto, la madre de fecundo vientre negro como la noche, que en vez de estrellas ofrece frutos y flores. Piadosa, acude en la agonía de las obras humanas, procreando las vegetaciones que con armónica tristeza prestan á su miseria, en forma de manto, casi un consuelo. Y yo medito la concepción de mi cuadro, me dejo acariciar por mis ideas nuevas, comprendo que en mis remordimientos he encontrado una fuerza desconocida y que mi dolor ha hecho de mi alma un reflejo de la abadía ruinosa. La primavera no es para mí un soplo dulce que se desliza; me penetra con sus savias, un estremecimiento suave me sacude, mi emoción es un heraldo de la esperanza, y como en los árboles y en las piedras, hay en los fragmentos de mis viejas cosas una naciente flor que busca al sol y le presenta con orgullo una sonrisa.

12 Abril.

He logrado que el guardián me abra las criptas de la abadía. Entre los muros de un salón cuadrado, aparecen, á flor de tierra, sarcófagos. Columnatas truncas, á través del asalto de las trepadoras, dejan ver fragmentos de capitel en lo alto, ó en el suelo la losa que custodian. Sobre lápidas se leen nombres de caballeros, que lucharon por Dios, por su Dama y por su Patria; pero no se dibujan con corazas de guerra, ni con trajes de corte. En lugar de sus imágenes brillantes en los triunfos y en las luchas

por la vida, emergen grabados esqueletos que despliegan en sus manos filacterios. Un salmo, un proverbio, un versículo, complementan así las inscripciones. Todo aquello que es acción ó simple pensamiento, y que hermosea la gloria ó magnifica la muerte, encuentra en los Libros Santos la palabra que se armoniza con su grandeza. Rotos por el tiempo ó carcomidos, resaltan diversos nombres y acciones diferentes mezclados con recuerdos que se codean sin conocerse, en la confusión de los fragmentos de piedra. Los siglos se complacen en involucrar los destinos, después de haber borrado los rostros, confundiendo las osaturas, y en dejar sólo esqueletos que, esculpidos, estampan sobre todos los conceptos la palabra inmortal: *O crux! Ave spes unica.* La muerte fría, por una antítesis, enciende con la vida una hoguera, y despréndese una uniforme llama de fe, que me penetra, y que sube espiritual, dejando de las pasiones sólo ceniza, para que el viento tenga un trabajo más sobre la tierra.

Al lado de una inscripción en flamenco leo: *Cy Gìst Messire Philippe Tuest, chevalier fils de Messire Nicolás, aussi chevalier, qui trépassa le XXIII de Octobre 1601.* Á su izquierda, surgiendo de un montículo, el nombre de una abadesa: Roniana de Schepper, muerta en 1667. En un rincón, al pie de un vaso, con un epitafio alemán, una lápida en español de Henríquez de Compostela, capitán del castillo, después sacerdote y confesor, «muerto á los 27 años, con aprobación de la vida y dolor general de todos, en 6 de Agosto de 1625». Sobre esas leyendas, está la de la muerte que se ríe de todas, pues la suya, como el beso, como el color, como la nota, no ha menester de traducciones para ser comprendida. Mujeres, monjes y caballeros, han luchado en adversos campos, con amores y sueños contrarios; la madre generosa, hospitalaria y tierna, los hace suyos con igual placer, les da el dulce olvido con la misma calma, y convierte sus cuerpos en plantas y flores,

cubriendo con matices perfumados, los nombres escritos aún como por ironia en diversas lenguas. Los helechos, las trepadoras, las margaritas, visten los fragmentos, y algunos árboles, en lo alto de los arquitrabes, atraen los pájaros al recinto, y se agitan, vertiendo murmurios en sus estremecimientos de melancólicas arpas. ¿No es verdad que las ruinas son propicias al germen y á la flor? ¿No es cierto que los más hondos cantos en el alma humana brotaron del dolor, y que al poeta se le ve gigante sobre las ruinas del hombre?... Vuelvo á leer con interés la inscripción del caballero español. He ahí un joven que luchó hasta los 27 años, y hace hoy trescientos duerme en paz, y antes de él el mundo había vivido cuarenta siglos: la eternidad junta á todos, y barre ese instante de vida, menos pesado que una partícula de polvo. El silencio de los sepulcros y la voz de los pájaros presta á mi alma una serenidad contemplativa que desprecia mis agitaciones de otro tiempo, y siento que la ruina dice: mi estado es la verdad; mi tristeza es cuna de la luz; mis piedras rotas señalan el camino.

13 Abril.

Esta mañana he tornado al Beguinaje. Con una fiebre de trabajo rara y una juventud insólita en mi espíritu cansado, las líneas sucediéronse á las líneas por cuatro horas, y el esquema está concluído. Pensé en el Tintoretto y en la escuela de San Roque, pues cuenta la leyenda, que los cartones de aquella obra colosal los dibujó en menos de un mes. Pensé por la rapidez, se entiende; pues las épocas de fiestas que los venecianos evocan, me fatigan y se me hacen antipáticas; bastante tengo con mis recuerdos de Bruselas.

He vuelto de tarde á la abadía. El guardián me deja solo, dueño de las ruinas, como un buen lagarto amante del sol. Él mismo me advierte: «Señor, no habéis visitado el templo que era de la fortaleza.» Y en efecto, siguiendo la cripta, me encuentro con escalones destruídos, al fin de un salón que es una prisión de la Sombra. La frialdad de las paredes húmedas, arroja sobre mis hombros sudarios de muerte. Se ven en los ángulos estatuas y bajos relieves que no alcanzan á dibujarse. El invierno perdura allí, mientras la primavera triunfal ríe en el espacio. Asciendo la gradería, y llego á la nave abandonada, pero no solitaria: la puebla un ejército gris de estatuas.

El caballero Jean Van Kleef, sobre un túmulo de piedra, yace al lado de su esposa. La cabellera del hombre se tiende sobre los almohadones; la de la mujer está recogida en un tocado de abadesa. El collar de San Jorge pende del cuello del guerrero. La boca les ha desaparecido á ambos; en sus ojos intactos hay la fijeza de un éxtasis. La luz que cae por las vidrieras para animarles, y que viene con la alegria del cielo y con la verdura juvenil de los árboles, se hiela al filtrarse bajo la bóveda. En los ángulos, de pie en una repisa, surgen dos guerreros que causan una sensación estraña. Con los ojos cerrados, vestidos con sus armas, son espectros de piedra, soñando que han muerto, y sin poder escapar á la garra de la alucinación. En un fantástico duerme-vela, no saben, aunque conscientes de vivir, si en realidad sucumbieron. La coraza les oprime, el yelmo les abruma, sus músculos languidecen y van á desplomarse; pero su espíritu alerta, que sueña con la muerte, les infunde la rigidez inmovilizante. Y así estarán por los siglos de los siglos; presidiendo el polvo de los esqueletos acostados en las tumbas y las funerarias losas resaltantes contra los muros, frente al cadáver que en la cruz se eleva sobre la suprema paz. De ese enorme Cristo han desaparecido las manos, y con su

piedra roqueña, hace imaginar en la penumbra una montaña de donde cae. Se le creería fantástico, si no hubiera en sus ojos una dulzura real y humana al proyectar sobre el templo la bondad de su sombra. Entre un grupo de cariátides amontonadas, aúlla una gárgola en un rincón; pero todas le inspiran silencio, para sentir mejor la tranquilidad de la muerte, acentuada por el gorjear de los pájaros, que á través de los muros anuncian la vida. La muerte! Ella acaba por constituirse en soberana, y es hada brillante, novia ideal, sin el horror de sus macabros atavíos. Llega con una nueva luz en los ojos; ha despojado el jardín de las beguinas, para derramar lilas á manos llenas sobre las tumbas; imprégnanse de gracia sus dedos de hielo, perfúmase su aliento, su palidez se transforma en color, y canta sobre la tristeza himnos redentores!

14 Abril.

Mi fresco ha empezado á vivir. La religiosa, en su centro, acostada, transfórmase en Santa Cecilia. No tengo sino mirar el presbiterio donde se alzó su féretro, y la evoco nuevamente con su palidez sagrada, más real que en el croquis de mis apuntes. En torno, volando sobre su rostro, envueltos en las nubes, surgen mis ángeles, que esperan el color para sentir un alma. En los maitines de hoy he oído la voz de la joven que lloraba el día de los funerales, la voz que es voz de la muerta, sobreviviente, con esencia inmortal alada. Y entonces, mi paleta recibió el reflejo de una emoción ultraterrestre, y mis pinceles, bajo ese acento de la vida, daban al rostro inerte la transfiguración inefable, así como una flor divina que sintiera la voluptuosidad de transformarse en fruto, aspirando el perfume de la próxima piel madura.

15 de Mayo.

Un mes de encarnizado trabajo; un mes que ha tenido para mi alas, fiebre, encanto. Un mes en que, sin advertir la existencia, he puesto en una pared el rostro inmortal de un alma. Creo no equivocarme; la Bélgica cuenta bajo su cielo una obra digna del tiempo de un Rubens que hubiese sentido á los primitivos. Las religiosas han desfilado ante Santa Cecilia; y la superiora me ha dicho que aquella joven fué tan santa, que la resurrección de su imagen es un milagro del cielo. Los ángeles que lloran, no por la muerte de la reina de la música, sino estremecidos al oir su propia voz y repetir el último canto de aquélla, son ángeles de Menling que, asomados á mi alma, han visto obscuro, pero que iluminando el cristal con sus ojos y reflejándose, hicieron de su dolor una fuente de esperanza.

He encontrado con enternecimiento, al caer la tarde, vasos con las últimas lilas del año, al pie de mi obra. El pueblo desfiló también, quizás sin comprender, pero con el respeto con que se pasa frente á un cadáver verdadero. Y en la media luz del día moribundo, oí otra vez la voz de la religiosa, y el rostro de la santa se iluminó, y por un instante, callaron los ángeles, sorprendidos y absortos.

16 Mayo.

Hoy dí mi adiós al Beguinaje. Durante dos horas vagué por las callejuelas, sin entrar al templo. El poeta puede leer sus poemas, el escritor sus novelas, el músico ejecutar sus composiciones. ¡Cuán profunda es la melancolía que desgaja la obra en nuestros talleres! Poned el paisaje más riente, más inundado de sol. Pensad, cuando va á termi-

narse, que se irá de vuestra casa, quizás á otros países, y que os será necesario un viaje para verlo, ó que no lo veréis más, y un velo os cubrirá los ojos, y el sol de vuestros árboles aparecerá nublado. Es una sensación que nunca he podido reprimir. No me habléis de la fotografía. Miserables, triviales espectros, los ejemplares si muy buenos, son, como una carta que os causa sufrimiento por imposibilidad de besar á la persona ausente que la escribe con el alma. Pedazos de mi imaginación, sueños de las horas tristes ó felices de mi viaje por el mundo, andan dispersos á los cuatro vientos; pues mis pobres cuadros, por no sé qué curiosa fatalidad, han tenido en su suerte algo de las aves que emigran. ¿Habrán encontrado dulces hogares, capaces de hacerles olvidar mi taller? No os riáis, pero confundidos á mi mente, hijos de mi sangre, á veces pienso en ellos como en criaturas ingratas... En el abandono de todo, en el desinterés y despego que siento ahora por la vida mundana, sólo conservo ese cariño, el cariño de mi obra, que, levantándose sobre el ajetreo de mi existir, es superior á mi vida, con el sello alado de regiones inmaculadas de mi espíritu. Tiene esa marca, como la expresión más alta y más pura, el fresco que dejo en los muros del Beguinaje.

Le dije adiós, con tristeza tan profunda, que he comprendido que en mi amor ideal por él, hay como el prestigio de un símbolo. Es el fin de una época y el firme propósito de nueva existencia. ¡Quede allí en el muro soñando, y haciendo soñar á las buenas beguinas, y á los viajeros desconocidos! Yo vuelvo á las encontradas olas, pero dispuesto á llegar al seguro puerto de elección; pues el rostro de la muerta será una flotante estrella, encima de mis ojos, cual si no hubiese nacido de mis manos!

París, 30 Mayo.

Heme en París, después de haber arreglado mis asuntos en Bruselas; en París, donde he venido á saludar á varios amigos, antes de volver á establecerme en el campo. Pienso pintar paisajes, que tengan en su sol la alegría de mi espíritu convaleciente. Y heme aquí, durante quince días sin tiempo de añadir una palabra á mi diario y que, interrumpido en Gante, parece voy á ponerle una nota para concluir la historia de ese retiro. Imaginad mi dolor, cuando leáis que he recibido hoy una carta, comunicándome el incendio del templo de las Beguinas. Mi fresco fué completamente devorado, aunque el muro queda en pie con la bóveda. Al leer la carta sentí un extraño frío. Después quemé la fotografía del cuadro, único recuerdo material de mi obra. Sí, un extraño frío, con un supersticioso temor: el fuego ha purificado el muro, porque un artista quiso en él tocar con los colores de su paleta la voz que cantaba!



ÍNDICE

Páginas

Páginas

ÁNGEL DE ESTRADA (HIJO).

———

Formas y Espíritus





ÁNGE... ...ITORES